



Cuentos con moraleja

Padre Lucas Prados

ADELANTE LA FE
información Católica

Cuentos con moraleja

Padre Lucas Prados

Adelante la Fe: Información Católica
Adelantelafe.com



El pan más pequeño

Acababa de terminar la Segunda Guerra Mundial. Muchos países estaban en el caos. Faltaban hospitales, medicinas y muchas cosas de primera necesidad. Quienes más sufrían eran los niños por la falta de alimento. Los hechos que vamos a relatar nos sitúan en un pueblecito pequeño de Alemania en las fechas cercanas a la Navidad.

Había en ese pueblecito no más de doscientos habitantes. Bastantes familias habían perdido durante la guerra a los padres y abuelos. El hambre y la desnutrición era el visitante más común de todos los hogares. Las cosechas habían sido destruidas por la guerra.

Como se acercaba la Navidad, el único panadero que había quedado en el pueblecito pensó hacer una buena obra y dar una hogaza de pan cada día a los niños que vinieran a recogerla a su panadería. Después de haberlo anunciado debidamente en la plaza del pueblo, preparó veinte hogazas, unas más grandes y otras más pequeñas, con la masa que le había sobrado.

En esto que llamó a los niños, los cuales no tardaron ni un minuto en llenar la pequeña habitación que servía de tienda para vender el pan. El panadero, a quien llamaremos convencionalmente Honorato, puso un poco de orden y les dijo que se acercaran para coger cada uno un pan. Acababa de dar el silbato de salida cuando los niños se abalanzaron a coger su hogaza de pan, a cuál más

grande y salir corriendo hacia sus casas para entregarlas a sus madres. Ninguno se detuvo un segundo para darle las gracias a Honorato, pero a él no le preocupó mucho; si había hecho este gesto era por caridad y no esperaba ningún reconocimiento a cambio. Al final quedó una niña pequeña en un rincón de la habitación, la cual sin atreverse a levantar los ojos oyó al panadero que le decía:

— *¿Es que no has cogido tu pan?*

A lo que ella respondió:

— *Estaba esperando que todos los niños cogieran su pan. Ellos lo necesitan más que yo.*

— *¿Es que no tienes hambre?* –Preguntó el panadero.

— *¡Mucha!* -Respondió la niña.

La niña cogió su pan, el más pequeño que había quedado, besó la mano de Don Honorato, le dio las gracias y se marchó feliz a su casa. Cuando llegó, su madre y sus otros tres hermanos hicieron un “festín”. La verdad es que era lo único que tenían para comer ese día; pero les supo a gloria. Ese día los ratones pasaron hambre, porque no quedó en la casa ni una migaja de pan.

Al día siguiente, Don Honorato, cumpliendo su promesa, volvió a llamar a los niños, quienes corriendo como gacelas hambrientas, se acercaron a la panadería. La historia se repitió. Los niños cogieron sus hogazas de pan, a cuál más grande, y al final del todo quedó la misma niña, a la cual le tocó de nuevo la más pequeña, pues era la última que quedaba. La niña volvió a agradecer a Don Honorato el pan que le había dado y se marchó muy feliz a casa. De vuelta a casa pudo comprobar por el camino, que este pan, a pesar de ser pequeño, pesaba mucho más que el día anterior.

Cuando llegó a casa, todos se prepararon a disfrutar del festín. La madre cogió un cuchillo y se dispuso a cortar el pan, cuando de pronto se dio cuenta que en medio del pan había algo duro que no le permitía seguir cortando, así que abrió el pan en dos con las manos y descubrió un montón de monedas de oro. Separaron las monedas y se comieron con fruición hasta la última migaja. Entonces la madre se quedó pensando:

— *Con estas monedas podría comprar comida para muchos días. Mis hijos ya no pasarían hambre. Pero, por otro lado, ese dinero no es mío. Seguramente se le cayó a Don Honorato y ahora lo estará buscando el pobre.*

Así que mandó a la niña a la panadería para que le devolviera las monedas de oro al panadero. Cuando la niña llegó, le dijo a Don Honorato:

— *Mire usted, señor, resulta que estábamos cortando el pan y mi madre se encontró todas estas monedas dentro. Como se imaginó que usted las había perdido, aquí se las devuelvo.*

Don Honorato se quedó conmovido ante tanta candidez y le dijo a la niña:

— *Las monedas no se me cayeron en el pan. Yo las puse allí a caso hecho. El otro día, cuando viniste por el pan, me conmovió tu generosidad al dejar que los demás niños se llevaran los panes grandes y tú te quedaste con el más pequeño. Además, fuiste la única que me dio gracias. Así que pensé ¿qué puedo hacer para premiar su virtud? Como sabía que hoy también te quedarías con el pan más pequeño, yo puse en él todas esas monedas, sabiendo que ningún otro lo cogería. ¡Así que son tuyas!; Llévalas a casa para que tu mamá no pase más necesidad!*

La niña se abalanzó sobre el cuello de Don Honorato, le dio un beso..., y mientras atravesaba la puerta de la calle, una lágrima comenzó a rodar de los ojos emocionados de nuestro bendito panadero.



Por muchas necesidades que nosotros pasemos, siempre hay personas que sufren más. Cuando recibamos ayuda, no seamos egoístas. Además, nunca olvidemos ser agradecidos con aquellos que se acuerden de nosotros, y de modo especial, con Dios, que al fin y al cabo es quien los puso en nuestro camino.



Dios siempre escucha

Hace no muchos años me hablaron de una pobre mujer, Angustias de nombre, que a pesar de sus pocos años había ya padecido mucho. Como consecuencia de tanto sufrimiento y de su precaria vida de piedad, fue perdiendo la fe y su confianza en Dios. Por si faltaba algo, su marido hacía unos meses que se había quedado sin trabajo y apenas si tenían para vivir ellos y sus cuatro hijos.

Conociendo Consuelo, una amiga suya, el mal estado emocional en el que se encontraba fue un día a visitarla.

- *¡Hola, Angustias! ¿Cómo te encuentras?*
- *No tan bien como deseara. La verdad es que últimamente estoy con la depre. Ya sabes todo lo que nos está ocurriendo.* –Respondió la amiga.
- *Lo que debes hacer es tener fe. ¡Pídele a Dios y verás cómo te ayuda!*
- *Dios me ha abandonado. Al principio rezaba, pero me aburrí. No sé si habrá alguien arriba porque por más que le pido no me responde.*

Angustias, durante sus años mozos, había sido una "buena cristiana"; pero luego, cuando la vida empezó a azotarle, y debido también a que su marido era poco practicante, se fue separando de Dios y de la vida de piedad.

Consuelo le insistió en que rezara con fe, pues Dios nunca dejaba de escuchar nuestra oración. Por más que le insistía, Angustias no parecía dar su brazo a torcer. Así que después de un pequeño debate, y viendo Consuelo que no conseguía nada le dijo a Angustias:

— *Mira, Angustias, nada vas a perder si le pides a Dios de nuevo. Él nunca abandona. Es más, a partir de ahora pediré yo también por ti.*

Angustias no estaba muy convencida, pero para que su amiga se callara le prometió que volvería a rezar. Y no se le ocurrió otra cosa que decirle a Dios:

— *¡Señor! Ya sabes todo lo que me pasa. Mi amiga me ha pedido que te rece, pero la verdad es que he perdido la fe; así que te voy a pedir algo sencillo. ¡Mira!, me gustaría, que como signo de tu amor hacia mí, y para probarme que me escuchas, me regalaras una flor y una mariposa.*

Pasaron unos días, y la mujer, enfrascada de nuevo en los quehaceres cotidianos, se olvidó de Dios y de lo que le había pedido.

Un miércoles por la mañana, mientras la pobre mujer estaba haciendo la colada de toda la familia, sonó el timbre de la casa. Se secó las manos apresuradamente y acudió a la puerta a ver quién era.

En esto que - a través de la ventana - vio un furgón de reparto y un hombre vestido de marrón a la puerta de su casa. Ella abrió la puerta y el repartidor le pregunta:

- *¿Vive aquí Angustias Sánchez?*
- *Sí, servidora* (así se hablaba antiguamente).
- *Pues mire que le traigo un paquete.*

La mujer lo recibió. Firmó la hoja de entrega. El furgón se marchó y la mujer, curiosa, se dispuso a abrir el paquete, no sin antes buscar el remitente del mismo. Por más que buscó no encontró nombre alguno.

Así que se dispuso a abrir la misteriosa caja, que era un poco más grande que una caja de zapatos. Fue a la cocina, cogió unas tijeras, y un tanto nerviosa abrió el paquete.

Cuál fue su sorpresa cuando dentro de la caja se encontró una maceta pequeña con un cactus pinchoso, un gusano negro feo y peludo y una pequeña tarjeta de visita que decía: *“En respuesta a tu oración”*.

En ese momento le entró un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Parecía que quería adivinar que el paquete venía del cielo. Pero no, del cielo no era, pues eso no era lo que ella había pedido a Dios.

Disgustada porque Dios tampoco le había escuchado, volvió a meter el cactus con el gusano y la nota en la caja y la tiró en una esquina del patio de la casa, pensando:

— *De aquí a unos días, cuando limpie el patio, lo tiro todo a la basura.*

Pasaron ocho o diez días, y nuestra sufrida mujer se dispuso una mañanita a limpiar el patio de la casa. Era finales de la primavera. El buen tiempo, pronto les permitiría sentarse a tomar la sombra en el patio y oler el perfume de los rosales y jazmines.

En eso que vio la caja que ella misma había tirado en un rincón del patio. Entonces, le vino a la mente todo lo que le había dicho su amiga respecto a pedirle a Dios; y dibujando una sonrisa burlona, comprobó lo que Dios le había respondido.

Angustias comenzó a limpiar el patio. Cogió la caja para tirarla a la basura, cuando de pronto, movida por la curiosidad y quizá también por algo de resentimiento con Dios, abrió la caja como para reírse de Él. Cuál fue su sorpresa, cuando al quitar la tapa, se encontró que en el cactus tenía una flor bellísima y el gusano negro, feo y peludo se había transformado en una preciosa mariposa multicolor.

En ese mismo instante, tocada por la gracia de Dios, elevó los ojos al cielo para pedir perdón y elevar un Padrenuestro a Dios Nuestro Señor.



El Señor siempre escucha nuestra oración. A veces lo que nos manda no es tanto lo que nosotros esperábamos, pero siempre es lo más nos conviene. Sencillamente lo único que tenemos que hacer es tener paciencia a que el cactus dé su flor y el gusano se transforme en mariposa.... Y es que Dios, siempre escucha.





El agua que quería ser fuego

Cuando en el infinito amor de Dios cada uno de los hombres fue creado, fue dotado de una serie de talentos, talentos que Dios quiso especialmente para cada uno y que nosotros hemos de hacerlos crecer.

Una de las cosas que más nos cuesta aprender en esta vida es reconocer las facultades que Dios nos dio. Con mucha frecuencia tenemos envidia porque fulanito recibió más talentos que yo, o porque tiene aptitudes que a mí me gustaría tener; y no sabemos que cada uno de nosotros es el resultado del amor personal de Dios, y si así nos quiso es porque era lo mejor para nosotros. Con mucha frecuencia el hombre tarda años en ser consciente de ello; es más, hay personas que nunca se dan cuenta o no terminan de aceptarlos. No hemos de tener envidia de los demás y de sus talentos, estemos contentos con los nuestros y esforcémonos en hacerlos crecer. Precisamente en el éxito de cumplir esta misión estará nuestra felicidad aquí en la tierra y luego, el regalo eterno del cielo (Mt 25: 14-30).

Yo recuerdo cuánto me costó aceptarme como Dios me había hecho. Me habría gustado ser un poco más listo, más honesto, más alto, más guapo... Con frecuencia intenté presentar una imagen ante los demás aparentando unos dones que no tenía; en cambio me avergonzaba, o al menos no sacaba

provecho de los regalos que Dios me había dado. Tuvo que pasar mucho tiempo, hasta que la edad, los tropezones, y sobre todo la gracia de Dios, me ayudaron a conocerme como era, aprovechar mis dones, aprender a estar en mi sitio –que es el que Dios quería-, y aceptarme sin pretender ser otro.

Por otro lado, no confundamos la aceptación de nuestros propios dones con el deseo de imitar a Cristo. Recordemos palabras como: *“Es necesario que yo disminuya para que Él crezca”* (Jn 3:30), o *“ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2:20) y muchas otras similares que aparecen en las Sagradas Escrituras. Sólo el que es capaz de aceptarse como Dios le hizo, puede luego renunciar a todo para seguirle.

Hace bastantes años leí en un lugar una bella historia que ahora les transcribo y que quiere reflejar, a través de un bello ejemplo, lo que aquí se quiere decir. Trata la historia de un “diálogo” que ocurrió hace muchos años entre el agua cristalina que bajaba por un torrente de montaña y el Señor Nuestro Dios.

“Ya estoy cansada de ser fría y de correr río abajo. Dicen que soy necesaria, pero yo preferiría ser hermosa, encender entusiasmos, encender el corazón de los enamorados y ser roja y cálida. Dicen que yo purifico lo que toco, pero más fuerza purificadora tiene el fuego. Quisiera ser fuego y llama”.

Así pensaba el agua de río de la montaña. Y, como quería ser fuego, decidió escribir una carta a Dios para pedir que cambiara su identidad.

“Querido Dios: Tú me hiciste agua, pero quiero decirte con todo respeto que me he cansado de ser transparente. Prefiero el color rojo para mí; desearía ser fuego. ¿Puede ser? Tú mismo, Señor, te identificaste con la zarza ardiente y dijiste que habías venido a poner fuego a la tierra. No recuerdo que nunca te compararas con el agua. Por eso, creo que comprenderás mi deseo. No es un simple capricho. Yo necesito este cambio para mi realización personal”.

El agua salía todas las mañanas a su orilla para ver si llegaba la respuesta de Dios. Una tarde pasó una lancha y dejó caer al agua un sobre rojo. El agua lo abrió y leyó:

“Querida hija: me apresuro a contestar tu carta. Parece que te has cansado de ser agua. Yo lo siento mucho porque no eres un agua cualquiera. Tu abuela fue la que me bautizó en el Jordán, y yo te tenía destinada a caer sobre la cabeza de muchos niños. Tú preparas el camino del fuego. Mi Espíritu no baja a nadie que no haya sido lavado por ti. El agua siempre es primero que el fuego”.

Mientras el agua estaba embobada leyendo la carta, Dios bajó a su lado y la contempló en silencio. El agua se miró a sí misma y vio el rostro de Dios reflejado en ella. Dios seguía sonriendo esperando una respuesta. El agua comprendió que el privilegio de reflejar el rostro de Dios sólo lo tiene el agua limpia, entonces suspiró y dijo:

"Sí, Señor, seguiré siendo agua. Seguiré siendo tu espejo. Gracias."



Descubramos la inmensa riqueza de los dones que hemos recibido. Seamos sencillos, abramos los ojos y los oídos, aprendamos a conocernos; y sobre todo, aceptémonos como Dios nos hizo. Cada uno de nosotros ha sido el resultado de acto de amor muy especial de Dios.

"Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: 'Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados, y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra.'" (Gen 1: 27-28).

Cuando Dios acabó de hacernos también dijo

"Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho" (Gen 1:31)





Cuando la fruta no alcanza

Cuenta la historia que tres montañeros que se habían ido a escalar a los Andes, se perdieron en la montaña como consecuencia del mal tiempo, la nieve y el desconocimiento del terreno. Durante tres días estuvieron andando sin rumbo y sin esperanza. Por más que buscaron no encontraron ningún poblado, ni cabañas, ni personas que les pudieran dar alguna indicación e incluso algo de alimento. Al final, lo único que les quedó para comer fue una manzana, por lo que empezaron a pasar hambre. En esto que se les apareció Dios y les dijo que probaría su sabiduría, y que dependiendo de lo que respondieran Él les salvaría.

Les preguntó entonces Dios qué podían pedirle para arreglar aquel problema y que todos se alimentaran.

El primero dijo:

"Pues que aparezca más comida".

Dios contestó que era una respuesta sin sabiduría, pues no se debe pedir a Dios que aparezca mágicamente la solución a los problemas, sino trabajar con lo que se tiene.

Dijo el segundo entonces:

"Entonces haz que la manzana crezca para que sea suficiente".

A lo que Dios contestó que no, pues la solución no es pedir siempre multiplicación de lo que se tiene para arreglar el problema, ya que el hombre nunca queda satisfecho y por ende nunca sería suficiente.

El tercero dijo entonces:

"Mi buen Dios, aunque tenemos hambre y somos orgullosos, haznos pequeños a nosotros para que la fruta nos alcance".

Dios dijo:

"Has contestado bien, pues cuando el hombre se hace humilde y se empequeñece delante de mis ojos, verá la prosperidad".



Y ahora dígame sinceramente, ¿se le había ocurrido a usted esta solución?

Se nos enseña siempre a que otros arreglen los problemas o a buscar la salida fácil. **Pedimos a Dios que arregle todo sin que nosotros tengamos que cambiar o sacrificar nada.** Por eso muchas veces parece que Dios no nos escucha, pues pedimos sin dejar nada de lado y queriendo siempre salir ganando.

En cuántas ocasiones nos ha dicho Jesús en los Evangelios que nos hagamos pequeños (Mt 18:3), que seamos los últimos (Mt 20:26), que renunciemos a todo (Mt 19:21); pero a la hora de la verdad, no suele ser una de las posibles soluciones que barajamos cuando intentamos buscar una posible solución a nuestros problemas. Lo más normal es que queramos ser grandes, tener de todo sin renunciar a nada, ser los primeros en todo (menos a la hora de trabajar y sufrir); **y es que nos sabemos el Evangelio de memoria, pero de ahí a vivirlo, va mucho trecho.**

Intentemos vivir tal como Cristo nos enseña; entonces, veremos los problemas, y en general el mundo que nos rodea, de un modo muy diferente; y lo que es más importante, los resolveremos tal como Cristo quiere.



Amar en vida

- D**os amigos se encontraban tomando un café y uno le comenta en tono de queja al otro:
- *Mi mamá me llama mucho por teléfono para pedirme que vaya a conversar con ella. Yo voy poco y en ocasiones siento que me molesta su forma de ser. Ya sabes cómo son los viejos: Cuentan las mismas cosas una y otra vez. Además, nunca me faltan compromisos: que el trabajo, que los amigos...*
 - *Yo en cambio -le dijo su compañero-, converso mucho con mi mamá. Cada vez que estoy triste, voy con ella; cuando me siento solo, cuando tengo un problema y necesito fortaleza, acudo a ella y me siento mejor.*
 - *Caramba, -se apenó el otro. Eres mejor que yo.*
 - *No lo creas, soy igual que tú, -respondió el amigo con tristeza. Visito a mi mamá en el cementerio. Murió hace tiempo, pero mientras estuvo conmigo, tampoco yo iba a conversar con ella y pensaba lo mismo que tú. No sabes cuánta falta me hace su presencia, cuánto la echo de menos y cuánto la busco ahora que ha partido. Si de algo te sirve mi experiencia, conversa con tu mamá hoy que todavía la tienes, valora su presencia resaltando sus virtudes que seguro las tiene y trata de hacer a un lado sus errores, que de una forma u otra ya forman parte de su ser. No esperes a que esté en un cementerio porque ahí la reflexión duele hasta*

el fondo del alma, porque entiendes que ya nunca podrás hacer lo que dejaste pendiente, será un hueco que nunca podrás llenar. No permitas que te pase lo que me pasó a mí.

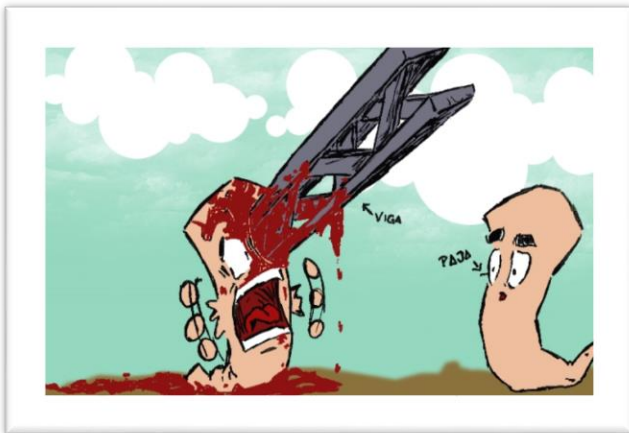
En el automóvil, iba pensando en las palabras de su amigo.

Cuando llegó a la oficina, dijo a su secretaria:

— *Comuníqueme por favor con mi mamá, no me pase más llamadas y también modifique mi agenda porque es muy probable que este día, ¡¡se lo dedique a ella!!*

¿Tú crees que esto solo se refiere a los padres?

Desafortunadamente no. Siempre estamos devaluando el cariño o la amistad que otras personas nos ofrecen y en ocasiones los perdemos porque no sabíamos cuán importantes eran, hasta que ya no están a nuestro lado.



Con qué facilidad vemos la paja en el ojo ajeno; y en cambio, ¡qué tarde aprendemos a valorar sus virtudes! A veces, cuando ya no hay remedio.

Honremos a nuestros difuntos; pero el amor cuando más se goza es cuando se da y recibe en vida.

Aprende a amar a las personas como son. Reza para que sean mejores. Y de paso, esfuérzate tú también en hacerles la vida más alegre y hermosa a los demás.

No esperes que los demás te amen para empezar a

amar tú. Haz como Dios, sé tú el primero (1 Jn 4:19).

Y si en alguna ocasión te sorprendes con la lupa buscando defectos en los demás, haz el ejercicio de buscar también virtudes. Te sorprenderás al comprobar, que por cada defecto que hayas encontrado, esa persona tiene muchísimas virtudes que se te habían pasado por alto.

Dale flores a tu madre en vida y mira qué ojos de agradecimiento. Si esperas demasiado, tendrás que llevárselas a la tumba, pero entonces no podrás ver los maravillosos ojos de amor que tiene una madre cuando se siente querida Aprende a amar en vida ¡No esperes a que sea demasiado tarde!



No es mi problema

Érase una vez una familia de granjeros que vivía en su granja a unos diez kilómetros de un pueblecito de Cáceres allá por los años cuarenta del siglo pasado. Los pobres granjeros llevaban años luchando contra una plaga de ratones que se comían el grano e incluso entraban a la cocina de la casa y robaban todo lo que podían.

Por esos días pasó por el pueblo un buhonero con su carro tirado por una mula vieja, delgada y cansina en el andar. Cuando nuestros granjeros supieron que el buhonero estaba en el pueblo, se acercaron a preguntarle:

— *Disculpe, Sr. Buhonero, ¿no tendría usted una trampa para cazar ratones? Es que tenemos una plaga de ratones en la granja y no hay modo de terminar con ellos.*

El Sr. Buhonero buscó entre sus pertenencias y encontró lo que le habían pedido. Puso el cebo en una cajita de cartón y se lo entregó a nuestros granjeros a cambio de dos kilos de trigo.

Cuando los granjeros llegaron a su casa, se dispusieron a preparar la trampa; pero no se dieron cuenta que un ratón había estado mirando por un agujero pequeño que había en la pared de la cocina. En su mente, nuestro amigo Ratón, se imaginó un buen trozo de queso o cualquier otra

comida apetitosa que sus señores acababan de comprar; pero cuando abrieron el paquete quedó aterrizado al descubrir que era una trampa para cazarle a él

Tremendamente asustado, fue corriendo al patio de la granja para advertir al resto de los animales que allí vivían:

"¡Hay una ratonera en la casa, una ratonera en la casa! ¡Los amos han comprado una ratonera!"

La Gallina, que estaba cacareando y empollando, levantó la cabeza y dijo:

"Discúlpeme Sr. Ratón, yo entiendo que es un gran problema para usted, más no me perjudica en nada. Por favor, no me incomode que estoy muy ocupada empollando los huevos. Lo siento Sr. Ratón, pero no es mi problema".

Y la Gallina se dio medio vuelta y siguió con su paciente tarea.

En eso que el ratón vio al Cordero y se sintió en la obligación de avisarle:

"¡Hay una ratonera en la casa, una ratonera!"

Y el Cordero le respondió al ratón:

"Discúlpeme Sr. Ratón, mas no hay nada que yo pueda hacer; solamente aconsejarle que lleve cuidado, y si algo pasara, pediré por usted. Pero de momento, no parece ser mi problema".

Nuestro pobre Ratón, más intranquilo y nervioso que antes, pues a nadie le interesaba su problema, se dirigió entonces a la Vaca, y le comunicó lo que estaba pasando.

Y la Vaca le respondió:

"¿Pero acaso, estoy yo en peligro? Pienso que no".

Entonces el Ratón volvió a la casa preocupado y abatido, pues a nadie le interesaba su problema, y mucho menos, prestarle ayuda alguna.

Aquella noche, mientras los granjeros estaban sentados a la puerta de la casa tomando el fresco, de repente, se oyó un ¡¡clack!! en la cocina. La ratonera se había disparado. La mujer del granjero corrió para ver lo que había atrapado. En la oscuridad, no vio que la ratonera había atrapado la cola de una serpiente venenosa. Cuando la serpiente vio a la mujer con una escoba en alto, se sintió amenazada y con un rápido movimiento mordió a la mujer en una pierna. El granjero, que oyó el grito de su mujer, fue rápidamente a la cocina, mató a la serpiente y le hizo los primeros auxilios a su mujer. Viendo que la cosa era seria, cogió el caballo y se fue cabalgando al pueblo en busca del

médico. Cuando el médico llegó a la casa era casi la media noche. La mujer estaba tendida en la cama con abundante fiebre. El médico le puso un calmante para el dolor, le puso un paño con vinagre en la frente y le dio una aspirina para la fiebre. Una vez que hubo salido de la habitación donde estaba recostada la mujer, le dijo al marido:

“El problema es serio. Su mujer tiene una mordedura en la pierna y el efecto del veneno ya ha pasado a la sangre. Desgraciadamente no tengo el antídoto para ese veneno y el hospital más cercano está a casi doscientos kilómetros, por lo que no nos queda más que curar la herida varias veces al día, darle aspirina para la fiebre y rezar”.

A la mañana siguiente el marido, profundamente triste y nervioso, despertó a la mujer que estaba con una fiebre bastante elevada y le preguntó:

— *¿Qué quieres que te prepare para desayunar?*

Y la mujer respondió:

— *No tengo hambre. Lo único que me apetece es un caldito de Gallina.*

Así que el granjero cogió un cuchillo y fue a matar a la Gallina para preparar un caldo.

Como el estado de salud de la mujer empeoraba, y el suceso se había extendido a las granjas vecinas, los amigos y vecinos fueron a visitarla. En agradecimiento por su visita no le quedó al granjero otra solución que invitarlos a comer, y para ello tuvo que matar al Cordero.

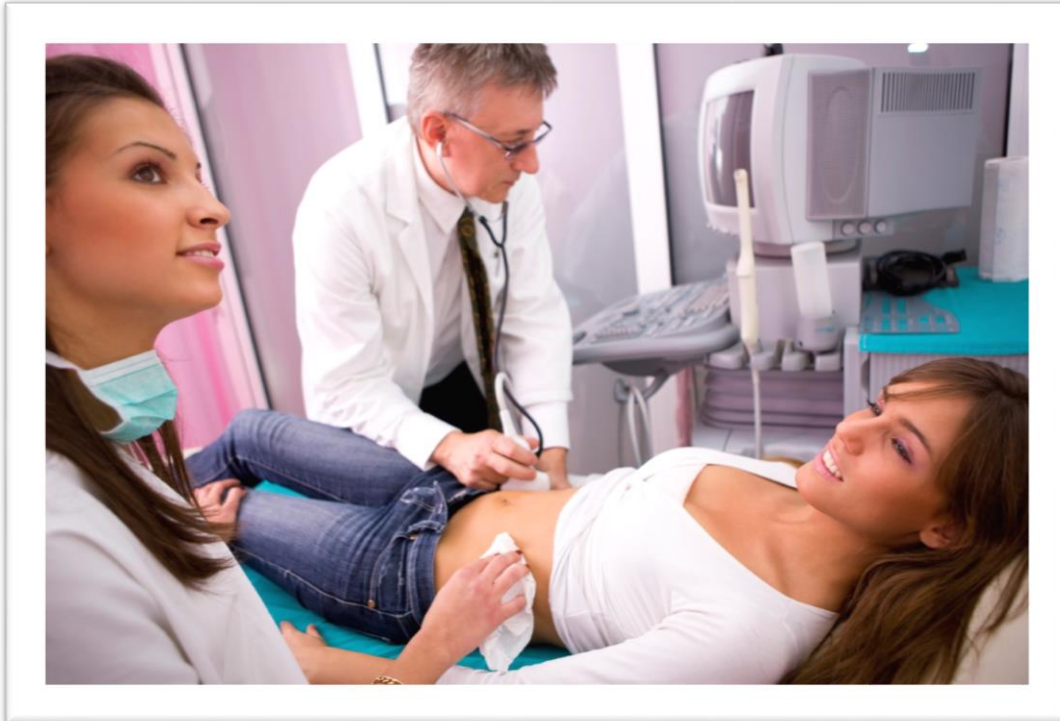
Al final, la mujer, acabó muriendo. El granjero, que no tenía dinero para pagar el funeral, no tuvo más remedio que llevar la Vaca al matadero para cubrir los gastos del funeral.

La historia acaba con nuestro Sr. Ratón vivito y coleando y aquellos a quienes el Ratón había pedido ayuda, todos muertos.



¡Cuántas veces también nosotros adoptamos una actitud parecida! Con qué facilidad nos lavamos las manos ante los problemas de los demás. ¿Os imagináis que Cristo hubiera hecho eso con nosotros? El amor es lo que nos da fuerzas para interesarnos por los demás, ayudarles, rezar... Ya nos lo dijo San Pablo: *“Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran”* (Rom 12:15).

Así pues, la próxima vez que escuches que alguien tiene un problema y creas, que como no es tuyo no le has de prestar atención, ¡piénsalo dos veces!



El mejor ginecólogo

Llega una mujer muy asustada al consultorio de su ginecólogo y le dice:

— *Doctor: ¡por favor ayúdeme, tengo un problema muy serio! Mi bebé aún no cumple un año y ya estoy de nuevo embarazada. No quiero tener hijos en tan poco tiempo, prefiero un espacio mayor entre uno y otro...*

El médico entonces le preguntó:

— *Muy bien, entonces ¿qué quiere que yo haga?*

Ella respondió:

— *Deseo interrumpir mi embarazo y quiero contar con su ayuda.*

El médico se quedó pensando un poco y después de algún tiempo de silencio le dice a la mujer:

— *Creo que tengo un método mejor para solucionar el problema y es menos peligroso para usted.*

La mujer sonrió, pensando que el médico aceptaría ayudarla.

Él siguió hablando:

— *Vea bien señora, para no tener que estar con dos bebés a la vez en tan corto espacio de tiempo, vamos a matar a este niño que está en sus brazos. Así usted podrá descansar para tener el otro, tendrá un periodo de descanso hasta que el otro niño nazca. Si vamos a matar, no hay diferencia entre uno y otro de los niños. Y hasta es más fácil sacrificar éste que usted tiene entre sus brazos puesto que usted no correrá ningún riesgo.*

La mujer se asustó y dijo:

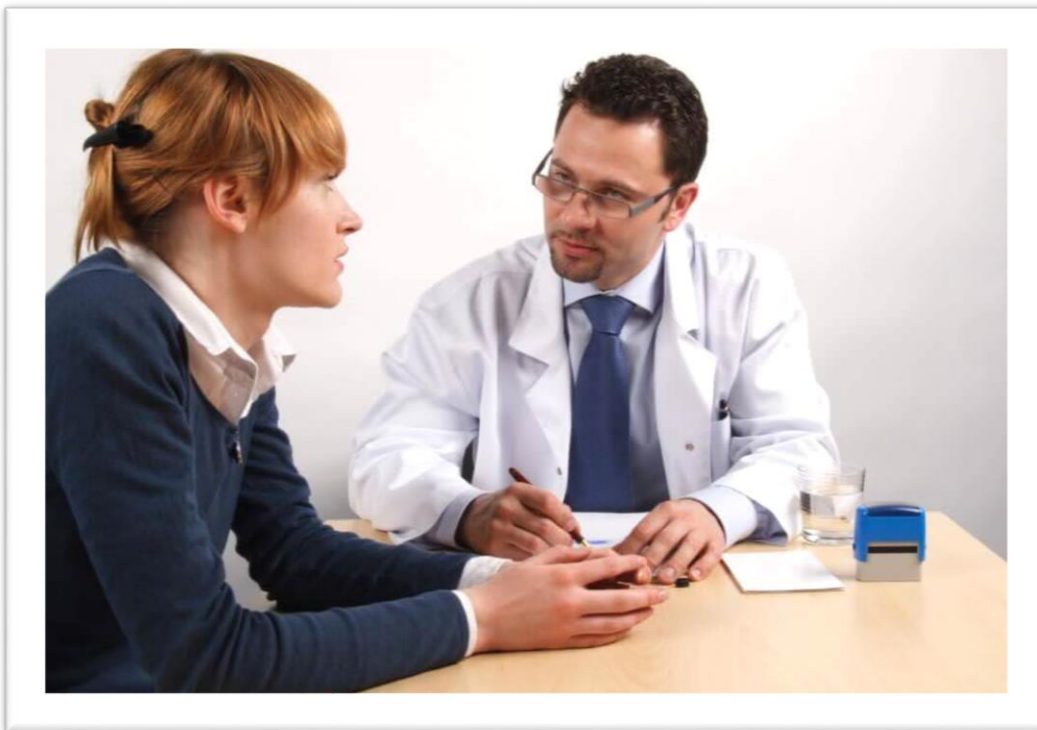
— *¡No, doctor! ¡Qué horror! ¡Matar a un niño es un crimen!*

Y el doctor le respondió:

— *También pienso lo mismo, señora, pero me pareció usted tan convencida de eso, que por un momento pensé en ayudarla.*

El médico sonrió y después de algunas consideraciones, vio que su lección surtía efecto. Convenció a la madre que no hay la menor diferencia entre matar un niño que ya nació y matar a uno que está por nacer, y que está vivo en el seno materno.

Si hubiese más médicos así, el mundo sería mucho mejor.





El cirujano

Mañana por la mañana abriré tu corazón - le explicaba el cirujano a un niño.
Y el niño interrumpió:
— *¿Usted encontrará a Jesús allí?*

El cirujano se quedó mirándolo, y continuó:

- *Cortaré una pared de tu corazón para ver el daño completo.*
- *Pero cuando abra mi corazón, ¿encontrará a Jesús ahí?,* -volvió a interrumpir el niño.

El cirujano se volvió hacia los padres, quienes estaban sentados tranquilamente.

- *Cuando haya visto todo el daño allí, planearemos lo que sigue, ya con tu corazón abierto.*
- *Pero, ¿usted encontrará a Jesús en mi corazón? La Biblia bien claro dice que Él vive allí. Las alabanzas todas dicen que Él vive allí... ¿Entonces usted lo encontrará en mi corazón!*

El cirujano pensó que era suficiente y le explicó:

— *Te diré qué encontraré en tu corazón. Encontraré músculo dañado, baja respuesta de glóbulos rojos, y debilidad en las paredes y vasos. Y aparte me daré cuenta si te podemos ayudar o no.*

Y el niño respondió:

— *¿Pero encontrará a Jesús allí también? Es su hogar, Él vive allí, siempre está conmigo.*

El cirujano no toleró más los insistentes comentarios y se fue. Se sentó en la mesa de su despacho y procedió a grabar sus estudios previos a la cirugía:

— *Aorta dañada, vena pulmonar deteriorada, degeneración muscular cardíaca masiva. Sin posibilidades de trasplante, difícilmente curable.*

— *Terapia: analgésicos y reposo absoluto.*

— *Pronóstico -tomó una pausa y en tono triste dijo-: muerte dentro del primer año.*

Entonces detuvo la grabadora. Pero, tengo algo más que decir:

— *¿Por qué? -preguntó en voz alta- ¿Por qué hiciste esto a él? Tú lo pusiste aquí, tú lo pusiste en este dolor y lo has sentenciado a una muerte temprana. ¿Por qué?*

De pronto, Dios, nuestro Señor le contestó:

— *El niño, mi oveja, ya no pertenecerá a tu rebaño porque él es parte del mío y conmigo estará toda la eternidad. Aquí en el cielo, en mi rebaño sagrado, ya no tendrá ningún dolor, será confortado de una manera inimaginable para ti o para cualquiera. Sus padres un día se unirán con él; conocerán la paz y la armonía todos juntos en mi reino, y mi rebaño sagrado continuará creciendo.*

El cirujano empezó a llorar terriblemente; pero sintió aún más rencor, pues no entendía las razones.

Y entonces replicó:

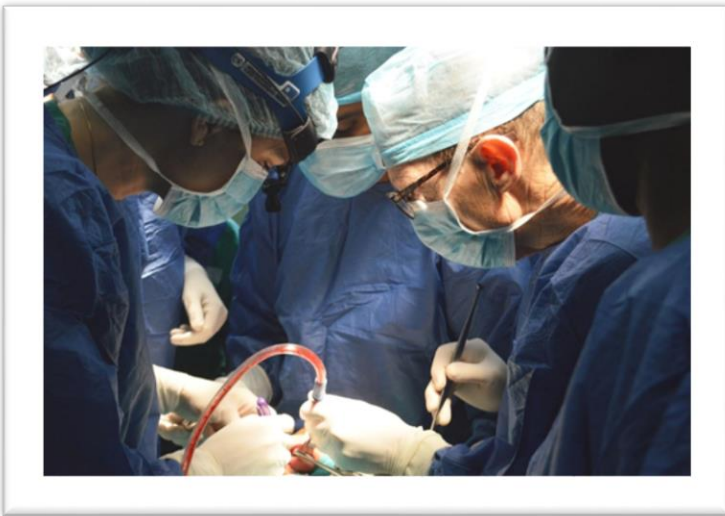
— *Tú creaste a este muchacho, y también su corazón ¿Para qué? ¿Para que muera dentro de unos meses?*

El Señor le respondió:

— *Porque es tiempo de que regrese a su rebaño; su tarea en la tierra ya la cumplió. Hace unos años envié una oveja mía con dones de doctor para que ayudara a sus hermanos, pero con tanta ciencia se olvidó de su Creador. Así que envié a mi otra oveja, el niño enfermo, no para perderlo sino para que ayudara a mi oveja perdida a regresar.*

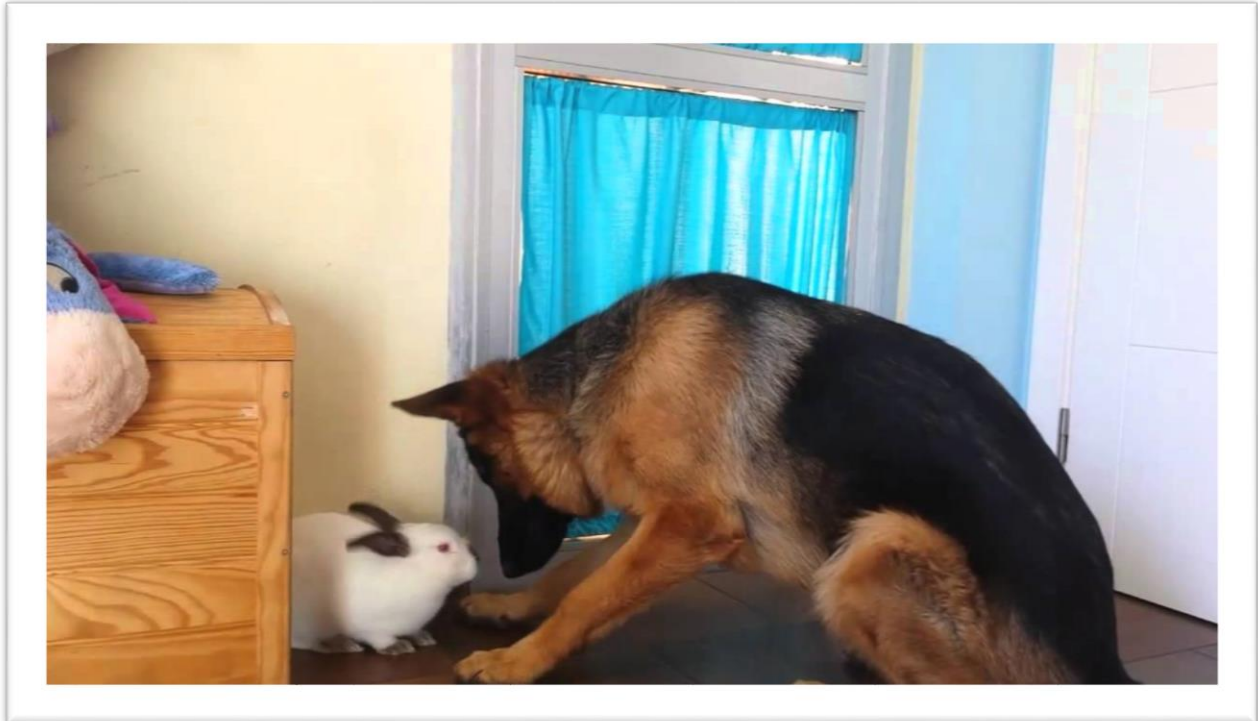
El cirujano lloró y lloró inconsolablemente. Días después, luego de practicar la cirugía, el doctor se sentó a un lado de la cama del niño; mientras que sus padres lo hicieron frente al médico. El niño despertó y murmurando rápidamente preguntó:

- *¿Abrió mi corazón?*
- *Sí* -dijo el cirujano-.
- *¿Qué encontró?* -preguntó el niño.
- *Tenías razón, encontré allí a Jesús.*



Dios nunca crea o toma una vida en vano. Siempre tiene un profundo motivo y que no es otro sino el amor. En muchas ocasiones los hombres no “entendemos” ni “aceptamos” los planes de Dios; es entonces cuando nos rebelamos contra su voluntad. Si tuviéramos un poco más de fe, sabríamos que Dios siempre tiene una razón para todo; aunque Él no está obligado a comunicarla, y esa razón es lo suficientemente importante para justificar su modo de actuar. Si así lo hace es para nuestro

bien, o para el bien de otra persona. De eso podemos estar totalmente seguros.



El perro y el conejo

Un señor le compró un conejo a sus hijos. A su vez, los hijos del vecino le pidieron una mascota a su padre. El hombre les compró un cachorro pastor alemán.

El vecino exclamó:

- *¡Pero el perro se comerá a mi conejo!*
- *De ninguna manera, mi pastor es cachorro. Crecerán juntos y serán amigos. Yo entiendo mucho de animales. Ten por seguro que no habrá problemas.*

Y parece que el dueño tenía razón. El perro y el conejo crecieron juntos y se hicieron amigos. Era normal ver al conejo en el patio del perro y al revés.

Un viernes, el dueño del conejo se fue a pasar un fin de semana a la playa con su familia. El domingo por la tarde el dueño del perro y su familia estaban merendando, cuando entró el perro a la cocina. Traía al conejo entre los dientes, sucio de sangre y tierra, y además muerto. Le dieron tantos palos al perro que casi lo matan.

Decía el hombre:

- *El vecino tenía razón, ¿y ahora qué haremos?*

La primera reacción fue echar al animal de la casa como castigo, además de los golpes que ya le habían dado. Los vecinos volverían en unas horas de la playa y se encontrarían el desastre. Todos se miraban, como preguntándose qué hacer. Mientras, el perro lamía las heridas que le habían hecho sus amos de tantos palos.

Uno de ellos tuvo la siguiente idea:

— *Bañemos al conejo, lo dejamos bien limpito, lo secamos con el secador y lo ponemos en su madriguera en el patio.*

Así lo hicieron. ¡Qué bien había quedado! ¡Parecía vivo!, decían los niños.

Y lo llevaron al patio y lo pusieron a la entrada de su pequeña madriguera con las piernas cruzadas.

En esto que llegan los vecinos, y al poco se oyen unos gritos de sus niños. No habían pasado ni cinco minutos cuando el dueño del conejo toca la puerta de su vecino, algo extrañado.

— *¿Qué pasa? ¿Por qué tanto grito?, le dijo su vecino.*

— *El conejo murió.*

— *¿Murió? –Pregunta, haciéndose el inocente.*

— *Sí, murió el viernes.*

— *¿Murió el viernes?*

— *Sí, fue antes de que viajáramos a la playa. Mis hijos lo enterraron en el fondo del jardín, pero cuando hemos llegado de vuelta se lo han encontrado recostado a la entrada de su madriguera...*

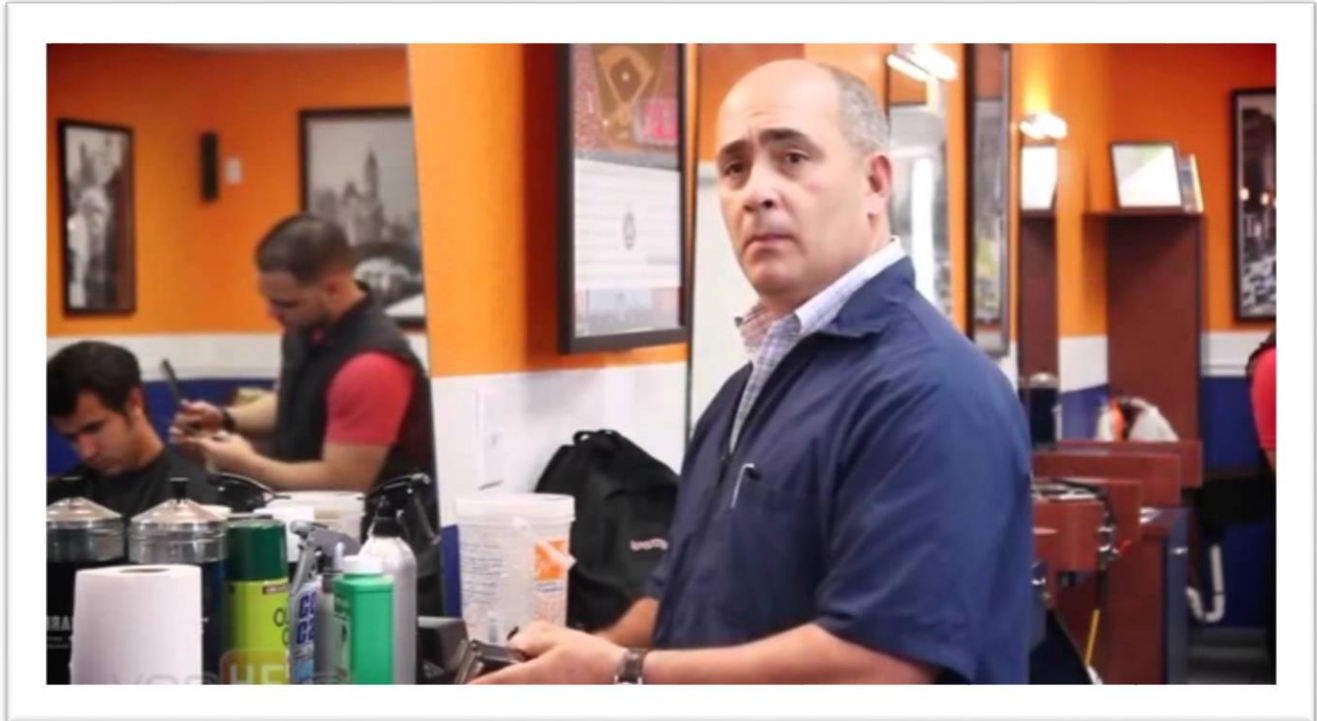
El gran personaje de ésta historia es el perro. Imagínate al pobrecito, desde el viernes buscando en vano por su amigo de la infancia. Después de mucho olfatear, descubrió el cuerpo enterrado. ¿Qué hace él? Probablemente con el corazón partido, desentierra al amigo y va a mostrárselo a sus dueños, imaginando poder resucitarlo.



El hombre tiene la tendencia a juzgar anticipadamente los acontecimientos sin verificar lo que ocurrió realmente. ¿Cuántas veces sacamos conclusiones equivocadas de las situaciones? Pensemos dos veces antes de emitir un juicio; y nunca saquemos conclusiones movidos por las apariencias.

El Señor hace dos afirmaciones que aparentemente son contradictorias; por un lado nos dice “no juzguéis y no seréis juzgados” (Lc 6:37); pero por otro lado también nos dice: “por sus obras los

conoceréis" (Mt 7:20). En el fondo lo que el Señor nos quiere enseñar es que no hemos de ser precipitados en el juicio; sino que intentemos conocer bien todos los aspectos antes de pensar mal de una persona. Si sólo juzgamos por las apariencias, cometeremos muchos errores; y entonces, tendremos que pedir perdón en muchas ocasiones.



El barbero incrédulo

La fe de muchos cristianos es tan superficial que de poco les sirve cuando tienen que enfrentarse a los problemas reales de esta vida.

Hace algún tiempo me contaron la historia de un barbero, que debido a su poca fe se declaró ateo; y todo, porque no podía entender por qué Dios permitía el sufrimiento. Permítanme que les cuente brevemente esta historia.

Érase una vez un hombre de cabellos bastante largos que fue a una barbería una tarde del mes de agosto. Como no había fútbol y los políticos se habían ido todos de vacaciones, al pobre barbero no se le ocurría ningún tema de conversación mientras atendía a su cliente. Intentó comenzar varios asuntos: que si el calor, que si los incendios, pero el cliente no se daba por aludido. Al final terminaron hablando de los negocios. En esto que el cliente dice:

— *Desde que Dios ha puesto su mano, parece que la cosa se va animando...*

El barbero, que estaba ya desesperado, encontró en esta expresión un posible tema de conversación, por lo que le dijo al cliente:

— *Fíjese caballero que yo no creo que Dios exista, como usted dice.*

- *Pero, ¿por qué dice usted eso?* -preguntó el cliente.
- *-Pues es muy fácil, basta con salir a la calle para darse cuenta de que Dios no existe. O... dígame, ¿acaso si Dios existiera, habría tantos enfermos? ¿Habría niños abandonados? Si Dios existiera, no habría sufrimiento ni tanto dolor... Yo no puedo pensar que exista un Dios que permita todas estas cosas* -replicó el barbero.

El cliente se quedó pensando un momento, pero no quiso responder para evitar una discusión. El barbero terminó su trabajo y el cliente salió del negocio. Acababa el cliente de salir de la barbería, cuando se cruzó en la calle con un hombre con la barba y los cabellos bastante largos y desarrapados. Entonces, entró de nuevo a la barbería y le dijo al barbero:

- *¿Sabe una cosa? Los barberos no existen.*
- *¿Cómo que no existen?* -preguntó el barbero. *¡Si aquí estoy yo... y soy barbero!*
- *¡No!* -dijo el cliente- *no existen, porque si existieran no habría personas con el pelo y la barba tan largos como los de ese hombre que va por la calle.*
- *¡Ah! Los barberos sí existen, lo que pasa es que si esas personas no vienen hacia mí yo no puedo hacer nada.*
- *¡Exacto!* -replicó el cliente-. *Ese es el punto. Dios sí existe, lo que pasa es que las personas no van hacia él y no le buscan, por eso hay tanto dolor y miseria.*



En cuántas ocasiones, cuando sufrimos, cuando se muere un ser querido, al enterarnos por sorpresa de la enfermedad grave de un familiar, y en muchas otras ocasiones, en lugar de buscar cobijo y ayuda en Dios, nos encerramos en nuestra propia tristeza y nos vamos hundiendo poco a poco. Si somos de verdad cristianos, creeremos que Dios nos puede ayudar. Es una promesa que Él mismo nos hizo:

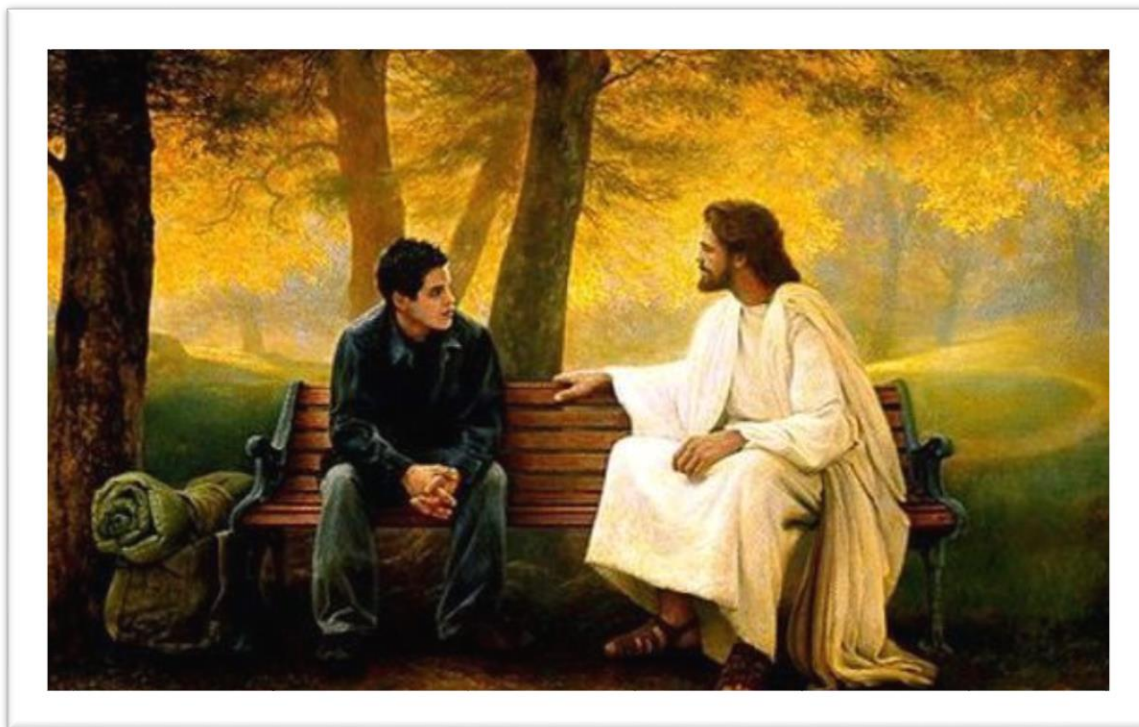
“Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga es ligera” (Mt 11: 28-30).

El sufrimiento que existe en el mundo no es ninguna prueba de la no existencia de Dios, sino de la realidad del pecado del hombre. Fue a causa del pecado original, cuando el hombre comenzó a experimentar el sufrimiento como consecuencia de la pérdida de la gracia y de los dones preternaturales. Y fue Cristo, quien, a través de su propia vida y muerte, nos enseñó a dar sentido al sufrimiento (Jn 15:13). Es más, cargar con la cruz, era la condición necesaria que debería cumplir

cualquiera de sus discípulos (Mt 16:24). La cruz, que antes de Cristo era causa de desesperación y tristeza, se transformó para el cristiano, en signo de amor, medio de conseguir la gloria y condición para ser su discípulo.

Hay hombres de fe débil que rápidamente sacan conclusiones erróneas, como el barbero de nuestra historia, cuando tienen que enfrentarse con la realidad de la vida. En cambio, los santos, ante esas mismas experiencias, fueron capaces de ver la mano de Dios, fortalecer su fe y aumentar su amor a Jesucristo nuestro Señor.

Examínate cómo reaccionas ante los sufrimientos. Este podría ser un buen "test" para comprobar tu grado de santidad.



Un periodista habla con Dios

Hace unos días leí una curiosa historia que ahora les paso a contar. Espero que la disfruten tanto como yo.

Un famoso periodista había entrevistado a los personajes más famosos del mundo, artistas, políticos, escritores, gobernantes, inventores e ingenieros. Le apasionaba la vida de aquellos que más habían influido en su comunidad o naciones y su pregunta más categórica era aquella que enfrentaba a estos personajes con sus propias obras.

Un día de camino a su oficina le dijo a su redactor que siempre había soñado con entrevistar al mismo Dios y hacerle la gran pregunta de su vida la cual estaría relacionada con su obra máxima: el hombre; de repente, se vio envuelto por una gran luz en medio de un torbellino:

- *Detente, me dijo, ¿así que quieres entrevistarme?*
- *Bueno, le contesté, si es que tienes tiempo.*

Se sonrió por entre la barba y dijo:

- *Mi tiempo se llama eternidad y alcanza para todo. ¿Qué pregunta quieres hacerme?*
- *Ninguna nueva ni difícil, para ti: ¿qué comentario te merece el hombre a quien creaste a tu imagen y semejanza?*

Un poco entristecido, Dios me respondió:

- *Que se aburre de ser niño por la prisa de crecer, y luego suspira por volver a ser niño.*
- *Que primero pierde la salud para tener dinero y enseguida pierde el dinero para recuperar la salud.*
- *Que se pasa toda la vida acumulado bienes que jamás disfrutará y sus hijos derrocharán.*
- *Que, por pensar ansiosamente en el futuro, descuida su hora actual, y ni vive el presente ni el futuro.*
- *Que se pasa toda la vida tratando de ser feliz y se olvida que la felicidad no es otra cosa que la capacidad de disfrutar lo que se tiene.*
- *Que se priva de disfrutar de sus hijos por el afán de progresar y cuando ya lo logra, descubre que perdió irremediablemente a sus hijos.*
- *Que se pasa toda la vida acumulando conocimientos y títulos, olvidándose que lo único importante es el amor.*
- *Que se pasa la vida buscando triunfos externos cuando ha fracasado en el hogar.*
- *Que se pasa la vida buscando la aprobación de los demás, cuando ni siquiera él mismo se aprueba.*
- *Que se pasa la vida buscando el golpe de suerte, ignorando que ésta es producto de sus decisiones.*
- *Que se pasa la vida cambiando a los amigos, sin comprender que son los amigos los que cambian.*
- *Que se pasa la vida acumulando dinero que compra todo, menos la felicidad.*
- *Que se pasa la vida acumulando rencores contra sus ofensores y lo único que obtiene es perjudicarse a sí mismo.*
- *Que vive como si no fuera a morir y, sin embargo, se muere como si no hubiera vivido.*
- *Que crie al hombre para que fuera feliz, pero él escogió la infelicidad.*

Por primera vez vi llorar a Dios.



Ya nos lo dijo el Señor nuestro Dios en unas palabras que habría que enmarcar y colgar en un lugar destacado de la casa donde todos las vieran:

“De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma” (Mt 16:26).



El helecho y el bambú

Me llamo Job, tengo 45 años, estoy casado y tengo tres hijos. Vivo en... ¡qué más da! En realidad, mi historia se parece a la de muchos hombres. Desde que tengo memoria, mi vida ha sido una continua lucha sin ningún fruto aparente a pesar de mis muchos esfuerzos. Hace unas semanas mi mujer me dijo que se separaba de mí porque cada día me veía más raro. Mis hijos, que están entre los trece y los dieciocho, ya empiezan a querer vivir su propia vida; apenas hacen caso, a no ser que saquen provecho de su obediencia.

Siempre he intentado ser fiel a mi fe; pero si he decir toda la verdad, nunca me la tomé demasiado en serio. Poco a poco se ha ido debilitando, ya sea por desinterés o por aburrimiento; aunque también culpo algo a Dios, pues en ningún momento me ha dado descanso.

En fin, creo que soy uno más de los miles o millones de hombres que están pasando "la crisis de los cuarenta", y en mi caso, bastante grave. Cada día que amanece es una nueva cruz; hasta tal punto que mi vida ha dejado de tener sentido.

Hace unos días mi tensión era tal que ya no podía más, por lo que decidí darme por vencido. El día anterior había perdido el trabajo; por la noche tuve una pelea con mi hija la mayor, y por si faltaba algo, mi mujer me echó la culpa de todo. Así que muy de mañana, cuando mi mujer creía que me iba con el coche al trabajo, salí a un robledal que hay a las afueras del pueblo con la mente fija en

una idea y con el deseo de acabarlo todo... Estaba caminando por entre los árboles cuando decidí tener una última charla con Dios.

- *Dios, le dije. ¿Podrías darme una buena razón para no darme por vencido?* Su respuesta me sorprendió...
- *Mira a tu alrededor. Él dijo. ¿Ves el helecho y el bambú?*
- *Sí, respondí.*
- *Cuando sembré las semillas del helecho y el bambú, las cuidé muy bien. Les di luz. Les di agua. El helecho rápidamente creció. Su verde brillante cubría el suelo. Pero nada salió de la semilla de bambú. Sin embargo, no renuncié al bambú. En el segundo año el helecho creció más brillante y abundante y nuevamente, nada creció de la semilla de bambú. Pero no renuncié al bambú. Y lo mismo ocurrió el tercer y el cuarto año, pero yo no renuncié al bambú. Entrando en el quinto año un pequeño brote salió de la tierra. En comparación con el helecho era aparentemente muy pequeño e insignificante. Pero sólo seis meses después el bambú tenía ya más de veinte metros de altura. Se había pasado cinco años echando raíces. Aquellas raíces lo hicieron fuerte y le dieron lo que necesitaba para sobrevivir. No le daría a ninguna de mis creaciones un reto que no pudiera sobrellevar. -Él me dijo-. ¿Sabías que todo este tiempo que has estado luchando, realmente has estado echando raíces? No renunciaría al bambú. Nunca renunciaría a ti. No te compares con otros, me dijo. El bambú tenía un propósito diferente al del helecho, sin embargo, ambos eran necesarios y hacían del bosque un lugar hermoso. Tu tiempo vendrá, Dios me dijo. ¡Crecerás muy alto!*
- *¿Qué tan alto debo crecer?* Pregunté.
- *¿Qué tan alto crecerá el bambú?* Me preguntó como respuesta.
- *¿Tan alto como pueda?* Observé.

Nunca te arrepientas de un día en tu vida.

Los buenos días te dan felicidad.
Los malos días te dan experiencia.
Ambos son esenciales para la vida.
La felicidad te mantiene dulce.
Los intentos te mantienen fuerte.
Las penas te mantienen humano.
Las caídas te mantienen humilde.
El éxito te mantiene brillante.

Pero sólo Dios te mantiene... caminando.

Nuestro amigo, aunque no del todo convencido, vio una nueva luz en su alma, un atisbo de esperanza, una nueva razón para no abandonar. Empezó a entender que cuando todo se pone en nuestra contra, siempre hay una razón para seguir luchando: *"Para los que aman a Dios, todo lo que les ocurre es para su bien"* (Rom 8:28)



Jesucristo sabía perfectamente que podíamos tener dificultades para entender "sus caminos" por lo que en muchos lugares de las Escrituras aparecen recogidas insistentemente estas mismas enseñanzas:

- *"Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere no da fruto; pero si muere da mucho fruto"* (Jn 12:24). En cambio, nosotros queremos recoger fruto sin haber muerto primero, cual grano de trigo que cae en la tierra y muere.
- *"El que quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, tome la cruz cada día y me siga"* (Mc 8:34).
- *"Para mí la vida es Cristo; y la muerte, una ganancia"* (Fil 1:21)
- *"Fuimos sepultados juntamente con él mediante el bautismo para unirnos a su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva"* (Rom 6: 4-5).
- *"Estoy crucificado con Cristo, de tal modo que ya no vivo yo, sino que es Cristo el que viven en mí"* (Gal 2:20).
- *"Estamos en todo atribulados, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados, llevando siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo"* (2 Cor 4: 8-10).
- *"El Reino de los Cielos es como un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo; es, sin duda, la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas, y llega a hacerse como un árbol, hasta el punto de que los pájaros del cielo acuden a anidar en sus ramas"* (Mt 13: 31-32).

¿Acaso no te acuerdas que Jesucristo se estuvo preparando silenciosamente durante treinta años para cumplir su misión? Los cimientos de una casa son capaces de predecir cuán alto será un edificio, pero pocas personas se fijan en ellos.

¡Qué bonitas son las bodas de oro matrimoniales! Pero sólo los esposos saben que para llegar a ello tuvieron que luchar día a día durante cincuenta años. Si cualquier empresa humana necesita muchos años de preparación y sacrificio, cuánto más si la empresa entre manos es la salvación eterna.

En cuántas ocasiones me han preguntado almas piadosas lo que han de hacer para llegar a la oración contemplativa; pero a la hora de la verdad, pocos están dispuestos a pasar por los estadios intermedios y ser fieles incluso cuando toca vivir la "noche oscura del alma".

Queremos y pretendemos saber de todo; es más, deseamos incluso tener la ciencia de los ángeles, sin haber abierto un libro, sin haber hecho oración y sin haber compartido la cruz de Cristo.

Queremos ganar "la carrera" sin habernos fatigado.

Todo llegará a su tiempo. Quizá ahora el Señor quiere que eches raíces. Confía en Dios. Ten paciencia. Dios tiene su tiempo. A nosotros nos toca ser fieles. El fruto vendrá; pero cuando Dios quiera. Y si en alguna ocasión te llega la duda recuerda la moraleja de este cuento.



Que la llama no se apague

El cristiano de hoy día está rodeado de tantos problemas, atractivos, preocupaciones..., que con frecuencia cuesta mantener nuestra mente y nuestro corazón orientados a las cosas que son realmente importantes y no ser atrapados por las cosas del día a día.

El cuento que le presentamos ofrece una solución que nos puede dar una pista para cuando nosotros también queramos evitar ser atrapados por el mundo actual y sus preocupaciones

Cuentan que un rey muy rico de la India, tenía fama de ser indiferente a las riquezas materiales y hombre de profunda religiosidad, cosa un tanto inusual para un personaje de su categoría.

Ante esta situación y movido por la curiosidad, un súbdito quiso averiguar el secreto del soberano para no dejarse deslumbrar por el oro, las joyas y los lujos excesivos que caracterizaban a la nobleza de su tiempo.

Inmediatamente después de los saludos que la etiqueta y cortesía exigen, el hombre preguntó:

— *Majestad, ¿cuál es su secreto para cultivar la vida espiritual en medio de tanta riqueza?*

El rey le dijo:

— *Te lo revelaré, si recorres mi palacio para comprender la magnitud de mi riqueza. Pero lleva una vela encendida. Si se apaga, te decapitaré.*

Al término del paseo, el rey le preguntó:

— *¿Qué piensas de mis riquezas?*

La persona respondió:

— *No vi nada. Sólo me preocupé de que la llama no se apagara.*

El rey le dijo:

— *Ese es mi secreto. Estoy tan ocupado tratando de avivar mi llama interior, que no me interesan las riquezas de fuera.*



Muchas veces deseamos vivir como mejores cristianos y tener vida espiritual, pero sin decidimos a apartar la mirada de las cosas que nos rodean y deslumbran con su aparente belleza. Procuremos «ver hacia adentro» y avivar nuestra llama espiritual, pues:

- Al tener nuestra mente y nuestro corazón puestos en el Señor, podemos aprender a conocerle y amarle.
- Las trivialidades y preocupaciones de la vida no podrán apartarnos del buen camino.
- Crecerá nuestro amor por la familia y nuestros semejantes.
- Viviremos alegres en esta vida, preparándonos para alcanzar la felicidad eterna al lado de nuestro Padre.

Todo hombre tiene siempre un “tesoro” que intenta cuidar, proteger y acrecentar. Si su tesoro es el dinero, ahí estará su corazón. Si su tesoro es el poder, en ello pondrá todo su empeño. Pero cuando nuestro tesoro es Cristo, el esfuerzo que hemos de realizar no ha de ser menor; es más, tendría que ser mayor pues el tesoro tiene mucho más valor.



Esta misma idea, pero todavía más profunda, aparece continuamente en las enseñanzas del Señor:

- *"Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; sentid las cosas de arriba, no las de la tierra. Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col 3: 1-3).*
- *"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5: 3).*
- *"No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y los roban. Amontonad en cambio tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban. Porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón" (Mt 6: 19-21).*
- *"El Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en el campo que, al encontrarlo un hombre, lo oculta y, en su alegría, va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo" (Mt 13:44).*
- *"Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero" (Lc 16:13)*





Sólo sacos de tierra

Una de las cosas que más nos cuesta aceptar son los caminos que Dios tiene “preparados” para cada uno de nosotros. Es muy habitual que intentemos llevar a Dios por nuestros caminos y no por los que Él tenía previsto. Cuando esto hacemos, lo único que demostramos es nuestra poca inteligencia, nuestra falta de confianza y nuestra escasa docilidad a su voluntad. Todos los días le decimos a Dios “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”, pero luego, a la hora de la verdad, da la impresión que eran palabras huecas, dichas con los labios, pero no con el corazón.

Hace unas semanas escuché una sencilla historia que habla precisamente de esto; de la confianza en Dios y de ser dóciles a sus planes.

Érase una vez un niño que vivía con su padre junto a un gran dique de retención que se había construido cercano al nacimiento de un río. Este dique era muy importante para proteger una pequeña villa que había a las faldas de la montaña; especialmente al comienzo de la primavera, cuando las abundantes lluvias y el deshielo hacían su presencia en este bellissimo valle perdido de las montañas del Tírol.

Todos los días el padre iba a trabajar a la montaña detrás de su casa y volvía por la tarde con una carretilla llena de tierra.

— *Pon la tierra en los sacos, hijo, -decía el padre-. Y amontónalos frente a la casa.*

Si bien el niño obedecía, también se quejaba. Estaba cansado de la tierra. Estaba cansado de las bolsas. ¿Por qué su padre no le daba lo que otros padres dan a sus hijos? Ellos tenían juguetes y juegos; él tenía tierra. Cuando veía lo que los otros tenían, enloquecía.

«*Esto no es justo*», se decía. Y cuando veía a su padre, le reclamaba:

— *Ellos tienen diversión. Yo tengo tierra.*

El padre sonreía y con sus brazos sobre los hombros del niño le decía:

— *Confía en mí, hijo. Estoy haciendo lo que más conviene.*

Pero para el niño era duro confiar. Cada día el padre traía la carga. Cada día el niño llenaba las bolsas.

— *Amontónalas lo más alto que puedas*, le decía el padre mientras iba por más.

Y luego el niño llenaba las bolsas y las apilaba. Tan alto que no ya no podía mirar por encima de ellas.

— *Trabaja duro, hijo*, -le dijo el padre un día-, *el tiempo se nos acaba.*

Mientras hablaba, el padre miró al cielo oscurecido. El niño comenzó a mirar fijamente las nubes y se volvió para preguntarle al padre lo que significaban, pero al hacerlo sonó un trueno y el cielo se abrió. La lluvia cayó tan fuerte que escasamente podía ver a su padre a través del agua.

— *¡Sigue amontonando, hijo!*

Y mientras lo hacía, el niño escuchó un fuerte estruendo. El agua del río irrumpió a través del dique hacia la pequeña villa. En un momento la corriente barrió con todo en su camino, pero los sacos de tierra que habían apilado delante de su casa dio al niño y al padre el tiempo que necesitaban.



— *Apúrate, hijo. Sígueme.*

Corrieron hacia la montaña detrás de su casa y entraron a un túnel. En cuestión de momentos salieron al otro lado, huyeron a lo alto de la colina y llegaron a una nueva casita.

— *Aquí estaremos a salvo,* dijo el padre al niño.

Sólo entonces el hijo comprendió lo que el padre había hecho. Había provisto una salida. Antes que darle lo que deseaba, le dio

lo que necesitaba. Le dio un pasaje seguro y un lugar seguro.

A veces no entendemos al Padre. Pero Él sabe lo que hace. No te quejes de los sacos de tierra que has tenido que cargar. Un día sabrás que Dios estaba trabajando para tu futuro.



Cuando venimos a este mundo podemos "elegir" entre tres caminos muy diferentes: **Uno, el de caminar de espaldas a Dios.** Si así lo hacemos, Él mismo nos advierte lo que nos ocurrirá: *"El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama"* (Mt 12:30) o en este otro pasaje: *"Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os digo, intentarán entrar y no podrán. Una vez que el dueño de la casa haya entrado y haya cerrado la puerta, os quedaréis fuera y empezareis a golpear la puerta, diciendo: «Señor, ábrenos». Y os responderá: «No sé de dónde sois...; apartaos de mí todos los servidores de la iniquidad».* Allí habrá llanto y rechinar de dientes" (Lc 13: 24-28).

Una segunda opción es intentar vivir con Dios, pero siguiendo cada uno su propio camino, y no el que Dios le había preparado. Y ya sabemos lo que les ocurre a quienes no siguen los caminos de Dios: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"* (Jn 14:6). *"El que me sigue no anda en tinieblas"* (Jn 8:12).

Y una tercera opción, que fue la que Cristo adoptó personalmente y al mismo tiempo nos enseña a nosotros: *"Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió"* (Jn 6:38). Camino que también siguió la Virgen María: *"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra"* y el que han tomado todos los santos.



Una cualidad que tuvieron todos ellos fue la docilidad; es decir, permitieron que Dios "dirigiera y moldeara" sus vidas. La docilidad es una virtud muy bella y al mismo tiempo muy difícil de vivir, pues es el resultado de la conjunción de muchas otras, tales como: amor, nobleza, humildad, confianza, generosidad. Son tantas las virtudes que entran en juego para ser "dóciles" a los planes de Dios, que es frecuente que falte alguna. Ser dóciles no quiere decir entender los planes de Dios, sino confiar en

Él, en su amor; reconocer las debilidades de uno, y estar seguro que Dios siempre lo puede hacer mejor que nosotros si le dejamos manos libres para actuar.

"Como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mi mano" (Jer 18:6) .



El pintor y el modelo

Hace ya muchos, pero que muchos años, hubo en Florencia un obispo que tenía gran afición por la pintura. Entre muchas de sus actividades planificó contratar a un buen pintor para que decorara la Capilla de la Comunión de la Catedral con frescos sobre la vida de Jesús. A los pocos años encontró a un joven pintor recién llegado de Lisboa, que atraído por la pintura italiana del renacimiento había venido a Florencia para aprender esas técnicas. Uno de los canónigos del cabildo catedralicio, que era también portugués, avisó al señor obispo del hecho y le dijo que este nuevo pintor venía precedido de muy buena fama que se había ganado trabajando para varios señores en Oporto. Nuestro joven pintor fue llamado por el señor obispo, quien le propuso el nuevo trabajo.

— *Mire usted –dijo el obispo–, necesito que estas paredes de la Capilla de la Comunión sean cubiertas con frescos de la vida de Jesús: el Nacimiento, la Pérdida de Jesús en el Templo..., y en aquel otro extremo pinte a los Doce Apóstoles con el Señor..., y más allá la Crucifixión y Enterramiento de Nuestro Señor.*

Nuestro pintor, Francisco Gonçalves de nombre, movido más por el hambre que por el deseo de trabajar, hizo los primeros bocetos que rápidamente fueron aprobados por el señor obispo. Así pues,

después de la Semana Santa del 1462 se dispuso a comenzar su obra. Varios años le llevó pintar el Nacimiento de Jesús, el episodio de la Pesca Milagrosa, la Crucifixión...

Poco a poco las paredes de la Capilla se fueron decorando con maravillosas y conmovedoras pinturas. Francisco tenía la costumbre de pintar los cuerpos y dejar para el final la cara, pues tenía la idea que un rostro humano debía ser tomado de la realidad para que la imagen plasmada fuera capaz de manifestar auténticos sentimientos y conmover así a las personas. De ese modo había encontrado el rostro del Niño Jesús para el Nacimiento, la Virgen María, algunos de los Apóstoles. Algo más difícil le fue encontrar un rostro adecuado para reflejar la imagen de Cristo. Después de más de cinco años decorando las paredes, sólo le faltaba pintar a Jesús Perdido en el Templo y terminar con la escena del Beso de la Traición de Judas en el Huerto de Getsemaní.

Un día, mientras estaba andando por la pequeña plaza que hay delante de la basílica de Santa María de la Fiore (Catedral de Florencia), vio a una madre relativamente joven que iba con sus tres hijos. El mayor de ellos, de unos doce años, llamó la atención de nuestro pintor por el rostro tan puro, bello y atractivo que tenía. Un rostro que manifestaba santidad, inteligencia, profundidad de carácter; en fin, un rostro perfecto para su pintura de Jesús en el Templo cuando tenía doce años. Habló con la madre, la cual se sintió profundamente conmovida cuando oyó hablar tan bellamente de su hijo. Ésta aceptó enseguida la proposición que le hizo el pintor. Después de varias semanas, el fresco había sido terminado. Más difícil le fue encontrar un rostro que reflejara la maldad de Judas para poder plasmar el beso de la traición, por lo que no pudo acabarlo.

Pasaron los años, nuestro pintor se hizo famoso, y la pintura estaba todavía sin terminar. Tanto tiempo pasó que la gente comenzó a llamarle al fresco "El Beso de la Traición sin Judas"; pues de Judas estaba todo pintado menos la cara. Llamaba la atención el rostro de sorpresa y profundo dolor de Jesús, al comprobar que este Apóstol había sido capaz de "venderle" con un beso. De hecho, los ojos de Cristo estaban como empañados de lágrimas y todo su rostro dibujaba una gran tristeza.

Treinta y dos años después, Francisco, nuestro pintor, era ya muy famoso. Con el paso de los años se había ido desplazando de ciudad en ciudad pintando para señores, obispos, condes... Los últimos cinco años los había pasado en Praga. Mientras tanto, el obispo de Florencia había cambiado cuatro veces de nombre, y la pintura del Beso de Judas estaba todavía sin terminar.

Un día el deán de la Catedral, empeñado en que fuera el mismo pintor quien la acabara, comenzó a seguirle la pista a nuestro pintor errante hasta que llegó a la ciudad de Praga. Allí se encontró con

él, éste ya tenía cerca de setenta años. Le recordó la obra que se había dejado inacabada en la Catedral de Florencia al tiempo que le invitó a volver.

- *Mire usted, -dijo Francisco-. No pude acabar el fresco porque no encontré un rostro lo suficientemente expresivo y malvado que fuera capaz al mismo tiempo de dar un beso de traición.*
- *Le ruego que vuelva conmigo -dijo el deán-. Han pasado muchos años y sería una pena que su maravillosa pintura tuviera la mancha negra de no haber sido acabada.*

Nuestro pintor dio un profundo suspiro como manifestando poca esperanza para esta nueva empresa, pero movido por el compromiso que en su tiempo adquirió con el obispo del lugar, prometió volver cuanto antes.

No había pasado un mes cuando Francisco estaba de vuelta en Florencia y se dispuso a buscar una cara para su Judas. De pronto le vino a la mente una idea: el mejor sitio donde encontrará esta cara será en un bar de mala muerte o en un hogar de acogida de pobres miserables. Y así lo hizo. Durante varios días recorrió los bares, tascas, tugurios, hospitales..., hasta que al final vio un rostro "perfecto".

¡Este será mi Judas! - Pensó Francisco.

Se acercó a un hombre de poco más de cuarenta años y le propuso que fuera su modelo. Tuvo mucho cuidado de no manifestar a quién tenía que representar, no fuera que le diera una negativa por respuesta.

Nuestra "cara de Judas" era un hombre de ojos perversos, cejas arqueadas, frente llena de arrugas, con una mirada triste, perdida y sin esperanza. Según pudo nuestro pintor ir recabando por preguntas que le fue haciendo camino a la Catedral, siempre vivió en los alrededores de Florencia, aunque debido a su pobreza se había hecho ladrón; y por su desesperación, también borracho. Hacía años que su mujer y sus hijos le habían abandonado. Durante un tiempo estuvo encarcelado porque le habían acusado de matar vilmente a otro hombre en una pelea de borrachos. Una vez que salió de la cárcel nadie quería darle trabajo, pues su rostro reflejaba maldad, por lo que tuvo que vivir en la calle recogiendo de aquí y allá lo que podía. Tantos sufrimientos experimentados lejos de Dios, habían hecho de nuestro modelo un pobre Judas.

Llegados a la Capilla de la Comunión de nuestra Catedral, el pintor le fue enseñando los diferentes frescos que durante muchos años había pintado. Nuestro "pobre Judas" se fue conmoviendo poco a poco. La expresión de su rostro comenzó a llenarse de arrepentimiento y dolor, al tiempo que una profunda paz empezó a llenar inexplicablemente su alma. En eso que nuestro pintor se puso frente

al fresco del Jesús Perdido en el Templo y comenzó a explicarle cómo hacía muchos años había encontrado un rostro perfecto que manifestaba la belleza del alma de Jesús cuando era niño. De repente, el pintor se dio la vuelta y vio a nuestro Judas llorando amargamente. Francisco entonces, conmovido ante el llanto le preguntó:

— *Amigo ¿qué le ocurre?*

Y nuestro Judas le responde:

— *¿Acaso no me reconoce? ¡Ese niño era yo!*

En ese mismo instante el rostro de nuestro Judas cambió, dejó de ser perverso y malvado, pues la gracia del arrepentimiento había entrado su corazón.

Nuestro pintor, feliz, pero triste porque se había quedado sin su cara de Judas, prefirió pintarlo de espaldas para que no se le viera el rostro; y así de un modo u otro, pudiera servir esa imagen para todo aquél que estuviera dispuesto a recibir treinta monedas de plata por traicionar a Cristo.



Nota: Los nombres, personajes e incluso las situaciones que se cuentan son imaginarios; a pesar de ello y desgraciadamente, serán totalmente reales para muchas personas.

El rostro de nuestro Judas, tocado por la gracia de Dios, quedó totalmente transformado; y es que como decimos vulgarmente: "los ojos son el reflejo del alma". O con palabras dichas por nuestro Maestro: *"La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!"* (Mt 6: 22-23); y también en otro lugar: *"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"* (Mt 5:8).

¡Cuánto es capaz de cambiar el rostro de una persona! De niño, ¡cuánta inocencia! En cambio de mayor... Contemplar nuestro rostro de mayor y compararlo con una foto cuando éramos niños, quizá sea una buena confesión que deberíamos hacer ante nosotros mismos y ante Dios.



Como una bella flor

Hace unos años alguien, que ahora mismo no recuerdo, me contó una bella historia sobre aprender a valorar las cosas que tenemos; cosas que por tenerlas siempre a mano no le damos mucha importancia hasta que... Permítame que pase directamente a contarte lo que me acuerdo de ella.

Había una joven de unos cuarenta años que era bastante acomodada: Tenía de todo, un marido maravilloso, hijos perfectos, un empleo estable en una tienda de alta costura, una familia unida. Lo extraño es que ella no conseguía conciliar todas sus actividades. El trabajo y los quehaceres le ocupaban todo el tiempo y su vida siempre andaba coja en algún área. Si el trabajo le consumía mucho tiempo, ella lo quitaba de los hijos; si surgían problemas, ella dejaba de lado al marido... Las personas que ella amaba eran siempre dejadas para después. Hasta que un día, su padre, un hombre muy sabio que en repetidas ocasiones había hablado con su hija de ese problema, le dio un regalo. Con la excusa de que era su cumpleaños le regaló una planta de la familia de las orquídeas que daba sólo una flor de vez en cuando, pero precisamente por ello tenía un valor incalculable; tanto, que según contaba la historia, años atrás hubo otro ejemplar en el mundo en manos del sultán de Pulmankar, pero que ya había muerto.

Y le dijo:

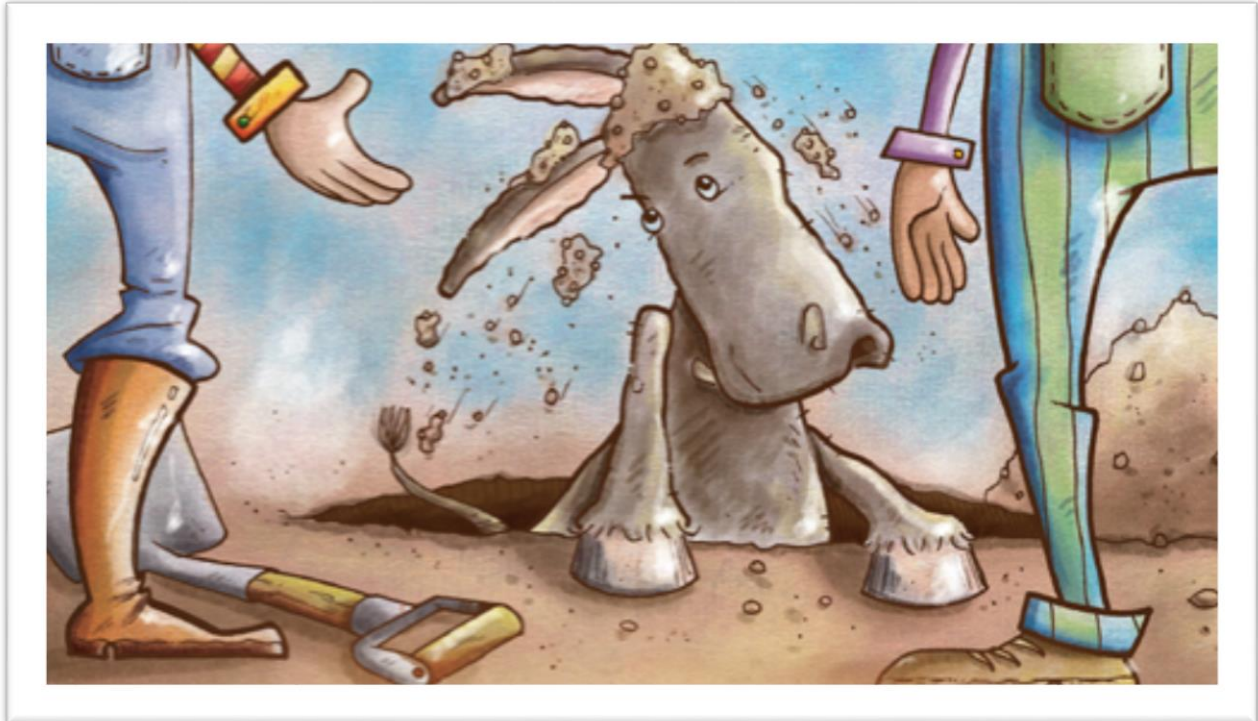
— *Hija, ya verás cómo esta flor te va a ayudar mucho. ¡Más de lo que te imaginas! Tan sólo tendrás que regarla y podarla de vez en cuando; y a veces conversar un poco con ella. Ella te dará a cambio ese perfume maravilloso y esas maravillosas flores que ahora ves.*

La joven quedó muy emocionada, a fin de cuentas, la flor era de una belleza sin igual. Pero el tiempo fue pasando, los problemas surgieron, el trabajo consumía todo su tiempo; y su vida, que continuaba confusa, no le permitía cuidar de la flor. Ella llegaba a casa, miraba la flor, y la planta no mostraba señal de flaqueza. La flor seguía bellísima, la contemplaba un segundo y pasaba de largo para hacer las mil y una cosas que tenía pendientes.

Hasta que un día la flor murió. Ella llegó a casa ¡y se llevó un susto! Estaba completamente muerta, su raíz estaba reseca, la flor mustia y sus hojas amarillas. La joven lloró mucho, y contó a su padre lo que había ocurrido.

Su padre entonces respondió:

— *Ya me imaginaba que eso ocurriría, y no te puedo dar otra flor, porque no existe otra flor igual a esa, ella era única, al igual que tus hijos, tu marido y tu familia. Todas son bendiciones que el Señor te dio, pero tú tienes que aprender a regarlos, podarlos y darles atención; pues al igual que la flor, los sentimientos también mueren. Te acostumbraste a ver la flor siempre allí, siempre florida, siempre perfumada, y te olvidaste de cuidarla.*



El burro y el pozo

El cuento que les voy a contar hoy es ya muy conocido; pero aunque lo sea, siempre es bueno recordarlo. Tendríamos que aprender a reaccionar ante los problemas de la vida como cristianos que somos; o al menos, como el burro de nuestra historia.

Un día, el burro de un aldeano se cayó a un pozo. El pobre animal estuvo rebuznando con amargura durante horas, mientras su dueño buscaba inútilmente una solución. Pasaron un par de días, y al final, desesperado el hombre al no encontrar remedio para aquella desgracia pensó que, como el pozo estaba casi seco y el burro era ya muy viejo, realmente no valía la pena sacarlo, sino que era mejor enterrarlo allí. Pidió a unos vecinos que vinieran a ayudarlo. Cada uno agarró una pala y empezaron a echar tierra al pozo, en medio de una gran desolación.

El burro advirtió enseguida lo que estaba pasando y rebuznó entonces con mayor amargura. Al cabo de un rato, dejaron de escucharse sus lastimeros quejidos. Los labriegos pensaron que el pobre burro debía de estar ya asfixiado y cubierto de tierra. Entonces, el dueño se asomó al pozo, con una mirada triste y temerosa, y vio algo que le dejó asombrado. Con cada palada, el burro hacía algo muy inteligente: se sacudía la tierra y pisaba sobre ella. Había subido ya más de dos metros y estaba bastante arriba. Lo hacía todo en completo silencio y absorto en su tarea. Los labriegos se llenaron

de ánimo y siguieron echando tierra, hasta que el burro llegó a la superficie, dio un salto y salió trotando pacíficamente.



Llevar una vida difícil, o tener contratiempos más o menos serios, es algo que a cualquiera puede suceder. La vida, a veces, parece que nos aprisiona como en el fondo de un pozo, y que incluso nos echa tierra encima. Ante eso, hay modos de reaccionar “virtuosos e inteligentes”, como el de aquel burro, que **de lo que parecía su condena supo hacer su tabla de salvación**; y otros estilos que son más bien lo contrario, propios de personas que no saben sacar partido a sus propios recursos y que, en cambio, dominan lo que podría llamarse el arte de amargarse la vida.

Hay quienes se han acostumbrado a dejar divagar su mente por el pasado hasta convertirlo en una inagotable fuente de amargura. Ven su juventud como una edad de oro perdida para siempre, lo que les proporciona una reserva inagotable de frustración y, sobre todo, les hace pensar poco en el presente. Sus suposiciones sobre el futuro son igualmente tristes y sombrías, y eso les facilita encontrar motivos para abandonar la mayoría de los esfuerzos por mejorar las cosas. Son bastante dados al victimismo, a echar la culpa a los demás; o a la sociedad, que malogra todos sus esfuerzos; o a sus amigos o parientes; o a lo que sea. Piensan que la solución de sus problemas está fuera de su alcance. Piensan mal de los demás, y se conducen como si leyera con gran clarividencia los pensamientos ajenos, cuando, en realidad, aciertan pocas veces (aun así, seguirán considerando ingenuos a los que tengan una visión más positiva de las personas o las situaciones). También muestran una sorprendente capacidad para ver cumplidas sus negras profecías (hacen bastante para que así sea), y en el trato personal son susceptibles e impredecibles, de esos que te dicen algo y es difícil saber si van en broma o en serio, pero lo que es seguro es que después te reprocharán que te tomas en broma las cosas serias o que no tienes ningún sentido del humor. El Señor nos dijo de muchas maneras cuál había de ser nuestra conducta ante los problemas del día a día. Aquí les traigo algunas:

- *“Para los que aman a Dios todo lo que les ocurre es para su bien”* (Rom 8:28).
- *“¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?”* (Mc 8:36).
- *“A cada día le basta con su propio afán”* (Mt 6: 25-34).
- *“Si tu hermano te pega en una mejilla pon la otra”* (Mt 5:39).
- *“Por lo cual exultáis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco en las diversas tentaciones, para que vuestra fe probada, más preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de*

Jesucristo, a quien amáis sin haberlo visto, en quien ahora creéis sin verle, y os regocijáis con un gozo inefable y glorioso” (1 Pe 1: 6-8). Las pruebas tienen como fin evaluar nuestra fe y nuestro amor. Nuestra reacción ante las pruebas no debe de ser otra sino vencerlas, ya que cada prueba vencida reflejará su solidez.

- *“Todavía no habéis derramado sangre en vuestra lucha contra el pecado” (Heb 12:4).*
- Y recordemos siempre que ***“nunca seremos probados por encima de nuestras fuerzas”*** (1 Cor 10:13). En cada prueba recibimos de Dios las gracias necesarias para superarla.



No es suficiente con una bonita pegatina

Era una tarde calurosa del mes de junio. Sería como alrededor de las 4:30. A pesar de la abundante circulación, el tráfico era relativamente fluido. Los hechos ocurrieron en una de esas arterias principales que cruzan cualquiera de los pueblecitos de España, y que después de haber tenido un alcalde que quería hacerse notar, la había llenado de semáforos cada doscientos metros, pero que por no estar sincronizados debidamente tardabas un buen tiempo en cruzarla; y más todavía si te caía algún "fangio" que se tomaba su tiempo para salir de un semáforo en rojo. Me imagino que la situación le será bastante familiar.

En esto que uno de los semáforos de la avenida se pone amarillo justo cuando mi amigo iba a cruzar con su automóvil. Él, que iba a una velocidad prudente, no tuvo que hacer mucho esfuerzo para detenerse un metro antes de la línea de paso para peatones. Si hubiera acelerado un poco, podría haber pasado, pero prefirió ser prudente.

De repente, una mujer que conducía el automóvil que estaba detrás de él se puso furiosa y empezó a tocar la bocina en repetidas ocasiones, al tiempo que acompañaba la "música" con comentarios, adjetivos, interjecciones... llenos de "color" en alta voz, y que ahora por decoro no me atrevo a repetir. Por culpa del "tortuga" que iba delante había tenido que hacer una parada en seco. Y para colmo, se le cayó el móvil mientras que hablaba con su amiga.

En medio de su pataleta, oyó que alguien le tocaba el cristal del lado. Allí, parado junto a ella, estaba un policía mirándola muy seriamente. El oficial le ordenó salir de su coche, y la llevó a la comisaría donde la revisaron de arriba abajo, le tomaron fotos, las huellas dactilares y la pusieron en una celda.

Después de un par de horas, un policía se acercó a la celda y abrió la puerta. La señora fue escoltada hasta el mostrador, donde el agente que la detuvo estaba esperando con sus efectos personales:

— *Señora, lamento mucho este error, -le explicó el policía-. Le mandé bajar mientras usted se encontraba tocando la bocina fuertemente, queriendo pasarle por encima al auto de delante, maldiciendo, gritando improperios y diciendo palabras soeces. Mientras la observaba, me percaté que de su espejo colgaba un Rosario; su auto tenía en el parachoques de atrás varias pegatinas que decían: '¿Qué haría Jesús en mi lugar?', 'Sígueme el domingo a la Iglesia' y entre ambas, el emblema cristiano del pez. Así que todo ello me llevó a pensar que el auto era robado".*



Con qué facilidad se nos “ve el plumero” a los cristianos. Intentamos dar una imagen ante los demás, pero luego nuestras obras niegan todo aquello que decimos defender. *“Por sus obras los conoceréis”* – dijo el Señor. Es bastante frecuente que nuestra fe vaya por un lado y nuestras obras por el lado opuesto. Cuando ese es el caso, antes o después se produce una “esquizofrenia” en la persona; división, que no tarda mucho tiempo en pasar factura; pues como nos dice el adagio: “Si no vives como piensas, al final acabarás pensando como vives” (Gandhi); que no es sino una paráfrasis de lo dicho por Jesucristo: *“Por sus frutos los conoceréis”* (Mt 7:16) y explicado también por el apóstol Santiago (2:14): *“Una fe sin obras es una fe muerta”*.

A esta pobre mujer del cuento le costó un buen susto y varias horas de su vida darse cuenta del error en el que vivía. A nosotros, si no cambiamos, puede que nos cueste mucho más; incluso, la vida eterna.



Dios toca el piano contigo

Deseando animar a su nieto para que progresara en sus lecciones de piano, su abuela lo llevó a un concierto de Paderewski. Después de que ocuparon sus respectivos lugares, la abuela reconoció a una amiga en la audiencia y dejando a su nieto, se dirigió hacia ella.

Teniendo la oportunidad de explorar las maravillas de ese viejo teatro, el pequeño niño recorrió algunos de los lugares y posteriormente logró llegar a una puerta donde estaba escrito el cartel de "Prohibida la entrada"; pero esto no le importó en absoluto.

Cuando se anunció la tercera llamada y las luces empezaron a apagarse para el comienzo del concierto, la abuela regresó a su butaca, descubriendo horrorizada que su nieto no estaba allí.

Inmediatamente las grandes cortinas se abrieron y los reflectores apuntaron hacia el centro del escenario. La abuela, sorprendida, vio a su pequeño nieto sentado en el piano tocando inocentemente "El patio de mi casa". En ese momento, el gran maestro Paderewski hizo su entrada y como si no pasara nada, se dirigió hacia el piano y susurró al oído de pequeño:

"No pares hijo, sigue tocando, lo estás haciendo muy bien"

Entonces, el maestro, inclinándose hacia el piano comenzó a hacer un acompañamiento junto al niño con su mano izquierda. Pronto, su mano derecha, alcanzó el otro lado del piano para realizar un

obligato. Juntos, el gran maestro y el pequeño novicio, transformaron la embarazosa escena en una maravillosa y creativa experiencia. Acabada la inesperada composición, la audiencia aplaudió muy entusiasmada.

Esa es la forma como Dios trabaja junto a nosotros. Él está siempre a nuestro lado cambiando nuestros pequeños esfuerzos hasta convertirlos en grandes cosas, susurrándonos al oído: *"¡No pares hijo, síguelo intentando, lo estás haciendo muy bien!"*. Dios siempre quiere estar a nuestro lado ayudándonos, la única condición que nos pone es que no le echemos.

Esta bonita imagen la encontramos en multitud de lugares de la Biblia:

- *"Tengo siempre presente al Señor; con Él a mi derecha no vacilaré"* (Sal 16:8).
- San Pablo lo sabía muy bien y por eso nos dice: *"Yo sé de quién me he fiado"* (2 Tim 1:12). *"Bendito sea Dios... que nos consuela en todas nuestras tribulaciones"* (2 Cor 1: 3-4).
- *"No temas, que yo estoy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré y vendré en tu ayuda, y con la diestra victoriosa te sostendré."* (Is 41:10).
- *"Aunque pase por valles oscuros, no temo ningún mal, porque Tú estás conmigo"* (Sal 23:4).
- *"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros"* (Jn 14: 16-19).

El buen cristiano nunca "toca" solo. Dios siempre está a su lado ayudándole, corrigiéndole, animándole.... Dios podría actuar sólo, pero en este mundo prefiere "tocar" con nosotros. Como nos dice San Agustín: *"Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti"*.



Era rico pero no lo sabía

Un joven muchacho, que estaba a punto de graduarse, hacía muchos meses que había visto un hermoso auto deportivo en una tienda de compra-venta de vehículos. Sabiendo que su padre podría comprárselo, pues tenía muchísimo dinero, le dijo que ese auto era lo que quería para su graduación.

Llegó el día de la graduación y el padre le llamó para que fuera a su despacho. Mientras que sujetaba en sus manos una hermosa caja de regalo, le dijo lo orgulloso que se sentía de tener un hijo tan bueno y lo mucho que lo amaba.

Curioso y de algún modo decepcionado, el joven abrió la caja y lo que encontró fue una hermosa Biblia con cubiertas de piel y su nombre escrito en letras de oro. Enojado le gritó a su padre diciendo:

— *Todo el dinero que tienes y solo me das esta Biblia.* -Y salió de la casa, tirando la Biblia por los suelos-.

Pasaron muchos años y nuestro joven se convirtió en un exitoso hombre de negocios. Tenía una hermosa casa y una bonita familia. Cuando supo que su padre, que ya era anciano, estaba muy enfermo, pensó en visitarlo. No lo había vuelto a ver desde el día de su graduación.

Antes de que fuera a verlo, recibió un telegrama que decía que su padre había muerto y le había dejado todas sus posesiones. El abogado le comunicaba en el telegrama que necesitaba urgentemente verlo en la casa de su padre para arreglar los trámites del testamento.

Cuando llegó a la casa de su padre, su corazón se llenó de gran tristeza y un profundo arrepentimiento. Empezó a ver todos los documentos importantes que su padre tenía y encontró la Biblia que le había regalado para su graduación. Con lágrimas la abrió y empezó a hojear sus páginas. Su padre cuidadosamente había puesto una estampita en una de sus páginas. Abrió por esa página y se encontró subrayado un verso de San Mateo que decía:

"Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan?" (Mt 7:11).

Mientras leía esas palabras, una llave de coche cayó de la Biblia. Tenía una tarjeta de la agencia de autos donde había visto ese coche deportivo que tanto había deseado. En la tarjeta aparecía la fecha del día de su graduación y las palabras:

"TOTALMENTE PAGADO"...

Sólo entonces se dio cuenta cuán desagradecido había sido con su padre. Por ese pequeño detalle, lo había abandonado y nunca más lo había visitado. Ahora ya no tenía remedio. Sólo le quedaba el arrepentimiento y en medio de sus oraciones, pedirle perdón.



¡Cuántas veces hemos rechazado y perdido las bendiciones de Dios porque no era lo que nosotros esperábamos! ¡Cuántos regalos nos hace Dios a lo largo de nuestra vida pero que pasan "desapercibidos" para nosotros! Permítanme que les haga una breve lista:

- Cada nuevo día de nuestra vida es un regalo de Dios. La vida, aunque no es el mayor regalo que recibimos Él, es el que posibilita que sigamos recibiendo todos los demás. Si Dios no nos diera la vida, no gozaríamos de este mundo, ni luego tendríamos la posibilidad de vivir eternamente.
- La Sagrada Eucaristía: que podemos recibir todos los días si así lo deseamos; pero que a veces se pasan semanas e incluso años estando alejados de ella. Es el alimento que nos da la vida eterna (Jn 6: 31-60).
- La Virgen María, dada por Jesús como regalo para nosotros cuando a Él más falta le hacía: en el momento de la cruz (Jn 19:27).

- El amor de Dios, que es derramado en nuestros corazones a través del Espíritu Santo (Rom 5:5)
- La alegría que Cristo nos da y que nadie nos podrá quitar (Jn 16:22)
- La paz de Cristo: *"Mi paz os dejo, mi paz os doy"* (Jn 14:27)
- La vida de Cristo en nosotros: *"Para mí la vida es Cristo"* (Fil 1:21), o *"El que me come vivirá por mí"* (Jn 6:57).
- La fe y las demás virtudes teologales, que son regalos de Dios.
- El ángel de la guarda, que cuida especialmente de cada uno de nosotros. ¡Cuántos días..., se pasan sin acordarnos de él y sin darle gracias!
- La familia y la salud: que a veces sólo las valoramos cuando las hemos perdido.
- Pero quizá el mayor regalo sea Dios mismo. ¿Acaso han oído decir alguna vez a un ateo "Dios mío"? Y así es, Dios es mío y también tuyo.

¿Cómo podríamos pagar tantos regalos? Sólo de un modo: con amor. ¡Cuántas veces nuestra ceguera o nuestro orgullo no nos dejan ver las maravillas que nos rodean, y que por ser regalos de Dios son nuestros! Todos los cristianos somos ricos, pero muchos no lo saben.



Yo sé de quién me he fiado

En medio de tantas preocupaciones, frustraciones, sinsabores, fracasos..., que tenemos que superar diariamente, es fácil dejar de mirar al cielo y caer sin darnos cuenta en el desencanto e incluso en la desesperación. Es difícil ver la mano de Dios en lo que parece una desgracia. A pesar de todo, tenemos que confiar en Él y seguir adelante. Nunca desmayemos, pues Dios sabe escribir derecho con renglones torcidos.

Permíteme que te cuente una historia sencilla que refleja el cuidado que Dios tiene de los que le aman, a pesar de que a primera vista pudiera parecer todo lo contrario.

Hace ya muchos años, un barco mercante que iba desde el puerto de Guayaquil a las islas Galápagos, como consecuencia de una imprudencia de su capitán chocó contra unos de los arrecifes que se encontró en el camino. Después de varios días de gran esfuerzo por mantener el barco a flote, el gran oleaje y la poca pericia de los tripulantes, terminó por hundirlo. A pesar de que doce hombres saltaron al agua, el mal estado de los botes salvavidas y la falta de agua y alimento, hizo que sólo uno ellos fuera capaz de llegar a las costas de una misteriosa isla.

Pocas semanas después, nuestro pequeño Robinson ya se había repuesto. El hambre y la necesidad le habían despertado el instinto de supervivencia. Por lo que no le costó mucho encontrar algunas frutas y lo más necesario para su diario sustento. Un pequeño arroyo le proveía de agua para beber;

y con palos de algunos árboles muertos y ramas secas se fabricó una choza para protegerse del fuerte sol y de las lluvias abundantes.

Todos los días oraba fervientemente pidiendo a Dios que alguien lo rescatara. Por la mañana, con las primeras luces, se subía a una atalaya que había en un extremo de la isla y revisaba el horizonte buscando ayuda. En varias ocasiones recorrió la pequeña isla de uno al otro extremo, pero no encontró el más mínimo rastro de que alguien hubiera habitado allí en los últimos años.

Conforme pasaron los meses, la soledad y el silencio comenzaron a apoderarse de él. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no desesperarse; y lo que es peor, para no cometer una barbaridad. ¡Era tan fácil poner fin a sus sufrimientos!

Un día, después de haber subido a un cocotero buscando algo de fruta y haberse pasado unas horas en la orilla recogiendo el pescado que había caído en una trampa que él mismo había improvisado, regresó a su "mansión" y encontró la pequeña choza en llamas. El humo subía hacia el cielo. Todo su esfuerzo de meses había ardido. En ese momento se sintió morir. Él, confundido y enojado con Dios, en medio de lágrimas le decía:

— *¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Por qué has permitido esta desgracia? ¿Y ahora qué va a ser de mí?*

El agotamiento y la desesperación pudieron con él. No teniendo dónde guarecerse esa noche, no le quedó más remedio que dormir sobre la arena de la playa. Al siguiente día, muy temprano, escuchó asombrado el sonido de un barco que se aproximaba a la isla. Pocos minutos después una barquita de remos se acercaba donde él estaba. ¡Al fin, venían a rescatarlo!

Cuando tuvo frente a sí a los marineros, les preguntó:

— *¿Cómo sabían que yo estaba aquí?*

Y sus rescatadores contestaron:

— *Vimos las señales de humo que nos hiciste.*



Es fácil enojarse cuando las cosas van mal, pero nunca debemos dejar de confiar en Dios. Sigamos rezando, nunca le abandonemos porque Dios está preparando algo bueno para nuestras vidas. Aún en medio de lo que reconocemos como penas y sufrimientos, Dios sabe mandarnos a su ángel de la guarda.

Recuerda, la próxima vez que tu pequeña choza se queme... puede ser simplemente una señal de humo que parte del AMOR de DIOS. Ante todas las cosas malas que nos ocurren, digámonos a nosotros mismos: DIOS TIENE UNA RAZÓN PARA TODO ELLO. Medita estas frases tomadas del Evangelio; ellas contienen una profunda y práctica enseñanza de Cristo para poder cargar con alegría la cruz de cada día.

"Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Rom 8:28)

"¡Pedid y se os dará!" (Mt 7:7) "Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado" (Jn 16:24)

La virtud de la esperanza se demuestra cuando las esperanzas humanas ya han fracasado, y en cambio seguimos confiando en Dios: *"Abraham, **esperando contra toda esperanza, creyó** y fue hecho padre de muchas naciones según le había sido dicho: Así será tu posteridad. No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor - tenía unos cien años - y el seno de Sara, igualmente estéril"* (Rom 4: 18-19).

*"Por esta causa sufro, pero no me avergüenzo, porque **sé a quién me he confiado**, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día. Ya no os llamo siervos sino amigos"* (2 Tim 1:12).

"Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide!" (Mt 7:11).

"Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3:16).

Dios siempre está junto a nosotros. Y sabed: *"El que me sigue no anda en tinieblas"* (Jn 8:12). Así pues, no perdamos la esperanza. Como decía San Pablo: *"Yo sé de quién me he fiado"*.



Emily tiene los ojos castaños

Emily era una preciosa niña de tres años de edad. Su familia era cristiana de verdad. Iban todos los domingos a Misa, rezaban en casa juntos el Rosario, daban gracias a Dios e incluso el padre leía la Biblia y luego todos la comentaban... Por todo ello, Emily creció siempre en un ambiente lleno de paz y felicidad.

Sólo había un problema que le inquietaba. Le preocupaba tanto que incluso rezaba a Dios para que le concediera una inmensa gracia, ¿que cuál era? Resulta que tanto su padre como su madre y sus otros cinco hermanos tenían todos los ojos azules; todos, menos Emily. El sueño de Emily era tener ojos azules como el mar o como el cielo. ¡Ah! ¡Cómo Emily deseaba eso! Para ella era un sueño; incluso más, casi una obsesión.

Un día, mientras recibía catequesis de primera comunión en la parroquia, oyó a la señorita decir:

— *Dios responde a todas nuestras oraciones.*

Emily pasó todo el día pensando en eso. A la noche, a la hora de dormir, se arrodilló al lado de su cama y rezó del siguiente modo:

Querido Jesús, te doy las gracias por haber creado un mar tan azul, tan hermoso, tan lleno de vida. Te doy también muchas gracias por la familia tan buena que me has concedido. Te

pido también por la abuela que últimamente está un poco triste pues se murió el abuelo el otro día; aunque creo que tú ya lo sabes. Te pido también por el abuelo para que lo tengas en el cielo...; y también me gustaría pedirte por una cosa, aunque me da vergüenza. ¡Bueno te lo digo porque sé que no te vas a reír y porque sé que me quieres mucho! Me gustaría pedir... por favor... cuando me despierte mañana, quiero tener ojos azules como los de mamá. Un beso ¡muahh! Amén.

Ella tuvo fe. La fe pura y verdadera de un niño. Y, al despertar el día siguiente, corrió al espejo, miró... y ¿cuál era el color de sus ojos?... ¡continuaban castaños! ¿Por qué Dios no oyó a Emily? ¿Por qué no atendió a su pedido? ¡Eso habría fortalecido su fe! Aquel día Emily aprendió que un NO también era respuesta. La niñita agradeció a Dios de todos modos... aunque...no entendía...sólo confiaba.

Pasaron bastantes años y Emily, que se había hecho religiosa, se fue como misionera a la India. Su misión era salvar niños. ¿Que cómo los salvaba? Compraba niños para Dios. Los niños eran vendidos en un templo dedicado al dios Vishnu; donde por extrañas circunstancias todavía realizaban sacrificios humanos para aplacar la ira divina. Según me contó ella misma, las familias pobres que no tenían para mantener a sus hijos los vendían en el templo. Es por ello que Emily iba al templo todos los días y los compraba para que no murieran sacrificados. Pero para poder entrar en los templos de la India sin ser reconocida como extranjera, necesitó disfrazarse de hindú. Se cubrió la piel con polvo de café para así oscurecerla, se vistió como las mujeres del lugar y cubrió sus cabellos. De ese modo, disfrazada de hindú podía caminar libremente dentro del templo sin levantar sospechas.

Un día, una amiga misionera la vio disfrazada y le dijo:

— *¡Uauh, Emily! ¿Ya pensaste cómo harías para disfrazarte si tuvieses ojos claros como los tienen todos los de tu familia? ¡Qué Dios más inteligente servimos!... Él te dio ojos muy oscuros, pues sabía que eso sería esencial para la misión que te confiaría después.*

Esa amiga no sabía cuánto había llorado Emily en la infancia por no tener ojos azules... Pero Emily pudo finalmente entender el porqué de aquél NO de Dios hacía tantos años.

Yo, y probablemente tú también, conozco muchos casos parecidos. ¡Cuántas cosas hay que nos gustaría recibir de Dios, pero que en cambio Dios no nos otorga! A veces, incluso, llegamos a sentirnos desgraciados y hasta abandonados. Dios siempre tiene una razón para hacer y permitir lo que hace y permite. Algunas veces nos las hará saber; pero la mayoría de ellas, como un buen Padre, preferirá que confiemos en Él. Y es que Dios ¡nos ama tanto y confía tanto en nosotros!

Dios oye, sí, TODAS las oraciones... Pero Él las responde de manera sabia. No necesitas llorar si tus ojos continúan castaños... o si aún no fuiste escuchado como te gustaría. Ten siempre esta seguridad en tu corazón: ¡Dios tiene el control de todo! Y si en algún momento la duda se apodera de ti recuerda la respuesta que recibió San Pablo en medio de sus tribulaciones: *"Te basta mi gracia"* (2 Cor 12:9).



La mejor catequista

Con mucha frecuencia los padres católicos, absorbidos por las preocupaciones e inquietudes del día a día, pasan a un segundo plano formar espiritualmente a sus hijos. Creen que los niños siempre podrán aprender más tarde las oraciones básicas, las devociones propias de los niños (ángel de mi guarda, cuatro esquinitas tiene mi cama, con Dios me acuesto...) o encargan estas "obligaciones" a la abuelita porque tiene más tiempo.

Pocos padres mandarían a sus hijos a dormir sin haber cenado antes; pero en cambio son muchos los que no se preocupan de que sus hijos se acuesten sin haber hecho antes sus oraciones.

Es realmente triste, ahora que empezamos en muchas iglesias las catequisis de primera comunión, ver a niños de seis y siete años que no saben ni hacer la señal de la cruz. ¿Qué le pasaría a su hijo recién nacido si lo dejara de alimentar durante una semana? ¿Qué le pasaría a su hijo si después de haberle dado a luz no lo viera nunca más hasta que tuviera siete años? ¿Cree que le sería fácil a su hijo amarle y obedecerle a usted?

Es lógico que nos ocupemos de alimentar su cuerpo; pero es realmente una locura creer que su hijo es sólo un cuerpo al que hay que alimentar. Su hijo también tiene un alma. Esa alma necesita conocer y amar a Dios desde su más tierna infancia. Cualquier tiempo, por pequeño que sea, que dediquemos

a formar a los niños en las virtudes y devociones propias de nuestra fe, nunca será un tiempo perdido; todo lo contrario.

Además, tampoco se necesita mucho tiempo. Muchas veces un pequeño gesto es más que suficiente para que su hijo capte la enseñanza y aparezca en él el cariño a Jesús, a la Virgen, a los santos del cielo.

Les relato ahora una brevísima historia, que más que historia es un flash; pero que, como flash, puede iluminar la vida de muchos padres que han olvidado la formación religiosa de sus hijos. Así ocurrió hace ya mucho, pero que ¡muuucho tiempo...!

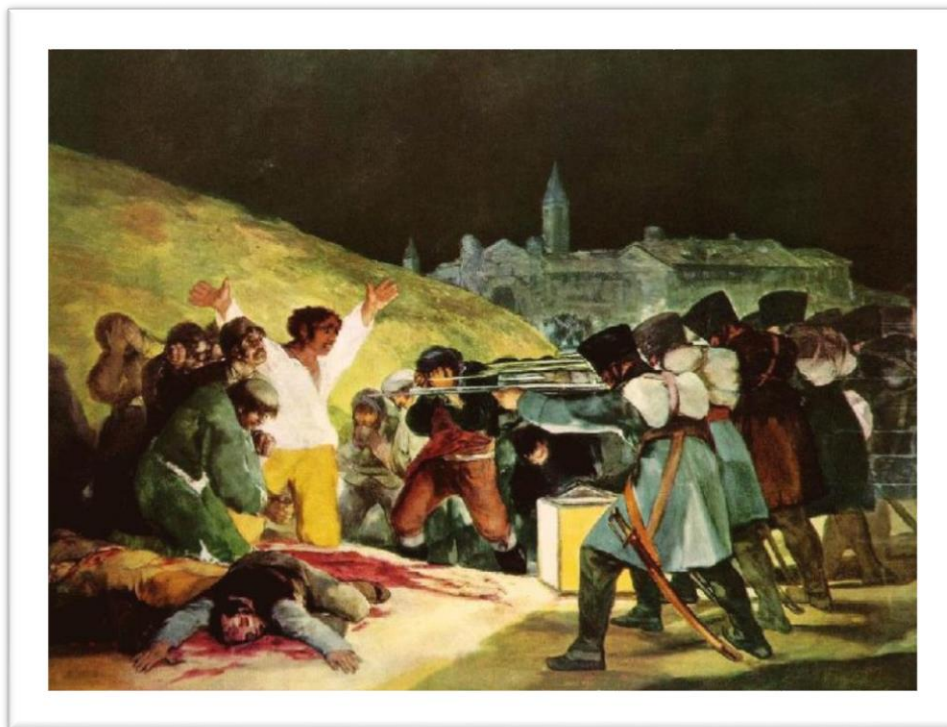
Una madre joven y piadosa solía dar un beso a su hijo chiquitín cada vez que volvía de comulgar.

— *Toma, hijo -le decía-. Este beso me lo ha dado Jesús para ti.*

Un día, el pequeño que ya hablaba, al recibir el habitual beso de Jesús se cuelga del cuello de su madre y la besa en su rostro diciéndole:

— *Toma, éste es para Él.*

¡Qué sencillez! ¡Qué hermosura! Sólo una fracción de segundo, pero ¡cuánta enseñanza en ese gesto! Y es que cuando se ama a Dios, hasta el más pequeño gesto hecho por amor puede ayudar a otra persona descubra a Jesús.



Un buen ejemplo

Hace años, cuando yo era adolescente, recuerdo que mi abuelo me solía contar historias que habían ocurrido en mi pueblo natal en los tiempos de la Guerra Civil Española; aunque yo me imagino que estas historias eran contadas por la gran mayoría de abuelos de esa época.

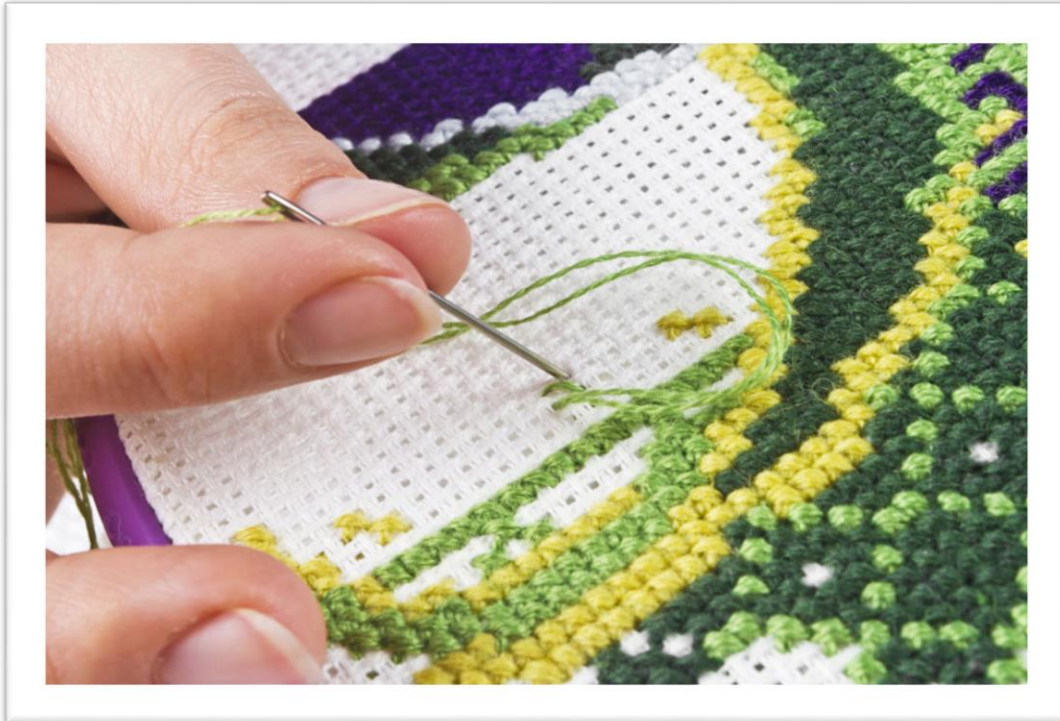
Fueron años muy difíciles para cualquier cristiano que quisiera mantenerse fiel a su fe. Yo mismo tuve un tío sacerdote a quienes los milicianos le cortaron una pierna. Mi padre me contaba las miles de cosas que tuvieron que hacer para ocultar a unas monjas de la caridad que había en mi pueblo en unas bodegas de mi casa, evitar cualquier manifestación de culto público, paliar el hambre... Cosas que ahora pueden sonar a "cuentos", pero que fueron totalmente reales. Cosas que hicieron sufrir a todo un pueblo, pero que al mismo tiempo reforzaron su fe, le ayudó a agarrarse a la cruz de Cristo y vivir siempre preparados, pues nunca podían saber si el nuevo día que alboreaba sería el último de su existencia.

Recuerdo también historias de sacerdotes y religiosas que eran metidos en barriles de vino y echados a rodar por las laderas de un monte que hay detrás de mi pueblo, mientras los milicianos iban disparando tiros a mansalva para ver quién conseguía matar al que iba dentro rodando antes de que el barril se desplomara por el acantilado.

Siempre me gustó leer libros sobre la Guerra Civil Española para así no olvidar a los mártires de nuestro pasado y al mismo tiempo aprender de los errores de nuestra historia con el fin de no volverlos a cometer. Como reza la frase que según parece dijo Cicerón: "El pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla".

Según cuentan en un libro que leí hace unos años, un sacerdote fue atrapado "in fraganti" mientras daba los últimos sacramentos a un soldado caído en el frente. Este sacerdote fue llevado a la cárcel del pueblo; y sin ningún tipo de juicio, una mañana bien temprano fue puesto en el paredón ante varios milicianos dispuestos a acabar con su vida. Atado de manos y medio desnudo, fue llevado al patio interior de la cárcel, donde los fusilamientos se hacían casi a diario. En esto que uno de los soldados le preguntó por su última voluntad y el sacerdote respondió que le gustaría que le desataran las manos antes de morir. Así lo hicieron. Pero cuando estaba ya el pelotón con las armas dispuestas para abrir fuego, el sacerdote levantó la mano derecha y comenzó a decir en latín: "Benedicat vos omnipotens Deus, Pater..." mientras hacía el gesto de la bendición. Cuando estaba haciendo esto, un miliciano, que llevaba un machete tremendo se acercó al pobre curita y entre insultos y risas le cortó las dos manos. El pelotón se dispuso de nuevo a arrebatarse la vida, cuando el sacerdote, ahora ya sin manos, levantó los dos muñones de brazos que le habían quedado y disponiéndolos en forma de cruz recibió seis o siete disparos que acabaron con su vida.

Entre tanto odio, una vez más triunfó el amor y el perdón. El Señor fue el primero que nos enseñó a amar así: *"¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!"* Si otros han sido capaces de perdonar, ¿por qué no nosotros? Si no nos sentimos con fuerza para perdonar de corazón, puede que nos falte aquello que Cristo, este sacerdote y todos los mártires sí tuvieron: un profundo y auténtico amor a Dios.



Deja que Dios sea Dios

Una de las cosas que más le cuesta al hombre de hoy, ensoberbecido como está por los grandes logros de la ciencia y de la técnica, es reconocer que es una criatura y que Dios es su creador. Esta actitud soberbia del hombre hace que haya perdido el sentido de la virtud de la religión, y sus relaciones con Dios ya no se hagan desde una actitud humilde, sino de igual a igual. Sí es verdad que el Señor nos dijo *“ya no os llamo siervos, sino amigos”*; pero de ahí a eliminar el respeto a lo sagrado y el sentido de que somos sus criaturas va mucho trecho.

Hasta hace unos cincuenta años, cuando la misa se celebraba sólo en latín y gran parte de la misa había que estar de rodillas, mantener esa posición nos ayudaba a reconocer que Dios era nuestro Señor y que de Él recibíamos todo lo que teníamos. Ahora, con la misa del Novus Ordo, donde se reduce la postura de rodillas a unos breves minutos durante la consagración, ese sentido de respeto a Dios se ha perdido bastante. Y no digamos, como ya está ocurriendo en muchas iglesias, cuando ni en el momento de la consagración los fieles se arrodillan, pues creen que eso es rebajarse y que no tienen por qué ponerse de rodillas ante nadie.

Esta forma de pensar y de vivir moderna le ha llevado al hombre actual a creer que es él quien controla todo lo que le ocurre, es autónomo en sus leyes, no depende de nadie y no tendrá que dar cuentas de sus acciones cuando la vida llegue a su fin.

Afortunadamente Dios es mucho más sabio, paciente y amoroso que nosotros, y a unos y a otros, a lo largo de nuestra vida, nos enseña en multitud de ocasiones quién es el que manda; ya sea una enfermedad grave, un accidente, la pérdida de un ser querido, etc... La actitud de muchas personas es la de no quererse dar cuenta de estos avisos que Dios nos envía y preferir seguir viviendo de espaldas a Dios; pero hay personas que a través del sufrimiento de la vida descubren a Dios por primera vez o vuelven a Él después de muchos años de lejanía.

¡Cuánto nos cuesta a los hombres darnos cuenta de que le hemos de dejar a Dios guiar nuestros pasos! ¡Cuántas veces pensamos que Dios es demasiado "duro" y "estricto" con sus normas! Si fuéramos realmente inteligentes –y también humildes–, nos daríamos cuenta de que los caminos de Dios, aunque a veces puedan parecer duros, empinados e incluso torcidos son los mejores.

Hace unos días, una persona, que acababa de descubrir a Dios después de muchos años en la oscuridad, me contaba una sencilla historia, que, a modo de cuento, le había venido a su mente como una inspiración mientras que rezaba de rodillas ante el Santísimo.

Cuando yo era pequeño, mi mamá solía coser mucho. Yo me sentaba a sus pies y la observaba mientras ella bordaba. Al observar lo que hacía, desde una posición más baja, siempre le decía que lo que estaba haciendo me parecía muy raro y complicado. Ella me sonreía, me miraba y gentilmente me decía:

— *Hijo, ve afuera a jugar un rato y cuando haya terminado mi bordado te pondré sobre mi regazo y te lo dejaré ver como yo lo veo.*

Yo no entendía por qué ella usaba algunos hilos de colores oscuros y por qué me parecían tan desordenados, pero unos minutos más tarde mi mamá me llamaba y me decía:

— *Hijo, ven y siéntate en mi regazo.*

Al hacerlo, yo me sorprendía y emocionaba al ver la hermosa flor o el bello atardecer en el bordado. No podía creerlo; desde abajo no se veía nada, todo era confuso. Entonces mi madre me decía:

— *Lo ves, hijo mío, desde abajo todo lo veías confuso y desordenado y no te dabas cuenta de que arriba había un orden y un diseño. Cuando lo miras desde mi posición, sabes lo que estoy haciendo.*

Este a modo de cuento es algo que nos ha pasado a todos. Cuando vemos nuestra vida desde abajo nos es difícil aceptar que Dios esté haciendo una obra maestra. En cuántas ocasiones hemos tenido también nosotros una conversación como ésta:

- *Padre, ¿qué estás haciendo? No entiendo nada.*
- *Querido hijo, estoy bordando tu vida.*
- *Pero se ve todo tan confuso y desordenado, los hilos parecen tan liados.*
- *Hijo, ocúpate de tu trabajo y no quieras hacer el mío. Un día te traeré al cielo y te pondré sobre mi regazo y verás desde mi posición. Entonces entenderás.*

Cuando veas tu bordado desde abajo, todo confuso y desmarañado, no te desanimes; mírale mejor a la cara y Él sabrá transmitirte confianza, pues sus ojos te dirán: “¡Déjame obrar, pues sé lo que estoy haciendo!” Hagamos como dice la canción: “Deja que Dios sea Dios”¹



Este artículo-cuento que está interpretado según una clave individual adquiere una nueva dimensión si lo vemos desde un punto de vista “eclesial”. Imaginémonos sólo por un segundo que son los hombres los que vemos el bordado que la Jerarquía –bordando desde arriba y en nombre de Dios– hace con su Iglesia. Es normal que no terminemos de “ver claro y bonito” lo que está haciendo. A nuestros ojos parece todo enmarañado; pero desde arriba, desde la posición desde donde Dios mira, todo es correcto y bello. Lo malo es cuando parte de la Jerarquía se pone a mirar el bordado desde abajo; y desde esa posición pretende hacerle ver a Dios que está equivocado y que ha de cambiar las leyes que Él nos dio.

Así pues, como nos decía la canción: “Dejemos que Dios sea Dios” y recemos para que la Jerarquía deje de mirar desde abajo y adopte su propia posición, junto a Dios; y desde allí, iluminar a todos los hombres.

¹ <https://www.youtube.com/embed/aSABVjnnSU4>



Son cosas de mamá

La devoción a la Virgen María siempre fue para todo cristiano una de las principales fuentes de gracia y alegría. Desde bien pequeños se nos enseñaba a rezarle a María y a pedirle las gracias que necesitáramos, pues sabíamos que ella se preocuparía de obtenerlas de su Hijo para nosotros. No en vano decimos que María es “medianera de todas las gracias”.

El pueblo sencillo siempre encontró en María una aliada para sus necesidades y una consoladora en sus penas. Y es verdad, María, como buena madre siempre está cerca de todo aquél que le invoca. ¡En cuántas ocasiones María consiguió de su Hijo todo lo que quería! Y eso que a veces no estaba en los planes de Cristo; pero los ruegos de María siempre le conmovieron.

Hace unos días leía una sencilla y bella historia que refleja muy bien el cariño que María tiene por todos nosotros. No en vano, su propio Hijo la hizo madre nuestra en el momento de la cruz. Esta historia dice así...

Paseaba Santo Tomás por los jardines del cielo, cuando vio pasar un alma que no resplandecía tanto como las demás... y luego vio otra... y otra más... De inmediato fue a reclamarle a San Pedro.

— *Oye, Pedro, ¿por qué andan por ahí algunas almas que luego se ve que no tienen tantas cualidades y virtudes como las demás?*

Pedro le contestó:

- *Dime por dónde, Tomás*
- *Por todos lados, indicó.*
- *Vamos a ver -dijo Pedro-.*

Y saliendo de la portería se dirigieron a los jardines. En efecto, por doquier se veían almas que no resplandecían tanto. Sin embargo, se veían felices de estar ahí.

- *Pues mira, esos no han pasado por la puerta. Yo no los hubiera dejado entrar, puntualizó Pedro.*
- *Pues entonces aquí está pasando algo raro, y más nos vale que investiguemos -dijo Tomás.*

Decidieron recorrer las vallas del Paraíso y encontraron un gran agujero en una de ellas, la que quedaba más cerca de la Tierra.

- *¡Caramba! Es por aquí por donde se están colando -dijo Tomás-.*
- *El que hizo esto, lo va a pagar caro con nuestro Dios, que aunque bueno, es muy justo... sentenció Pedro.*

Se acercaron ambos al agujero y con sorpresa descubrieron que había atado de ahí un inmenso rosario que llegaba hasta la Tierra, y muchas almas por ahí venían subiendo. Ambos apóstoles se giraron con cara de sorpresa y consternación.

Tras un silencio, Pedro dijo:

- *María no ha cambiado nada. Desde que la conocí en Caná supe que era de esas personas que se saltan cualquier barrera si de ayudar se trata.*

Tomás resignado dijo:

- *Si ni su Hijo se le escapa. ¿Te acuerdas de que no quería hacer el milagro de las bodas de Caná y con una sola mirada de Ella accedió?*

Pedro concluyó diciendo:

- *Mira Tomás, tú y yo no hemos visto nada.*

En eso que sonó una voz que los sobresaltó:

- *¿Ustedes también?*

Con cara de asustados se volvieron hacia el Señor y percibieron una grata sonrisa. Él les dijo:

— *“No se preocupen, son cosas de Mamá”.*

Este es un simple cuentecillo, pero que sin duda refleja una gran verdad. Una vida espiritual sólida debe tener como uno de sus elementos esenciales el rezo diario del Rosario. Es habitual escuchar frases como “Tengo mucho que hacer, no tengo tiempo para el Rosario”, etc. Nuestro principal deber es alcanzar la vida eterna... ¿De qué nos serviría ganar el mundo entero si perdemos nuestra alma?



Las quince promesas de la Virgen María a quienes recen el Santo Rosario

1. El que me sirva, rezando diariamente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
2. Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente recen mi Rosario.
3. El Rosario será un fortísimo escudo de defensa contra el infierno, destruirá los vicios, libraré de los pecados y exterminará las herejías.
4. El Rosario hará germinar las virtudes y también hará que sus devotos obtengan la misericordia divina; sustituirá en el corazón de los hombres el amor del mundo al amor por Dios y los elevará a desear las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!
5. El alma que se encomiende por el Rosario no perecerá.
6. El que con devoción rezare mi Rosario, considerando misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá muerte desgraciada; se convertirá, si es pecador; perseverará en la gracia, si es justo, y en todo caso será admitido a la vida eterna.
7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin auxilios de la Iglesia.
8. Quiero que todos los devotos de mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia, y sean partícipes de los méritos de los bienaventurados.
9. Libraré pronto del purgatorio a las almas devotas del Rosario.
10. Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo una gloria singular.
11. Todo lo que se me pidiere por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
12. Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.
13. Todos los que recen el Rosario tendrán por hermanos en la vida y en la muerte a los bienaventurados del cielo.

14. Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15. La devoción al santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación a la gloria.

Recomendado por la Virgen en sus apariciones

A la Virgen María le encanta el rosario, pide que lo recemos en todas sus apariciones. Es la oración de los sencillos y de los grandes. Es tan simple, que está al alcance de todos. Se puede rezar en cualquier parte y a cualquier hora. El rosario honra a Dios y a la Santísima Virgen de un modo especial. La Virgen llevaba un rosario en la mano cuando se le apareció a Bernardita en Lourdes. Cuando se les apareció a los tres pastorcitos en Fátima, también tenía un rosario. Fue en Fátima donde ella misma se identificó con el título de "La Señora del Rosario".

En estos momentos de oscuridad acudamos a ella, pues es "consuelo de los afligidos", "auxilio de los cristianos" y "causa de nuestra alegría". Recuerda, María siempre tiene la puerta abierta para nosotros los pecadores, pues ella también es "refugio de los pecadores". Ella está junto a nosotros en los momentos difíciles de esta vida para ayudarnos y acompañarnos. Y también estará junto a nosotros cuando nos presentemos ante Dios para ser juzgados. Como hijos de María, ella siempre tendrá palabras que moverán a Dios a tener misericordia de nosotros. Y si San Pedro nos pone alguna pega, acudirá Jesús a decirle: "¡Permítele entrar, son cosas de mamá!"



El arte de decir las cosas

Una sabia y conocida anécdota árabe dice que en una ocasión, un sultán soñó que había perdido todos los dientes. Después de despertar, mandó a llamar a un adivino para que interpretase su sueño.

- *¡Qué desgracia, mi señor!* – exclamó el adivino.
- *Cada diente caído representa la pérdida de un pariente de vuestra majestad.*
- *¡Qué insolencia!* – gritó el sultán enfurecido.
- *¿Cómo te atreves a decirme semejante cosa? ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!*

Llamó a su guardia y ordenó que le dieran cien latigazos.

Más tarde ordenó que le trajesen a otro adivino y le contó lo que había soñado. Éste, después de escuchar al sultán con atención, le dijo:

- *¡Excelso señor! ¡Gran felicidad os ha sido reservada...! El sueño significa que sobreviviréis a todos vuestros parientes*

Iluminose el semblante del sultán con una gran sonrisa y ordenó le dieran cien monedas de oro.

Cuando éste salía del palacio, uno de los cortesanos le dijo admirado:

- *¡No es posible! La interpretación que habéis hecho de los sueños es la misma que el primer adivino. No entiendo por qué al primero le pagó con cien latigazos y a ti con cien monedas de oro.*
- *Recuerda bien, amigo mío-* respondió el segundo adivino *-que mucho depende de la forma en el decir.*

Que la verdad debe ser dicha en cualquier situación, de esto no cabe duda, más la forma con que debe ser comunicada es lo que provoca en algunos casos grandes problemas. La verdad puede compararse con una piedra preciosa. Si la lanzamos contra el rostro de alguien, puede herir, pero si la envolvemos en un delicado embalaje y la ofrecemos con ternura, ciertamente será aceptada con agrado.

¡Cuántos problemas podríamos haber evitado si hubiéramos sido un poco más cuidadosos con nuestras expresiones!

Aunque siguiendo a nuestro segundo adivino pensemos mejor en positivo. ¡Cuántos problemas hemos solucionado por haber sabido elegir las palabras adecuadas en un momento difícil! Esto es más que un arte o una habilidad; en realidad es una manifestación de cariño. Si nos amáramos más, nunca nos engañaríamos; pero al elegir las palabras para corregir, haríamos como Jesús con Pedro: *"Pedro, ¿me amas más que éstos?"* El Señor bien le habría podido decir: *"Pedro, ¿me vas a negar de nuevo?"* Gracias a ello obtuvo una triple confesión de amor. Hagamos nosotros también lo mismo.



Supe que algo te había pasado

Juan trabajaba en una planta distribuidora de carne. Un día, terminando su horario de trabajo, fue a uno de los refrigeradores para inspeccionar algo; en ese momento se cerró la puerta, se bajó el seguro y para su sorpresa quedó atrapado dentro.

Aunque golpeó la puerta fuertemente y comenzó a gritar, nadie pudo escucharlo. La mayoría de los trabajadores habían partido a sus casas, y fuera del congelador era imposible escuchar lo que ocurría dentro.

Cinco horas después, y al borde de la muerte, alguien abrió la puerta. Era el guardia de seguridad que entró y lo rescató.

Juan preguntó a su salvador cómo se le ocurrió abrir esa puerta si no era parte de su rutina de trabajo, y él le explicó:

Llevo trabajando en ésta empresa 35 años; cientos de trabajadores entran a la planta cada día, pero tú eres el único que me saluda en la mañana y se despide de mí en las tardes. El resto de los trabajadores me tratan como si fuera invisible.

Hoy, como todos los días, me dijiste tu simple ¡Hola! a la entrada, pero nunca escuché el ¡Hasta mañana! Espero por ese ¡Hola! y ese ¡Hasta mañana! todos los días. Para ti yo soy

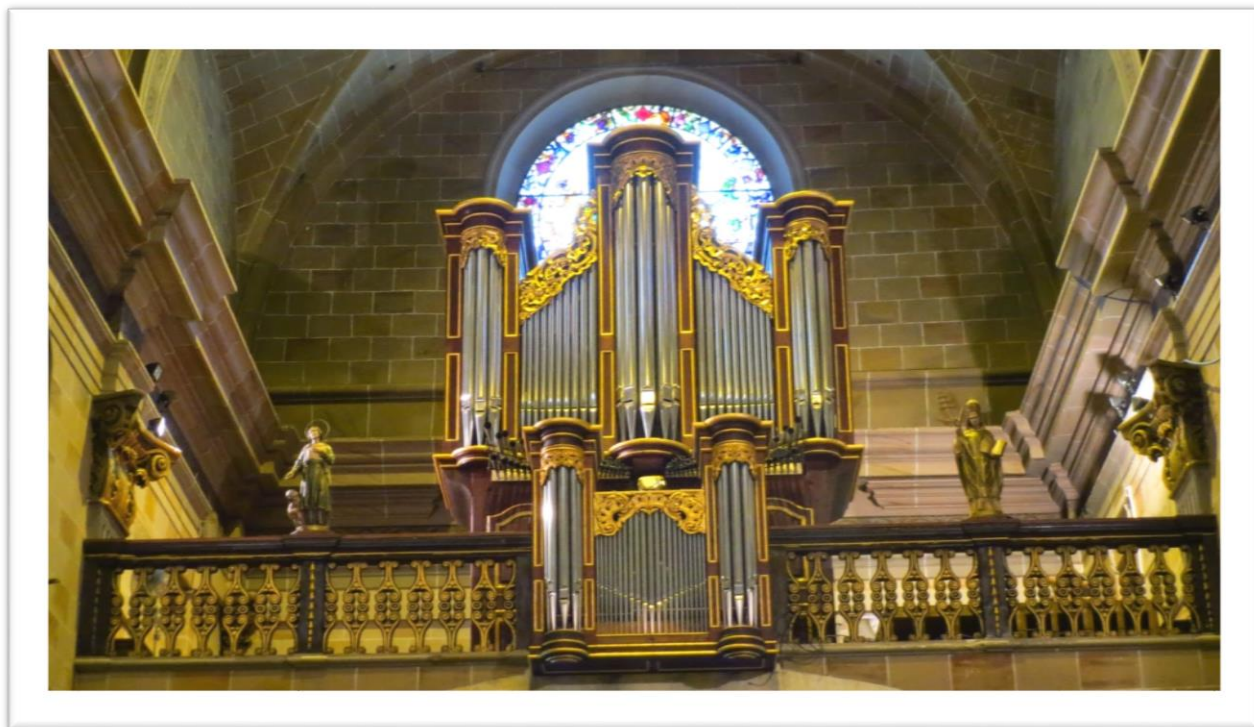
alguien, y eso me levanta cada día. Cuando hoy no oí tu despedida, supe que algo te había pasado...Te busqué y te encontré.



A veces pasamos por delante de las personas y estamos tan enfrascados en nuestros problemas que ni nos acordamos de decir ¡buenos días! Yo tengo un loro verde más de veinte años; se puede decir que se crió conmigo. Cada vez que paso por delante de él le tengo que decir al menos ¡hola yaco! Si en alguna ocasión paso sin decirle nada, inmediatamente oigo un sonido de queja para recordarme: ¡Lucas, que estoy aquí! Si esto es capaz de hacerlo un loro cuando se siente "ninguneado" ¡cuánto más una persona!

Esos detalles tan pequeños y que cuestan tan poco trabajo: ¡Buenos días! ¡Vaya con Dios! ¡Mamá ya estoy en casa! ..., para otras personas pueden ser un signo de que les tenemos en cuenta, de que les amamos. Son detalles muy pequeños, pero que como al amigo de nuestra historia, un día te podrían dar la vida.

Hay alguien muy especial que nos ama de modo singular, y me refiero a Jesús y María. No pases ningún día delante de una imagen o de una Iglesia sin que tengas un movimiento de cariño en el corazón que te hagan decir: ¡Jesús te amo! ¡Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío! ¡Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Vos! O cualquier otra jaculatoria que se te ocurra. Podría haber un día en el que estuvieras "atrapado" y al no verte pasar Jesús o María enseguida pensarán "¡algo le ha pasado. Voy a buscarle!"



Maravillosos recuerdos del pasado

Cuando éramos niños, una mente lúcida y un corazón virgen dirigían y potenciaban nuestros sueños. Eran los años en los que íbamos a ser astronautas, bomberos, generales del ejército, o quién sabe qué. Con el paso de los años la vida se fue imponiendo, al tiempo que las ilusiones se fueron difuminando como nubes llevadas por el viento. Podría ocurrir que pasaran rápidamente los años de nuestra vida y no nos atreviéramos a mirar ni hacia atrás ni hacia delante pues nos diera vértigo el vacío que vemos. No podemos permitir que nuestro corazón se anquilese y muera. Tampoco podemos ser de éstos que creemos que lo sabemos todo; pues esa forma de ser, bastante soberbia por cierto, nos cierra la posibilidad de aprender y de maravillarnos ante la verdad y la belleza que siempre están cerca de nosotros; y, en una palabra, de ser feliz.

Les cuento hoy un caso que oí, aunque a decir verdad nunca supe si era realmente cierto; pero por lo que cuenta, creo que se habrá repetido miles de veces. La historia la situaron en el primer cuarto del siglo XIX

Érase una vez un famoso pianista novel que vivía en Leipzig. Desde bien pequeño sus padres, amantes de la buena música, lo habían apuntado al conservatorio, ya que habían visto en el niño unas dotes muy especiales para la música, y en especial para el piano. En casa tenían uno de esos pianos de pared, heredados de generación en generación, que, aunque ya estaba algo añoso, todavía podía

dar un bello sonido; especialmente cuando era la abuela la que venía a tocarlo por las fiestas de navidad.

Con el paso de los años nuestro niño fue creciendo y llegó a ser un pianista de renombre en gran parte de la Europa del este. Su ascenso relativamente fácil por los vericuetos de la música, la interpretación y los conciertos, le fueron haciendo un tanto orgulloso e impertinente. Tenía fama de no aceptar un consejo; y mucho menos, una corrección.

Fue precisamente en unas fiestas de la navidad, cuando nuestro amigo pianista, de vuelta de una de sus giras, participó como antiguo alumno del Humboldt Schule, en una gala navideña que el colegio había organizado... Era poco después de las siete de la tarde. Algunos de los alumnos del colegio, bastante nerviosos por cierto, ya habían interpretado antes que él piezas propias de la navidad; cuando, entre fuertes aplausos, salió nuestro pianista dispuesto a tocar un fragmento del concierto N°2 en re menor de Mendelssohn.

Acabada la interpretación, el público joven no muy exigente y un tanto aburrido, agradeció con fuertes aplausos su colaboración. Realmente la interpretación había sido magnífica, aunque, a decir verdad, nuestro pianista no se quedó del todo contento. El ruido que hacían los niños en los asientos, y algunos padres hablando al final de la sala, le habían distraído y la cosa no había salido tal como a él le habría gustado.

Acabada la gala, recuerdos de antaño inundaron su corazón. Recordó cuando él actuaba en galas similares siendo estudiante allí mismo. En ese momento, nuestro amigo se fue a la iglesia del colegio para dar gracias a Dios. Al entrar en la iglesia, iluminada sólo por algunas velas y la débil luz de algunos altares laterales dedicados a los santos patronos de la escuela, el olor de los bancos de haya y el silencio casi celestial, le trajo a la memoria los muchos años que allí había pasado cuando niño. Agradeció a Dios, notablemente conmovido, por haberle abierto camino en esta vida...

De pronto, estando en medio del pasillo central de la iglesia se dio la vuelta, y mirando hacia arriba vio los largos tubos del maravilloso órgano donde él de niño comenzó a practicar ayudado por el padre H. von Reinhart, antiguo profesor de música de la escuela. Movidamente por un impulso irresistible, subió las escaleras de caracol que llevaban hasta el coro donde se encontraba el órgano. Levantó el fieltro que preservaba las teclas del polvo, ajustó la banqueta, estiró los dedos... Y después de levantar los ojos al cielo como buscando inspiración, se dispuso a tocar una sonata de Mendelssohn para órgano (Op. 65). Hacía tiempo que no la tocaba. No había encontrado la partitura, pero la había interpretado en tantas ocasiones que se la sabía de memoria.

En eso que nuestro pianista, transformado ahora en organista, se dio la vuelta porque había oído un ruido en el coro. Un extraño de treinta y pocos años y luenga barba, se le acercó y le preguntó si podía tocar él esa misma pieza.

Lo siento, pero no tengo la partitura. Yo la he podido tocar porque me la sé de memoria. ¡La he interpretado tantas veces! Además, perdone usted, pero si no tiene permiso de los frailes no debería subir aquí. Lo cierto es que su cara me suena; pero no. ¡No debe tocar este órgano!

Finalmente, después de dos peticiones amables más, el "organista gruñón" se lo permitió, mientras que él pensaba para sus adentros:

Si este barbudo supiera quién soy yo no se atrevería a interpretar esta difícil pieza delante de mí.

El personaje extraño se sentó... A los pocos segundos el santuario se llenó de una hermosa y celestial música. Nuestro pianista nunca había oído nada igual. El sonido fue penetrando en su corazón y un asomo de lágrimas comenzó a brotar de sus ojos. Cuando terminó de tocar el extraño invitado, nuestro pianista le preguntó:

— *¿Quién es usted?*

El hombre contestó:

— *Soy Félix Mendelssohn.*

Acabada la interpretación, nuestro amigo, Mendelson y un niño, que había acudido a la iglesia atraído por la bella música, salieron a la calle. La noche había caído y el suelo se había cubierto con las primeras nieves...; mientras unos villancicos a lo lejos daban la bienvenida al Niño Dios.



Es bonito recordar de vez en cuando los buenos tiempos pasados. Siempre encontraremos en ellos bellos recuerdos que nos traerán a la memoria nuestra infancia. Una época en la que no habíamos sido todavía atrapados por el quehacer diario, ni por las enfermedades o los sinsabores de la vida. En aquellos días, probablemente fuera Dios quien dirigiera nuestras vidas y no nosotros. Con el paso de los años, nos fuimos haciendo más complicados, nuestra personalidad se fue llenando de áreas oscuras que ahora pretendemos olvidar, y un cierto resentimiento con la vida había enfriado y endurecido nuestro corazón.

Por cierto, nuestro pianista por poco impide al creador de la composición que tocara su propia música. Hay veces en que nosotros también tratamos de tocar los acordes de nuestra vida e impedimos a nuestro Creador que haga una música hermosa. Igual que el obstinado organista, quitamos las manos de las teclas con renuencia. Pero nuestras vidas no producirán una música hermosa a menos que le dejemos obrar a través de nosotros. Dios tiene una sinfonía escrita para nuestras vidas. Dejémosle que se haga su voluntad en nosotros.

¡El poder de Dios nunca está limitado por nuestra incapacidad; pero sí por nuestro orgullo!



Las apariencias engañan

En la foto aparece un hombre caminando por la orilla de un lago, pero a primera vista nos da vértigo, pues la ilusión óptica nos hace creer que está caminando por el borde de un precipicio. Y es que "las apariencias a veces engañan".

En una prestigiosa universidad de Sudamérica, el primer día de clase, se encontraba en la biblioteca un hombre vestido de vaqueros, camiseta de cuadros, limpio, cabello largo y unos tenis muy usados, pero cómodos. En sus manos llevaba varios libros.

— *¿Quién es ese hombre?*, era la pregunta general.

— *Es un profesor de Física, y viene de Norteamérica* -fue la respuesta, con la siguiente historia:

Caminando lentamente por el campus, se dirigió hacia las oficinas de la secretaria de la universidad. Una vez allí, pidió, en un español poco fluido, una entrevista con el decano. Le indicaron que estaba en una reunión con un grupo de profesores. El hombre insistió en verlo. La secretaria lo buscó, y al rato salió el decano a verlo.

Luego de saludarlo, el hombre le dijo:

— *Vengo a pedir trabajo como profesor de Física.*

El decano miró su apariencia de arriba abajo. Su aspecto era la antítesis de un profesor universitario. De pronto, el decano dibujó una leve sonrisa en su rostro y lo invitó a que lo acompañara. Entraron en una sala donde había una media docena de profesores universitarios. El decano le dijo:

— *Hace poco recibimos este libro como texto guía. Estamos aquí intentando solucionar unos problemas de Física. Si usted es capaz de resolverlos, lo contrato como profesor.*

El hombre tomó el texto, se dirigió a una pizarra y tranquilamente comenzó a resolver uno a uno los problemas que le habían indicado. El resto de profesores cambiaron poco a poco la sonrisa de burla que tenían en sus rostros por una cara de asombro.

Cuando terminó, el decano, atónito, le dijo casi tartamudeando:

— *¿Cómo pudo hacerlo? ¡Hemos estado aquí varios días sin poder resolver estos teoremas!*

El hombre, respondió simplemente, con sencillez:

— *Yo soy el autor del libro.*

Inmediatamente fue admitido como profesor de física en esa universidad.

La mejor forma de equivocarnos con las personas es juzgarlas por su aspecto externo. Ninguna persona encaja fácilmente en los estereotipos que nos formamos de ella. Es por ello que Dios nos avisa: *"No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Dios no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón"*(1 Sam 16:7).

¡Con qué facilidad juzgamos a las personas en sentido positivo o negativo! Y encima, muchas veces nos enorgullecemos de la capacidad que tenemos de conocer a las personas a primera vista. Ya el Señor nos dio la clave para conocer a las personas: *"Por sus frutos los conoceréis"* (Mt 7:16).

Otras veces nos ocurre todo lo contrario; vemos las obras malas de una persona, pero no somos capaces de corregirle, enseñarle o sencillamente decir: *"esa amistad no me conviene"*. O vemos las obras buenas de una persona; pero como ya nos hicimos un juicio negativo de ella, siempre andamos buscando algún defecto que nos dé la razón: *"¡ves, ya te decía yo! ¡No te fíes de fulanico, pues parece ser que...!"*

Si queremos de verdad valorar a las personas como son, no nos fijamos tanto de las apariencias sino de sus obras. Si los frutos son buenos, la persona es buena; pero si los frutos son malos, así lo es también la persona.

¿Y cuál ha de ser nuestra actitud cuando vemos cosas malas en otra persona? La actitud más frecuente, aunque no la más cristiana, es criticarla y publicar a los cuatro vientos sus defectos. Hagamos como hacían los santos: Ensalcemos las virtudes de los demás y recemos por sus defectos.

Y si lo que uno quiere es "afilarse el pico" para picotear a los demás, lo más práctico es mirarse al espejo. En la imagen que se ve reflejada podrás encontrar algún que otro defecto. Esos defectos afean realmente nuestra personalidad; y lo que es peor, a nosotros nos quitan la felicidad, y a los demás les hace más difícil la convivencia con nosotros.

Así pues, como nos dijo el Señor: *"Por sus frutos los conoceréis"*



El poder del hombre y la debilidad de Dios

Un misionero colaboraba como médico de un pequeño hospital de campaña en Somalia. Muchas veces, tenía que trasladarse en su bicicleta a través de la jungla hacia el poblado más cercano para recoger los medicamentos y el dinero que le eran enviados desde los Estados Unidos. El viaje duraba dos días, así que tenía que acampar una noche en medio de la jungla. Ya había hecho este recorrido en muchas ocasiones y, aunque nunca había tenido ningún problema serio, siempre era una pequeña aventura no ausente de riesgos.

En uno de sus viajes, antes del anochecer del primer día, encontró a dos hombres que peleaban fuertemente. Uno de ellos huyó y el otro quedó tendido en el suelo seriamente herido. Cuando se dio cuenta acudió para hacerle una primera cura y luego llevarlo al poblado donde vivía este pobre hombre.

Semanas después, en su siguiente viaje, estaba llegando a la ciudad para recoger el envío, cuando se le acercó aquel hombre que él había curado y le dijo:

— *Yo sé que usted cuando regresa lleva consigo medicinas y dinero. El día que usted curó mis heridas, algunos amigos y yo le seguimos hacia la jungla por la noche; así, cuando usted acampa y estuviera dormido, teníamos planeado matarle, tomar el dinero y las medicinas y salir corriendo. Cuando íbamos a atacarle, vimos que la tienda de campaña estaba rodeada*

por dieciséis guardias armados. Nosotros, que éramos sólo cuatro, vimos que era imposible llevar a cabo nuestro plan, así que decidimos retirarnos.

Escuchando el misionero le dijo al hombre riendo:

— *Eso es imposible. Yo puedo asegurarle que siempre viajo solo y nadie me acompaña en mis viajes.*

El hombre le corrigió e insistió en lo que vio:

— *No Señor, yo no fui el único hombre que vio a los guardias. Mis amigos también los vieron y todos contamos el mismo número de guardias. Estábamos asustados. Fue por eso que le dejamos y desistimos atacarle. Cuando regresábamos a nuestro poblado, yo, que era el que lo había planeado todo, me separé del grupo, y fue entonces que uno de ellos me atacó como castigo por haberles hecho perder su tiempo y no haber conseguido nada. Fue entonces cuando usted me encontró, vio huir al que me golpeó y vino en mi ayuda. Espero que usted me pueda perdonar.*

Varios meses después, ya de vuelta en su ciudad natal, el misionero asistió a una celebración dominical en una iglesia en Detroit donde les contó sus experiencias en África; incluyendo la historia de los dieciséis guardias que estuvieron con él mientras acampaba. Y les dijo:

— *Recuerdo bien ese día porque era el cuarto aniversario de haber llegado al África.*

Uno de los asistentes de la comunidad, se puso de pie e interrumpió al misionero y le dijo algo que dejó a todos atónitos:

— *Nosotros estuvimos allí en espíritu con usted para ayudarle. Esa noche en África, era de día aquí. Yo llegué a la iglesia para recoger algunos materiales que necesitábamos para un viaje que teníamos que hacer. Al poner las cosas en mi camioneta, sentí a Dios que estaba a mi lado diciéndome que orara por usted. La urgencia que sentí fue tan grande que llamé a algunos hombres de la iglesia para que oráramos por usted. Y así lo hicimos en el salón donde tenemos las fotografías de todos nuestros misioneros. Yo no sabía cuál era el peligro que usted pasaba, pero en la fotografía venía impreso el día que usted fue enviado al África años atrás, un día antes de su aniversario. Nosotros estuvimos ahí con usted en oración protegiéndolo y ellos están aquí para atestiguarlo.*

Inmediatamente después, este hombre, le pidió a todos los que habían orado por él ese día que se pusieran de pie. Uno a uno se fueron levantando; al contar el misionero cuántos se habían puesto

de pie, sumaban un total de dieciséis hombres. Toda la comunidad quedó enmudecida por un largo rato, pues comprobaron la eficacia de la oración. Siempre se nos ha hablado del poder de la oración, pero qué pocos cristianos se dan cuenta que eso no es una frase. Si Jesucristo nos prometió que nos daría lo que pidiéramos en su nombre (Mt 7:7), ¿acaso podemos dudar de su promesa? O cuando el mismo Cristo nos dijo: *"Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"* (Mt 18:20). Él mismo nos enseña también: *"Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis"* (Mc 11:24). Nunca dudemos del poder de la oración. La oración, como nos decía San Agustín es "la fuerza del hombre y la debilidad de Dios".



Cada uno da lo que tiene en su corazón

Marisa, una joven pobre que vivía con su abuela en los arrabales de la ciudad de Valparaíso, iba a cumplir 15 años. Por ese motivo decidió invitar a sus compañeros del colegio a una sencilla fiesta en su casa. A pesar de su pobreza, había conseguido ahorrar algo de dinero privándose de caprichos y necesidades por más de siete meses. Cuando sus amigos se enteraron de la fiesta que había organizado decidieron gastarles una pesada broma.

Pedro, que era el cabecilla de un grupo de gamberros del colegio, encontraba diversión burlándose de todos. Al enterarse que Marisa le había invitado a su fiesta de cumpleaños le dijo a los demás compañeros que se encargaría personalmente de preparar un regalo para ella.

Llenó una caja muy bonita con basura y desperdicios mal olientes, la envolvió con papel dorado, le puso un gran lazo de color rojo y una tarjeta con bonitas palabras.

La fiesta comenzó. Había dulces variados, bebidas refrescantes y algo de música apropiada para ese tipo de fiesta. En esto que llegó la hora del brindis; le cantaron el Feliz Cumpleaños y fue el momento que Pedro, en representación de todos, le entregó el regalo de cumpleaños a Marisa.

Marisa, que estaba disfrutando la fiesta de una manera increíble, abrió la caja delante de los presentes con gran ilusión. Entonces se encontró con la gran sorpresa. Pedro y sus compinches se comenzaron a reír a carcajadas y se burlaron de ella haciendo continuos comentarios desagradables y humillantes.

Sin desdibujarse la sonrisa de su cara, Marisa le pidió a Pedro que le esperara un momento. Ella se retiró durante unos minutos de la fiesta, tiró la basura, limpió la caja, la llenó de flores muy bellas y la envolvió con el mismo papel. Al entrar al salón, todos se quedaron sorprendidos de su actitud. Fue al encuentro de Pedro, y con mucho cariño y dulzura le dijo:

— *Este es mi regalo para ti.*

Expectantes y en silencio, los presentes pensaron que la devolución de la broma iba a ser todavía más pesada. Pedro, con manos temblorosas, abrió la caja y se llevó una gran sorpresa. Entonces le preguntó a Marisa:

— *¿Qué significa esto?*

A lo que ella le contestó:

— *Cada uno da lo que tiene en su corazón.*



Ya lo dijo el Señor:

El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo de su mal saca lo malo: porque de la abundancia del corazón habla su boca (Lc 6:45).

Un corazón puro es la clave de la felicidad no sólo para este mundo, sino también para el otro:

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5:8).

Si fuéramos mejores de verdad, no iríamos ofendiendo a las personas con nuestros "regalos", sino que, desde lo profundo de nuestro corazón, incluso a pesar de las ofensas, sabríamos regalar "flores"; no sólo para dar una lección, sino también porque de ese modo seríamos como nuestro buen Padre Dios:

Habéis oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo' y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen eso

*también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más?
¿No hacen eso también los paganos? Por eso, sed vosotros perfectos como vuestro Padre
celestial es perfecto (Mt 5: 43-48).*

Difícil tarea, pero con su ayuda, ¡podremos!



Y el Hijo se hizo hombre en Navidad

Érase una vez un hombre que no creía en Dios. Su mujer, en cambio, era creyente y criaba a sus hijos en la fe en Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. Una Nochebuena, la esposa se disponía a llevar a los hijos a la Misa del Gallo de la iglesia más cercana al campo donde vivían. Le pidió al marido que los acompañara, pues estaba empezando a nevar y hacía mucho frío, pero él se negó.

— *¡Qué tonterías! -arguyó-. ¿Por qué Dios se iba a rebajar a descender a la Tierra adoptando la forma de hombre? ¡Qué ridiculez!*

Los niños y la esposa se marcharon. Pocos minutos después, el viento comenzó a soplar con mayor intensidad y se desató una tormenta muy fuerte de nieve. El marido, que se había quedado sentado junto a la chimenea fumándose una pipa, oyó que algo había golpeado la ventana. Un minuto después oyó un segundo golpe. Cuando empezó a amainar la tormenta de nieve, salió para averiguar lo que había golpeado la ventana.

Como el frío era muy intenso, se cubrió el cuerpo con un buen abrigo y se puso un sombrero de lana y guantes antes de salir de la casa. Nada más abrir la puerta, oyó el graznido de una bandada de gansos no muy lejos de donde ellos vivían. Atraído por lo extraño del suceso y la poca frecuencia con la que estas aves se dejaban ver por esa zona, se dispuso a averiguar de dónde habían salido.

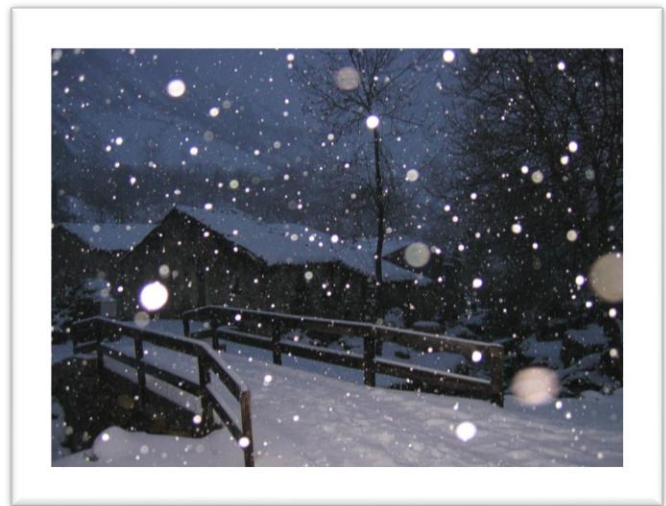
Aterido por el frío, pero movido más por la curiosidad, se fue acercando poco a poco hacía el origen de donde procedía toda esa algarabía. Llegando a un campo cercano, descubrió una bandada de gansos salvajes que habían sido sorprendidos por la tormenta de nieve y no habían podido seguir. Daban aletazos y volaban bajo en círculos, cegados por la borrasca, sin seguir un rumbo fijo. El agricultor dedujo que un par de aquellas aves habían sido las que chocaron contra su ventana. Sintió lástima de los gansos y quiso ayudarlos.

Sería ideal que se quedaran en el granero -pensó-. Ahí estarán al abrigo y a salvo durante la noche mientras pasa la tormenta.

Dirigiéndose al establo, abrió las puertas de par en par. Luego, observó y aguardó, con la esperanza de que las aves advirtieran que estaba abierto y entraran. El hombre intentó llamar la atención de las aves, pero solo consiguió asustarlas y que se alejaran más. Entró a la casa y salió con algo de pan. Lo fue partiendo en pedazos y dejando un rastro hasta el establo. Sin embargo, los gansos no entendieron.

Después de varios intentos y movido también por el fuerte frío que hacía, nuestro hombre empezó a sentir frustración. Corrió tras ellos tratando de ahuyentarlos en dirección al granero; pero lo único que consiguió fue asustarlos más. Reflexionando por unos instantes, cayó en la cuenta de que las aves no seguirían a un ser humano.

Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos -dijo en voz alta.



Entró al establo, agarró un ganso doméstico de su propiedad y lo llevó en brazos, paseándolo entre sus congéneres salvajes. A continuación, lo soltó. Su ganso voló entre los demás y se fue directamente al interior del establo. Una por una, las otras aves lo siguieron hasta que todas estuvieron a salvo.

El campesino se quedó en silencio por un momento, mientras las palabras que había pronunciado hacía unos instantes aún le resonaban en la cabeza. Reflexionó luego en lo que le había dicho a su mujer aquel día.

De pronto, todo empezó a cobrar sentido. Entendió que eso era precisamente lo que había hecho Dios. Hizo que Su Hijo se volviera como nosotros a fin de indicarnos el camino y salvarnos. Llegó a

la conclusión de que ese había sido ni más ni menos el objeto de la Navidad. De pronto comprendió el sentido de la Navidad y por qué había venido Cristo a la Tierra. Junto con aquella tormenta pasajera, se disiparon años de incredulidad.

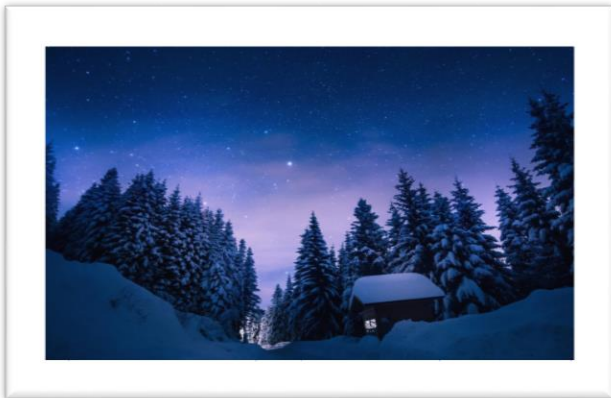
Hincándose de rodillas en la nieve, elevó su primera plegaria:

— *¡Gracias, Señor, por venir en forma humana a sacarme de la tormenta!*

Y mientras hacía esa sencilla, pero conmovida oración, el sonido lejano de las campanas de la torre de la Iglesia repicaban para la Misa de Nochebuena; el viento había amainado y las primeras estrellas de la noche comenzaban a titilar anunciando el nacimiento del Mesías.



Aunque desde el punto de vista teológico las razones de la Encarnación de Jesucristo fueron muchas más, incluso más profundas, el haberse hecho hombre para ser modelo de vida para nosotros fue una de ellas. Los gansos salvajes se salvaron por seguir a aquél que el campesino les había puesto como guía.



Dios se vale de muchos modos para llamar nuestra atención, despertar nuestra fe y volvernos al buen camino. ¡Ojalá que este sencillo cuento de Navidad te haya ayudado a ti también para ponerte a salvo, y te haya dado suficientes razones para, en medio de la fuerte tormenta que nos rodea, encontrar un cobijo seguro junto a Él. ¡Feliz Navidad!



El domador de fieras

Un viejo ermitaño, una de esas personas que por amor a Dios se retiran a la soledad del desierto, del bosque o de las montañas para dedicarse a la oración y a la penitencia, se quejaba a menudo de que tenía demasiado trabajo.

Un día una de las personas que le visitó, le preguntó:

— *¿Cómo es posible que tenga tanto trabajo si está solo en medio de la nada?*

El ermitaño contestó:

— *Tengo que adiestrar a dos halcones, entrenar a dos águilas, mantener quietos a dos conejos, vigilar una serpiente, cargar un asno y domar un león.*

El visitante miró alrededor esperando ver algunos animales, pero no vio a ninguno.

— *¿Y dónde están todos estos animales?* Preguntó.

Entonces el ermitaño le dio una explicación que enseguida comprendió:

— *Estos animales, están en nosotros: Los dos halcones, que son mis ojos, se lanzan sobre toda presa, sea buena o mala. Las dos águilas, que con sus garras hieren y destrozan, son mis*

manos y tengo que entrenarlas para que se dediquen a servir a los demás y para que ayuden sin herir. Los conejos, que son mis pies, siempre quieren ir a donde les plazca y esquivar las cosas difíciles y tengo que enseñarles a estar quietos, aunque haya sufrimientos o problemas. Aunque es más difícil vigilar a la serpiente, que es mi lengua, porque, aunque se encuentra encerrada en una jaula de treinta y dos barrotes, apenas se abre la puerta, siempre está lista para morder y envenenar a todos. Si no la vigilo puede hacer mucho daño. El burro es muy obstinado, nunca quiere cumplir con su deber. Es mi cuerpo que siempre está cansado y al que le cuesta muchísimo asumir y llevar las cargas de cada día. Necesito domar al león que llevo dentro y que es mi corazón. Él quiere ser el rey, quiere ser siempre el primero, es muy vanidoso y orgulloso. Aunque al que más miedo le tengo es al tigre; es mi carácter. A poco que me descuide ya está atacando a alguien.

¿Te das ahora cuenta del gran trabajo que tengo?

Cada uno de nosotros ha de procurar tener todas estas fieras, y probablemente alguna más, bajo control. Nuestro amigo de la historia vivía en medio del desierto, pero nosotros vivimos dentro de una familia, trabajamos con compañeros, jugamos con amigos; en una palabra, hay muchas oportunidades para que las "fieras" que llevamos dentro salgan y hagan daño. Hay personas que acuden al psicólogo para que les ayude a dominarlas, lo cual no está mal, pero la psicología es insuficiente si falta la clave: el amor. Como nos dice San Pablo:

"Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga queja contra otro; como el Señor os ha perdonado, hacedlo así también vosotros. Sobre todo, revestíos con la caridad, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo se adueñe de vuestros corazones: a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos" (Col 3: 12-15).



Mi vestidito blanco se llenó de barro

Hace ya bastantes años, cuando mi hermana iba a la escuela primaria, recuerdo que las monjitas hicieron un concurso. El primer premio era un precioso juego de té. Todas las niñas querían ganar. Al final resultó ganadora Paula, la cual resultó ser amiga y vecina nuestra. Paula recogió el premio que le había tocado y sumamente feliz se lo enseñó a su mamá.

Ese mismo sábado, Gloria, su mejor amiga, vino justo cuando Paula salía de compras con su mamá. Le pidió que le dejara el juego para jugar en el jardín. En un principio, Paula se resistió, pues tenía el juego en gran aprecio, pero tal fue la insistencia de Gloria que finalmente accedió, no sin antes decirle que tuviera mucho cuidado con él. Al regresar Paula con su mamá de la compra se llevaron una gran sorpresa. Todas las piezas estaban tiradas por el suelo del jardín; y lo que era peor faltaban tazas y platos, y la bandeja estaba rota. Paula, sumamente enojada, lloró desesperadamente:

— *¿Te fijas? ¡Yo no quería prestárselo y fíjate lo que me hizo, lo rompió y lo dejó tirado en el jardín! ¡Ya verás lo que le voy a hacer!*

Paula estaba hecha una rabia, completamente fuera de control. La mamá se la sentó en las piernas y con mucho cariño, mientras le pasaba la mano por la cabeza, le recordó el día aquel en el que Paula había estrenado su trajecito blanco y un coche le salpicó entera de barro. ¿Recuerdas, que querías lavarlo inmediatamente, pero la abuelita no te dejó, diciéndote que había que dejar que el

barro se secase, porque así sería más fácil sacar la mancha? Ahora pasa exactamente lo mismo. Es preferible dejar que primero la ira se seque; después será más fácil arreglarlo todo. Si vas ahora, podrías decir cosas que hirieran grandemente a tu amiguita, y hasta podrías perder la amistad. Créeme que luego te arrepentirías.

Paula estaba tan molesta que no entendió lo que la mamá le decía, ya que lo que quería era ir a reclamarle a Gloria. Finalmente, movida por el cariño y las buenas razones de su madre, accedió y se sentó a ver televisión.

Al rato sonó el timbre. Era Gloria. Traía en sus manos un regalo bellamente envuelto con un gran lazo, y entregándoselo a Paula le dijo:

— *¿Te acuerdas del niño travieso que vive en la otra calle, el que siempre nos está molestando? Pues cuando saliste, vino insistiendo en querer jugar conmigo. No lo dejé porque sabía que no iba a cuidar tu juego. ¿Y sabes lo que hizo? Me lo arrebató de las manos y lo desbarató. Llorando se lo conté a mi mamá. Ella me calmó y fuimos a comprar otro juego igualito. ¡Aquí está! ¿Estás enojada conmigo? ¡No fue culpa mía!*

Paula le dijo:

— *No, no es nada, no sufras. ¡Mi ira ya se secó!*

Le dio un fuerte abrazo, y cogiéndose de las manos fueron a su cuarto..., mientras le contaba la historia de aquel vestidito blanco que una vez se le ensució de barro.



¡Cuántas ocasiones nos ocurren a nosotros cosas parecidas! Lo importante es no dejarse llevar por el coraje del momento, sino aprender a "serenarse". ¡Podemos hacer tanto daño con un desaire momentáneo! No olvidemos nunca que por grande que sea la ofensa que alguien nos pueda hacer, si no somos sordos, escucharemos las palabras que Otro ya pronunció cuando estaba clavado en la cruz. "*¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!*". Y en ese caso, los que causamos la gran ofensa, fuimos nosotros.

La capacidad de perdonar es manifestación de nuestro amor; es una de las virtudes que más nos asemejan a Dios. Recordemos las palabras de San Vicente de Paul en su lecho de muerte cuando el confesor, que había ido a darle los últimos sacramentos le preguntó: "*Vicente, ¿pides perdón a Dios y a todos los que hayas ofendido en vida?*" Y Vicente respondió: "*Si Padre*".

Y el confesor añadió: *"Y tú Vicente, ¿perdonas a todos aquellos que a ti te ofendieron?"* A lo que él respondió: *"No padre. No hace falta, pues nadie me ofendió jamás".*

Y por supuesto que le ofendieron en multitud de ocasiones; pero él, nunca se sintió ofendido.



Entregué mis madejas de hilo

Hace ya muchos, pero que muchos años, había un famoso rey que vivía en su castillo-palacio de Renania. De todos era bien conocido por su avaricia y su mal carácter. En su deseo de aumentar sus arcas y su poder, no hacía más que inventarse nuevos impuestos con los que oprimía y empobrecía a sus súbditos.

No hacía mucho tiempo que el rey había apresado y encarcelado a Romualdo, a quien todo el pueblo veneraba y reverenciaba como a hombre de Dios y profeta de su pueblo. En un edicto redactado en un pergamino y hecho público en las plazas centrales y mercados de las villas de su reino, hizo saber que no lo pondría en libertad hasta que el pueblo pagase una muy elevada suma de dinero por su rescate. Esta era una manera un poco primitiva y bastante salvaje de cobrar impuestos; pero el rey sabía que el pueblo veneraba mucho al santo y acabaría pagando.

Después de varios meses recolectando dinero, ya habían pagaron mucho, pero la cantidad recaudada no llegaba aún a lo estipulado.

Una viejecita de un pueblo muy lejano se enteró también de lo que sucedía y quiso contribuir en su pobreza. Era hilandera, y todo su capital en aquel momento eran seis madejas recién hiladas. Las tomó y se encaminó a palacio a entregarlas para el rescate.

Las personas, al verla pasar, se contaban unos a otros su caso, y no podían menos de sonreírse ante la ingenuidad de su gesto y la inutilidad de su esfuerzo.

¿Qué valen seis madejas de hilo en un rescate de millones? Decían entre ellos.

Algunos incluso se lo decían a la viejecita en su cara e intentaban disuadirla de su empeño. Pero ella seguía su camino y contestaba:

“No sé si pondrán en libertad a Romualdo o no. Lo único que pretendo es que cuando Dios, en su juicio, me pregunte qué hice yo cuando Romualdo estaba en la cárcel, no tenga yo que bajar los ojos avergonzada”.

Y presentó su ofrenda.

El rey, a cuyos oídos había llegado ya su historia, en un arranque que no tenía explicación humana alguna, liberó al hombre de Dios.



¡Cuántas veces nos excusamos nosotros también ante los problemas de las personas que nos rodean y no hacemos nada pensando que nuestro esfuerzo será inútil! ¡Y tú qué sabes!

Historias como esta han sido capaces de conmover, no sólo a reyes, sino también al mismo Dios. ¿Acaso no te acuerdas de la ofrenda de la pobre viuda en el gazofilacio del templo? (Lc 21: 1-4) ¿No recuerdas lo que Jesús dijo? Todos los demás han echado de lo que les sobraba; en cambio esta mujer en su indigencia, ha dado todo, hasta lo que tenía para vivir”.

Dios no se fija tanto en la cantidad, sino en la totalidad. Dicho en otras palabras, si por amor a Él, hemos sido capaces de darlo todo. Y es que Dios se conmueve ante un corazón que ama de verdad. Probablemente nosotros no podamos hacer nada si actuamos usando solamente nuestras fuerzas; pero cuando Dios está a nuestro lado... nos hacemos todopoderosos.



El único modo de arreglar el mundo

Cuenta la historia que a principios del siglo XX un famoso sociólogo polaco de nombre Jan S. Bystroń, estaba muy preocupado buscando una solución para arreglar tantos problemas que había en el mundo. Durante toda su vida había estudiado economía, ciencias políticas, historia de las religiones, derecho y muchas otras ciencias humanas más; pero por más que estudiaba, no encontraba una solución que realmente se pudiera aplicar.

Cierto día, su hijo Vieslav, que tenía siete años, aburrido de las vacaciones de verano y sin nada que hacer ni nadie con quien jugar, invadió el despacho de su padre dispuesto a ayudarlo en lo que fuera necesario. Nuestro sociólogo, nervioso por la interrupción, le pidió al niño que fuese a jugar a otro lugar. Viendo que era imposible sacarlo, el padre pensó en algo que le pudiera entretener, y de paso, quitárselo de en medio para poder seguir con sus elucubraciones.

De repente se encontró con un ejemplar de la revista Polityka donde venía un mapa muy detallado del mundo.

— *¡Justo lo que precisaba!* Pensó.

Con unas tijeras recortó el mapa en más de cuarenta pedazos irregulares, y junto con un rollo de cinta adhesiva, se lo entregó a su hijo diciendo:

— *Como sé te gustan los rompecabezas, te voy a dar el mundo todo roto, para que lo repares sin ayuda de nadie.*

Nuestro hombre pensó que al pequeño le llevaría días componer el mapa, pero no fue así. Pasadas poco más de dos horas, escuchó la voz del niño que lo llamaba calmadamente:

— *Papá, ¡ya lo hice todo! ¡Conseguí terminarlo!*

En un principio el padre no dio crédito a las palabras del niño. Pensó que era imposible que, con sólo siete años, hubiera conseguido recomponer un mapa que jamás había visto antes. Desconfiado, nuestro sociólogo levantó la vista de sus anotaciones con la certeza de que vería el trabajo digno de un niño. Cuál fue su sorpresa cuando descubrió que el mapa estaba completo. Todos los pedazos habían sido colocados en sus respectivos lugares. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había sido capaz un niño sin apenas estudios hacer un trabajo tan difícil?

— *Hijito, tú no sabías cómo era el mundo, ¿cómo lograste armarlo?*

— *Papá, yo no sabía cómo era el mundo, pero cuando sacaste el mapa de la revista para recortarlo, vi que del otro lado había la figura de un hombre. Así que di vuelta a los recortes y comencé a recomponer al hombre, que sí sabía cómo era. Cuando conseguí arreglar al hombre, di vuelta a la hoja y vi que había arreglado el mundo.*



Nuestro sociólogo se había estado devanando los sesos intentando encontrar una solución para los problemas de nuestro mundo. Era muy sabio, pero no tanto como este niño. Hubo de ser un niño quien hiciera saber al sabio que los problemas del mundo se arreglarían si lográbamos previamente recomponer al hombre.

Ya nos lo dijo Jesucristo con palabras muy sencillas y a la vez profundas:

“¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16:26).

O en estas otras:

“No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen y donde los ladrones no horadan ni roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón” (Mt 6: 19-21).

El hombre cree con mucha frecuencia que todo consiste en "conquistar el mundo" cuando en realidad de lo único que habría que preocuparse es de "recomponer el alma de los hombres".

Esta es una lección que el hombre de hoy día todavía no ha aprendido; y por lo que se puede colegir, da la impresión que cada vez está más lejos de encontrar una solución. La razón es muy sencilla, está buscando por el camino equivocado. El hombre ha dejado de conocer cómo ha de ser él mismo, ello se debe al hecho de que ha perdido de vista la imagen del hombre perfecto: Jesucristo.

El mundo sólo se arreglará cuando el hombre se centre. Y el hombre sólo se centrará, si encuentra y sirve a Dios. San Agustín lo dijo con palabras que el hombre ha olvidado: "Nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti". Y el mismo San Francisco de Asís, nos lo enseñaba con palabras todavía más sencillas: "Mi Dios y mi todo".



Arrugado y viejo, pero con todo su valor

Una profesora de secundaria sacó de su cartera un billete de 20 euros y lo enseñó a sus alumnos de entre trece y quince años, a la vez que les preguntó:

— *¿A quién le gustaría tener este billete?*

Todos los alumnos levantaron la mano.

Entonces la profesora cogió el billete y lo arrugó, haciéndolo una bola. Incluso lo rasgó un poquito en una esquina; y volvió a preguntar:

— *¿Quién sigue queriéndolo?*

Todos los alumnos volvieron a levantar la mano.

Finalmente, la profesora tiró el billete al suelo y lo pisó repetidamente diciendo:

— *¿Aún queréis este billete?*

Todos los alumnos respondieron que sí.

Entonces la profesora les dijo:

— *Espero que de aquí aprendáis una lección importante hoy. Aunque he arrugado el billete, lo he pisado y tirado al suelo... todos habéis querido tener el billete porque su valor no había cambiado, seguían siendo 20 euros. Muchas veces en la vida te ofenden, hay personas que te rechazan y los acontecimientos te sacuden dejándote hecho una bola o tirado en el suelo. Sientes que no vales nada, pero recuerda, tu valor no cambiará NUNCA para la gente que realmente te quiere. Incluso en los días en los que sientas que estás en tu peor momento, tu valor sigue siendo el mismo, por muy arrugado que estés.*

Para reafirmar esta enseñanza, la profesora les hizo esta prueba a sus alumnos:

Tratar de contestar a estas preguntas:

- Nombra las cinco personas más adineradas del mundo.
- Nombra cinco ganadores del premio Nobel.
- Nombra los cinco últimos ganadores del Óscar como mejor actor o actriz.

¿Qué tal? ¿Mal?

No os preocupéis. Ninguno de nosotros recuerda los titulares de ayer. ¡Los aplausos se van! ¡Los trofeos se empolvan! ¡Los ganadores se olvidan!

Ahora contestar a estas otras:

- Nombra tres profesores que te hayan ayudado en tu formación.
- Nombra tres amigos que te hayan ayudado en tiempos difíciles.
- Nombra cinco personas con las que disfrutes pasar el tiempo.

¿Qué tal? ¿Os fue mejor?

Las personas que marcan la diferencia en nuestra vida no son aquellas con las mejores credenciales, con mucho dinero, o los mejores premios..., son aquellas que se preocupan por ti, que te cuidan, las que de muchas maneras están contigo.



Hace unos días recibía este correo enviado por una señora que ahora está pasando momentos muy difíciles en su vida. Parece ser que alguien que le quería bien se lo había mandado para animarle un poco. Hablando después con ella unos minutos, pude comprobar que su efecto había sido realmente positivo.

Ahora bien, el efecto de todos estas “ayudas de marcado tinte psicológico” suele ser positivo, pero muy efímero y pasajero. No es extraño que un par de horas después de una reacción psicológica positiva los efectos hayan pasado y la persona se encuentre en la misma situación de tristeza que antes. Si realmente queremos ir al fondo y ayudar a solucionar este tipo de problemas – sabiendo por supuesto que las soluciones de tipo psicológico ayudan- hemos de buscar el apoyo de nuestra fe. La razón principal que puede ayudar a una persona que tiene fe, es hacerle tomar conciencia de cuánto le ama Dios. Si estamos bautizados, somos hijos de Dios. Y si Dios es nuestro Padre, podemos estar seguros de que su ayuda no nos faltará.

Saber que tenemos a Dios como Padre y María como Madre, ha de ser más que suficientes para sacar a una persona de la más profunda crisis o momento de tristeza.

Recordemos algunas palabras de los santos que vienen a corroborar lo que ahora estamos diciendo:

Santa Teresa decía con habitual gracia frases como estas: “Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta”, o esta otra, “Un santo triste, es un triste santo”; y también ésta: “Si en medio de las adversidades persevera el corazón con serenidad, con gozo y con paz, esto es amor”.

San José María Escrivá de Balaguer: “La dicha del cielo está reservada por Dios para aquellos que supieron ser felices en la tierra”. Y es que, para un cristiano, la cruz no es sino la otra cara del amor. Por eso, podremos estar crucificados y pasándolo mal, pero el saber que estamos clavados junto a Él, llena de gozo y de paz nuestro corazón.

La Virgen María sirve también de gran ayuda en los momentos difíciles. Ella ayudó a los recién casados de Caná cuando se habían quedado sin vino. Ella acompañó y consoló a su Hijo, a san Juan y a las demás mujeres en el duro momento la cruz. No en vano decimos en las letanías del Rosario que ella es “causa de nuestra alegría”.

Aunque la razón principal nos la da el mismo Jesucristo: *“Os daré una alegría que nadie os podrá arrebatarse”* (Jn 16: 20-23).



Nuestro valor real viene del hecho de tener un Padre que realmente nos ama y cuida de nosotros. ¿Acaso alguna vez has dudado del amor de Dios? Mira lo que nos decía el mismo Jesucristo:

“No os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, sobre qué os vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su vida un solo codo? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura”.
(Mt 6: 25-33)



Prefiero ser una vasija agujereada

Un acarreador de agua tenía dos grandes vasijas que colgaban de los extremos de un palo que él llevaba encima de los hombros. Una de las vasijas tenía multitud de pequeños agujeritos por donde se iba perdiendo el agua poco a poco; mientras que la otra era perfecta y entregaba toda el agua al final del largo camino a pie desde el arroyo hasta la casa de su patrón en lo alto del cerro. Cuando llegaba nuestro buen hombre a su destino, la vasija agujereada sólo contenía la mitad del agua.

Por dos años completos así ocurría diariamente. La vasija perfecta estaba muy orgullosa de sus logros, cumplía con los fines para la cual había sido creada; pero la pobre vasija agujereada estaba muy avergonzada de su propia imperfección y se sentía miserable porque sólo podía conseguir la mitad de lo que se suponía debía hacer. Después de dos años le habló al aguador diciéndole:

- *Estoy avergonzada de mí misma y me quiero disculpar contigo...*
- *¿Por qué?* - le preguntó el aguador.
- *Porque debido a mis agujeritos, sólo puedes entregar la mitad de mi carga.*

El aguador se sintió muy apesadumbrado por la vasija y con gran compasión le dijo:

— *Cuando regresemos a la casa del patrón quiero que notes las bellísimas flores que crecen a lo largo del camino.*

Así lo hizo, y en efecto, vio muchísimas flores hermosas a todo lo largo; pero de todos modos se sintió muy apenada porque al final sólo llevaba la mitad de su carga.

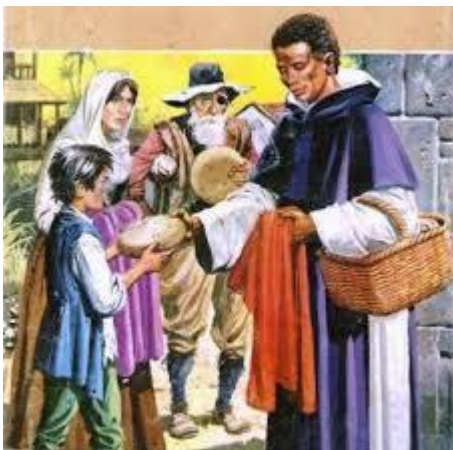
El aguador le dijo:

— *¿Te diste cuenta de que las flores solo crecen en tu lado del camino? Siempre he sabido de tus agujeritos y quise obtener ventaja de ello, sembré semillas de flores a todo lo largo del camino por donde tú vas y todos los días las vas regando. Por dos años yo he podido recoger estas flores para llevárselas a mi madre al cementerio. Sin ser exactamente cómo eres, ella no hubiera tenido ese regalo cada día.*

Cada uno de nosotros tiene sus propias "grietas". Todos somos vasijas agrietadas, pero si le permitimos a Dios utilizar nuestras grietas para decorar la mesa de su Padre... En la gran economía de Dios, nada se desperdicia.

*"O felix culpa quae talem et tantum meruit habere Redemptorem"*²

Y aún más todavía. Yo mismo, sacerdote de Cristo, prefiero ser como un cántaro con pequeños agujeritos por donde se va perdiendo el agua, pues por donde paso voy "regando" el corazón de las personas que necesitan y desean ponerse en contacto con Dios. A mí me cuesta un poco de mi vida; con el paso de los años me voy consumiendo y vaciando. Pero gracias a ello se va regando el camino y van apareciendo flores bellas que un día acompañarán a Dios en el cielo.



Mi vida es como el cesto de compras de nuestro entrañable Fray Escoba. Mandado por su superior del convento, iba al mercado a hacer las compras; pero de vuelta, se iba encontrando con multitud de personas que le pedían una caridad. Él, del cesto, iba sacando todo aquello que le pedían; y ¡oh maravilla de Dios!, cuando llegaba al convento, su cesto estaba lleno.

Yo personalmente prefiero ser como esa vasija con multitud de pequeños agujeros. Deseo y necesito ir perdiendo "mis riquezas", pues sólo de ese modo, será Cristo quien me llene.

² ¡Feliz la culpa (de Adán) que mereció tal Redentor!



La bailarina frustrada

Una joven había tomado clases de ballet durante toda su infancia. Había llegado el momento en el que se sentía lista para entregarse a la disciplina que le ayudaría a convertir su afición en profesión. Deseaba llegar a ser primera bailarina y quería comprobar si poseía las dotes necesarias.

Un día, cercana ya la Navidad, llegó a su ciudad una gran compañía de ballet. Acabada la función, fue a los camerinos y habló con el director.

— *Quisiera llegar a ser una gran bailarina, - le dijo. Pero no sé si tengo el talento que hace falta.*

— *Hazme una demostración, - le dijo el maestro.*

Transcurrido apenas cinco minutos, la interrumpió moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

— *¡No! Lo siento, pero no tiene usted condiciones.*

La joven llegó a su casa con el corazón desgarrado. Arrojó las zapatillas de baile en un armario y no volvió a danzar nunca más.

Pocos años después se casó, tuvo tres hijos y cuando estos se hicieron un poco mayores, se puso a trabajar en un supermercado de la ciudad.

Años después, con motivo de que el mismo director que tiempo atrás le había dicho que no tenía condiciones para el baile, presentaba un nuevo espectáculo en la ciudad, nuestra amiga asistió al estreno.

Acabada la función, se topó con el viejo director que ya era octogenario. Ella le recordó la charla que habían tenido años atrás. Le mostró fotografías de sus hijos y le comentó de su trabajo en el supermercado; y luego agregó:

- *Hay algo que nunca terminé de entender. ¿Cómo pudo usted saber tan rápido que yo no tenía condiciones de bailarina?*
- *¡Ahhh! Cuando usted bailó delante de mí le dije lo que siempre le digo a todas, - le contestó el director.*
- *¡Pero eso es imperdonable! - Exclamó ella. ¡Arruinó usted mi vida! ¡Yo podía haber llegado a ser primera bailarina!*
- *¡No lo creo! -Repuso el anciano maestro.*
- *Si hubieras tenido las dotes necesarias, y una verdadera vocación para bailar, no habrías prestado ninguna atención a lo que yo te dije.*



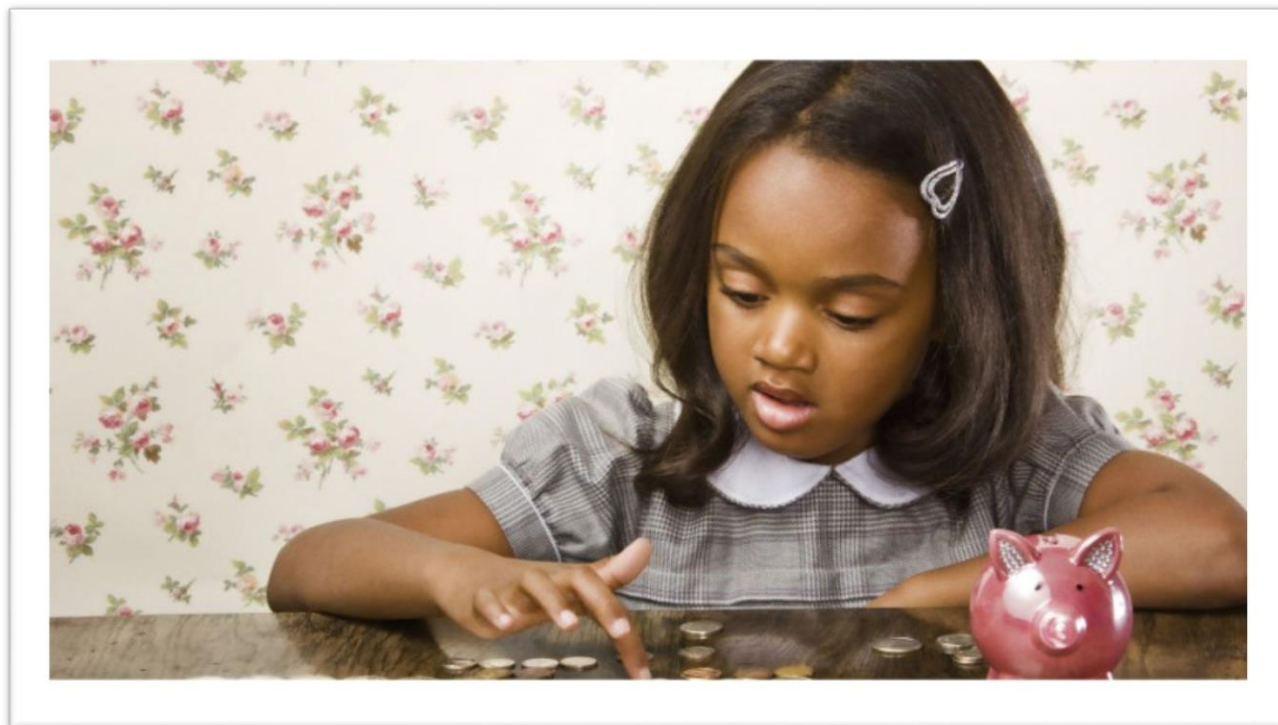
La vida está llena de pruebas que hemos de superar. Es la lucha continua lo que nos hace ir superándonos; y es nuestro convencimiento, lo que nos hace mantenernos firmes en nuestras decisiones. Si un matrimonio se separara al primer problema; si un médico abandonara la práctica ante el primer error; si un científico abandonara ante el primer fracaso... ¿No sería acaso signo de inmadurez, falta de vocación o de ilusión?

El mismo Señor nos dijo que la primera condición que habían de cumplir sus discípulos era "renunciar a todo", "tomar la cruz cada día" y después, "seguirle". Como si renunciar a todo, tomar la cruz y seguir a Cristo fuera fácil. Nuestra bailarina probablemente había recibido de Dios las dotes para la danza, pero le faltó la valentía y amor para superar el primer revés.

¡Cuántos cristianos comienzan un camino de santidad pero abandonan ante el primer o segundo problema! Ser cristiano es mucho más difícil que ser bailarina; pero se consigue si uno realmente ama. El amor es lo que nos hace fuertes, invencibles. Y si ese amor está elevado por el Espíritu Santo, entonces nos hace "todopoderosos".

“Él me dijo: «Te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza». Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones y angustias, por Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12: 9-10).

Como nos dice el libro del Cantar de los Cantares: *“Las muchas aguas nunca podrán apagar el amor” (CC 8:7).*



Quiero comprar un milagro

Hace unos días me encontré esta bella historia llena de fe y de esperanza. A mí me emocionó y me hizo comprobar que con el paso de los años dejamos de tener esta fe que tienen los niños; fe que es capaz de “comprar un milagro a Dios”. Espero que la disfruten.

Tess era una niña precoz de ocho años. Un día escuchó a su madre y a su padre hablar acerca de su hermanito Andrew que estaba muy enfermo y que su familia no tenía dinero para pagar el tratamiento. Planeaban mudarse a otro apartamento el siguiente mes porque su padre no tenía el dinero para pagar las facturas del médico y la hipoteca de la casa. Solo una operación costosísima podría salvar a Andrew y su padre estaba gestionando un préstamo pero no lo conseguían.

Escuchó a su padre murmurarle a su madre, quien tenía los ojos llenos de lágrimas,

— *Solo un milagro puede salvarlo.*

Tess fue a su cuarto y sacó un cerdito que le servía de hucha y que mantenía escondido en el armario de la ropa. Rompió el cerdito y vació todo su contenido en el suelo para contarlos cuidadosamente. Lo contó una segunda vez, ¡una tercera! No había margen para errores. Luego colocó todas las monedas en un frasco, lo tapó y salió por la puerta trasera de su casa y caminó seis calles hasta la farmacia que tenía un jefe indio en el marco de la puerta.

Esperó su turno. El farmacéutico, que estaba ocupado hablando animadamente a un señor no le prestó ninguna atención. Entonces ella, sacando una moneda del frasco golpeó el mostrador.

— *¿Qué deseas?* - le preguntó el farmacéutico en un tono desagradable.

Y le dijo sin esperar respuesta:

— *¿No ves que estoy hablando con mi hermano que acaba de llegar de Chicago y no lo he visto en años?*

— *-Bueno, yo quiero hablarle también acerca de mi hermano.* - le contestó Tess en el mismo tono.

— *Está muy enfermo y quiero comprar un milagro.*

— *¿Qué dices?* – dijo el farmacéutico.

— *Su nombre es Andrew y tiene algo creciéndole dentro de la cabeza y mi padre dice que sólo un milagro lo puede salvar. Así que, ¿cuánto cuesta un milagro?*

— *Aquí no vendemos milagros, pequeña. Lo siento pero no te puedo ayudar.* - le contestó el farmacéutico; ahora en un tono más dulce.

— *Mire, yo tengo el dinero para pagarlo. Si no es suficiente, conseguiré el resto. Sólo dígame cuánto cuesta.*

El hermano del farmacéutico era un hombre elegante. Se inclinó y le preguntó a la niña:

— *¿Qué clase de milagro necesita tu hermanito?*

— *No lo sé* - contestó Tess con los ojos llorosos. *Sólo sé que está bien enfermo y necesita una operación. Pero mi papá no puede pagarla, así que yo quiero usar mi dinero.*

— *¿Cuánto dinero tienes?* - le preguntó el hombre de Chicago.

— *Un dólar con once centavos* – contestó Tess en una voz que casi no se entendió. *Es todo lo que tengo, pero puedo conseguir más si lo necesita.*

— *Pues que coincidencia.* -dijo el hombre sonriendo- *un dólar con once centavos, justo el precio de un milagro. Tomó el dinero y le dijo a la niña:*

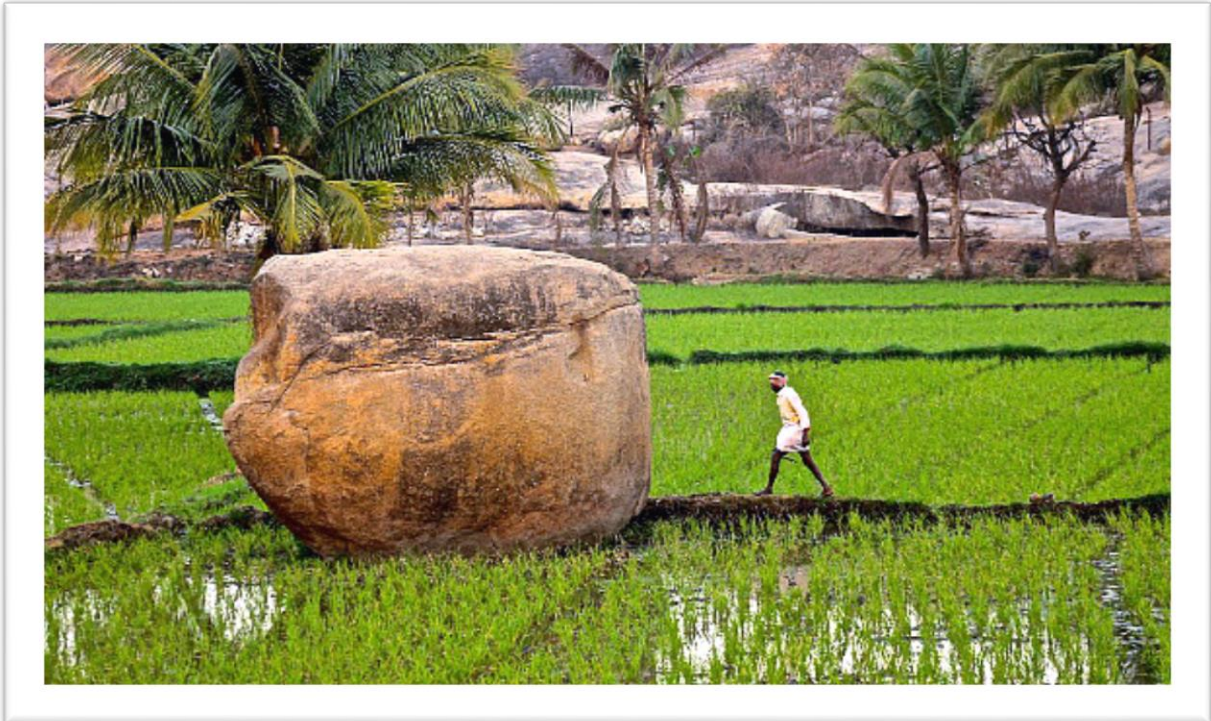
— *Llévame a tu casa, a ver a tu hermano y conocer a tus padres. Yo tengo el milagro que tú necesitas.*

Ese hombre era el Dr. Carlton Armstrong, un cirujano especialista en neurocirugía. Realizó la operación sin costo y en poco tiempo Andrew estaba de regreso en casa y con salud.

Los padres de Tess hablaban felices de las circunstancias que llevaron a este doctor hasta su puerta.

— *Esa cirugía, -dijo su madre- fue un verdadero milagro. Me pregunto cuánto habría costado.*

Tess sonrió. Ella sabía exactamente cuánto costaba un milagro, un dólar con once centavos, más la fe de una pequeña. Aunque aquí se ha relatado esta historia como un cuento con moraleja, en realidad este "milagro" ocurrió; y es que como nos dijo el Señor: *"En verdad os digo que, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible"* (Mt 17:20).



Una piedra en el camino

Hace tiempo, un rey colocó una gran roca obstaculizando un camino. Entonces se escondió y miró para ver si alguien quitaba la tremenda piedra.

Algunos de los comerciantes más adinerados del rey y cortesanos vinieron, y simplemente dieron una vuelta alrededor de la roca sin siquiera intentar moverla.

Muchos culparon al rey ruidosamente de no mantener los caminos despejados, pero ninguno hizo algo para sacar la piedra grande del camino.

Cierto día, pasaba un campesino que llevaba un cargamento de verduras a la espalda. Al aproximarse a la roca, puso su carga en el suelo y trató de mover la piedra hacia un lado del camino. Después de empujar y fatigarse mucho, lo logró. Mientras recogía su cargamento de vegetales y los volvía a poner sobre sus espaldas, notó que en el suelo había una cartera, justo donde había estado la roca. La cartera contenía muchas monedas de oro y una nota del mismo rey indicando que el oro era para la persona que removiera la piedra del camino. El campesino aprendió lo que los demás nunca entendieron: cada obstáculo en nuestro camino nos brinda una oportunidad para mejorar.



La vida de cualquier persona está sembrada de miles de obstáculos que ha de superar. Es precisamente esa superación lo que demuestra su fortaleza, su tesón y su deseo de conseguir un fin. Sólo el que quiere de verdad ser discípulo de Cristo es capaz de cargar su cruz cada día y seguirle (Mt 16:24).

Algunos de esos obstáculos serán consecuencias de nuestros propios pecados y debilidades: como es el caso de un fumador empedernido que luego contrae una enfermedad pulmonar. Hay otros obstáculos que sencillamente están ahí en medio; pues la vida no es un camino de rosas sino un valle de lágrimas. De estos obstáculos todos tenemos mucha experiencia personal. Y hay otros obstáculos que no son otra cosa que una prueba de Dios que hemos de superar, para entonces recibir un regalo: esto es el crecimiento en la vida espiritual. Como nos decía Santa Teresa en su libro "Las Moradas", tenemos que ir dejando unas moradas para avanzar a las siguientes; lo cual supone entrega, renuncia, sacrificio; en una palabra: amor. Es precisamente el amor quien puso esos obstáculos para que nosotros los levantáramos y debajo de ellos descubriéramos un maravilloso regalo que Dios para nosotros.

Cuántos regalos ha puesto Dios en medio de nuestro camino, pero por pereza o desgana; por no querer complicarnos la vida o egoísmo; o por un largo etcétera, nunca gozaremos, pues en lugar de quitar el obstáculo que nos permitiría recibir el regalo, preferimos dar la vuelta y seguir nuestro camino.



"Noble y gracioso movimiento
el del pie o de la mano
que remueven el obstáculo
puesto por la naturaleza o por los hombres
en medio del camino:
desde la corteza de fruta que resbala,
hasta la rama de espino que desgarrar las
carnes;
desde el guijarro puntiagudo,
hasta las lianas que cierran los senderos.

todo lo que es impedimento y obstáculo
para la marcha de los otros.

Cantando va el peregrino,
sin sentir recorre las rutas,
y al atardecer se da cuenta, con jubilosa
sorpresa,
de que al apartar y remover
los obstáculos que entorpecían
los caminos de los otros,
él despejó maravillosamente su propio camino".

Qué alegre, que ágil marcha
el que va apartando de los caminos y las
veredas

Amado Nervo



Las cicatrices de la vida

Érase una vez una madre, Anna de nombre, que tenía un solo hijo, Freddy, de alrededor de once años. Su marido había muerto hacía tan solo unos meses de un doloroso cáncer de páncreas. Durante los últimos años habían ido en las vacaciones de verano a una casita que tenían en los Cayos de Florida.

Varios amigos de Freddy, que vivían cerca de su casa veraniega, planearon ir a bañarse el día siguiente a una pequeña laguna que había detrás de la casa. No sabemos cuáles fueron las razones, pero el caso es que los amigos no aparecieron. En eso que Freddy le dijo a su madre:

— *¡Mamá me voy a dar un baño! ¡Estoy en la laguna!*

A lo que la madre le preguntó:

— *¿Han venido tus amigos? ¡No se te ocurra irte solo! ¡Ya sabes que es peligroso!*

Era un día realmente muy caluroso. Freddy desoyó el aviso de su madre y decidió irse a bañar por su cuenta. Se puso el bañador y salió corriendo por la puerta de la cocina sin más aviso. Hacía tanto calor que sin pensárselo dos veces se tiró al agua.

Su mamá, que había entrado a la cocina para empezar a preparar la comida, lo vio a través de la ventana nadando tranquilamente. En eso que de repente, vio moverse algo grande por detrás de los juncos y matorrales que había bordeado la laguna. Se fijó con más atención y le pareció descubrir un tremendo caimán, por lo que salió apresuradamente de la cocina y comenzó a gritar a su hijo lo más fuerte que podía.

— *¡Freddy! ¡Sal! ¡Hay un caimán detrás de ti!*

Oyendo Freddy los gritos de su madre se alarmó, y mirando hacia atrás recibió un susto de muerte. Comenzó a nadar con desesperación, pero ya era demasiado tarde. Desde la orilla la mamá consiguió coger a Freddy por un brazo, justo en el momento en el que el caimán le agarraba una de sus piernas. Anna tiraba con todas sus fuerzas, pero el cocodrilo era más fuerte, y poco a poco se fue llevando a los dos hacia el centro de la laguna. A pesar de ello, la madre no abandonaba en su intento por salvar a su hijo.

Un vecino, al oír los gritos de la madre y del hijo, se apresuró hacia el lugar con una escopeta y de un certero disparo mató al caimán.

Tanto el niño como la madre tuvieron que ser ingresados en el hospital del condado; el niño con graves heridas y la madre con un tremendo stress. El niño sobrevivió y, aunque sus piernas tenían muchas heridas, pudo volver a caminar a las pocas semanas. La noticia se difundió en todos los periódicos locales e incluso por televisión.

Dos semanas después del hecho, cuando el niño había vuelto a su casa a terminar de recuperarse, un periodista le preguntó si le quería enseñar las cicatrices de sus piernas. El niño levantó la sábana y se las mostró. Pero entonces, con gran orgullo se remangó las mangas del pijama y dijo:

— *Pero las que usted debe de ver son éstas.*

Eran las marcas de las uñas de su mamá que habían agarrado con fuerza el brazo de su hijo para que el caimán no se lo llevara.

— *Las tengo porque mamá no me soltó y me salvó la vida.*



Conforme van pasando los años, también son visibles en nuestro corazón muchas cicatrices. Algunas son causadas por nuestros pecados ya perdonados, otras son las huellas del amor Dios, quien nos sostuvo con fuerza para que no cayéramos en las garras del mal. Las cicatrices por los pecados

perdonados las tendremos que borrar aquí en esta vida o luego en el Purgatorio; en cambio, las que son consecuencia del amor vienen con nosotros pues son signos de nuestro triunfo.

El amor verdadero puede llegar a dejar muchas cicatrices en nuestro corazón: cuando perdemos a un ser querido; cuando –como Cristo– nos dejamos clavar en el madero; cuando llevados por el amor, el mismo Señor graba en nosotros sus propios estigmas. En el fondo, todas estas cicatrices son signos de nuestra victoria, son heridas de guerra, son, en una palabra, las señales de nuestra entrega. Una cicatriz en el corazón puede ser a veces el mejor recuerdo de nuestro amor. No en vano, Cristo resucitado quiso permanecer con sus llagas por siempre, como gloria para Él; y para nosotros, un recuerdo de su amor y de su entrega.

“No hay mayor amor que el de aquél que da la vida por sus amigos” (Jn 15:13).



Con el consejo de Dios puedes salvar a tu hijo

Érase una vez una familia compuesta de padre, madre y tres hijos. El hijo mayor, Fernando, acababa de cumplir los 17 años. Hasta más o menos los 14 había sido un buen hijo, aplicado en sus estudios y de buen carácter. Pero un día algo le ocurrió, aunque los padres no supieron decirme, pues de repente le cambió el carácter por completo. Se hizo impaciente, desobediente e irascible. Los padres intentaron cientos de modos de aproximarse a él para preguntarle lo que le ocurría, pero el joven se cerró en banda totalmente.

Cuando cumplió los 16 años, empezó a llegar muy tarde a la casa; e incluso en ocasiones los padres sospecharon que había estado bebiendo y haciendo uso de drogas. Después de mucho rogarle, consiguieron hacer cita con un psicólogo; pero, a decir verdad, no le ayudó mucho; y como la familia era poco pudiente lo tuvo que dejar pronto. Fernando, en lugar de ir para mejor, cada día tenía un carácter más horroroso; y de las costumbres, mejor no hablemos.

Un día, el padre, ya desesperado se fue a la Iglesia a pedirle a Dios por su hijo Fernando. Estaba rezando junto al Sagrario cuando un sacerdote viejito, caminando lentamente ayudado por su bastón, se sentó detrás de él a rezar el Rosario. Nuestro padre, absorto en sus pensamientos no se percató de la presencia del sacerdote; y creyéndose solo, comenzó a hablar con Jesús en voz alta:

— *Jesús mío, ¿qué puedo hacer con mi hijo? ¡No quisiera perderlo! ¡Mi mujer y yo lo hemos intentado todo, pero sin resultado!*

En esto que se oyó un a modo de susurro que salía del Sagrario y le decía:

— *¿Seguro que lo has intentado todo? Ya sé que tu mujer y tú habéis hecho muchas cosas. También sé que lo llevaste al psicólogo; pero conmigo nunca habías consultado. Yo no te lo tomo a mal, pues muchos padres hacen lo mismo. Si me lo hubieras dicho antes, el problema no se te habría ido de las manos. Aunque el muchacho ya es algo mayor, creo que lo que te voy a decir funcione.*

En esto, el padre, agudizó el oído para escuchar lo que Jesús le susurraba; pero quizás por falta de costumbre o porque tuviera los oídos sucios no oyó nada.

De pronto, nuestro curita, que había estado escuchando "sin querer" todo el sufrimiento de este padre, se le acercó y le dijo:

— *Perdone mi atrevimiento. Yo no le conozco, pues nunca lo he visto por aquí; pero no he podido dejar de oír su conversación con el Señor. Cuando usted hablaba, el Señor me inspiró a mí esta respuesta que ahora le transmito...*

Una vez escuchado lo que el sacerdote le tenía que decir, nuestro sufrido padre se fue a su casa a poner en práctica la solución que el "Señor" le había mostrado.

Esa misma tarde, recién venido el padre del trabajo y Fernando del colegio, el padre le llamó. Durante más de media hora estuvieron charlando en paz y armonía. El padre no se lo podía creer. ¡Cuántas ocasiones lo había intentado anteriormente, pero su hijo siempre estaba cerrado a cualquier consejo!

Acabada la conversación, el padre le dio una bolsa de clavos a su hijo y le dijo:

— *Ya sabes, cada vez que pierdas la paciencia, deberás clavar un clavo detrás de la puerta.*

El primer día, el muchacho clavó 37 clavos detrás de la puerta. Las semanas que siguieron, a medida que él aprendía a controlar su genio, clavaba cada vez menos clavos. En poco tiempo descubrió que era más fácil controlar su genio que clavar clavos detrás de la puerta. Llegó el día en que pudo controlar su carácter durante todo el día.

Después de informar a su padre, éste le sugirió que retirara un clavo por cada día que lograra controlar su carácter. Los días pasaron y el joven pudo anunciar a su padre que ya no quedaban más clavos para quitar de la puerta...

Entonces su padre le echó la mano sobre el hombro y le acompañó a la puerta donde habían estado los clavos. Una vez que llegaron le dijo:

— *Has trabajado duro, hijo mío, pero mira todos esos hoyos en la puerta. Nunca más será la misma. Cada vez que pierdes la paciencia, dejas cicatrices exactamente como las que aquí ves.*

En fracciones de segundos, los últimos cuatro o cinco años de Fernando pasaron por su mente como un fogonazo, y se dio cuenta del profundo cambio que había tenido. Entonces comprendió el daño que estaba haciendo a sus padres, hermanos, amigos e incluso a sí mismo. Y para que nunca se le olvidara quiso conservar esa puerta siempre junto a él para recordarlo. Nuestro transformado Fernando, movido por la gracia de Dios, la paciencia y el cariño de sus padres aprendió para siempre la lección.

La historia se interrumpe aquí. Fue una lección que él aprendió y que yo estoy seguro le sería de gran utilidad cuando fuera mayor, si sus hijos pasaban por una situación parecida.



¡Cuántas veces los padres piensan que ya lo han intentado todo para ayudar a sus hijos cuando éstos tuercen el camino! Si se acercaran un poco más a pedir consejo a Dios, estoy seguro que los problemas de los hijos se solucionarían antes de que éstos ya se hubieran “ido” muy lejos. Da la impresión como que a veces no terminamos de creer las palabras del Señor. Dios quiere ayudarnos, pero a veces creo que nos falta fe, ¿no nos dijo Jesús *“Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre, pedid y se os dará”*?

¡Querido padre! Si ya estás cansado de buscar una solución a los problemas con tus hijos mayorcitos, acude al Señor. Recuerda sus propias palabras: *“Venid a Mí los que estáis agobiados y fatigados porque Yo os aliviaré”* (Mt 11:28). Lo único que necesitas es tener fe; al menos, como el de un grano de mostaza (Mt 17:20).



Una disputa entre hermanos

Esta es la historia de dos hermanos, que al morir el padre recibieron en herencia una inmensa posesión de terreno de cultivo y para el ganado. Una vez divididas las tierras, durante muchos años vivieron en paz y armonía hasta que... un día, un estúpido argumento originó un distanciamiento entre ellos. Este fue el primer desacuerdo serio que los hermanos habían tenido en cincuenta años. Hasta ese día siempre habían trabajado sus campos juntos, compartiendo sus conocimientos y ayudándose el uno al otro cuando era necesario. La lucha comenzó por un pequeño malentendido, pero la disputa se prolongó y se convirtió en un airado intercambio de palabras. Después de la disputa vinieron semanas de silencio.

Cierto día un hombre tocó la puerta del hermano mayor. Cuando este la abrió, se encontró a un viejo carpintero de barba blanca y pelos cubiertos con polvo de serrín. El carpintero le dijo:

- *Creo que podría hacer algún trabajo para usted.* – Dijo el extraño, *¿Necesita algún tipo de reparación en su granja?*
- *Sí.* – respondió el hermano. *Tengo un trabajo para ti. Escucha, al otro lado del arroyo, hay una granja que pertenece a mi hermano menor. Hasta hace poco tiempo, toda la zona entre nuestros hogares era verde, pero luego él cambió la trayectoria del arroyo, convirtiéndolo en una frontera entre nosotros. Estoy seguro de que lo hizo por despecho, pero le mostraré un par de cosas.* – Dijo el hermano mayor. *¿Ves esos árboles? Quiero que los conviertas en una cerca de diez pies de altura. No quiero volver a ver su cara de nuevo.*

El agricultor ayudó al carpintero a llevar sus herramientas al lugar donde tenía que levantar la cerca y luego se marchó a la ciudad a hacer unos recados.

Cuando regresó por la tarde, el viejo carpintero había terminado. Llegando al arroyo esperaba ver una gran cerca levantada entre ambas posesiones; pero de pronto sus ojos se llenaron de asombro y no pudo decir una palabra al ver lo que nuestro carpintero había realizado.



En el lugar donde debería haber construido una cerca, se encontró ahora un puente. Un puente pintoresco y especial; una verdadera obra de arte, con una barandilla de madera tallada.

El hermano menor acudió al mismo lugar. De repente, se precipitó por el puente, abrazó a su hermano mayor, y le dijo:

— *Eres especial... has construido un puente,*

después de todo lo que he dicho y hecho contra ti.

Mientras que los dos hermanos se estaban abrazando, el viejo carpintero recogió sus herramientas y se alejó. En eso que los hermanos se volvieron hacia él y le dijeron:

— *Por favor, quédate unos días más, tenemos más cosas que necesitan ser arregladas.*

— *Me encantaría quedarme, señores, -dijo el carpintero-, pero tengo muchos puentes por construir y cosas que arreglar en otros lugares.*



¡Cuántas veces pequeños malentendidos se transforman en disputas familiares que duran por años! Fue el mismo Señor quien nos enseñó a perdonar. El problema es que a veces, nuestra falta de amor a Dios, y como consecuencia a nuestros semejantes, nos hace imposible hacerlo.

Si tú eres uno de esos que todavía guarda resentimiento contra algún familiar, piensa y medita estas frases del Evangelio.

Fue San Pedro quien le preguntó al Señor cuántas veces debería perdonar a su hermano si este le ofendía. ¿Recuerdas el pasaje?

“Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas de mi hermano? ¿Hasta siete veces? Jesús le contestó: “No te digo siete, sino setenta y siete veces.” (Mt 18: 21.22)

El mismo Jesucristo, cuando estaba clavado en la cruz fue capaz de decir: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23:24).

Él también nos enseñó: *"En eso conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a otros"* (Jn 13:35).



Mi amor resucitó en domingo

Hace ya tiempo me contaron la historia que, aunque supuestamente imaginaria parecía totalmente real, de un matrimonio relativamente joven que no hacía otra cosa que pelearse.

Roberto y Claudia se casaron a primera vista después de tan sólo tres meses de noviazgo. Recuerdo, según me contaron, que se conocieron durante el baile que se celebraba en la feria del pueblo de ella, San Cristóbal (Venezuela). Pero fue casarse y la relación se transformó en un auténtico calvario. Lo que antes todo eran virtudes y alabanzas, ahora no se veían más que defectos.

A trancas y barrancas pasaron los primeros años de matrimonio. A los cinco años de casados, vino al mundo la primera hija, Verónica. Una niña preciosa de ojos negros y sonrisa angelical. En un principio, este nacimiento sirvió para que el matrimonio hiciera temporalmente las paces; pero era tal la soberbia del uno y el egoísmo de la otra, que el remanso de paz se transformó de nuevo en gritos, discusiones y continuas peleas.

Con tal solo ocho años de casados, y hartos de tantos desencuentros, decidieron de común acuerdo poner fin al matrimonio. Aprovecharon unas pequeñas vacaciones que él tenía en el trabajo con motivo del lunes de Pascua para acercar a su mujer y a su hija a San Cristóbal, que era el pueblo natal de ella y lugar donde vivían sus padres. Una vez que los hubiera dejado en el pueblo, Roberto, volvería a la capital; y su mujer, junto con la niña, quedaría en la casa de los abuelos, esperando la tramitación del divorcio y la posterior desintegración de la familia.

El viaje era largo, casi ochocientos kilómetros en coche. En varias ocasiones ella le pidió relevarle al volante, pero él con un "las mujeres no sabéis conducir" no se lo permitió. A pesar de tan largo viaje

no hubo ni un momento de paz. Intercalaban las argumentaciones casi violentas, con momentos de tensa calma en los que cada uno pensaba qué respuesta podía hacer más daño al otro. Verónica, la hijita, entre el cansancio del viaje y el aburrimiento que le causaban las continuas peleas de sus padres, decidió recostarse un poco en el asiento de atrás.

Llevaban ya algo más de medio camino andado. En ese momento estaban cruzando el pueblo de Guanare. Faltaban veinte minutos para las tres de la tarde.

- *¿En cuánto rato más llegaremos?* – pregunta la mujer.
- *¡Naciste y te criaste en San Cristóbal y no sabes cuánto podemos demorar de aquí a tu pueblo!* – contesta de mala manera Roberto.
- *¿Acaso debo calcular el tiempo?* – responde ella empleando el mismo tono.
- *¿Y por qué no? Eres inteligente, nunca cometes errores, yo soy el torpe. Calcúlalo cariño.*

Claudia intentó cambiar la conversación.

- *¿Estás cansado?*
- *¿Qué crees tú? Trabajo todo el día y a ti no se te ocurre más que viajar en Domingo de Resurrección. Tendré que manejar más de mil quinientos kilómetros en ir a tu pueblo y volver a Caracas mañana lunes, para poder estar en el trabajo el martes. ¡No soy de hierro, menos un asno!*

Estaba la discusión en uno de los momentos álgidos, cuando de repente se escuchó un fuerte estallido. El moderno Peugeot zigzagueaba violentamente de un lado a otro de la carretera. Era imposible controlarlo. Hasta que al final se salió de la calzada, y después de varias vueltas de campana se quedó a pocos metros del arcén.

- *Uno de los neumáticos delanteros ha reventado.* – Dijo Roberto tremendamente asustado, aunque sin ninguna herida a primera vista.

Los minutos siguientes fueron dramáticos, acompañados solamente por el silencio dominical de una carretera vacía. Con mucha dificultad, Roberto abandonó los restos del vehículo. Y como volviendo en sí se detuvo un poco; y luego, observó por entre los hierros retorcidos. Claudia era ahora la que intentaba salir al exterior lográndolo con la ayuda de su esposo.

- *¿Y Verónica? ¿Dónde está nuestra hija? ¡Ha desaparecido!*

Comenzaron la búsqueda desesperada de un lado a otro. Al fin la encontraron sin vida muy cerca de la carretera. La primera vuelta del coche lanzó fuertemente su cuerpecito hacia el exterior por una

de las ventanas rompiendo el cristal. Allí estaba tendida, quieta junto a unas piedras manchadas de la abundante sangre que todavía salía de su cabeza. Los padres se miraron el uno al otro. No sabían qué decir. Fueron unos segundos de inmenso dolor e impotencia.

De improviso, la niña empezó a recobrar la vida. Eran como las tres y media de la tarde. A sus padres les pareció increíble lo que estaba sucediendo. Atónitos, observaron que de la sangre que cubría su destrozada cabecita ya no quedaba nada. En ese momento, abrió Verónica sus ojitos.

— *¡Papá! ¡Mamá! Él me devolvió a ustedes. Recién estuvo aquí. Tenía las manos ensangrentadas. Me dijo que había resucitado y que se iba al Cielo... yo... yo también volví...*

Abrazada la pareja sin saber qué decir, escuchó asombrada el relato de su hija.

Las pupilas de Roberto miraron al suelo, y sobre la tierra había pisadas de pies que se dirigían hacia el oriente. Con la vista siguió esas huellas y a la distancia vio la figura de un hombre alto y delgado ataviado con una blanca túnica que iba caminando y estaba a punto a desaparecer tras un recodo del camino. El marido enjugó una lágrima y besó con delicadeza a su esposa. Claudia, dio gracias a Dios.



Su amor volvió a resucitar un día domingo, pero para ¡cuántas parejas no hay domingo de resurrección! A veces no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos. ¡Cuántas personas viven peleadas y separadas sin valorar lo que tienen hasta que quizás es demasiado tarde!

Si morimos, que seamos nosotros, pero nunca el amor que nos tenemos. Como nos dice el libro del Cantar de los Cantares:

“Las muchas aguas no podrán apagar el amor” (C.C. 8:7)



La galleta de la discordia

Una chica estaba aguardando su vuelo en una sala de espera de un gran aeropuerto. Como debía esperar un largo rato, decidió comprar un libro y también un paquete con galletitas. Se sentó en una sala del aeropuerto para poder descansar y leer en paz. Asiento de por medio, se sentó también un hombre que abrió una revista y empezó a leer. Entre ellos quedaron las galletitas. Cuando ella tomó la primera, el hombre también tomó una. Ella se sintió indignada, pero no dijo nada. Apenas pensó:

— *¡Qué descarado!; ¡si yo estuviera más dispuesta, hasta le daría un golpe para que nunca más se olvide!*

Cada vez que ella tomaba una galletita, el hombre también tomaba una. Aquello le indignaba tanto que no conseguía concentrarse ni reaccionar. Cuando sólo quedaba una galletita, pensó:

— *¿Qué hará ahora este abusador?*

Entonces, el hombre dividió la última galletita y dejó una mitad para ella. ¡Ah! ¡No! ¡Aquello le pareció demasiado! ¡Se puso a bufar de la rabia! Cerró su libro y sus cosas y se dirigió al área del embarque.

Cuando se sentó en el interior del avión, miró dentro del bolso y para su sorpresa, allí estaba su paquete de galletitas... intacto, cerradito. ¡Sintió tanta vergüenza! Sólo entonces percibió lo equivocada que estaba. ¡Había olvidado que sus galletitas estaban guardadas dentro de su bolso!

El hombre había compartido las suyas sin sentirse indignado, nervioso, consternado o alterado. Y ya no había más tiempo ni posibilidades para explicar o pedir disculpas. Pero sí para pensar:

¿Cuántas veces en nuestra vida sacamos conclusiones cuando debiéramos observar mejor? ¿Cuántas cosas no son exactamente como pensamos acerca de las personas?

Y recordó que existen cuatro cosas en la vida que no se recuperan:

una piedra, después de haber sido lanzada;

una palabra, después de haber sido proferida;

una oportunidad, después de haberla perdido,

y el tiempo, después de haber pasado.



Yo no sé si a usted le habrá pasado en alguna ocasión algo similar. A mí, bastantes veces; y casi siempre era el que se comía las galletas de los demás. Aprendamos esta lección. Parece sencilla sobre el papel, pero en la realidad hacen falta muchos "reflejos" para saber reaccionar de modo virtuoso en el momento oportuno. En el fondo, éste sería un buen "calibrador" para comprobar si nuestra "virtud" es auténtica.



Un maravilloso trueque

Durante los duros años de la depresión norteamericana, en un pueblo pequeño de Idaho (USA), yo tenía costumbre de ir al almacén del Sr. Miller para comprar productos frescos de granja. En aquellos tiempos la comida y el dinero escaseaban, y el trueque era frecuente.

Un día, vi un niño pequeño, con la ropa gastada y sucia que miraba atentamente una caja con manzanas rojas. Mientras yo mismo admiraba las hermosas manzanas, no pude evitar escuchar la conversación entre el pequeño y el Sr. Miller.

- *¿Hola Barry, como estás, quieres algo?*
- *Hola Sr. Miller, estoy bien, gracias, sólo admiraba las manzanas... Se ven muy apetitosas.*
- *Sí, son muy buenas. ¿Cómo está tu mamá?*
- *Bien.*
- *¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?*
- *No Señor. Sólo admiraba las manzanas.*
- *¿Te gustaría llevarte algunas a casa?*
- *Claro que sí.*
- *Bueno. ¿Qué tienes para cambiar por ellas?*
- *Lo único que tengo es esto, mi canica más valiosa.*

— *¿De veras? ¿Me la dejas ver?*

Barry le mostró su tesoro, pero el Sr. Miller no se quedó muy satisfecho.

— *El único problema es que es azul, y a mí me gustan las rojas. ¿Tienes alguna como esta, pero roja, en casa?*

— *No exactamente, pero tengo algo parecido.*

— *Hagamos una cosa. Llévate esta bolsa de manzanas a casa y la próxima vez que vengas muéstrame la canica roja que tienes.*

— *Muchas gracias Sr. Miller.*

Barry salió corriendo con su bolsa de manzanas rojas.

La Sra. Miller se acercó a atenderme y con una sonrisa me dijo:

— *Hay dos niños más como él en nuestra comunidad, todos en una situación de extrema pobreza. A mi esposo le encanta hacer trueque con ellos por patatas, manzanas, tomates, o lo que sea. Cuando vuelven con las canicas rojas, él decide que en realidad no le gusta tanto el rojo, y los manda a casa con otra bolsa de comida y la promesa de traer una canica color naranja, verde o azul la próxima vez.*

Me fui del negocio sonriendo e impresionado por la bondad de este hombre tan particular. A su modo, traía felicidad a estos jóvenes y a sus familias.

Pasaron los años y un día me enteré que el Sr. Miller acababa de fallecer. Por la noche fui a su velatorio acompañando a unos amigos. Al llegar, comenzamos a saludar a los familiares para dar nuestro pésame. Delante de nosotros había tres jóvenes, muy bien vestidos, parecían profesionales, saludaron a la Sra. Miller y luego se acercaron respetuosamente para despedirse del Sr. Miller.

Cuando llegó nuestro turno, la Sra. Miller con los ojos brillando, me tomó de la mano, me condujo al ataúd y me dijo:

Esos tres jóvenes que se acaban de ir son los tres chicos de los cuales le hablé, me dijeron que vinieron a pagar su deuda.

A continuación, la esposa abrió la mano de su esposo fallecido. Allí estaban. Eran tres canicas rojas exquisitamente brillantes. El amor del Sr. Miller quedó grabado en el corazón de los tres chicos de tal manera, que jamás olvidaron su actitud y generosidad.



Más allá de la bella y sencilla moraleja que se capta de este cuento, hay una enseñanza mucho más profunda. Vivimos en un "valle de lágrimas" donde el hombre experimenta diariamente muchas necesidades. Hay alguien que siempre está pendiente de ello y cuida de ayudarnos día a día. La única condición que pone es que le demos una canica roja, verde o azul a cambio. Hecho el trueque, siempre volvemos a casa con una bolsa de manzanas, patatas, o de lo que más necesitemos.

Cada día estamos invitados también a acudir a su "funeral" y agradecerle todo el bien que nos hace. Será el momento de poner en sus manos lo que Él nos había requerido. Esa canica que Él nos pedía y que en realidad no necesitaba, pero que era un signo de nuestro amor y nuestra entrega.

La Santa Misa, actualización del sacrificio de Jesucristo en la cruz, es el momento en el que también nosotros podemos hacer nuestra ofrenda de lo que Él quiere de nosotros, y que en realidad no es una canica roja sino nuestra vida. Sabiendo anticipadamente que en ese trueque siempre saldremos ganando, pues damos algo pequeño y recibimos de Él lo más grande que existe: su propia Vida y su propio Amor.

"El que coma de este pan vivirá para siempre" (Jn 6:51).

"Yo he venido para que tengáis vida y una vida abundante" (Jn 10:10).

"Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia" (Fil 1:21).



¡Qué lejos andamos de la auténtica riqueza!

Hace ya un cierto tiempo mi madre me contaba una bella historia para hacerme ver qué desencaminado está el hombre de hoy cuando busca la auténtica riqueza.

La historia comenzaba cuando el padre de una familia adinerada llevó a su hijo a un viaje por el campo con el firme propósito de que su hijo viera cuán pobre era la gente que allí vivía, y así aprendiera a valorar mejor todo lo que su padre le ofrecía.

Pasaron todo el día y toda la noche en la granja de una familia campesina muy humilde.

Al concluir el viaje, ya de regreso en casa, el padre le preguntó a su hijo:

— *¿Qué te pareció el viaje?*

— *Muy bonito, papa.* – Respondió el niño.

— *¿Viste lo pobre que puede ser la gente?*

— *Sí.* – Afirmó su hijo.

— *¿Y qué aprendiste?*

— *Vi que nosotros tenemos un perro en casa; ellos tienen cinco. Nosotros tenemos una piscina larga hasta a la mitad del jardín; ellos tienen un arroyo que no tiene fin. Nosotros tenemos lámparas importadas en el patio; ellos tienen las estrellas. Nuestro patio llega hasta la muralla de la casa; el de ellos tiene todo un horizonte. Ellos tienen tiempo para conversar y convivir en familia; tú y mi mamá tienen que trabajar todo el día y casi nunca los veo.*

Al terminar el relato, el padre se quedó mudo, y su hijo agregó:

— *¡Gracias papá, por enseñarme cuán ricos podremos llegar a ser!*

Acabada la lectura de este relato, lo primero que me vino a la mente era cuánta razón tenía ese joven; aunque luego, cuando me detuve a pensar un poco más, me di cuenta de que también este joven se quedaba muy corto. La belleza de la naturaleza, el diálogo en familia, el gozo de un paisaje, son riquezas al alcance de nuestras manos y que no solemos valorar mucho; pero hay una riqueza mucho más grande, que muy pocos llegan a apreciar, y que es la fortuna de conocer a Dios, de ser su hijo, de tener su gracia. Es la dicha de poder hablar con Él y de escucharle. En una palabra, es el hecho de poder ser contado entre los "bienaventurados".

La gente del mundo anda tan preocupada de fabricarse un paraíso en esta tierra que luego no tiene tiempo de gozarlo una vez que lo consigue. Pero peor es, tener a nuestro alcance el amor de Dios, no ser conscientes de esa gran riqueza; y peor todavía, no luchar por alcanzarlo.

"Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, ... Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios". (Col 3: 1-3)

"Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mt 6: 20-21).

"El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel" (Mt 13:44).

"... de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie será capaz de quitaros vuestra alegría" (Jn 16:22).



¿Quién empaqueta tu paracaídas?

Esta es la breve historia de Charles Plumb, piloto de un bombardero norteamericano durante la guerra de Vietnam. Después de muchas misiones de combate, su avión fue derribado por un misil. Plumb se lanzó en paracaídas, fue capturado y llevado a una prisión vietnamita. Seis años después regresó a Estados Unidos y empezó a dar conferencias relatando su odisea y lo que aprendió en la prisión.

Un día estaba sentado en un restaurante en Kansas City y un hombre que estaba también sentado comiendo en el restaurante dos mesas más allá, se le quedó mirando fijamente: segundos después se levantó y se acercó a su mesa:

- *¡Tú eres Charles Plumb! ¡Eras piloto en Vietnam y te derribaron! ¿Verdad?*
- *¿Cómo sabe eso? Le preguntó Plumb.*
- *Porque yo era el soldado que empaquetaba tu paracaídas en el portaaviones "El Halcón Kitty". Dijo el hombre.*

Plumb casi se ahogó de sorpresa y gratitud.

- *Parece que le funcionó bien, ¿verdad?*



— *Claro que funcionó. Si no hubiera funcionado, hoy yo no estaría aquí.*

Plumb no pudo dormir esa noche, preguntándose:

— *¡Cuántas veces lo vi en el portaaviones y no le dije ni buenos días, porque yo era un arrogante piloto y él era un humilde marinero!*

Pensó también en las horas que ese marinero pasaba en las entrañas del barco enrollando los hilos de seda de cada paracaídas, teniendo en sus manos la vida de alguien que no conocía.



Hay en la vida de cada uno de nosotros muchas personas, con las cuales nos cruzamos a diario o no, que hacen nuestra vida posible y más placentera. Personas de las cuales dependemos de un modo u otro, y que incluso quizás ni conozcamos, pero sin las cuales no podríamos realmente vivir. ¿Se ha detenido alguna vez a pensar cuántas personas nos ayudan todos los días? ¿Cuántas personas que trabajan por la noche para que nosotros podamos tener pan recién hecho todos los días? Médicos, enfermeras, taxistas, electricistas, recogedores de basura y cientos más los tenemos siempre a nuestro servicio.

Todos formamos un entramado que llamamos sociedad. En ella vivimos. De ella recibimos muchas cosas, y a ella también nosotros aportamos nuestro granito de arena. A veces no somos conscientes de toda esa ayuda que normalmente recibimos y que sólo echamos de menos cuando falta: una huelga de profesores o de médicos, una huelga de basureros.

Deberíamos, al menos, ser más agradecidos con aquéllos de los cuales recibimos ayuda directa todos los días. ¿Qué sería de una familia si no hubiera un padre que se sacrificara todos los días para poder traer la comida a casa? ¿Qué sería si un día cuando fueras a ponerte ropa limpia vieras que tu madre no la había lavado?

Ahora, nuestro piloto de avión nos pregunta a todos: ¿Quién empaquetó hoy tu paracaídas? A veces, en los desafíos que la vida nos lanza a diario, perdemos de vista las personas que nos "salvan" en el momento oportuno sin que se lo pidamos. Aprovecha esta semana para descubrir y agradecer a todas aquéllos que empaquetan tu paracaídas día a día. Y entre ellos, no olvides de modo muy especial a tu madre, esté en la tierra o en el cielo. De ella recibimos, primero de todo, la vida; y después, día a día ¡cuántos regalos, desvelos, caricias, besos! Y de entre todas las madres, no olvides a aquélla que Dios nos regaló, la suya propia: María, Nuestra Madre del Cielo



Tres lecciones de bondad

El estudiante y el limpiador

Después de varios meses asistiendo a la universidad, el profesor de historia nos puso un examen. Siendo un buen estudiante, pude resolver todas las preguntas sin problema. Cuando llegué a la última pregunta quedé extrañado: ¿Cuál es el nombre de la persona que limpia las aulas?

Yo entregué mi examen sin ser capaz de responder a esta última pregunta. Justo antes de que terminara la clase, un compañero le preguntó al profesor si la última pregunta contaba en la nota final.

— *Por supuesto.* – dijo el profesor. *En el camino de la vida conocerán muchas personas y todas ellas son importantes. Todas merecerán su atención, su respeto e incluso tener con ellos un simple gesto de amabilidad o de aprobación por la labor que hacen.*

Nunca olvidé esa sencilla lección. Acabada la clase me preocupé de informarme quién era esa persona y me detuve un momento a hablar con ella. Ahí descubrí que era un pobre hombre que había sido un eminente historiador, pero que a resultas de la muerte de su hijo en un accidente de tráfico entró en una profunda depresión que no había podido superar. Desde ese momento me hice su amigo y

él se transformó en mi preceptor. Años después concluí mi carrera con notas excelentes. Desde ese día, él y yo nos hicimos profundos amigos. Él siguió siendo mi preceptor y yo "su nuevo hijo".

Al abuelo se le rompe el auto

Volvía yo a casa en mi coche después de un largo y cansado día de trabajo. Llovía muy fuertemente. De pronto vi a un anciano que se encontraba a un lado de la carretera con el agua hasta las rodillas. Su auto se había roto; y por su cara, necesitaba ayuda desesperadamente.

El pobre hombre hacía señas a los coches que pasaban, pero todo el mundo, ya por la lluvia ya por lo tarde que era, no se molestaba en detenerse. Yo detuve mi auto, me remangué los pantalones, y ayudé al pobre anciano a empujar el coche hasta un lugar seguro. Luego llamé al mecánico, el cual, después de una media hora llegó y fue capaz de arreglar allí mismo el problema. Una vez que todo estuvo solucionado, el anciano cansado y débil, todavía tuvo la buena voluntad de tomar mi nombre y dirección y agradecérmelo inmensamente.

Una semana después, un repartidor de paquetes golpeó la puerta de mi casa. Al abrir me encontré un regalo que me mandaba mi viejito y junto a él una nota manuscrita:

"Recibe este pequeño detalle en agradecimiento por tu obra de caridad. Gracias a ella, todavía llegué a tiempo al hospital y pude ver a mi mujer en sus últimos minutos de vida. Dios te bendiga por haberme ayudado".

Al abrir el paquete me encontré un ordenador portátil de última generación.

El heladero "malas pulgas" y el niño

Hace unos años, encontrándome en una heladería durante una calurosa tarde de verano me encontré el siguiente espectáculo:

Acababa de entrar en la heladería un niño que tendría alrededor de 10 años. Por su apariencia, no daba la impresión de que le sobrara mucho el dinero. Se sentó en una esquina de la barra y le preguntó al heladero cuánto costaba una copa de helado. El heladero le respondió que 3 euros. En esto que el niño se metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de monedas. Las dejó encima del mostrador y comenzó a contarlas.

Justo 3 euros. Lo que necesitaba. - pensó el chico.

En esto que le vuelve al preguntar al heladero:

— *¿Y cuánto cuesta un helado simple?*

El heladero, que estaba atendiendo a otras personas, comenzó a ponerse molesto e impaciente, pensando que no valía la pena gastar tiempo en ese niño pues poco podría sacar de él.

— *2 euros.* – le respondió con rudeza.

Así que el niño volvió a contar su dinero y pidió un helado simple. El heladero le sirvió el helado y le entregó la cuenta. El niño se lo comió con inmenso placer y luego se dirigió a la caja a pagar.

Cuando el heladero estaba limpiando el mostrador, de repente se puso a llorar porque vio que en el rincón donde se había sentado el niño había 1 euro... su propina.



Son tres lecciones sencillas pero que marcan la diferencia. ¡Qué fácil es “pasar” de todo! Pero si uno quiere gozar realmente de esta vida y hacer que otros también lo hagan, tenemos que implicarnos. El culmen de esa implicación es cuando por amor a Dios y a nuestros semejantes somos capaces de dejarlo todo para emprender una nueva vida:

“Y todo el que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, o hijos, o campos, por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna.” (Mt 19:29)



Pude ser rico, pero lo dejé escapar

Hace ya bastantes años, cuando vivía en Ecuador, un día de vacaciones escolares, reuní a varios chicos de la parroquia y me los llevé a hacer una excursión a la Reserva del Churute. En aquellos tiempos El Churute era un lugar agreste y salvaje. Los nativos decían que había tigrecillos, venados y muchos otros animales curiosos.

Después de una hora aproximada de viaje en coche, llegamos a la reserva. Dejé el coche en un lugar relativamente apartado de la carretera, tomamos todos los bártulos y comenzamos nuestra excursión por aquellos parajes casi selváticos.

Los habitantes del lugar nos dijeron que si seguíamos un pequeño riachuelo que había un poco más adelante, podríamos ir subiendo hacia la montaña donde nos encontraríamos un paisaje bellissimo, un río con más agua y muchos animales, algunos de ellos venenosos, como serpientes, arañas y sapos venenosos.

El único modo de subir a la cima era a través de ese riachuelo, pues todo lo demás estaba cubierto por una abundantísima vegetación que impedía cualquier otro tipo de acceso a no ser que se llevara algún machete para abrir camino; vegetación que a veces podía deparar sorpresas poco gratas.

Durante más de una hora los chicos y yo subimos por la corriente de agua, unas veces andando y otras nadando. Por cierto, una de las veces que a mí me toco nadar, se me cayeron las llaves del coche, llaves que ya nunca encontré, y que luego dificultaron la vuelta a Guayaquil; pero esa sería otra historia para contar.

Después de algunos rasguños, caídas y tropezones, y estando totalmente empapados de agua y algo cansados, aunque tremendamente felices por el camino que ya habíamos recorrido, llegamos a una pequeña explanada donde pensamos hacer un alto, reponer fuerzas y descansar unos minutos.

Mientras que los chicos comían algo y se bañaban en un inmenso estanque con agua que corría lentamente y que venía de montaña arriba, yo me puse a caminar despacio junto a la orilla del estanque. Miraba el agua cristalina, el horizonte azul con alguna nube dispersa aquí y allá, y mi mente se elevaba a Dios dando gracias por tanta belleza apenas hollada por la mano del hombre.

En esto que miré al suelo y me encontré una piedra junto a la orilla del estanque que era de color amarillo y que destellaba brillantes rayos de luz. Agachándome la recogí. Lo primero que me llamó la atención era que, para un tamaño relativamente pequeño, como un huevo de gallina, pesaba bastante. La miré, le di varias vueltas, la remojé en agua para limpiarle un poco de barro que tenía, y la primera impresión que me dio es que parecía una gran pepita de oro. Automáticamente pensé:

¡Este es el famoso oro de los tontos!

En esto que seguí caminando y volví a tirar la piedra al lecho del estanque y la vi alejarse de mí dando repetidos botes en el agua.

Minutos después saludé a un nativo del lugar que no sé cómo me reconoció como sacerdote y me saludó amigablemente:

— *¡Buenos días padrecito!*

— *¡Buenos días! – Le dije yo.*

— *¿Qué hace por aquí padrecito?*

— *Pues dando una vuelta con los chicos y disfrutando de este precioso lugar.*

Entonces el indio, que iba con un gran machete en la mano y que usaba para abrirse camino entre la maleza me dijo:

— *¡Padrecito, tenga buen ojo! ¿No sabe usted que este riachuelo trae oro?*

En eso que de pronto me vino a mi mente la imagen de la piedra amarilla que acaba de tirar al estanque.

— *¡Adiós, padrecito! ¡Que disfruten!*

Y el indio se perdió entre la maleza del mismo modo que había aparecido.

Minutos después, mientras volvía mis ojos al estanque para comprobar si podía recuperar mi “pepita de oro” me quedé pensando:

¡Si seré bruto! ¡He tenido cerca de un kilo de oro en mis manos y lo he vuelto a tirar al agua!

Esa noche, una vez que habíamos vuelto a la casa, conté a mis compañeros sacerdotes lo que me había ocurrido y uno de ellos, que era ecuatoriano me lo confirmó:

¡Ese riachuelo es famoso porque trae oro!

Yo me quedé sin el oro, pero al menos me sirvió de lección para aprender una cosa: Hay muchas cosas que tenemos al alcance de nuestras manos, pero que por nuestra falta de conocimiento o cuidado las perdemos, pues no sabemos lo que valen hasta que desaparecen o alguien nos lo dice. En mi caso fue oro, pero en el caso de muchas personas a veces son cosas más importantes que el oro: la Eucaristía, el Amor de Dios, el amor de un padre o una madre.

¡Cuántas cosas valiosas pasan a lo largo de nuestra vida por nuestras manos pero que, por no tener un corazón limpio, generoso y dispuesto, perdemos y probablemente ya nunca más podremos gozar!

No obstante, mientras vivimos, Dios pone cerca de nosotros una y otra vez, cosas de inmenso valor. No seamos tan ciegos de tirarlas al río y que se las lleve la corriente. Aprendamos a valorar, gozar y agradecer tan inmensos dones que recibimos cada día antes de que sea demasiado tarde.



Noventa y nueve motivos para ser felices

Había una vez un rey muy triste que tenía un sirviente, que como todo sirviente de rey triste, era muy feliz. Todas las mañanas le traía el desayuno y despertaba tarareando alegres canciones. Una sonrisa se dibujaba en su distendida cara, y su actitud para con la vida era siempre serena y alegre.

Un día el rey lo mandó a llamar:

- *Paje -le dijo- ¿cuál es el secreto?*
- *¿Qué secreto, Majestad?*
- *¿Cuál es el secreto de tu alegría?*
- *No hay ningún secreto, Alteza.*
- *¡No me mientas, paje! ¡He mandado cortar cabezas por ofensas menores que una mentira!*
- *No le miento, Alteza, no guardo ningún secreto.*
- *¿Por qué está siempre alegre y feliz? ¿Por qué?*
- *Majestad, no tengo razones para estar triste. Su Alteza me honra permitiéndome atenderlo. Tengo mi esposa y mis hijos viviendo en la casa que la Corte nos ha asignado, somos vestidos y alimentados, y además su Alteza me premia de vez en cuando con algunas monedas para darnos algunos gustos. ¿Cómo no estar feliz?*

- *¡Si no me dices ya mismo el secreto, te haré decapitar!* –dijo el rey- *¡Nadie puede ser feliz por esas razones que has dado!*
- *Pero, Majestad, no hay secreto. Nada me gustaría más que complacerlo, pero no hay nada que yo esté ocultando...*
- *¡Vete! ¡Vete antes de que llame al verdugo!*

El sirviente sonrió, hizo una reverencia y salió de la habitación real. El rey estaba como loco. No consiguió explicarse cómo el paje estaba feliz viviendo de prestado, llevando ropa usada y alimentándose de las sobras de los cortesanos. Cuando se calmó, llamó al más sabio de sus asesores y le contó su conversación con el sirviente.

- *¿Por qué él es feliz?*
- *Ah, Majestad, lo que sucede es que él está fuera del círculo.*
- *¿Fuera del círculo?*
- *Así es.*
- *¿Y eso es lo que lo hace feliz?*
- *No Majestad, eso es lo que no lo hace infeliz.*
- *A ver si entiendo, estar en el círculo te hace infeliz.*
- *Así es.*
- *¿Y cómo salió?*
- *¡Nunca entró!*
- *¿Qué círculo es ese?*
- *El círculo del 99.*
- *Verdaderamente, no te entiendo nada* –dijo el Rey-.
- *La única manera para que entienda, sería mostrárselo con hechos.*
- *¿Cómo?*
- *Haciendo entrar a su paje en el círculo.*
- *Eso, ¡obliquémoslo a entrar!*
- *No, Alteza, nadie puede obligar a nadie a entrar en el círculo del 99.*
- *Entonces habrá que engañarlo.*
- *No hace falta, Su Majestad. Si le damos la oportunidad, él entrará solo en el círculo.*
- *¿Pero él no se dará cuenta de que eso es su infelicidad?*
- *Sí, se dará cuenta.*
- *Entonces no entrará.*
- *No lo podrá evitar.*

- *¿Dices que él se dará cuenta de la infelicidad que le causará entrar en ese ridículo círculo, y de todos modos entrará en él y no podrá salir?*
- *Así es, Majestad. ¿Está dispuesto a perder un excelente sirviente para poder entender la estructura del círculo?*
- *Sí, lo estoy.*
- *Esta noche le pasaré a buscar. Debe tener preparada una bolsa de cuero con 99 monedas de oro, ni una más ni una menos. ¡99!*
- *¿Qué más? ¿Llevo los guardias por si acaso?*
- *Nada más que la bolsa de cuero. Majestad, hasta la noche.*
- *Hasta la noche.*

Esa noche, el sabio pasó a buscar al rey. Juntos entraron en los patios del palacio donde viven los sirvientes y se ocultaron cerca de la casa del paje. Allí esperaron el alba. Cuando se encendió la primera vela dentro de la casa, el sabio cogió la bolsa con las monedas de oro, le sujetó un papel que decía: *"Este tesoro es tuyo. Es el premio por ser un buen hombre. Disfrútalo y no cuentes a nadie cómo lo encontraste"*, y la dejó a la puerta del sirviente.

Golpeó la puerta de la casa y volvió a esconderse. Cuando el paje salió, el sabio y el rey se escondieron detrás de unos arbustos que había delante de la puerta. El sirviente vio la bolsa, leyó el papel, agitó la bolsa y al escuchar el sonido metálico se estremeció, apretó la bolsa contra el pecho, miró hacia ambos lados de la puerta y entró a su casa.

Entonces el rey y el sabio se acercaron a la ventana de la casa del paje para ver la escena. El sirviente, que había cerrado con fuerza la puerta, arrojó al suelo todo lo que había sobre la mesa de la cocina, dejando sólo una vela que la iluminaba. Se sentó y vació el contenido de la bolsa... Sus ojos no podían creer lo que veían. ¡Era una montaña de monedas de oro! Él, que nunca había tocado una de estas monedas tenía ante ahora una montaña de ellas. El paje las tocaba y amontonaba, las acariciaba y hacía brillar a la luz de la vela, las juntaba y desparramaba, hacía pilas de monedas. Así, jugando y jugando empezó a hacer pilas de 10 monedas. Una pila de diez, dos pilas de diez, tres pilas, cuatro, cinco, seis... y mientras sumaba 10, 20, 30, 40, 50, 60... hasta que formó la última pila: ¡9 monedas!

Su mirada recorrió la mesa primero, buscando una moneda más. Luego el piso y finalmente la bolsa. *"No puede ser"*, pensó. Puso la última pila al lado de las otras y confirmó que era más baja. *Me han robado -gritó- ¡me han robado!*

Una vez más buscó en la mesa, en el suelo, en la bolsa, en sus ropas, vació sus bolsillos, corrió los muebles, pero no encontró lo que buscaba. Sobre la mesa, como burlándose de él, una montañita resplandeciente le recordaba que había 99 monedas de oro, "sólo 99".

99 monedas es mucho dinero – pensó. Pero me falta una moneda. Noventa y nueve no es un número completo. Cien es un número completo, pero noventa y nueve, no.

El rey y el sabio miraban por la ventana y contemplaban el espectáculo. La cara del paje ya no era la misma, estaba con el ceño fruncido y los rasgos tiesos, los ojos se habían vuelto pequeños y arrugados y la boca mostraba un horrible rictus, por el que se asomaban los dientes. El sirviente guardó las monedas en la bolsa y asegurándose de que nadie le veía, escondió la bolsa entre la leña. Luego tomó papel y pluma y se sentó a hacer cálculos.

Hablaba solo en voz alta:

¿Cuánto tiempo tendré que ahorrar para conseguir tener cien monedas? Con cien monedas de oro un hombre puede dejar de trabajar. Con cien monedas de oro un hombre es rico. Con cien monedas se puede vivir tranquilo.

Estaba dispuesto a trabajar duro hasta conseguirla. Después, quizás, no necesitaría trabajar más.

Sacó el cálculo. Si trabajaba y ahorraba su salario y algún dinero extra que recibía, en once o doce años juntaría lo necesario:

Doce años es mucho tiempo - pensó. Quizás pudiera pedirle a mi esposa que buscara trabajo en el pueblo por un tiempo. Y yo mismo, acabado mi trabajo en el palacio a las cinco, podría trabajar hasta la noche y recibir alguna paga extra por ello.

Sacó las cuentas: sumando su trabajo en el pueblo y el de su esposa, siete años reuniría el dinero. ¡Era demasiado tiempo! Por lo que siguió pensando:

Quizás pudiera llevar al pueblo lo que quedaba de comida en el palacio todas las noches y venderlo por unas monedas. Vender... vender...

Todo era un sacrificio, pero en cuatro años de sacrificios llegaría a su moneda cien.

El rey y el sabio, volvieron al palacio. El paje había entrado en el círculo del 99...

Durante los siguientes meses, el sirviente siguió sus planes tal como se le ocurrieron aquella noche.

Una mañana, el paje entró a la alcoba real golpeando las puertas, refunfuñando de pocas pulgas.

- *¿Qué te pasa? - preguntó el rey de buen modo.*
- *¡Nada me pasa! ¡Nada me pasa!*
- *Antes, no hace mucho, reías y cantabas todo el tiempo.*
- *¡Hago mi trabajo! ¿No? ¿Qué querría su Alteza, que fuera su bufón y su juglar también?*

No pasó mucho tiempo antes de que el rey despidiera al sirviente. No era agradable tener un paje que estuviera siempre de mal humor.

El paje había aprendido lo que era el materialismo. Nos han hecho creer que la felicidad vendrá cuando uno pueda completar lo que le falta. Y como siempre nos falta algo...

Nuestro Señor resumió en una bella frase la moraleja de este cuento: *"¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?"* O en esta otra todavía más profunda: *"Marta, Marta, andas muy atareada. María ha escogido la mejor parte y no le será quitada".*

¿Qué pasaría si nos diéramos cuenta, así de golpe, que nuestras 99 monedas son el cien por ciento del tesoro?; ¿que no nos falta nada, que nadie se quedó con lo nuestro, que todo es sólo una trampa, una zanahoria puesta frente a nosotros para que tiremos del carro, cansados, malhumorados, infelices o resignados? Una trampa para que nunca dejemos de empujar y que todo siga igual... ¡Cuántas cosas cambiarían si aprendiéramos a disfrutar de los "tesoros" que ya tenemos y no estuviéramos tan ansiosos por aquellos que nos faltan!



Por muy grande que sea tu problema, Dios es más

Un joven de unos 19 años se quejaba continuamente a su padre acerca de su vida y cómo las cosas le resultaban tan difíciles. No sabía cómo hacer para seguir adelante y creía que se daría por vencido. Estaba cansado de luchar. Todavía no había solucionado un problema cuando ya había cuatro más en la cola de espera.

Su padre, chef de cocina de un afamado restaurante de Hamburgo, le llevó a su lugar de trabajo. Entrando en la cocina, llenó tres ollas con agua y las colocó sobre fuego fuerte. Pronto el agua de las tres ollas estaba hirviendo. En una colocó zanahorias, en otra puso huevos y en la última, granos de café, y las dejó hervir sin decir palabra.

El hijo esperó impacientemente, preguntándose qué estaría haciendo su padre.

A los veinte minutos el padre apagó el fuego, sacó las zanahorias y las colocó en un recipiente, luego, los huevos y los colocó en otro, y por último coló el café y lo puso en un tercero. Mirando a su hijo le dijo:

- *Hijo, ¿qué ves?*
- *Zanahorias, huevos y café* – fue su respuesta.

Le hizo acercarse y le pidió que tocara las zanahorias. El las tocó y comprobó que estaban blandas. Luego le pidió que tomara un huevo y lo rompiera. Después de quitarle la cáscara, observó que el huevo estaba duro. Y al final, le pidió que probara el café. Él, sin entender el propósito de su padre, sonrió mientras disfrutaba de su profundo aroma y rico sabor.

Humildemente el hijo preguntó:

— *¿Qué significa todo esto, Padre?*

Él le explicó que los tres elementos habían enfrentado la misma prueba: agua hirviendo; pero habían reaccionado de forma diferente. La zanahoria llegó al agua fuerte y dura, pero después de pasar por el agua hirviendo se había vuelto débil y se había deshecho. El huevo había llegado al agua frágil; su cáscara fina protegía su interior líquido, pero después de estar en agua hirviendo, su interior se había endurecido. Los granos de café, después de estar en agua hirviendo habían dejado su esencia y con ello, dar sabor al agua en la que se encontraba.

— *¿Cuál eres tú? – le preguntó a su hijo -. Cuando la adversidad llama a tu puerta, ¿cómo respondes? ¿Eres una zanahoria, un huevo o un grano de café?*

Hoy día es cada vez más frecuente ver a jóvenes que ante el primer problema se hunden, desaniman y deshacen. Con mucha frecuencia tiran la toalla mucho antes de tener que enfrentar los serios problemas de la vida. Se puede decir que son ya unos fracasados sin ilusiones ni esperanzas, a pesar de sus veinte años.

Un joven ha de ir madurando y “endureciéndose” ante los problemas a los que se tenga que enfrentar; y al mismo tiempo, ha de ir “dejando sabor” y cambiando todo aquello que le circunda. Es muy importante crecer en virtudes tales como la fortaleza, el coraje, el pundonor, la templanza, la laboriosidad, el espíritu de sacrificio... Ellas son las que nos preparan para luego triunfar como hombres y también como cristianos.

Aunque la fe no es el único factor determinante, sí ayuda mucho cuando uno se ve humanamente sin fuerzas. Es la fe la que te hace confiar, no sólo en tus fuerzas, sino también en Dios; y gracias a ello, seguir luchando a pesar de que las dificultades parezcan cada vez más insuperables.

San Pablo nos lo decía claramente:

“Te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la debilidad. Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2 Cor 12:9).

O el ejemplo que nos da este mismo apóstol:

"He combatido un buen combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la merecida corona que el Señor, el Justo Juez, me entregará aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que han deseado con amor su venida" (2 Tim 4: 6-8).

"¿Son ministros de Cristo? Pues -delirando hablo-yo más: en fatigas, más; en cárceles, más; en azotes, mucho más. En peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno, tres veces me azotaron con varas, una vez fui lapidado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé náufrago en alta mar. En mis repetidos viajes sufrí peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas, frecuentes vigiliias, con hambre y sed, con frecuentes ayunos, con frío y desnudez... Si es preciso gloriarse, me gloriaré en mis flaquezas" (2 Cor 11: 23-30).

¡Qué lejos andamos unos y otros de esta virtud! Ante los problemas de la vida, luchemos y superemos los obstáculos día a día, y recordemos siempre que no estamos solos. Nuestra fuerza no sólo viene de nuestra virtud; junto a nosotros siempre está Dios:

"No le digas a Dios cuán grande es tu problema, Dile a tu problema cuán grande es Dios".



La liebre y la tortuga

Una tortuga y una liebre siempre discutían sobre quién era más rápida. Para dirimir el argumento, decidieron correr una carrera. Eligieron una ruta y comenzaron la competencia. La liebre arrancó a toda velocidad y corrió enérgicamente durante algún tiempo. Luego, al ver que llevaba mucha ventaja, decidió sentarse bajo un árbol para descansar un rato, recuperar fuerzas y luego continuar su marcha. Pero pronto se durmió. La tortuga, que andaba con paso lento, la alcanzó, la superó y terminó primera, declarándose vencedora indiscutible.

La liebre, decepcionada tras haber perdido, hizo un examen de conciencia y reconoció sus errores. Descubrió que había perdido la carrera por ser presumida y descuidada. Si no hubiera dado tantas cosas por supuestas, nunca la hubiesen vencido. Entonces, desafió a la tortuga a una nueva carrera. Esta vez, la liebre corrió de principio a fin y su triunfo fue evidente.

Tras ser derrotada, la tortuga reflexionó detenidamente y llegó a la conclusión de que no había forma de ganarle a la liebre en velocidad. Ella siempre perdería, tal como estaba planteada la carrera. Por eso, desafió nuevamente a la liebre, pero propuso correr sobre una ruta ligeramente diferente. La liebre aceptó y corrió a toda velocidad, hasta que se encontró en su camino con un ancho río. Mientras la liebre, que no sabía nadar, se preguntaba "¿qué hago ahora?", la tortuga nadó hasta la otra orilla, continuó a su paso y terminó en primer lugar.

El tiempo pasó, y tanto compartieron la liebre y la tortuga, que terminaron haciéndose buenas amigas. Ambas reconocieron que eran buenas competidoras y decidieron repetir la última carrera, pero esta vez corriendo en equipo. En la primera parte, la liebre cargó a la tortuga hasta llegar al río. Allí, la tortuga atravesó el río con la liebre sobre su caparazón y, sobre la orilla de enfrente, la liebre cargó nuevamente a la tortuga hasta la meta. Como alcanzaron la línea de llegada en un tiempo récord, sintieron una mayor satisfacción que aquella que habían experimentado en sus logros individuales.



Este cuento tiene una doble enseñanza: Es bueno ser individualmente brillante, pero, a menos que seamos capaces de trabajar con otras personas y potenciar recíprocamente las habilidades de cada uno, no seremos completamente efectivos. Siempre existirán situaciones para las cuales no estamos preparados y que otras personas pueden enfrentar mejor. La Biblia nos lo había enseñado ya: *“El hermano, ayudado por el hermano, se transforma en fortaleza inexpugnable”* (Prov 18:19).

Y la segunda enseñanza es la siguiente: Cuando dejamos de competir contra un rival y comenzamos a competir contra una situación, complementamos capacidades, compensamos defectos, potenciamos nuestros recursos... y obtenemos mejores resultados. ¡Qué lección tan importante para muchos matrimonios!



Dos grandes aliados

Cuenta una popular leyenda china que hace ya muchos, pero que muchos años, había una vez una isla muy bella y de naturaleza indescriptible en el Océano Pacífico frente a las costas de Shanghái, que tenía unos habitantes muy especiales. En ella vivían todos los sentimientos y valores del hombre: El Buen Humor, la Tristeza, la Sabiduría... como también, todos los demás, incluso el Amor.

Un día la Ciencia anunció a todos los demás habitantes que la isla estaba por hundirse. En un instante todos prepararon sus barcos y partieron. Únicamente el Amor quedó esperando solo, pacientemente, hasta el último momento. Cuando la isla estuvo a punto de hundirse, el Amor decidió pedir ayuda.

La Riqueza pasó cerca del Amor en una barca lujosísima y el Amor le dijo:

- *Riqueza... ¿me puedes llevar contigo?*
- *No puedo porque tengo mucho oro y plata dentro de mi barca y no hay lugar para ti, lo siento, Amor...*

Entonces el Amor decidió pedirle al Orgullo que estaba pasando en una magnífica barca:

- *Orgullo te ruego... ¿puedes llevarme contigo?*

— *No puedo llevarte Amor... respondió el Orgullo –. Aquí todo es perfecto, podrías arruinar mi barca y ¿Cómo quedaría mi reputación?*

Entonces el Amor dijo a la Tristeza que se estaba acercando:

— *Tristeza te lo pido, ¡déjame ir contigo!*

— *¡No Amor! – respondió la Tristeza. Estoy tan triste que necesito estar sola.*

Luego el Buen Humor pasó frente al Amor, pero estaba tan contento que no escuchó que lo estaban llamando.

De repente una voz dijo:

— *¡Ven, Amor, te llevo conmigo!*

El Amor miró a ver quién le hablaba y vio a un viejo de largas y blancas barbas. Él se sintió tan contento y lleno de gozo que se olvidó de preguntarle su nombre al viejo.

Cuando llegó a tierra firme, el viejo se fue. El Amor se dio cuenta de cuánto le debía y le preguntó al Saber:

— *Saber, ¿puedes decirme quién era este que me ayudó?*

— *Ha sido el Tiempo. – respondió el Saber, con voz serena.*

— *¿El Tiempo?... se preguntó el Amor. ¿Por qué será que el Tiempo me ha ayudado?*

— *La razón es muy sencilla, – respondió el Saber, porque sólo el Tiempo es capaz de comprender cuán importante es el Amor en la vida.*

El Tiempo es uno de los mejores regalos que podemos recibir de una persona: Tiempo para escucharnos, Tiempo para estar con nosotros, Tiempo para perdonar, Tiempo para esperar al Amado. ¿No sabías que el Tiempo es oro?

El Tiempo es el que se encarga de erosionar las asperezas de nuestro carácter. El Tiempo es quien se ocupa de curar las heridas, de borrar los malos recuerdos. El Tiempo es quien nos da esperanza para ser felices y poder alcanzar el cielo. Y si al Tiempo se le une el Amor, entonces el éxito es seguro. El Tiempo y el Amor son los dos grandes aliados.



¡Estos abuelos tan maravillosos!

Érase una vez un niño, Francisco de nombre, que todas las tardes, cuando su madre se iba al trabajo, se quedaba en casa de su abuelo. Al abuelo le servía de distracción y entretenimiento, pues hacía años que su mujer había muerto y desde entonces vivía solo con sus recuerdos.

Uno de esos días, se encontró al abuelo escribiendo una carta a un viejo amigo que vivía en Bilbao y con quien había hecho la mili en Pontevedra por los años setenta.

El niño se acercó al abuelo y le dio un beso:

— *¡Hola, abuelí! ¡Ya estoy aquí! Hoy tengo un montón de tarea del cole. Espero que me ayudes como siempre. La profe nos ha enseñado hoy a hacer restas, pero me resultan muy difíciles. Cuando puedas me enseñas, pues tú me lo explicas mejor.*

El abuelo, que estaba concentrado escribiendo la carta a su amigo, se limitó a devolver el beso y a asentir con la cabeza sin dejar el lápiz que tenía en las manos.

Pocos minutos después, y ante el poco caso que el abuelo le hacía, el niño le preguntó:

— *¿Estás escribiendo una historia que nos pasó a los dos? ¿Es, quizá, una historia sobre mí?*

El abuelo dejó de escribir, sonrió y dijo al nieto:

— *Estoy escribiendo sobre ti, es cierto. Sin embargo, más importante que las palabras es el lápiz que estoy usando. Me gustaría que tú fueses como él cuando crezcas.*

El niño miró el lápiz intrigado, y no vio nada de especial.

— *¡Pero si es igual a todos los lápices que he visto en mi vida!*

— *Todo depende del modo en que mires las cosas.* – respondió el abuelo. *Hay en él cinco cualidades que, si consigues tenerlas, harán de ti una persona feliz.*

El abuelo, dejando a un lado la carta que estaba escribiendo a su amigo, y no queriendo perder la oportunidad que se le brindaba en bandeja de transmitir un poco de su sabiduría, le dijo a su nieto:

— *Puedes hacer grandes cosas, pero no olvides nunca que existe una mano que deberá siempre guiar tus pasos. A esta mano la llamamos Dios. Él siempre te conducirá por el camino recto. De vez en cuando deberás dejar de escribir y usar el sacapuntas. Eso hará que el lápiz sufra un poco, pero al final escribirá mejor. Eso quiere decir que deberás ser capaz de soportar algunos dolores y reveses. Estos aparecerán cuando menos te lo esperes, pero que deberás aceptar con alegría porque te harán una mejor persona.*

El lápiz siempre permite que usemos una goma para borrar aquello que está mal. En la vida será bastante frecuente tener que corregir cosas que ya hemos escrito, pero que o no están del todo bien, o que se podrían escribir mejor.

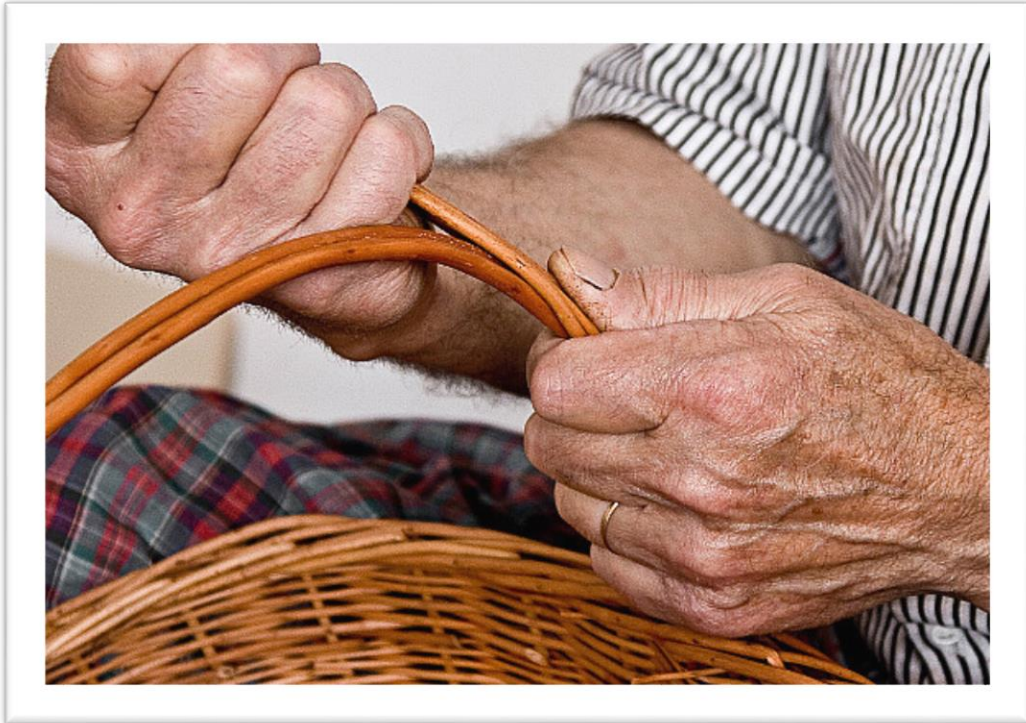
Recuerda también que lo que realmente importa en el lápiz no es la madera ni su forma exterior, sino el grafito que hay dentro. Por lo tanto, cuida siempre de lo que sucede en tu mente y en tu corazón. De ahí es de donde saldrá todo lo bueno y todo lo malo.

Y la última cualidad del lápiz es que siempre deja una marca. De la misma manera, has de saber que todo lo que hagas en la vida dejará trazos. Intenta ser consciente de cada acción, pues en cada una de ellas podrás hacer muchas cosas buenas o malas.

Acabada la lección, Francisco se quedó mirando al lápiz y pensando:

¡Qué listo es mi abuelo! ¡Hasta de un vulgar lápiz sabe sacar un montón de enseñanzas!

Cuando su madre vino a recogerle pasadas las nueve de la noche, Francisco se despidió de su abuelo con un tremendo abrazo, con la cartera del cole en el hombro y enseñando el lápiz a su madre dispuesto a explicarle en su camino de vuelta a casa, la misteriosa lección que su abuelo le había enseñado esa tarde.



Un canasto que te puede ayudar a entender la Biblia

Hace muchos años me contaron la historia de un anciano que vivía en una granja en las montañas de Mendoza (Argentina) con su joven nieto. Cada mañana, el abuelo y su nieto se sentaban a la mesa de la cocina para leer la vieja y estropeada Biblia.

Un día el nieto le preguntó:

— *Abuelo, yo intento leer la Biblia, me gusta mucho pero no la entiendo y lo poco que logro entender se me olvida enseguida. ¿Por qué necesitamos leer la Biblia? ¿Qué tiene de bueno?*

El abuelo que escuchaba, mientras echaba carbón en la estufa, respondió:

— *Querido hijo, toma el canasto de carbón ve al río y tráemelo lleno de agua.*

El nieto obedeció a su abuelo, aunque toda el agua se perdió antes de que él pudiera volver a la casa.

El abuelo se rió y dijo:

— *Tendrás que caminar más rápido. Y lo envió nuevamente al río con el canasto del carbón para hacer un nuevo intento.*

Esta vez el niño corrió todo lo que pudo, pero de nuevo el canasto estaba vacío antes de que llegara a la casa. Casi sin respiración, le dijo a su abuelo:

— *Llevar agua en un canasto de carbón es imposible, nunca lo lograré. Si tú quieres que traiga agua iré con otro tipo de recipiente.*

Pero el anciano dijo:

— *Es que yo no quiero un recipiente de agua, quiero un canasto de agua. Tú puedes lograrlo, trata de ir más rápido y lo conseguirás.*

El anciano salió, para ver lo que hacía su nieto. El niño sabía que era imposible, pero quería demostrar a su abuelo que aun cuando corriese tan rápido como podía, el agua se saldría antes de que llegase a la casa.

Al llegar de nuevo con el canasto vacío, dijo:

— *¡Mira abuelo, es inútil!*

— *¿Por qué piensas que es inútil?* –le preguntó el anciano–. *Mira dentro del canasto, ¿no ves algo diferente?*

El niño miró el canasto y no vio nada especial, pero de pronto se dio cuenta de que, en lugar de estar sucio y lleno de restos de carbón, estaba muy limpio.

— *Hijo, le dijo el abuelo, esto es lo que pasa cuando tú lees la Biblia, tal vez no puedes entender o recordarlo todo, pero a medida que la vas leyendo te limpia por dentro. Ésa es la obra de Dios en nuestra vida. Para transformar nuestro interior, debe lavarnos lenta y constantemente hasta producir una limpieza que le permita obrar sin ningún tipo de obstáculos.*



Este cuento resume muy bien una bienaventuranza que nos enseñó Jesucristo: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”* (Mt 5:8). Sólo los que tienen el corazón limpio son capaces de entender a Dios, comprender sus razones y llegar a “verlo”, de modo incipiente aquí en la tierra; pero luego, de modo pleno y completo, allá en los cielos.



A veces nos parecemos a este albañil

Esta historia nos relata la vida de un albañil que estaba ya a punto de jubilarse. Una mañanita le comunicó a su jefe que en unos meses cumpliría los 65 y no deseaba seguir trabajando, sino que tenía plan de vivir una vida más placentera y tranquila con su esposa y su familia. Extrañaría el salario, pero dado que sólo una hija seguía con ellos en la casa, con la jubilación y alguna chapucilla que le saliera, tendrían suficiente para vivir.

El jefe estaba triste de ver que un buen empleado se retiraba y le pidió, como favor personal, que construyera una última casa. Ramiro, que así se llamaba nuestro albañil, dijo que sí, pero se vio que su corazón y su esfuerzo ya no estaban en el trabajo. No hizo bien su labor. Seleccionó materiales de baja calidad, y la terminación de la casa fue de pena. En realidad, fue la peor y más fea casa que había construido en toda su vida.

Terminada la construcción, el jefe vino a inspeccionar la nueva vivienda. Llamó a Ramiro y le invitó a entrar a la casa diciendo mientras pasaba el umbral de la misma:

— *Esta es tu casa. Es mi regalo para ti.*

En ese mismo instante, el semblante de Ramiro cambió por completo. Su rostro dibujó una expresión que se movía entre el enfado y el desencanto. Él pensó:

— *¡Qué lástima! ¡Qué arrepentimiento! ¡Si hubiera sabido que esta iba a ser mi casa la habría construido mucho mejor!*

Ahora tendría que vivir en esa fea casa que él mismo había construido; y, además, para el resto de sus días.

Ensimismado en sus pensamientos se dijo a sí mismo:

No le habría costado nada a mi jefe decirme que estaba construyendo mi propia casa. Si lo hubiera sabido antes, habría puesto más empeño y cuidado. La habría hecho más bonita, con mejores materiales...



Querido lector, yo me temo, que, aunque hubiera sabido que la casa era para él, no habría puesto más cuidado en construirla. ¿No piensas tú así? ¿Crees acaso que habría intentado hacerla mejor? ¿Sí? Sí, yo también pienso como tú.

Lo que sí me extraña es que el mismo Dios nos dice continuamente que mientras vivimos, estamos construyendo aquí en la tierra nuestra "casa del cielo" y en cambio no pongamos cuidado alguno en ello. ¿No te parece extraño a ti también? Los hombres somos así. Adoptamos conductas, que cuando las analizamos detenidamente, no tienen sentido alguno.

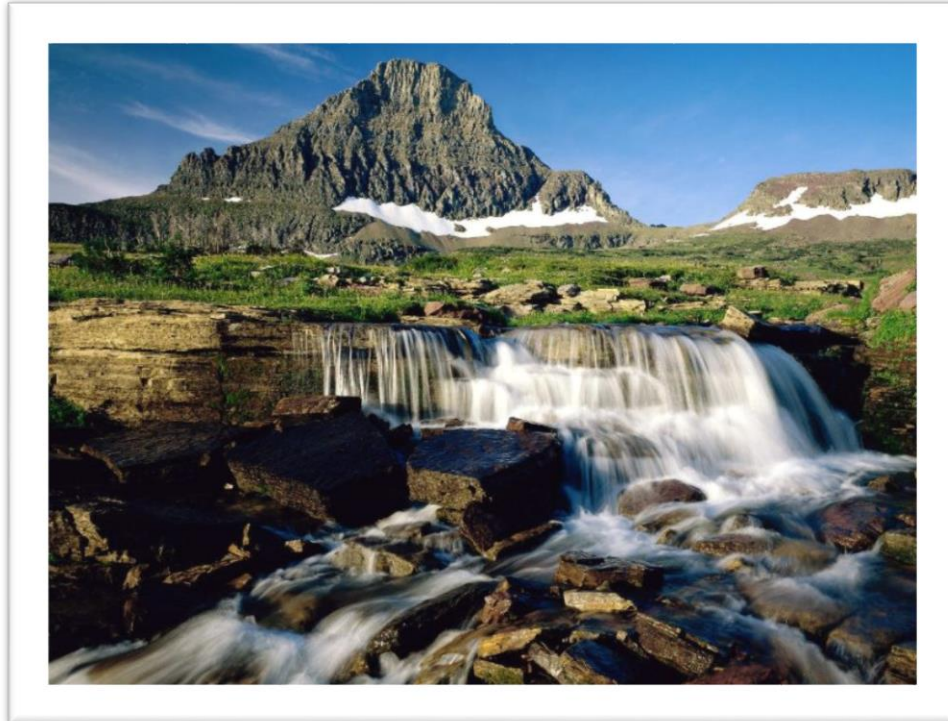
Aprendamos, pues, la lección que este cuento nos trae. Cada día de nuestra vida aquí en la tierra tenemos la oportunidad de añadir algo a la edificación que gozaremos en el cielo. Para la gran mayoría de personas, la única preocupación que tienen es mejorar sus condiciones de vida aquí en la tierra; y no se dan cuenta de que si no empiezan a edificar su casa futura, cuando llegue el caso de ocuparla, probablemente no tengan nada construido; es más, puede incluso que ni tengan la oportunidad de gozar un Paraíso.

San Pablo, iluminado por el Espíritu Santo nos transmitió estas mismas enseñanzas: *"Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él"* (Col 3: 1-4).

O estas otras, dichas por nuestro Señor Jesucristo: *"No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en*

el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6: 19-21).

Profundicemos, pues, en la enseñanza que este cuento nos trae hoy. No perdamos la oportunidad, que es única, de fabricar con Su ayuda un maravilloso Paraíso.



Como el orgullo de una montaña

Hace ya muchos, pero que muchos años, hubo un planeta pequeñito, muy joven, completamente liso, al que le salió una montañita que creció hasta 736 metros. Así estuvo un millón de años.

Con el tiempo comenzaron a surgir en la llanura otras montañitas, que también crecieron. La primera, irritada por la pérdida de su dominio, hizo esfuerzos y creció 362 metros más y, a medida que transcurría el tiempo, creció algunos metros en proporción a su orgullo.

Pero tanto crecer fue en vano pues comprobó que en sus cumbres ya no había vida a causa del frío y de los fuertes vientos; en cambio, las otras montañitas se cubrían de árboles donde anidaban mil clases de pájaros y eran acariciadas por suaves brisas. ¡Qué envidia!

Finalmente, no lo pudo aguantar y estalló convertida en fiero volcán, envenenó el aire, mató toda vida, desoló sus propias laderas, secó y arruinó a todas las montañas. Pasada la furia loca, vio su obra y..., apagándose se arrepintió.

Entonces de sus laderas brotaron lágrimas en forma de fuentes purísimas a cuyas aguas regresaron de nuevo los pájaros y con ellos las semillas.

Cuando se disiparon las cenizas, volvió a brillar el sol. Como su tierra era nueva, salida de las entrañas del planeta y rica en minerales y gérmenes de vida, pronto se hizo hermosa, muy verde y adornada de nubes que le dieron sombra y caricias.

Su vida contagió a las otras tierras y en adelante, vivió erosionándose callada y humildemente, convirtiéndose en un frondoso valle de ríos y bosques que aún hoy se pueden reconocer.



El principio de esta historia podría asemejarse mucho a los cuarenta o cincuenta primeros años de la vida de muchos de nosotros. Estamos preocupados en crecer. No nos gusta que nadie destaque más que nosotros. Y cuando sentimos que alguien empieza a hacernos sombra, intentamos crecer y crecer más para siempre destacar. Llega un momento en el que hemos crecido tanto que nos separamos de las personas que nos rodean. Ya nadie nos soporta ni viene a solicitar nuestra ayuda, pues nos hemos transformado en personas intratables y de carácter bastante agrio.

Si quedara en nosotros una brizna de virtud, antes o después nos daríamos cuenta de la vaciedad de nuestra vida, pero no reconociendo todavía nuestro fracaso, estallaríamos, como volcán lleno de orgullo, intentando hacer todo el daño posible a los que nos rodearan; sin darnos cuenta que con ello también destruiríamos la poca vida que quedara en nosotros mismos.

En ese momento especialmente delicado de nuestra vida, si tuviéramos la inteligencia para reconocer el mal que habíamos hecho, y la humildad para saber que necesitábamos cambiar, lo primero que vendría a nuestro corazón serían lágrimas de arrepentimiento. Lágrimas que regarían nuestras laderas en las que de nuevo comenzarían a verse la luz, el color y el fruto. Sería entonces cuando otros, atraídos por nuestra belleza, se acercarían a encontrar paz y alegría a nuestro lado; y con ellos, nosotros también encontraríamos la nuestra.

Y sin darse cuenta, como si se tratara de un relámpago que ilumina fugazmente el horizonte, habrían pasado los años de nuestra vida. Hubo un tiempo en el que creíamos que la vida era crecer, destacar sobre los demás, conseguir poder..., hasta que llegó un momento, quizás causado por la soledad, el vacío y la tristeza, en el que descubrimos que era mejor contar con los demás, ser humildes, dejarse erosionar, aceptar a Dios.

Bendito seas, si al final de tus días, después de haber comprendido como la montaña que es más bello ser humildes y dejarse erosionar por el viento, la lluvia y el tiempo, vas caminando lenta, serena y felizmente, como las aguas de este río, hasta encontrarte con tu Hacedor.

*Desde las altas cimas
de elevadas montañas y hondas simas
va el río descendiendo,
en rumorosos saltos repitiendo
la canción de sus aguas cristalinas
en paso más ligero, entre colinas,
pues siente de la tierra la presura
de llegar con presteza a la llanura.
Mas, viendo que a su canto
nadie responde, entristecido tanto,
en curso más sinuoso,
más cansado, más triste y perezoso,
el mar sigue buscando.
Y mientras va bajando,
para que el trigo en primavera espigue,
sus aguas va dejando,
y el río sigue y sigue
a ver si unirse con el mar consigue.³*

³ Alfonso Gálvez, *Cantos del final del camino*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 2016.



Por qué el amor es ciego

Cuentan que una vez se reunieron en un lugar de la Tierra todos los sentimientos y cualidades de los hombres. Cuando el Aburrimiento había bostezado por tercera vez, la Locura, tan loca como siempre, les propuso: ¿Jugamos al escondite?

La Intriga levantó su ceja arqueada, y la Curiosidad, sin poder contenerse, preguntó:

— *¿Al escondite? ¿Cómo se juega?*

— *Es un juego, -explicó la Locura-, en el que yo me tapo la cara y comienzo a contar desde uno hasta un millón. Mientras tanto ustedes se esconden y cuando yo haya terminado de contar, el primero de ustedes que yo encuentre ocupará entonces mi lugar para continuar así el juego.*

El Entusiasmo bailó secundado por la Euforia. La Alegría dio tantos saltos que terminó por convencer a la Duda e incluso a la Apatía; a la que nunca le interesaba nada. Pero no todos quisieron participar, la Verdad prefirió no esconderse, ¿para qué?, si aunque me vean nunca me encuentran.

La Soberbia opinó que era un juego muy tonto, aunque en el fondo lo que le molestaba era que la idea no se le hubiese ocurrido a ella. Y la Cobardía prefirió quedarse al margen para no arriesgarse.

— *Uno, dos, tres ...,* -comenzó a contar la Locura-.

La primera en esconderse fue la Pereza, que como siempre se dejó caer detrás la primera piedra que se encontró en el camino. La Fe subió al cielo y la Envidia se escondió tras la sombra del Triunfo, que con su propio esfuerzo había logrado subir a la copa del más alto pino. La Generosidad casi no alcanzaba a esconderse, pues cada sitio que hallaba se lo cedía a alguno de sus amigos: que si un lago cristalino, ideal para la Belleza; que el vuelo de la mariposa, lo mejor para la Voluptuosidad; que si una rendija de un árbol, ideal para la Timidez; que si la ráfaga del viento, magnifico para la Libertad.

El Egoísmo encontró un sitio muy bueno, ventilado y cómodo, pero sólo para él. La Mentira se escondió en el fondo de los océanos; mientras que la Pasión y el Deseo se ocultaron dentro de los Volcanes. El Olvido... no me acuerdo dónde se escondió, pero eso no es lo importante.

Cuando la Locura llegó a 999,999, el Amor no había encontrado todavía un lugar donde esconderse, pues todo estaba ya ocupado. Al final, en un rincón del jardín encontró un rosal lleno de espinas, y como se pudo imaginar, nadie se había ocultado allí.

— *¡Un millón...!* -Contó la Locura y comenzó a buscar.

La primera en aparecer fue la Pereza, a tres pasos de una piedra. Después se escuchó a la Fe hablando acaloradamente con Dios en el cielo sobre teología. Y a la Pasión y el Deseo los sintió en el vibrar de los volcanes. En un descuido encontró al Triunfo y, claro, pudo enseguida deducir dónde estaba la Envidia. Al Egoísmo no tuvo ni qué buscarlo, solito salió disparado de su escondite, pues había resultado ser un nido de avispas. De tanto caminar sintió sed y al acercarse al lago descubrió a la Belleza, y con la Duda resultó más fácil todavía, pues la encontró sentada en una cerca sin decidir de qué lado esconderse.

Así fue encontrando a todos. Al Talento entre la hierba fresca, a la Angustia en una oscura cueva, a la Mentira detrás del arco iris... (¡mentira!, ella se ocultó en el fondo del océano) y hasta al Olvido, que ya no se acordaba que estaban jugando al escondite.

Pero al Amor, al Amor no lo pudo encontrar por ninguna parte. La Locura buscó detrás de cada árbol, en cada arroyuelo del planeta, en la cima de las montañas..., y cuando estaba por darse por vencida divisó un rosal con bellas rosas rojas que lo adornaban. Con poco cuidado comenzó a mover sus ramas pues por ser loca no tenía miedo a las espinas. Cuando de pronto, un doloroso grito se escuchó: las espinas habían herido los ojos del Amor. La Locura no sabía qué hacer para disculparse. Lloró, imploró, pidió perdón y hasta prometió ser su lazarillo.

Desde entonces; desde que por primera vez se jugó al escondite en la Tierra, el AMOR es ciego y la LOCURA siempre lo acompaña.



La tentación del camino fácil

Hace ya algunos años, me contaron la historia de un hombre que se fue al desierto del Sahara a participar en una carrera de coches de algo más de 1000 km. La salida estaba en la ciudad costera del Aiún y la llegada la tenía en Choum (Mauritania). Era una carrera muy dura de resistencia tanto para los coches como para las personas. No se podían detener a comprar nada, ni desviarse del camino trazado; y si tenían algún problema tenían que valerse por ellos mismos, no pudiendo recibir ayuda de nadie a no ser que quisieran ser descalificados.

Para nuestro amigo, era la primera vez que participaba en una competición así. Pensó en los posibles imprevistos y llenó el coche de todo lo que creyó podía necesitar: agua en abundancia, comida, dátiles, ropa de abrigo, gafas para protegerse de la arena, herramientas, gasolina extra, dos ruedas de repuesto...

La carrera ya estaba bastante avanzada. Él había intentado preparar su coche lo mejor que supo para una prueba tan dura; pero su falta de experiencia en una competición tan dura se dejó ver cuando surgieron algunos problemas. Durante varios días, una fuerte tormenta de arena borró la gran mayoría de señales que habían puesto a lo largo del camino para que no se perdieran. Disponían de una brújula y de las estrellas para guiarse, pero no podían llevar instrumentos modernos como el GPS.

Fue tan mala su suerte que la arena cubrió una gran piedra que había en medio del camino. Iba nuestro corredor tan rápido que cuando pudo percibir el peligro ya era demasiado tarde. Dio un volantazo, pero la rueda trasera izquierda derrapó y chocó contra la piedra; ésta se pinchó, y el coche comenzó a hacer zig-zag hasta que se dio la vuelta. Con tan mala suerte que quedó con las ruedas en todo lo alto. ¿Qué hacer ahora? Intentó con todas sus fuerzas darle la vuelta a coche, pero no pudo.

La noche se le echó encima. Ahí estaba él en medio del desierto con la esperanza de que alguien pasara y avisara a los organizadores de la carrera de su accidente. A pesar de la manta que se echó encima, el frío que hizo esa noche era tal que le castañeteaban los dientes. No tenía madera para encender un fuego. No se podía meter dentro del coche, pues no había modo de entrar. Sólo le quedaba esperar el nuevo día para tomar algunas provisiones y poderse dirigir al poblado u oasis más cercano.

Una vez cogido lo más imprescindible, nuestro hombre, brújula en mano, se dispuso a caminar por entre medio de las dunas, pidiendo a Dios que pronto apareciera un lugar habitado. Estuvo caminando durante casi dos días sin ver nada más que arena.

A media tarde del segundo día, cuando los rayos del sol comenzaban a declinar, el agua ya se le había acabado, y de tanto andar tenía grandes ampollas en los pies, divisó a lo lejos una mancha verdusca y como árboles que se levantaban entre las dunas. Aceleró el paso con la esperanza de llegar a lo que él creía un oasis antes de que cayera la noche.

Desgraciadamente, la sed, el cansancio y el fuerte dolor de pies, le impidieron llegar esa noche. Por lo que serenándose un poco y pensando dos veces qué era mejor hacer, se envolvió en la manta para pasar la noche y esperar el alborar del día siguiente para no pasar de largo su destino.

Llegó la mañana. Un aire relativamente fresco le despertó. Abrió los ojos que estaban medio cubiertos de arena y pudo divisar que a poco más de un kilómetro se encontraba su soñado oasis. Después de andar por poco más de media hora, por fin llegó a las palmeras y a su destino. La boca la tenía seca y los labios comenzaban a agrietarse; pero sólo de pensar que en unos minutos estaría bebiendo agua fresca, fue capaz de dar los últimos pasos. De pronto, lo que de lejos le había parecido un charco de agua, no era sino un espejismo. Tremendamente cansado y desanimado, encontró una pequeña sombra donde acomodarse para protegerse del sol del desierto, mientras pensaba alguna otra posible salida.

El desánimo y el horror ante una posible muerte, cada vez más cercana, se fue apoderando de él. Miró a su alrededor, y detrás de una maleza prácticamente seca que había junto al tronco de una palmera, vio una vieja bomba de agua toda oxidada. Un atisbo de esperanza le dio fuerzas para caminar los pasos que le separaban de la bomba. Una vez junto a ella, cogió la manivela y comenzó a bombear, a bombear y a bombear sin parar, pero nada sucedía. Aparentemente el aljibe, pozo o lo que fuera estaba seco.

Desilusionado, cayó postrado hacia atrás, y entonces notó que a su lado había una botella vieja con una pequeña nota de papel, ya quemada por el sol. La miró, la limpió de todo el polvo y la arena que la cubría, y pudo leer que decía:

“Necesita primero cebar la bomba con toda el agua que contiene esta botella. Una vez cebada, podrá sacar agua fresca del aljibe. Cuando acabe, tenga la gentileza de llenar la botella nuevamente antes de marchar para que otro desafortunado pueda usarla también”.

El hombre desenroscó la tapa de la botella, y vio que estaba llena de agua... ¡llena de agua! De pronto, se vio en un dilema: si bebía aquella agua, podría sobrevivir; pero si la vertía en esa bomba vieja y oxidada, tal vez obtendría agua fresca del fondo del aljibe, y podría tomar toda el agua que quisiese; o tal vez no. Tal vez, la bomba no funcionaría y el agua de la botella sería desperdiciada. ¿Qué debería hacer?

¿Derramar el agua en la bomba y esperar a que saliese agua fresca... o beber el agua vieja de la botella e ignorar el mensaje? ¿Debía perder toda aquella agua que sería su salvación, con la esperanza de que lo que decía la nota fuera cierto? ¿Quién le podía asegurar que lo que decía la nota era verdad?

En medio del dilema, la sed y el calor, todavía tuvo la mente fría para pensar: Esta agua sólo me puede servir para como mucho un día; en cambio, si saco agua del pozo, podré hartarme y al mismo tiempo tomar algo para el resto del camino; y ya de paso, ayudar a otro futuro desafortunado como yo.

Al final, derramó toda el agua en la bomba, agarró con las pocas fuerzas que le quedaban la manivela y comenzó a bombear. La bomba comenzó a chirriar. Probablemente habían pasado algunos años desde la última vez que alguien la usara. Bombeaba insistentemente, pero ¡nada pasaba! Siguió bombeando, era su única esperanza. La bomba continuaba con sus ruidos hasta que de pronto surgió, primero, un hilo de agua, después, un pequeño flujo y finalmente, el agua corrió con abundancia... ¡Agua fresca, cristalina!

Llenó la botella y bebió ansiosamente, la llenó otra vez y tomó aún más de su contenido refrescante.

Una vez que él se había saciado y cogido abundante agua para el resto de su camino, la llenó de nuevo con agua para el próximo viajante. Tomó la pequeña nota que tenía y añadió otra frase:

“¡Créame que funciona! Usted tiene que echar toda el agua, pero ya verá como la bomba no le traiciona”.



Esta historia tiene una profunda enseñanza que el mismo Jesucristo nos muestra en el evangelio: *“El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí la hallará”*. (Mc 8:35)

Cuántas veces somos tentados de beber del agua de la botella, creyendo que si invertimos toda esa agua en reparar la bomba, al final nos quedaremos sin agua y sin vida. Si confiamos en el mensaje de Dios, Él, como en el caso de la samaritana en el pozo de Jacob (Jn 4: 5-43), nos dará un agua que saltará hasta la vida eterna.



Comprados a gran precio

(Para aquellos que quieran saber cuánto valen)

Hace unas semanas me contaron lo que le sucedió a un joven que se sentía muy deprimido, pues todo el mundo le decía que no servía para nada, que era poco inteligente comparado con sus compañeros de clase, que..., un largo etcétera. No sabiendo cómo salir de su depresión fue a buscar a un sacerdote que era muy amigo de su tía. Ella, en repetidas ocasiones, le había insistido que fuera a verle; pero el joven, no muy acostumbrado a las cosas de la Iglesia, nunca pensó que un sacerdote le pudiera ayudar para salir de su depresión. Movidado por la necesidad, y también por la insistencia de su tía, fue a ver al Padre Juan.

Esta fue la conversación, tal como a mí me la contaron:

— *Vengo, Padre, porque me siento tan poca cosa que no tengo fuerzas para hacer nada. Me dicen que no sirvo, que no hago nada bien, que soy torpe y bastante tonto. ¿Cómo puedo mejorar? ¿Qué puedo hacer para que me valoren más?*

El sacerdote sin apenas mirarlo, le dijo:

— *¡Cuánto lo siento muchacho! ¡No puedo ayudarte en este momento porque debo resolver primero otro problema! ¡Quizás después...!* Y haciendo una pausa agregó: *Si quisieras ayudarme tú a mí, yo podría resolver mi problema con más rapidez y después tal vez te podría ayudar.*

— *E...encantado, Padre* –titubeó el joven. Pero en sus adentros sintió que otra vez era desvalorizado, y sus necesidades postergadas.

— *Bien* -asintió el sacerdote. Se quitó un anillo que llevaba en el dedo pequeño de la mano izquierda y dándoselo al muchacho, agregó: *Toma la bicicleta que esta allá afuera y ve al*

mercado. Debo vender este anillo porque tengo que pagar la deuda de una familia pobre que está a punto de ser desahuciada. Es necesario que obtengas por él la mayor suma posible, pero no aceptes menos de una moneda de oro. Ve y regresa con esa moneda lo más rápido que puedas.

El joven tomó el anillo y partió. Apenas llegó, empezó a ofrecer el anillo a los mercaderes. Estos lo miraban con algún interés, hasta que el joven anunciaba el precio del anillo. Al decir que quería una moneda de oro, algunos reían, otros se daban la vuelta porque no estaban interesados. Sólo un viejito fue tan amable como para tomarse la molestia de explicarle que una moneda de oro era mucho dinero por ese anillo.

En su afán de ayudar, un comerciante que vendía perlas de cobre y de bronce, le ofreció una moneda de plata y un cacharro de cobre; pero el joven rechazó la oferta, pues esas eran las instrucciones que el sacerdote le había dado.

Después de ofrecer su joya a toda persona que se cruzó en el mercado – y fueron muchas, pues era el día del mercado semanal del pueblo –, y abatido por su fracaso, se montó de nuevo en la bicicleta y regresó a la parroquia.

¡Cuánto hubiera deseado el joven tener él mismo esa moneda de oro para poder ayudar al sacerdote, e indirectamente a esa familia! Con estos pensamientos, llegó a la parroquia, dejó la bicicleta a la puerta de la sacristía y entró llamando al sacerdote:

— *¡Padre! ¡Padre!*

Se asomó a la Iglesia desde la sacristía, y vio que el Padre estaba confesando a una penitente que llevaba velo negro. Después de esperar unos breves minutos, apareció D. Juan. Antes de que el sacerdote dijera algo, nuestro joven se anticipó y le dijo:

— *Padre -dijo. Lo siento. No pude hacer lo que me encargó. Nadie quiso pagar una moneda de oro por el anillo. Quizás pudiera conseguir dos o tres monedas de plata, pero no creo que yo pueda engañar a nadie respecto del verdadero valor del anillo.*

— *Qué importante lo que dijiste, joven amigo – contestó sonriente el sacerdote-. Debemos saber primero el verdadero valor del anillo.*

— *Vuelve a montar en la bicicleta y ve al joyero que está en la plaza al lado del casino. ¿Quién mejor que él para saberlo? Dile que vas de parte de D. Juan, y que él quiere vender el anillo. Pregúntale cuánto te daría por él. Ahora bien, no importa lo que ofrezca; no se lo vendas. Vuelve aquí con el anillo y me cuentas.*

El joven fue a ver al joyero. Éste examinó el anillo a la luz con su lupa, lo pesó y luego le dijo:

- *Dile al Padre Juan, que si lo quiere vender ya, no puedo darle más que 58 monedas de oro por su anillo.*
- *¡¡¡58 MONEDAS!!!* – Exclamó el joven.
- *Sí* –replicó el joyero-. *Yo sé que con tiempo podríamos conseguir cerca de 70, pero no sé si le urge venderlo cuanto antes.*

El joven corrió emocionado a la casa del sacerdote para contarle lo sucedido.

- *Siéntate* -dijo D. Juan. *Éste escuchó con atención todo lo que el joven le iba diciendo con voz entrecortada debido a la emoción.*

Una vez que hubo acabado, le dijo al joven:

- *Tú eres como este anillo: una joya, valiosa y única. Y como tal, sólo puede evaluarte verdaderamente un experto. ¿Qué haces por la vida pretendiendo que cualquiera te diga tu verdadero valor?*

La cara de nuestro joven se llenó de un profundo asombro que intentó disimular; pues se dio cuenta que toda la historia del anillo no había sido sino un truco usado por el sacerdote para hacerlo consciente de algo muy importante: Sólo Dios sabe cuánto valemos realmente.

“Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!... En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros” (1 Jn 3: 1.16). Un amor que se demuestra por el precio que Cristo pagó: *“Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios...”* (1 Cor 6:20).

Y diciendo esto, el Padre Juan volvió a ponerse el anillo en el dedo pequeño, despidió efusivamente al joven, se sentó en su mecedora; y a la luz del sol de la tarde que empezaba a entrar por la ventana, abrió su breviario para rezar Vísperas.

El joven, completamente transformado, menos preocupado de la opinión de la gente y más consciente de saber cuánto valemos a los ojos de Dios, se volvió a su casa lleno de alegría.

El sacerdote, sorprendido de sí mismo, pues nunca se le había ocurrido antes algo semejante, dio gracias a Dios por haber confiado en él y por haber puesto en sus manos tantas riquezas hasta ahora desconocidas incluso para sí mismo.

¡Cuántos sacerdotes hay en el mundo que no son del todo conscientes de las infinitas riquezas que tienen en sus manos, riquezas que Dios les ha confiado para que puedan actuar en nombre de su Hijo, a quien representan y en cuyo nombre actúan! Y es que todos, unos y otros, fuimos comprados a gran precio.



El ladrón de sueños

Ésta es la breve historia de Kichwa, un niño indio de 11 años que vivía en las montañas que rodean el pueblecito de Tambo, en la provincia del Cañar (Ecuador). Su familia era muy pobre. Vivía en una choza hecha de adobe y con techo de cañas y barro. Su padre cultivaba alrededor de la misma, algo de maíz y trigo; y criaba gallinas y cuyes; no tanto para el consumo propio sino para la venta en el mercado semanal del pueblo. Un caballo al que sólo le quedaban piel y huesos, ayudaba en las tareas del campo y servía de instrumento de carga cuando había que llevar sus productos al mercado. También tenían una vaca que, aunque ya era vieja, todavía era capaz de dar la leche necesaria para toda la familia. A pesar de que el trabajo era de sol a sol, su padre, escasamente ganaba el dinero suficiente para mantener a una familia de ocho, incluidos el abuelo, la madre y otros cinco hermanos menores que nuestro indiecito.

Todas las mañanitas, poco antes de que saliera el sol, Kichwa, cogía su hatillo con los libros, cuaderno y lápiz y se dirigía desde su choza hasta la escuela de Tambo, distante unos seis kilómetros si seguía las veredas más rectas. Su escuela, que tenía por nombre de Centro Comunal Santa María del Tambo, se encontraba pegada a la Iglesia. Una iglesia antigua, de torre alta y blanca, que servía a los habitantes de la zona como hito para no perderse en medio de esta maravillosa y peligrosa cordillera andina. Una iglesia que había sido dedicada a San Juan Bautista y que era el lugar de culto y devoción de los cientos de indios que la visitaban casi a diario para pedir la ayuda de Dios.

Estando Kichwa un día en la escuela, le asignaron la tarea de escribir un ensayo sobre lo que le gustaría ser de mayor.

Esa misma tarde, cuando regresó a su hogar, y habiendo recogido a todos los animales dentro de la choza antes de que se hiciera de noche, escribió un ensayo de tres páginas y media, describiendo su sueño: ser dueño de unas caballerizas para criar sus propios caballos.

Todo lo escribía con gran cuidado y detalle. Inclusive dibujó los planos de la tierra y la casa que soñaba tener. Al día siguiente se lo entregó a su maestro; y dos días después, éste se lo devolvió calificado. El maestro había escrito una nota en la parte superior del ensayo en letras grandes y rojas:

— *Ven a verme después de clase. Y junto a esa nota, un 3 de calificación.*

Cuando sonó la campana, Kichwa se quedó esperando a que el último alumno saliera del aula y fue a ver al maestro:

— *¿Por qué me puso una nota tan baja?*

El maestro respondió:

— *Tu ensayo describe un futuro muy irreal para un niño como tú que no tiene dinero y su familia es muy pobre. ¡No tienes ni siquiera suficiente dinero para comprar tu propio establo! Tendrías que comprar tierra, necesitarías un capital de base, sin mencionar los costos de mantenimiento. ¡No hay forma de que pudieras lograr eso!* – Y agregó: Si tú vuelves a escribir el ensayo con un objetivo más realista yo reconsideraré tu calificación.

Un tanto triste y apenado, nuestro niño se volvió a su casa. En el camino, mientras que llegaba a su hogar, no paraba de pensar cómo podía arreglar su redacción. Llegado a su choza, echó de comer a las gallinas y cepilló el caballo, pero nada se le ocurría. No sabiendo bien qué hacer le preguntó a su padre que acababa de volver de hacer su venta semanal en el mercado y que traía las botas embarradas por la llovizna que había comenzado a caer:

— *Mira hijo, tienes que decidir eso por ti mismo. Es una decisión muy importante y yo no la puedo tomar por ti.*

Finalmente, después de una semana de reconsiderarlo profundamente, el niño entregó el mismo ensayo, sin ningún cambio y le dijo a su maestro:

— *¡Lo siento, señor maestro! ¡Usted puede mantener su calificación; yo voy a mantener mi sueño!*

Los años pasaron rápidamente y nuestro Kichwa se hizo hombre.

Un día, el maestro, que se había pasado toda su vida ejerciendo en la misma escuela, estando ya punto de retirarse, llevó a un grupo de niños a visitar un gran rancho que había cerca de las ruinas de Ingapirca a unos ocho o nueve kilómetros del Tambo. Le habían hablado de que allí había un famoso criador de caballos con algunos de los ejemplares más espectaculares del país.

El capataz de la finca se hizo cargo del maestro y del grupo de niños y les fue enseñando las maravillosas caballerizas que su dueño había construido. Se admiraron de los pura raza que el dueño, con la ayuda de un experto criador que era al mismo tiempo un veterinario famoso, había podido criar.

Estaban visitando una de las caballerizas, cuando el dueño de todas ellas se hizo presente. El capataz, que hacía de guía a los niños del colegio, presentó al maestro y a los niños al dueño:

Señor Kichwa, le presento aquí a los niños del colegio del Tambo que han venido con su maestro para ver las caballerizas.

El maestro, al oír ese nombre tan peculiar, le trajo a su memoria la historia de un alumno con el mismo nombre que soñaba con tener sus propias caballerizas y criar sus propios caballos. Cuando lo miró fijamente, pudo comprobar que, aunque ya hombre, tenía los mismos rasgos que su recordado alumno.

— *¿No será usted Kichwa el niño que venía a mi escuela hace ya muchos años?*

— *Así es, señor maestro.* – Respondió el dueño.

Al irse, el maestro le agradeció haberles dejado visitar las caballerizas y bastante conmovido por los recuerdos del pasado. Y acordándose perfectamente del 3 que le había puesto en la redacción, le dijo:

— *Cuando yo era tu profesor, hace mucho tiempo, era como un ladrón de sueños. Por muchos años, yo robé los sueños de los niños. Afortunadamente, tú fuiste lo suficientemente tenaz para conseguirlo.*



En el transcurso de nuestras vidas habrá verdaderos “maestros” que respeten nuestros sueños y nos enseñen el camino para alcanzarlos; pero junto a ellos, también encontraremos a muchos otros que, no creyendo en nosotros, pretenderán robarnos nuestros ideales y enseñarnos caminos más “realistas” pero menos “maravillosos”.

En el fondo, los sueños los pone Dios. Él nos conoce muy bien, y al mismo tiempo nos da los talentos suficientes para que con su ayuda y nuestro esfuerzo, se puedan hacer un día realidad. Recuerda esta historia cuando alguien quiera destruir los tuyos.



No siempre estarán con nosotros

La misión principal de los abuelos es la de proporcionar serenidad y paz a todos los miembros de la familia. Más que mandar, ahora les toca consolar. En lugar de reprender o castigar, les toca alentar y animar.

Desde la experiencia que dan los años, pueden curar heridas, calmar borrascas, suavizar roces... También a ellos les compete repartir comprensión, escuchar quejas, limar asperezas, ser la retaguardia de la casa, el consejo oportuno, ser el observador sereno y equilibrado en los hogares de sus hijos. A ellos también les compete prestar ayuda a la familia, suplir a sus hijos en situación de emergencia... Y no digamos en el terreno espiritual. Los abuelos son en la mayoría de los casos, un recordatorio para los más jóvenes de la casa de que Dios existe, un estímulo para su fe y un ejemplo de vida virtuosa y santa.

Los mayores no son un objeto decorativo, vetusto, y en ocasiones molesto, que presentamos a nuestros amigos cuando vienen a visitarnos a casa; o lo que es peor, que ocultamos cuando llegan para que así no molesten.

Hace unos años me contaron una historia que tiene un sencillo e importante mensaje para todos aquellos que disfrutáis todavía de la presencia de los abuelos.



A unos kilómetros de la ciudad de Mieres del Camino (Asturias), en un lugar descampado, cerca de una mina de carbón, había una humilde casita, que aunque en un principio había sido blanca, ahora, con el paso de los años, estaba casi tan negra como las manos de Raúl, su dueño.

Raúl, era padre de tres hijos, el menor de 9 años; perdió a su mujer en el último parto y desde los 27 trabajaba duramente en la mina de carbón para sacar adelante a su familia. Vivía también con ellos el abuelo Carmelo, padre de Raúl; y que desde que se quedó viudo, había sido recogido por su hijo en la casa.

A Carmelo, que estaba ya cerca de los ochenta, le gustaba pasarse largas horas sentado en la hamaca meciéndose frente a la chimenea; pensando en algún cuento para contarle a su nieto más pequeño o en mil otras aventuras de su pasado. Era un hombre que, los sufrimientos de la vida y la pérdida de su mujer, le habían hecho tierno y afable.

Cierto día, Raúl, volvió del trabajo bastante disgustado porque había tenido un problema serio con el encargado de la mina. Esa misma mañana, el encargado había llamado a los mineros y les había dicho que tenían que abrir una nueva galería en el tercer pozo. Cuando estaban ya con los picos en la mano para empezar el trabajo, comprobaron que por una de las grietas de la pared salía gas grisú. Los mineros se negaron a permanecer allí por el peligro de explosión y de asfixia. Hubo sus más y sus menos, y al final, para no perder el trabajo, no les quedó más remedio que arriesgarse y trabajar. Trabajaron todo el día, aunque estaban temerosos de que en cualquier momento hubiera una explosión, se derrumbara la galería y quedaran todos atrapados y sin remedio.

Afortunadamente no ocurrió nada, pero los nervios y la angustia se vengaron cuando a la tarde, nuestro minero llegó a su casa.

Cuando el abuelo le vio llegar no percibió el estado de agitación en el que se encontraba su hijo. No hacía más que perseguirle por las habitaciones de la casa para contarle que se había roto la estufa y que hacía mucho frío.

— *¿Me oyes? ¡Que se ha roto la estufa! ¡Tendrás que arreglarla si no quieres que esta noche nos muramos de frío!* – dijo el abuelo.

En eso que padre e hijo tropezaron en medio del pasillo; tropiezo que hizo explotar al hijo, quien todavía estaba con los nervios a flor de piel por lo acontecido en la mina:

— *¡Papá! ¡Siempre estás en medio, como el jueves!*

Y a esta "bendición", añadió otros tantos improperios para desahogarse.

El abuelo, conociendo bien a su hijo y más todavía la naturaleza humana, prefirió quedarse callado ante el peligro de una "guerra" inminente.

— *¡No sirves para nada! ¡Lo único que haces es crear problemas! ¡Por lo menos podrías pagar la comida que te comes!* – prosiguió el hijo.

Julito, el hijo pequeño de Raúl, rompió a llorar cuando oyó todo lo que su padre le estaba diciendo a su querido abuelo. Su abuelo era para él, su madre, su amigo, su cuenta cuentos...; nieto y abuelo eran un solo corazón.

En esto que el padre llamó a su hijo pequeño y le dijo:

— *¡Julito! ¡Tráeme la manta que hay en mi cama para que el abuelo se cubra! ¡Sólo faltaría que se nos enferme y tengamos que llevarlo al hospital!*

Julito, escuchó la orden de su padre con atención. Fue al dormitorio, cogió la manta, la cortó en dos, y le llevó a su padre una mitad. El padre, furioso, zarandeó a su hijo mientras le gritaba:

— *¡Te ordené que me trajeras la manta; y no sólo la has roto, sino que encima me traes la mitad!*

El niño, un tanto asustado, pero con voz firme, le respondió a su padre:

— *¡Papá! ¡Es que estoy guardando la otra mitad para cuando seas viejito tú!*

El padre, aunque todavía un tanto enfadado y molesto, captó el mensaje. Se acercó al abuelo, le dio un beso en la frente, y ya más calmado y sereno se dispuso a arreglar la estufa.



Esta historia que aquí se relata a modo de cuento, con qué frecuencia se repite en muchos hogares cristianos. Abuelos que dieron toda su vida por el bien de sus hijos, ahora sólo encuentran incomprensión, impaciencia y falta de cariño por parte de ellos. Unos hijos que no saben que, si así actúan, habrá también media manta preparada para ellos; y puede que ni eso. Ya lo dijo el Señor: *“Con la medida con que midáis se os medirá y hasta se os dará de más”* (Mc 4:24).

O esta otra tomada del libro del Eclesiástico: *“Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre su prole. El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos y, cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida, al que honra a su madre el Señor lo escucha. Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas; aunque chochee, ten indulgencia, no lo abochornes mientras vivas”* (Eclo 3: 2-6. 12-14).



El poder del Padrenuestro

Estaba Jesús haciendo oración en cierto lugar. Y cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos:

— *Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.*

Y Jesús le respondió:

— *“Así, pues, habéis de orar vosotros: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos pongas en tentación, mas líbranos del mal”.*

De todas las oraciones que hace el cristiano, la más importante es el Padrenuestro, por la sencilla razón de que fue compuesta, enseñada y aconsejada por el mismo Jesucristo.

Es una oración sencilla y directa dirigida a Dios Padre para darle gloria, pedirle que venga su Reino, cuide de nosotros todos los días con su providencia y perdone nuestros pecados. Es un a modo de resumen de cuál habría de ser la vida de cualquier cristiano.

Debido a la sencillez de la oración y a ser una de las que con más frecuencia rezamos, tenemos el peligro de hacerlo de modo rutinario sin saborear la riqueza y profundidad de su contenido. Por otro lado, siendo el mismo Cristo quien nos aconsejó que así rezáramos, unió a su rezo miles de gracias que podemos conseguir.

Todos los santos la rezaron con gran devoción, desde los Primeros Apóstoles hasta nuestros días. Muchos de ellos escribieron tratados y comentarios del mismo. Son particularmente conocidos los cuatro comentarios de Santo Tomás de Aquino y el comentario de Santa Teresa de Jesús. San Ignacio

de Loyola aconsejaba rezarlo meditando todas y cada una de sus palabras. Para muchos de ellos era el modo de iniciar su meditación personal e incluso de entrar en éxtasis místico.

Para darnos cuenta del inmenso valor y poder de esta oración les copio una historia real que aconteció en los tiempos de San Francisco de Asís a uno de sus frailes menores; historia que nos relata el maravilloso libro de *"Las florecillas de San Francisco"*.



Esta es la historia de Fray Conrado de Offida, celador admirable de la pobreza evangélica y de la regla de San Francisco. Fue por su piadora vida y grandes méritos tan agradable a Dios, que Cristo bendito lo honró en vida y muerte con muchos milagros.

Llegando una vez como forastero al convento de Offida, le rogaron los frailes, por amor de Dios y por caridad, que amonestase a un fraile joven que allí había, el cual se portaba tan pueril, licenciosa y desordenadamente que a toda la comunidad perturbaba...

Fray Conrado, por compasión hacia el joven y por la súplica de aquellos frailes, lo llamó aparte y con ferviente caridad le dijo tan eficaces y devotas palabras que, obrando la divina gracia, cambió repentinamente, transformándose en viejo por las costumbres el que era niño, y se hizo tan obediente, benigno, solícito y devoto tan pacífico, obsequioso y aplicado a las obras de virtud que, como antes perturbaba a toda la comunidad, así después tenía a todos contentos y edificados.

Fue Dios servido que, a poco de su conversión, muriese este joven, de lo que se dolieron mucho los frailes; y algunos días después de la muerte su alma se apareció a fray Conrado, que estaba orando devotamente delante del altar de dicho convento, y lo saludó reverentemente como a padre.

- *¿Quién eres tú?*, preguntó fray Conrado
- *Soy, respondió, el alma del fraile joven que murió estos días pasados.*
- *¿Qué es de ti, hijo carísimo?*, preguntó de nuevo fray Conrado.
- *Padre carísimo, —contestó— por la gracia de Dios y por tu doctrina estoy bien, porque no estoy condenado; pero por mis pecados, que no tuve tiempo de purgar bastante, sufro grandísimas penas en el purgatorio. Te ruego, Padre, que como por tu piedad me socorriste en vida, me socorras también ahora en mis penas rezando por mí algunos Padrenuestros, porque tu oración es muy agradable a Dios.*

Rezó fray Conrado un Padrenuestro y Requiem, y le dijo aquella alma:

— *¡Oh, Padre carísimo, cuánto bien y cuánto refrigerio siento! Ahora te pido que lo reces otra vez.*

Y habiéndolo rezado fray Conrado, dijo el alma:

— *Santo Padre, cuando rezas por mí, me siento toda aliviada; te ruego que no ceses de orar por mí.*

Viendo fray Conrado que su oración recibía tanto alivio esta alma, rezó cien Padrenuestros, y cuando los hubo concluido, le dijo ella:

— *Te doy las gracias de parte de Dios, carísimo Padre, por la caridad que has tenido conmigo; pues por tu oración estoy libre de todas las penas y me voy al reino de los cielos.*

Y dicho esto, desapareció.

Entonces fray Conrado con grandísima alegría consoló a los frailes, refiriéndoles por orden toda esta visión.



Cuidemos, pues, cuando recemos el Padrenuestro. Es un pequeño-gran tesoro que recibimos de Cristo, y como todo lo que recibimos de Él, imprescindible para conseguir la felicidad en la tierra y necesario para nuestra salvación eterna.



¡Cuidado con la basura!

¿Con qué frecuencia permite que la estupidez y la insensatez de otras personas cambien su estado de ánimo? ¿Se enfada cuando otro conductor se cruza en su camino imprudentemente o cuando alguien le trata irrespetuosamente? En este “cuento” intentaré darle la clave para que eso no ocurra.



Hace varios años, tomé a un taxi para ir al trabajo pues mi coche estaba en el taller. El taxista era un hombre de unos sesenta años, pelo blanco y un tanto grueso. En muy pocos minutos estábamos hablando de temas un tanto personales como si nos conociéramos toda la vida. De repente, sin saber cómo ni porqué otro automóvil se cruzó bruscamente. El conductor del taxi, para no causar una tragedia, tuvo que dar un volantazo y frenar súbitamente. Milagrosamente no ocurrió nada, pero el conductor del vehículo que había cometido la imprudencia, se bajó muy nervioso de su auto y comenzó a gritar e insultar al taxista.

El taxista, a pesar de lo injusto de la situación, sonrió, levantó su mano y lo saludó muy amablemente diciéndole:

— *¡Lo siento! ¡Que Dios le bendiga y le conceda un buen día!*

Luego, sin decir nada más, prosiguió la marcha. Sorprendido por esta actitud, le pregunté:

— *¿Por qué le ha respondido así? ¡Esa persona por poco destruye su automóvil, y, además, casi nos envía a los dos al hospital!*

Entonces el taxista me dio una lección que jamás olvidaré:

— *Muchas personas son como el camión de la basura. Están cargados de enojo, odio, frustración, resentimiento... y ante cualquier situación aprovechan para descargarla.*

Y yo le respondí:

— *Pero, ¿por qué lo hacen en un momento como este? ¡Usted no le ofendió! ¡Fue totalmente su culpa! ¡Fue él quien se le echó encima!*

Y el taxista me dijo:

— *Lo hacen a la primera oportunidad que tienen porque necesitan eliminar de su interior toda la basura acumulada. Ya no hay espacio para más.*

Desde aquel día no he vuelto a permitir que los "camiones de basura", tomen el control de mis sentimientos y mucho menos de mis reacciones. Aprendí, que sonreír a los insatisfechos, malhumorados y frustrados era la mejor medicina, pues ellos aprendían con mi ejemplo; y yo, no perdía mi paz.

En cuántas ocasiones parecidas perdemos los nervios y nos ponemos a la misma altura de aquel que nos ofende. Aprendamos del taxista; es una lección sencilla pero que exige mucho autodominio y todavía más, mucha caridad cristiana.

"La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1 Cor 13: 4-7).

¡Cuántas veces hemos oído estas palabras de San Pablo! ¡Ojalá que algún día sean también nuestras!



Y lo demás se os dará por añadidura

Una de las tareas más comunes a la que nos hemos de enfrentar los sacerdotes es la de explicar a nuestros feligreses la importancia que tiene saber ordenar nuestro tiempo, de tal modo que pongamos primero las cosas más importantes que debemos hacer y que no podemos posponer; después, aquellas cosas que son importantes y necesarias, pero no urgentes; y por último, todo aquello que podemos hacer ahora, más tarde o quizás nunca.

Si somos sinceros con nosotros mismos, muchos de nosotros hemos de reconocer que con bastante frecuencia solemos alterar el orden de nuestras "tareas": Primero hacemos todo aquello que, porque nos lo mandan..., no podemos dejar de hacer. Segundo, hacemos los que más nos gusta, sea o no necesario; y normalmente le dedicamos a ello, incluso, más tiempo del necesario: deporte, televisión, internet, redes sociales, compras, y un largo etcétera que dependerá de los gustos de cada uno. Y, por último, hacemos aquellas cosas que, aunque son necesarias, las posponemos porque nos resultan más dificultosas o sencillamente, no nos gustan.

En el fondo, nuestro modo de actuar está regido con bastante frecuencia más por lo que nos gusta que por lo que realmente tenemos que hacer: ¿quién no ha dejado la Misa para lo último del domingo? ¿Quién no ha pospuesto para más tarde arreglar algo que se había roto y para lo que nunca encontramos tiempo para repararlo? Y en el sentido totalmente contrario también ocurre: ¿en cuántas ocasiones hacemos primero cosas que no son realmente urgentes pero que nos resultan más agradables?

Si en nuestra vida normal actuamos así, en nuestra vida espiritual no es muy diferente. ¿En cuántas ocasiones hemos dejado de ir a Misa un domingo, de leer la Biblia o de rezar el Santo Rosario porque nos ha salido un "un plan mejor"?

El cuento de hoy nos va a enseñar el orden que hemos de seguir a la hora de realizar nuestras actividades; un orden que no debe estar regido tanto por el gusto cuanto por la necesidad, la urgencia o incluso la conveniencia.



Érase una vez un experto asesor de empresas que se dedicaba a dar conferencias por todo el país enseñando a los trabajadores cuál era el mejor modo de gestionar el tiempo de trabajo. Nuestro conferenciante quiso sorprender a los asistentes a su disertación poniéndoles un sencillo ejemplo.

Se agachó, y sacó de debajo del escritorio donde estaba sentado, un frasco de cristal grande de boca ancha. Lo colocó sobre la mesa, junto a una bandeja con piedras del tamaño de un puño y preguntó:

— *¿Cuántas piedras piensan que entran en el frasco?*

Después que los asistentes hicieran sus conjeturas, empezó a meter piedras hasta que llenó el frasco. Luego preguntó:

— *¿Está lleno?*

Todo el mundo lo miró y asintió. Entonces sacó de debajo de la mesa un cubo con grava. Metió grava en el frasco y lo agitó. Las piedrecillas penetraron por los espacios que dejaban las piedras grandes.

El experto sonrió con ironía y repitió:

— *¿Está lleno?*

Esta vez los oyentes dudaron y dijeron:

— *¿Tal vez no?*

— *¡Bien!* – afirmó el experto al tiempo que ponía en la mesa un cubo con arena que comenzó a introducir en el frasco. La arena se filtraba en los pequeños recovecos que dejaban las piedras y la grava.

— *¿Está lleno?* – preguntó de nuevo.

— *¡No!* – exclamaron los asistentes.

— *Bien* – dijo, mientras tomaba una jarra de agua de un litro que comenzó a verter en el frasco. El frasco aún no rebosaba.

— *Bueno, ¿qué hemos demostrado?* – preguntó.

- *Que no importa lo llena que esté tu agenda, si lo intentas, siempre puedes hacer que quepan más cosas* – respondió un asistente.
- *¡NO!* – se alarmó el experto- *lo que esta lección nos enseña es que si no colocas las piedras grandes primero, nunca podrás colocarlas después.*

Los asistentes aplaudieron ante esta lección práctica y sacaron una buena enseñanza para aplicar en su trabajo y también en su vida.



Y si en las cosas que hemos de hacer debemos seguir un orden, ¡cuánto más en aquellas en las que ponemos nuestro corazón y de las que depende nuestra vida terrena y más tarde, la vida futura!

¿Cuáles son las grandes piedras en tu vida? ¿Dios, tus hijos, tus amigos, tus sueños, tu salud, la persona amada? ¿Cuáles son las grandes piedras en tu trabajo? ¿Cuáles son tus prioridades? Recuerda ponerlas primero. El resto encontrará su lugar.

Con palabras más profundas nos lo enseñó el mismo Jesucristo: *“Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, lo demás se os dará por añadidura”* (Mt 6:33)



Mi vida por un sueño

Todo hombre que viene a este mundo está dotado, por la naturaleza humana que Dios le otorgó, de una serie de facultades que hacen de él un ser con inteligencia, voluntad y muchas otras facultades y virtudes. Pero el hombre adquiere su plenitud cuando, elevado al orden sobrenatural por el bautismo primero, y luego por el resto de los sacramentos, es hecho amigo, contertulio y conocedor de las intimidades de Dios (*“ya no os llamaré siervos, sino amigos”* Jn 15:15). Gracias a ese orden sobrenatural al que es elevado, adquiere nuevas facultades que hacen de él un ser totalmente nuevo y con potencialidad para llegar hasta donde ni él mismo se podría imaginar.

El cuento que les relato hoy nos muestra cómo el hombre, elevado por la gracia, es capaz de grandes sueños; sueños que, sin ella, no serían sino una locura imposible.



Érase una vez un pequeño gusano que un buen día, movido por un impulso irresistible, decidió ponerse en marcha en dirección al sol. Muy cerca de la vereda por donde él transitaba, se cruzó con un saltamontes, quien entre salto y salto le preguntó:

— *¿Hacia dónde te diriges?*

Sin dejar de caminar, la oruga contestó:

— *Tuve un sueño anoche: soñé que desde la punta de aquella gran montaña que ves allá a lo lejos, yo contemplaba todo este maravilloso valle donde vivimos. Me gustó tanto lo que vi en mi sueño que he decidido realizarlo.*

Sorprendido el saltamontes, dijo mientras su amigo se alejaba:

— *¡Debes estar loco! ¿Cómo podrás llegar hasta aquel lugar? ¡Tú, una simple oruga! ¡Una piedra será para ti una montaña, un pequeño charco un mar y cualquier tronco una barrera infranqueable!*

Cuando terminó el saltamontes su discurso, nuestro pequeño amigo ya estaba algo lejos. Sin prisa, pero sin pausa, su lento paso le iba acercando poco a poco a su meta.

De pronto, el escarabajo, que acababa de salir de debajo de una piedra, al verle andando con tanto afán se dirigió a nuestro gusano y con voz grave le preguntó:

— *¿Hacia dónde te diriges con tanto empeño?*

Sudando y algo cansado, el gusanito, le dijo jadeante:

— *Tuve un sueño y deseo realizarlo: subir a esa montaña y desde ahí contemplar todo nuestro mundo.*

El escarabajo soltó una carcajada y dijo:

— *Ni yo, con patas tan grandes, intentaría realizar algo tan ambicioso.*

Y el escarabajo se quedó tumbado en el suelo mientras que la oruga continuaba su camino.

Del mismo modo, la araña, el topo, la rana y la flor le aconsejaron desistir en su empeño:

— *¡No lo lograrás jamás!* – le repetían una y otra vez.

Pero en su interior, el gusano tenía un impulso que le obligaba a seguir, ¡era su sueño!

Ya agotado, sin fuerzas, y a punto de morir, decidió detenerse para descansar y construir en su último esfuerzo, un lugar donde pasar la noche.

Aquí estaré mejor. Fue lo último que se le oyó decir; y después, murió.

Avisados por una tórtola que lo vio muerto, todos los animales del valle fueron a contemplar sus restos.

— *¡Ahí yace el animal más loco del valle entero!* – se decían los animales entre sí.

El propio gusano, poco antes de morir, se había preparado su propia tumba. La cigarra, perezosa ella, con pena de ver a su amigo difunto, puso junto a la tumba un cartel que decía:

"Aquí está enterrado uno que perdió su vida por querer alcanzar un sueño imposible".

— *¡Es un auténtico monumento a la insensatez!* – pensaron todos.

Una mañana en la que el sol brillaba de una manera especial, todos los animales se congregaron en torno a aquello que se había convertido en una advertencia para los atrevidos. De pronto quedaron atónitos, aquella concha, endurecida por el sol de varios días, comenzó a resquebrajarse, y con gran asombro, vieron unos ojos y unas antenas que buscaban salir por entre las grietas del caparazón.

Poco a poco, como para darles tiempo para reponerse del impacto, fueron saliendo las hermosas alas arcoíris de aquel impresionante ser que tenían frente a ellos: una bellísima mariposa.

Todos quedaron mudos sin saber qué decir; aunque bien sabían ellos lo que ocurriría, nuestro gusano, convertido ya en mariposa, se iría volando hasta la gran montaña y realizaría su sueño; el sueño para el que había vivido, por el que había muerto y por el que había vuelto a la vida. ¡Todos se habían equivocado!



Así es el cristiano. Su vida es un lento caminar con sus ojos puestos en la alta montaña. Un sueño aparentemente imposible, pero que una vez transformado por la gracia, le dará alas para poder alcanzarlo.

“Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él” (Col 3: 3-4).



Una decisión salomónica

Cuando era niño, recuerdo que mi padre me solía comprar una revista que se llamaba “Vidas Ejemplares”. Los temas eran variados, pero siempre muy atractivos y llenos de enseñanza; desde personajes bíblicos a santos actuales. Con el paso de los años me hice con una buena colección que releía una y otra vez; colección que cuando me hice mayor desapareció. Hace unos años intenté informarme en diferentes editoriales para ver si algún kamikaze había tenido la feliz idea de volver a publicar esos maravillosos relatos, pero desgraciadamente nunca los encontré.

Recuerdo una historia que me llamó la atención y fue la del rey Salomón. Posteriormente, cuando crecí, leí la historia completa en la Biblia. Siempre me causó admiración este personaje tan singular por haberle pedido a Dios sabiduría para poder gobernar a su pueblo en lugar de riquezas. Una sabiduría, que si nuestros hombres de iglesia, políticos... e incluso nosotros mismo la tuviéramos, la vida transcurriría por derroteros muy diferentes. Le traigo un pequeño resumen de esa historia para aquellos que no la conozcan.



“El Señor se apareció a Salomón en sueños durante la noche y le dijo:

— *Pide qué quieres que te dé.*

Salomón respondió:

— *Yo soy un niño pequeño que no sé conducirme... Concede a tu siervo un corazón dócil para juzgar a tu pueblo y para saber discernir entre el bien y el mal...*

Y Dios le respondió.

— *Porque has hecho esta petición y no has pedido para ti ni muchos años, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino que pediste para ti discernimiento para escuchar juicios, mira que yo he obrado según tus palabras. Te he dado un corazón sabio e inteligente...*

Se despertó Salomón y resultó que había sido un sueño...

Entonces llegaron hasta el rey dos prostitutas y se presentaron ante él. Una de ellas le dijo.

— *Perdón, mi señor, esta mujer y yo vivíamos en la misma casa y, estando con ella allí, yo di a luz. Al tercer día de haber dado yo a luz, también ella dio a luz... Una noche murió el hijo de esta mujer porque ella se recostó sobre él. Entonces se levantó durante la noche, se llevó de mi lado a mi hijo mientras tu sierva dormía y lo acostó en su regazo; y a su hijo muerto lo acostó en el mío...*

Respondió la otra mujer.

— *No, mi hijo es el que está vivo, y el tuyo es el muerto.*

Pero la primera decía.

— *No, tu hijo es el muerto, y el mío, el que está vivo.*

Así discutían delante del rey... Y el rey añadió.

— *Traedme una espada.*

Enseguida presentaron la espada al rey, y el rey ordenó.

— *Partid en dos al niño vivo. Dad una mitad a ésta, y otra mitad a la otra.*

La mujer de la que era el hijo vivo, al conmovérsele las entrañas por su hijo, suplicó al rey.

— *Por favor, mi señor, dadle a ella el niño que está vivo. No lo matéis.*

Pero la otra decía.

— *Que no sea ni para mí ni para ti. Que lo partan.*

Entonces habló el rey y dijo.

— *Dadle a la primera mujer el niño que está vivo, y no lo matéis. Ella es su madre” (1 Re 3: 6-28).*

Hace unos días, releí una historia parecida a este juicio salomónico, historia que ahora les transcribo por lo que tiene de enseñanza útil para todos nosotros.

Cierto día un mercader ambulante iba caminando hacia un pueblo. Por el camino encontró una bolsa con 800 €. El mercader decidió buscar a la persona que había perdido el dinero para entregárselo, pues pensó que el dinero pertenecería a alguien que llevaría su misma ruta.

Cuando llegó a la ciudad, fue a visitar a un amigo, a quien preguntó.

— *Sabes ¿quién ha podido perder esta gran cantidad de dinero?*

— *¡Sí! ¡Sí! Lo perdió Juan, el vecino que vive en la casa de enfrente.*

El mercader fue a la casa que le había indicado y devolvió el dinero a su dueño.

Juan era una persona avara, apenas recibió la bolsa con el dinero se puso a contarlo con avidez. Una vez que hubo terminado gritó:

— *¡Faltan 100 €! ¡Esa era la cantidad de dinero que yo pensaba dar como recompensa a quien lo encontrara! ¿Cómo has tomado ese dinero sin mi permiso? ¡Vete, ladrón! ¡Ya no tienes nada que hacer aquí!*

El honrado mercader se sintió indignado por los insultos de Juan. No queriendo pasar por ladrón, se fue a ver al juez.

El mismo día, el avaro fue llamado al juzgado, quien insistió ante el juez que la bolsa tenía 900 € cuando la perdió. Por el contrario, el mercader aseguraba que tenía 800 € y que él no había tomado ni un euro. El juez, que tenía fama de sabio y honrado, no tardó en decidir el caso. Le preguntó al avaro:

— *Tú dices que la bolsa contenía 900 €, ¿verdad?*

— *Sí, señor. Ni uno más ni uno menos. Yo mismo lo había contado,* -respondió Juan.

— *-Tú dices que la bolsa que te encontraste contenía 800 €, -le preguntó el juez al mercader.*

— *Sí, señor.*

— *Pues bien, dijo el juez, considero que ambos son personas honradas e incapaces de mentir. A ti, porque has devuelto la bolsa con el dinero, pudiéndote haber quedado con ella; a Juan,*

porque lo conozco desde hace tiempo. Así pues, yo decido que esta bolsa de dinero no es la de Juan; aquella contenía 900 €, y ésta sólo tiene 800 €. Así pues, – mirando al mercader – quédate tú con ella hasta que aparezca su dueño. Y tú, Juan, espera que alguien te devuelva la tuya.



Y ahora dígame la verdad: ¿Se le había ocurrido a usted esta solución? ¿Se le ocurre alguna otra que sea más justa?

La verdad y la mentira las tenemos delante de nosotros, sólo hacen falta “jueces sabios” que sepan descubrirla. En este caso, el juez premió la honradez del mercader y castigó la mentira del avaro.

Todos tenemos que actuar de jueces en muchos momentos de nuestra vida: los abogados, a la hora de dirimir muchos casos; los sacerdotes en el confesonario; los padres, en las disputas entre sus hijos; los profesores, para saber si los niños les mienten cuando dicen que no han podido hacer la tarea... Es por ello que necesitamos ese don que Dios le regaló a Salomón; un regalo que Dios también nos dará a nosotros si amamos la verdad y le damos más valor a la verdad que al poder o al dinero.

La mentira y el engaño siempre están asociados con el demonio y el pecado (Jn 8:44). En cambio, la verdad siempre está unida a Dios. No en vano Cristo nos dijo de sí mismo: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn 14:6)



El ciento por uno

Hace ya tiempo me contaron una historia que tiene bastantes visos de ser verídica. Si mal no recuerdo, todo ocurrió una tarde bastante fría y lluviosa en una carretera comarcal que lleva de Raritan a Manville en New Jersey.

Era alrededor de las cinco y acababa de terminar de llover. La vista del sol ocultándose en el horizonte, un resto de nubes que quedaba en el cielo y el olor a humedad por la lluvia, daban a la tarde un aspecto especialmente bello y singular.

Alberto, joven que todavía no había llegado a los treinta, y que durante la noche trabajaba para el ayuntamiento recogiendo basura y por la mañana seguía su labor en la planta de reciclado de Somerville, iba en coche de vuelta a su casa, cuando de repente se encontró un auto parado en el arcén de la carretera con las luces encendidas y a una mujer, que aparentaba tener más de ochenta años, totalmente empapada, contemplando su coche sin saber qué hacer.

Él se detuvo para averiguar si podía ayudar en algo. Salió de su auto, un Pontiac azul oscuro que era casi tan viejo como su dueño. Conforme se iba acercando a la abuelita pudo comprobar que su cara manifestaba susto, por la presencia del joven, y desesperación por no saber cómo arreglar su auto. Y en parte la anciana tenía razón ya que Alberto no tenía buen aspecto, ya que volvía del trabajo y la ropa estaba un tanto descuidada. La primera impresión que le dio a la abuelita era la de ser un

delincuente. Cuando él se dio cuenta de su susto, esbozó una sonrisa para tratar de calmarla. Y en estas que le preguntó:

— *¡Señora! ¿Necesita ayuda? ¿Se encuentra bien?*

A pesar de estas palabras, la anciana no podía esconder su temor. Alberto, decidió tomar la iniciativa en el diálogo:

— *No se preocupe, buena mujer, aquí estoy para ayudarle. Entre en su vehículo y estará más protegida, pues empieza a hacer frío y está usted totalmente mojada. Por cierto, mi nombre es Alberto y vivo en esta zona.*

Gracias a Dios sólo se trataba de un neumático pinchado; pero para la abuelita, su preocupación estaba más que justificada, tanto por su edad, como por lo poco transitada que estaba la carretera.

Alberto se metió debajo del vehículo buscando un lugar donde sujetar el gato para levantar el coche y poder poner la rueda de repuesto. El suelo estaba todo mojado; aunque a él no le importó mucho. Una vez cambiada la rueda, apretó las tuercas, quitó el gato...

En esto que la señora bajó la ventanilla del coche y comenzó a hablar con él.

— *Me llamo Lilly, vengo de Martinsville. Me dirigía a visitar a una amiga, pero me equivoqué de carretera y al final he venido a parar a este lugar desconocido y poco transitado. Estaba un poco asustada pues empezaba a hacerse de noche; y el pinchazo de la rueda ha venido a terminar de oscurecer mi tarde. Cuando le he visto llegar, la verdad, me he asustado bastante, pero...*

Alberto se sonrió mientras terminaba de guardar las herramientas en el portaequipaje. La señora le preguntó cuánto le debía; cualquier cantidad que le hubiera pedido le habría parecido poco.

Él no había pensado en cobrar nada. Realmente, aparte de embarrarse las manos y la ropa, no había sido tanto trabajo. Ayudar a alguien que tenía necesidad era su mejor modo de pagar por las veces que él mismo también había sido ayudado en otras ocasiones. Su pobreza le tenía acostumbrado a sufrir situaciones similares con bastante frecuencia.

Después de un breve silencio le dijo a la anciana que, si quería pagarle, la mejor forma de hacerlo sería que la próxima vez que viera a alguien en necesidad lo hiciera de manera desinteresada.

— *Tan solo piense en mí, – agregó despidiéndose.*

Hasta ese momento, el día había sido para Alberto, frío, gris y depresivo, pero el hecho de haber podido ayudar a la anciana, puso una nota de alegría y paz en su alma. Cuando el auto de la anciana ya estaba lejos, él entró en el suyo y se marchó también.

Unos kilómetros más adelante, Lilly, nuestra abuelita, divisó una pequeña cafetería junto a la carretera. Pensó que sería muy bueno quitarse el frío con una taza de café bien caliente, y reponer las fuerzas tomándose algunas pastas.

Se trataba de un pequeño local limpio, aunque sin muchas pretensiones, pues la carretera poco transitada no permitía hacer muchos arreglos por la falta de clientes. Junto a la cafetería había también una pequeña gasolinera que aparentaba haber sido abandonada hacía ya algunos años por la misma razón.

Lilly, entró en la cafetería. Detrás de la barra había un crucifijo de madera, y bajo él, un mensaje en el que se leía: "Dios nunca abandona". Se sentó en una de las mesas, y enseguida, una amable y sonriente camarera, bastante joven, por cierto, se le acercó y le dio una toalla de algodón limpia para que se secase el cabello todavía mojado por la lluvia.

— *¿Qué desea tomar?* – Le preguntó amablemente la camarera.

La anciana, todavía nerviosa y preocupada por lo que le había ocurrido en la carretera, miró a la joven y se percató que estaba embarazada de unos ocho meses.

— *Por favor, póngame un café largo bien caliente y unas pastas.* – Respondió la anciana.

Mientras esperaba su café y terminaba de secarse el pelo y la ropa, tuvo tiempo de pensar qué es lo que le hacía a esta joven ser tan agradable; al fin y al cabo, la consumición sería poco más de tres dólares. En ese momento, le vino a la mente Alberto, el muchacho que le había ayudado a cambiar la rueda pinchada pocos minutos antes.

Una vez que hubo terminado de tomarse el café, le pidió la cuenta. Abrió su bolso y pagó con un billete de cien dólares. La chica tomó el billete y fue a la barra para buscar el cambio. Los camareros siempre tienen la esperanza de recibir una buena propina, pero la consumición había sido tan barata, que medio dólar habría sido más que suficiente.

Cuando la muchacha regresó con el dinero de vuelta, la señora ya se había ido. Atravesó la puerta para alcanzarla, pero ya no estaba. Al volver a la mesa donde se había sentado la anciana vio cuatro billetes de cien dólares, y escrito en una servilleta de papel, un mensaje que decía:

No tienes que devolverme nada. Quédate también con lo que aquí te dejo. Me imagino que con el parto y el nuevo niño tendrás muchos gastos. Yo estuve una vez donde tú estás ahora. Alguien me ayudó, como ahora yo te ayudo a ti. Si quieres pagarme, esto es lo que puedes hacer: No dejes de ayudar a otros. Continúa dando tu alegría y tu sonrisa; y no permitas que esta cadena se rompa.

El resto de la tarde se le pasó volando a nuestra joven camarera. Serían alrededor de las diez cuando cerró la cafetería y se fue a casa. Entró en ella sigilosamente, pues sabía que su marido estaba ya durmiendo. El diferente horario de trabajo que tenían hacía que apenas si se pudieran ver durante la semana. Los fines de semana, su marido solía ir a la cafetería a ayudar a su mujer, y de paso tener la oportunidad de estar unas horas juntos.

Ya en la cama, le costó reconciliar el sueño, pues la visita de la anciana a la cafetería, y la gran cantidad de dinero que le había dejado, habían hecho que se pasara el resto de la tarde agradeciendo a Dios por esa ayuda extra que había recibido.

No paraba de preguntarse cómo sabía la anciana los problemas económicos que estaba pasando esta joven camarera; y máxime ahora, que estaba a punto de tener un bebé. Con el dinero que ganaban ella y su marido, apenas si podían pagar las facturas, y más ahora, con el parto pendiente y sin ningún tipo de seguro, la situación era bastante comprometida.

Con estos pensamientos en la mente, se acercó delicadamente a su marido para no despertarlo. Y mientras lo besaba tiernamente en la mejilla, le susurró al oído:

— *Alberto, ya verás como todo va a salir bien.*



“En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, hermanos o hermanas, madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, que no reciba en este mundo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna” (Mc 10: 28-30).



Cada vida es un regalo del amor de Dios

Este cuento nos relata la vida de un muchacho que, para el mundo era un error, pero para Dios y para sus padres, un auténtico regalo de su amor.



Jeremías era un niño de cuerpo deforme y mente bastante lenta que nació con una enfermedad congénita degenerativa. Vino al mundo en Alconada, un pueblecito de Salamanca de no más de quinientos habitantes, hacia la segunda mitad del siglo XX. Uno de esos pueblos, que cuando los jóvenes se olvidaron de la agricultura y la ganadería, se transformaron, por la égida hacia la capital, en pueblos fantasmas; uno de tantos que todavía, detrás de alguna colina perdida se pueden encontrar en la maravillosa geografía de nuestra bendita Castilla.

De niño sufrió mucho, pues con motivo de su enfermedad no anduvo hasta los 6 años. De hecho, sus padres lo tuvieron que llevar a un traumatólogo infantil para que este le diseñara un artilugio que se ponía en las piernas y le ayudaba a mantener el equilibrio. Con el paso del tiempo aprendió a andar e incluso a correr y jugar; pero como su problema era también un grave retraso mental, los niños de su edad nunca le hicieron caso.

Cuando les fue posible, los padres matricularon a Jeremías en la única escuelita que tenía el pueblo. Una escuela donde, en una sola habitación, convivían y aprendían alrededor de 40 niños desde primer grado hasta el ingreso en el bachillerato (de 6 a 10 años). Una vez superada esa edad, si querían seguir estudiando, tenían que irse forzosamente a Peñaranda de Bracamonte, distante no muchos kilómetros.

Cuando cumplió 12 años todavía estaba en segundo de primaria, ya que era incapaz de aprender. Su maestra, Carmen Astudillo, -que de joven había tenido un desengaño amoroso y por ello se había dedicado en cuerpo y alma a enseñar a los niños-, perdía frecuentemente los nervios con él. Debido a su enfermedad, Jeremías, lo mismo se retorció en su asiento y emitía sonidos guturales que desagradaban y distraían al resto de los niños, que hablaba de manera clara y precisa, como si un rayo de luz penetrara ocasionalmente en la oscuridad de su cerebro. Es por eso que la maestra estaba muy preocupada a causa de Jeremías, ya que ni avanzaba él, ni dejaba progresar al resto de la clase.

Un día, la maestra, llamó a los padres de Jeremías y les pidió que fueran a verle al colegio. Cuando los padres llegaron, pasaron al despacho de la señorita Astudillo, quien les dijo:

— *Siento mucho decirles que Jeremías tendrá que abandonar este colegio. Su hijo necesita un colegio especial para niños como él. Debido a sus limitaciones, ni aprende él, ni deja progresar a los demás. Por otro lado, Jeremías ya tiene doce años y está en el aula con niños que como máximo tienen nueve años, lo cual no es bueno.*

La madre de Jeremías, que sospechaba el motivo por el que la maestra les había llamado, al oír de modo tan claro hablar de las deficiencias de su hijo, no pudo por menos que llorar amargamente. Mientras tanto, su marido seguía hablando con la maestra:

— *Señorita Astudillo, en este pueblo tan pequeño no hay escuelas especiales como las que usted se refiere. Tendríamos que mandarlo a la capital, pero para nosotros sería un gasto imposible de asumir; y, además, en Salamanca no tenemos ningún familiar con el que pudiera vivir. Le rogamos tenga paciencia con nuestro hijo. Ya sabe por otro lado que, por motivo de su enfermedad congénita, le queda poca vida, por lo que no nos gustaría separarnos de él.*

La maestra, impresionada por la conversación con los padres, pero preocupada también por los otros niños que tenía en la escuela, se quedó pensativa no sabiendo qué responderles; por lo que les pidió unos días para pensárselo.

Una vez que los padres de Jeremías se hubieron marchado, Carmen, se quedó mirando fijamente al horizonte a través de una de las ventanas del aula; mientras que unos copos de nieve que empezaban a caer, anunciaban la cercanía de la Navidad.

Los días sucesivos, Carmen estuvo analizando la situación y buscando una salida que fuera buena para todos. Mientras ponderaba las diferentes posibilidades, un sentimiento de culpabilidad se apoderó de ella.

Aquí estoy protestando, cuando mis problemas no son nada, comparados con los de esta familia, – pensó. Por favor, Señor, ¡ayúdame a ser más paciente con Jeremías! ¡Ayúdame a quererle y a darle alegría en los últimos años que le puedan quedar de vida!

Desde ese día, intentó ignorar los ruidos de Jeremías, al tiempo que enseñó al resto de los niños a quererle y a tener paciencia con él.

Este cambio de actitud de la maestra fue rápidamente percibido por nuestro pobre Jeremías.

Una mañana, Jeremías se acercó a la mesa de la maestra, arrastrando sus piernas casi ya paráliticas. En esto que, poniéndose junto a ella se le acercó al oído y le dijo:

— *¡Te quiero mucho, Señor!*

Palabras que fueron escuchadas por el resto de los niños; quienes no pudieron evitar reírse, provocando al mismo tiempo que la maestra se sonrojara y comenzara a balbucir:

— *¿Co-cómo? Eso es muy bonito Jeremías. Gracias. Pero a..a..ahora vuelve a tu sitio y continua con la tarea.*

Pasaron tranquilamente los meses hasta que después de los fríos invernales, un buen día comenzó a anunciarse la primavera. Este año la Semana Santa caía a mitad de abril. Durante gran parte de la Cuaresma la profesora, que les explicaba como se hacía antiguamente todas las asignaturas, aprovechaba las primeras horas de la tarde para darles doctrina sagrada, rezar con los niños algunas oraciones y leerles historias de santos. Cuando faltaban tan solo unos días para el Domingo de Ramos, les explicó a los niños el significado de la Semana Santa: las maravillas que ocurrieron el Jueves Santo, la Pasión y Muerte de Jesús el día Viernes, y la espera gozosa hasta la llegada del Sábado de Gloria (como se decía antiguamente).

Los maestros de entonces eran realmente sabios, sabían de todo; y con un solo libro⁴, los niños eran capaces de aprender de todo, y además de verdad.

Ese año puso especial énfasis en enseñarles la importancia que tenían la Muerte y Resurrección de Jesucristo: Les explicó que, a través de ellas, también nosotros moríamos al pecado y resucitábamos a una nueva vida. Les enseñó que el “huevo de Pascua” significaba el comienzo de una nueva vida para los cristianos⁵. Con el fin de reforzar esta enseñanza, le dio a cada uno de los niños un huevo de plástico y les dijo:

— *Quiero que os llevéis a casa este huevo y mañana lo traigáis con algo dentro que signifique una nueva vida. ¿Lo habéis entendido?*

A lo que todos respondieron con un ruidoso ¡¡¡¡ Sííí !!! Bueno todos no, pues Jeremías no dijo nada. Él le escuchó con atención, dando la impresión de que lo estaba entendiendo todo; ¿pero habría comprendido realmente lo que ella quería decir? ¿Habría entendido lo que dijo sobre la muerte y resurrección de Jesús? La maestra se quedó pensando si no sería mejor llamar a sus padres y explicarles la tarea.

Carmen, la maestra, pasó el resto de la tarde corrigiendo deberes, yendo a la tienda para comprar comestibles y haciendo las mil y una cosas pendientes que siempre tenía en lista de espera. Era ya algo tarde, cuando de repente recordó que no había llamado a los padres de Jeremías. Se entristeció ante este olvido, y decidió confiar que Jeremías hubiese entendido algo.

A la mañana siguiente los niños volvieron contentos a la escuela trayendo la “misión especial” que la maestra les había encargado. Conforme iban llegando depositaron los huevos en una cesta de mimbre que la maestra había preparado para tal fin. En esto que la maestra dijo:

— *Bueno, como hoy es miércoles comenzaremos con las matemáticas.*

Se oyó un rumor de desaprobación, pues todos los niños estaban esperando mostrar lo que habían puesto en los huevos. Cuando la maestra se percató del desencanto, hizo silencio y les dijo a los niños:

Si os portáis bien, cuando acabemos las matemáticas pasaremos a revisar lo que ha traído cada uno.

⁴ Si es usted mayor de sesenta años todavía se acordará de la famosa Enciclopedia Álvarez.

⁵ Cr. <http://www.significados.com/huevo-de-pascua/>

A lo que los niños aplaudieron vivamente. Acto seguido, uno de los niños más responsables chistó a los demás para que guardaran silencio.

Acabada la lección de matemáticas, llegó el momento de abrir los huevos. La maestra se dirigió al primero, lo abrió y encontró en él una flor.

— *¡Oh! Sí. La flor es ciertamente signo de una nueva vida. Cuando las plantas empiezan a crecer y se ven las primeras flores, sabemos que ha llegado la primavera. ¿Quién trajo este primer huevo?*

A lo que una niña, inmensamente feliz, alzó la mano identificándose como autora del mismo.

El siguiente huevo tenía una mariposa de plástico.

— *Este es también un bonito ejemplo, – dijo la maestra. Ya sabéis todos que la oruga tuvo que morir y de ahí salió esta mariposa. Este es también un bello signo de nueva vida.*

Y así siguieron abriendo uno a uno los huevos de Pascua hasta que llegaron al que había traído Jeremías. Cuando la maestra lo cogió, Jeremías se puso nervioso y dio un gran salto, al tiempo que levantaba las manos con regocijo.

— *Bien, –dijo la maestra. Ya sabemos que este lo trajo Jeremías. Vamos a ver ahora lo que esconde dentro.*

Abrió el huevo y comprobó que estaba vacío. Los niños comenzaron a reírse de él.

En ese momento la maestra se culpó de no haber llamado a sus padres. Ciertamente, Jeremías no había entendido la tarea. La maestra no quiso que Jeremías pasara vergüenza por lo que sin decir nada, puso el huevo a un lado y se dispuso a abrir el siguiente. En esto que Jeremías se incorporó y le dijo a la maestra:

— *Seño, ¿no va a decir usted nada de mi huevo? – Por lo que no le quedó más remedio que responder:*

— *¿Qué quieres que diga? Tu huevo no tiene nada dentro, está vacío.*

Y Jeremías respondió:

Igual que la tumba de Jesús.

En ese momento la maestra se quedó sin habla. Una vez que se recuperó de la sorpresa le preguntó al niño:

— *¿Y tú sabes por qué estaba vacía?*

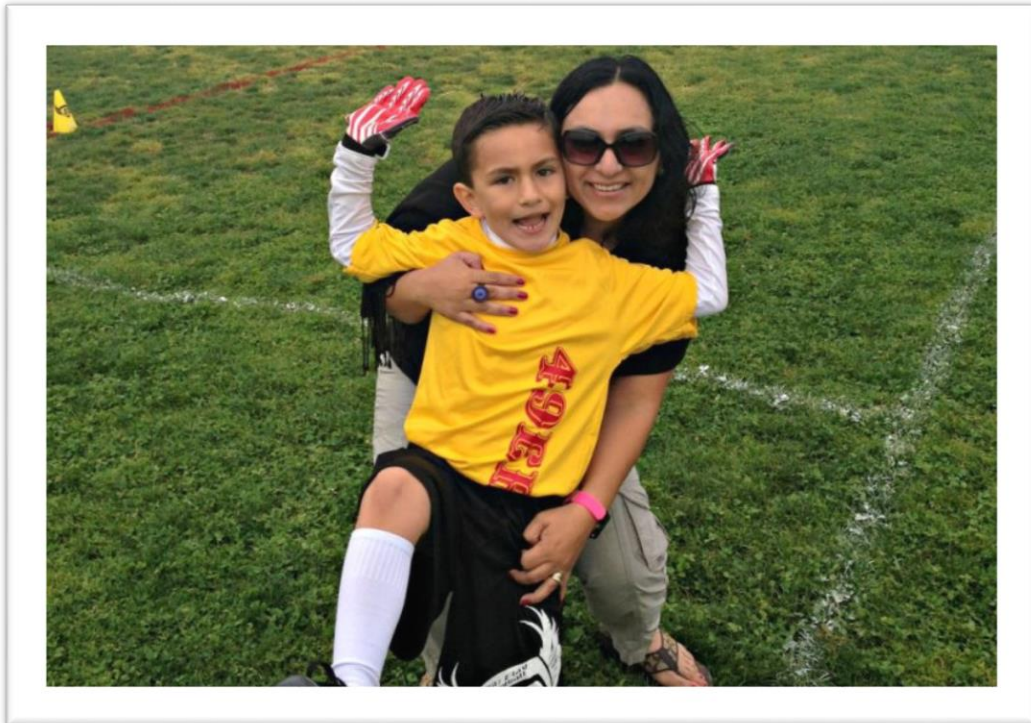
— *¡Claro! Como usted nos enseñó, resucitó al tercer día y su Padre se lo llevó con Él.*

La conversación estaba en su momento más álgido cuando de pronto sonó la campana de la torre de la Iglesia anunciando el rezo del Ángelus y el recreo de las 12. Los niños salieron al patio para disfrutar de un merecido descanso. Carmen, la maestra, se quedó en el aula disimulando unas lágrimas que comenzaron a salir de sus ojos. La frialdad de su interior y sus dudas sobre Jeremías se habían desvanecido por completo.

Dos meses más tarde, cuando el colegio estaba ya a punto de concluir y los niños se disponían a gozar de unas merecidas vacaciones de verano, una mañanita, llegó el papá de Jeremías a hablar con la maestra para anunciarle que su hijo acababa de fallecer.

El velatorio se celebró en la misma casa, ya que en el pueblo no había tanatorio. Los papás de Jeremías sacaron la mesa del comedor, pusieron una alfombra sobre el suelo y unas velas alrededor del ataúd. Seis o siete sillas prestadas por los vecinos, terminaban de componer esta improvisada habitación fúnebre.

Esa misma tarde, todos sus compañeros de colegio fueron a la casa de Jeremías para darle el último adiós. Cuando se hizo de noche, la maestra fue a visitar de nuevo a la familia y ya de paso preguntar si necesitaban alguna cosa. La maestra entró en la sala donde habían puesto los restos de su alumno. Se acercó al féretro y vio que sobre la tapa del ataúd los niños habían puesto numerosos huevos de Pascua. Todos ellos vacíos.



En el cielo desaparecerán nuestras limitaciones

Hubo una vez un joven al que le gustaba mucho el fútbol. Siempre soñaba en la posibilidad de jugar en un equipo profesional de su tierra natal, Brasil. Desde bien pequeño comenzó a entrenar, pero como sus compañeros eran más hábiles, veloces y fuertes que él, nunca le dejaron jugar en los partidos oficiales del equipo del colegio. Se limitaba a ir a los partidos con su madre y esperar en el banquillo por si algún compañero faltaba o se lesionaba. Su madre, a quien amaba profundamente, siempre le animaba a seguir perseverando en su afición por el juego.

Cuando llegó a la universidad, seguía su ilusión y su sueño. Siempre le daba entradas a su madre para que asistiera a los partidos, con la esperanza de jugar en alguna ocasión; aunque también sabía que probablemente no jugara en el equipo y se quedaba en el banquillo como siempre.

Un día, estando en medio de un entrenamiento, le llegó la terrible noticia de que su madre había sido gravemente atropellada por un auto y había muerto. El entrenador, que enseguida se dio cuenta de la situación, le dijo a nuestro joven que se tomara el resto de la semana libre para reponerse.

La semana siguiente se celebraba el último juego de la temporada. El joven llegó suplicando al entrenador que le permitiera jugar; pero era la gran final, y el entrenador sabía que no tenía experiencia. Tal fue su insistencia que le permitió jugar. Realizó un muy buen partido, interceptó

numerosos balones, metió varios goles; en fin, el partido se ganó gracias a su inmenso esfuerzo. Al finalizar del partido el entrenador le felicitó y le dijo:

— *¡No puedo creer cómo lo lograste! ¿Cómo lo hiciste?*

A lo que el joven respondió:

— *Usted sabe que mi madre murió, pero lo que no creo que supiera es que era ciega, ¿verdad? Pues bien, hoy fue el primer partido en el que mi madre pudo verme jugar.*



Hay personas que ya vienen a esta vida con "limitaciones", otros, la mayoría, las vamos adquiriendo con el paso del tiempo. Cuando llegamos a viejitos, ya son tan numerosas que apenas si podemos hacer nada: no podemos andar, nos tienen que llevar a todos los sitios, tenemos que depender de los demás para todo, apenas si vemos u oímos..., incluso para comer tenemos que masticar con los dientes de otro. En el fondo, nos hemos ido consumiendo por el trabajo y el amor. En realidad, no nos ha importado pues ha valido la pena gastar nuestra vida para que otros puedan ser felices. Además, sabemos muy bien, que en el cielo todas esas limitaciones desaparecerán: seremos criaturas totalmente renovadas.

"Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo miserable, conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas" (Fil 3: 20-21).



Hágase tu voluntad

Érase una vez un maravilloso jardín particular que se encontraba a las afueras de un pueblecito perdido de China. El dueño del jardín acostumbraba a pasear por él a la caída de la tarde cuando volvía de su trabajo.

En el centro del jardín había un esbelto bambú que era el más bello y estimado de todos sus árboles del jardín. El bambú crecía y se hacía cada vez más hermoso. Él sabía muy bien que gozaba de las preferencias de su dueño, lo cual le causaba gran alegría.

Un día, se aproximó pensativo el dueño a su bambú y, con sentimiento de profunda veneración el bambú inclinó su imponente cabeza. En esto que su dueño le dijo:

— *Querido bambú, necesito de ti.*

El bambú respondió:

— *Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad. Haz conmigo lo que quieras.*

El bambú estaba feliz. Había llegado la hora de agradecer a su amo la estima en que le tenía. Si su dueño necesitaba de él, le serviría en lo que fuera necesario.

Con voz grave, el amo le dijo:

- *Pero es que sólo podrá usarte si antes te podo.*
- *¿Podar, señor? ¡Por favor, no hagas eso! Deja mi bella figura. Ya ves cómo todos me admiran.*
 - Dijo el bambú.
- *Mi amado bambú, – la voz del dueño se volvió más grave todavía -. No importa que te admiren o no te admiren... es que si no corto tus ramas, no podré usarte.*

En el jardín todo quedó en silencio... Hasta el viento contuvo su respiración.

Finalmente, el bello bambú se inclinó y susurró a los oídos de su dueño:

- *Señor, si no me puedes usar sin podar, y me necesitas, entonces haz conmigo lo que quieras.*
- *Mi querido bambú, pero es que también deberé cortar tus hojas...*

El sol se escondió detrás de las nubes porque no quería ver..., mientras que unas mariposas que descansaban en sus hojas levantaron el vuelo asustadas ante este martirio...

El bambú, temblando y a media voz dijo:

- *¡Córtalas! ¡No tengáis miedo!*

Nuevamente le dijo el dueño

- *Todavía hay más, mi querido bambú, no sólo tendré que cortarte, sino que también tendré que sacarte tu corazón. Si no hago eso, no podré usarte.*
- *¡Por favor, señor – dijo el bambú – si me sacas el corazón ya no podré vivir más! ¿Cómo voy a vivir sin corazón?*

Se hizo un profundo silencio en el jardín. Algunas lágrimas cayeron de los ojos del dueño mientras se oían doloridos sollozos de las ramas más tiernas del bambú. Después, el bambú se inclinó hasta el suelo y dijo:

Señor, poda, corta, parte, saca mi corazón... si esa es tu voluntad.

El dueño deshojó, arrancó, partió a trozos la caña de bambú y la vació por dentro.





Hecho esto, unió unos trozos con otros y los extendió a lo largo de un árido campo desde una fuente cercana hasta el lugar donde tenía sus cultivos.

El dueño acostó cuidadosamente en el suelo a su querido bambú; puso una de los extremos de la caña en la fuente y el otro extremo en sus campos.

La fuente cantó dando la bienvenida al bambú y las aguas cristalinas se precipitaron alegres a través del cuerpo vaciado del bambú.... Corrieron sobre los campos resecos que tanto habían suplicado por ellas. Allí se sembró trigo y maíz y también se cultivó una huerta.

Los días pasaron y los sembrados brotaron; y todo el árido campo se convirtió en una maravillosa alfombra verde.

El majestuoso bambú de antes, con su sacrificio, su aniquilamiento y su humildad, se transformó en una gran bendición para toda aquella región.

Cuando el bambú era grande y bello, crecía solamente para sí y se alegraba con su propia imagen y belleza. Ahora en su despojo, en su entrega, se volvió un canal del cual su Señor se sirvió para hacer fecundas muchas tierras. Y muchos hombres y mujeres encontraron, gracias al bambú, la vida; y fueron felices gracias a ese tallo podado, deshojado, cortado, arrancado, partido y vaciado de sí mismo.

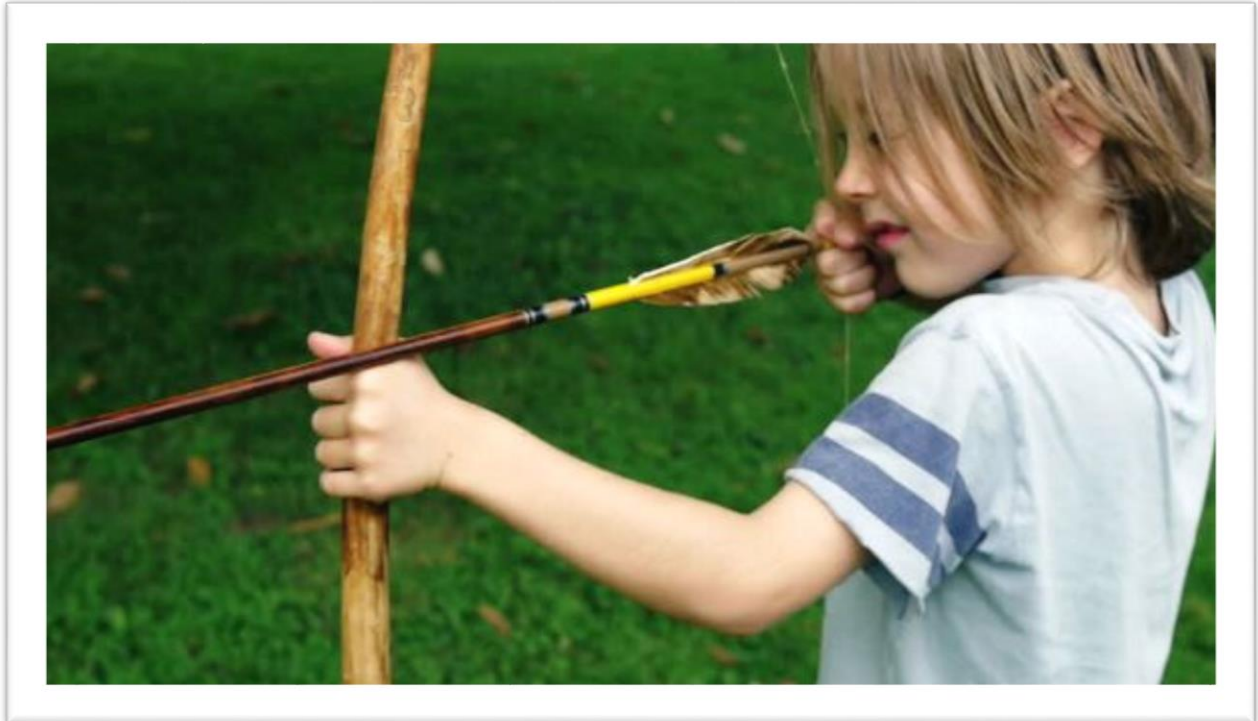


Bellas enseñanzas que encontramos en muchos lugares de la Sagrada Escritura y que demuestran que este es uno de los caminos más frecuentes que el Señor hace recorrer a sus almas más queridas.

"Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad" (Salmo 40:8)

"Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22:42)

"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra" (Lc 1:38)



El esclavo

Hace tiempo me contaron la historia de Peter, un niño de doce años que vivía en Cody (Wyoming). Durante el verano solía ir con su hermana Sandra, que era dos años menor que él, a visitar a sus abuelos en la granja que tenían a las afueras de Canyon Village, muy cerca del famoso parque de Yellowstone.

Ese verano, como Peter había sido responsable y buen estudiante, su abuelo le ayudó a fabricar un arco. Cuando lo tuvo en sus manos, descubrió una fuente inagotable de distracción y entretenimiento.

Por las mañanitas se solía ir a un pequeño bosque que había detrás de la casa para practicar la puntería. Nunca había disparado con un arco, por lo que su puntería era muy mala; aunque tenía la esperanza de que con el tiempo se transformaría en el Robin Hood de Wyoming.

Una mañana que había estado practicando hasta alrededor del mediodía y volvía a la granja para comer, vio a la puerta de la casa a Ducky, un pato blanco que era la mascota de la abuela. De pronto se imaginó vestido de cazador, y antes de que se diera cuenta estaba tensando el arco para efectuar un certero disparo. Apuntó y disparó; con tan mala suerte que le dio al pato en la cabeza y lo mató.

Temiéndose una gran reprimenda de los abuelos, escondió el cadáver del pato en el bosque. Cuando lo estaba enterrando, Sandra, lo vio. Sorprendido, y con miedo de que dijera algo a los abuelos le hizo prometer que guardaría silencio.

Peter estuvo toda la comida inquieto y preocupado pensando en la respuesta que le podía dar a la abuela si le preguntaba por el pato. Acabada la comida, la abuela le dijo a Sandra:

— *¡Ayúdame a lavar los platos!*

Pero Sandra, mirando a Peter con ojos inquisidores, le dijo a su abuela:

— *Peter me ha dicho que él quería ayudarte hoy en la cocina. ¿No es cierto, Peter?*

Peter se sintió atrapado por el comentario de su hermana; y ante el miedo de que lo delatara, no le quedó más remedio que ayudar a la abuela.

Días después, el abuelo preguntó a los niños si querían ir de pesca al lago. A lo que la abuela salió al paso y dijo:

— *Sandra no puede ir porque tiene que ayudarme en el jardín.*

Entonces Sandra saltó como un muelle y dijo:

— *Yo sí puedo ir con el abuelo, pues Peter me ha dicho que le gustaría ayudar a la abuela en el jardín. ¿Verdad, Peter?*

El pobre Peter, después de la tragedia del pato, era continuamente chantajeado por su hermana. Los días de vacaciones seguían pasando y Sandra no perdía la oportunidad para aprovecharse de la situación en su favor.

Con el paso de las semanas, Peter se sentía cada vez peor. La presión de su hermana y su propio remordimiento le mantenían triste y abatido. Llegó un momento en el que decidió contarle a su abuela todo lo que había ocurrido.

Una mañanita, antes de que Sandra maquinara una nueva acción con la que chantajear a su hermano, Peter decidió abrir su corazón y contarle todo a la abuela.

— *Abueli, – dándole un sonoro beso en la mejilla -, ¿te acuerdas de tu pato blanco? Resulta que un día venía de hacer prácticas con el arco que me hizo el abuelo, cuando le disparé con tan mala suerte que le di en la cabeza y se murió.*

En esto que la abuela, profundamente conmovida se dirigió hacia su nieto y lo abrazó cariñosamente mientras que le decía:

— *Peter, ya lo sabía. Estaba en la ventana de la cocina cuando todo ocurrió, pero como me di cuenta que lo habías hecho sin intención, te perdoné en ese mismo instante. Lo que sí me preguntaba era hasta cuándo ibas a permitir que tu hermana Sandra te tuviera como su esclavo.*



¡En cuántas ocasiones nos hacemos también esclavos de Satanás como consecuencia de nuestros pecados! Él entonces, se aprovecha de esa circunstancia para sobornarnos, chantajearnos, quitarnos la felicidad y la paz interior. Dios lo ha visto todo desde su cocina; lo único que espera es que tengamos la humildad de acercarnos a Él arrepentidos y confesar nuestro pecado. Como en el caso de Peter, la abuela, que lo había visto todo, ya le había perdonado; sólo faltaba una cosa, reconocerlo.



Un buen amigo nunca nos olvida

Un buen hombre, ya mayor, obrero en una fábrica, todos los días, a la hora del bocadillo, se acercaba a una iglesia próxima a saludar al Señor.

El sacerdote, que le veía a diario, le preguntó un día:

- *¿Qué le dices a Jesús cada vez que vienes a verle?*
- *-Yo no sé rezar -respondió-. Sólo le digo: ¡Hola, Señor! Estoy muy contento porque me has perdonado mis pecados y eres mi amigo. Aquí tienes a Juan. Hasta mañana.*

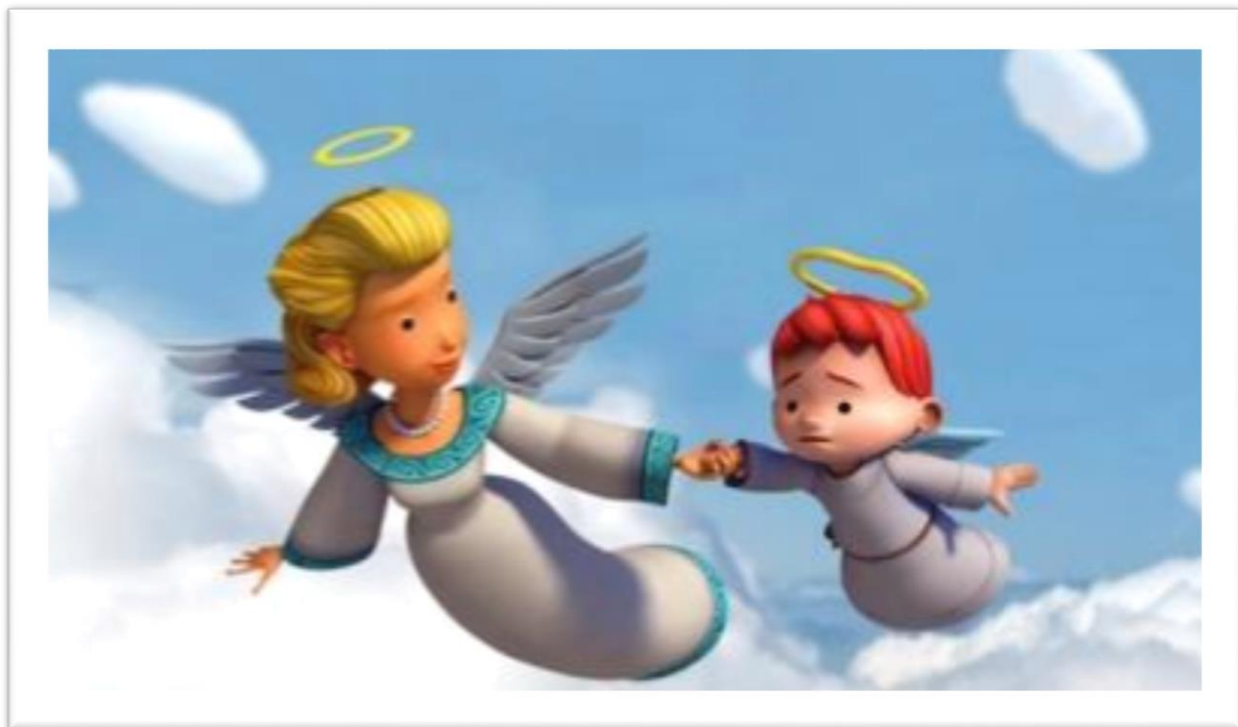
Algún tiempo después, aquel buen hombre desapareció. El sacerdote, extrañado, fue a la fábrica a preguntar por él. Le informaron que estaba enfermo en el hospital. Fue a visitarle.

Las enfermeras le dijeron que era un enfermo del que nadie se acordaba, que no recibía nunca visita alguna y que, sin embargo, siempre estaba alegre y feliz.

Cuando el cura habló con él le contó ese desconcierto de las enfermeras. Y él le dijo:

- *Están muy equivocadas las enfermeras. Todos los días, a la hora en que todos están comiendo viene un gran amigo a verme. Se sienta ahí en la cama, me coge las manos, me mira a los*

ojos sonriendo y me dice: Hola, Juan! Estoy muy contento de haberte perdonado tus pecados y de que seas mi amigo. Aquí tienes a Jesús. ¡Hasta mañana!



¿Dónde está Dios cuando más lo necesitamos?

Susana, cuando vio salir del quirófano al cirujano que acababa de operar a su hijo le preguntó:

- *¿Cómo está mi pequeño?*
- *Lo siento, hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance.*

Susana dijo consternada:

— *¿Por qué a los niños les da cáncer? ¿Es que acaso Dios ya no se preocupa por ellos? Dios, ¿dónde estabas cuando mi hijo te necesitaba?*

El cirujano le dijo:

— *Una de las enfermeras saldrá para dejarle pasar unos minutos con los restos de su hijo antes de que sean llevados a la universidad.*

Susana pidió a la enfermera que la acompañara mientras se despedía de su hijo. Recorrió por última vez con su mano el cabello rojizo, mientras que unas lágrimas de dolor salían de sus ojos. La enfermera le preguntó si quería conservar uno de los rizos, Susana asintió. La enfermera cortó el rizo, lo colocó en una bolsita de plástico y se la dio a Susana.

Susana dijo:

— *Fue idea de Carlitos donar su cuerpo a la universidad para ser estudiado. Dijo que así podría ayudar a alguien más. Ese era su deseo. Yo al principio me negué, pero él me dijo, Mami, no lo usaré después de que me muera, y tal vez ayudará a que un niño disfrute un día más junto a su mamá. Mi Carlitos tenía un corazón de oro, siempre pensaba en los demás y deseaba ayudarlos como pudiera.*

Susana salió del Hospital infantil después de haber permanecido allí día y noche durante los últimos seis meses. Colocó la maleta con las pertenencias de Carlitos en el asiento del auto, junto a ella. Fue difícil manejar de regreso a casa, y más difícil aún entrar en una casa vacía, pues el marido se había separado y el único hijo que habían tenido ya no estaba. Llevó la maleta a la habitación de Carlitos y colocó los juguetes y todas las demás cosas justo como él las tenía. Se acostó en la cama y lloró abrazando la pequeña almohada de su hijo hasta quedarse dormida. Despertó cerca de la medianoche y junto a ella se encontró una hoja de papel doblada, que decía:

Querida mami:

Sé que vas a echarme de menos, pero no pienses que te he olvidado, o he dejado de amarte sólo porque ya no estoy ahí para decirte TE AMO. Pensaré en ti cada día, mamita; y cada día te amaré aún más. Algún día nos volveremos a ver.

Si deseas adoptar un niño para que no estés tan solita, podrá estar en mi habitación y podrá jugar con todas mis cosas. Si deseas que sea una niña, probablemente no le gustarán lo que yo tenía y tendrás que comprarle muñecas y esas cosas.

No te pongas triste cuando pienses en mí, este lugar es grandioso. Los abuelos vinieron a recibirme cuando llegué y me han mostrado algo de aquí, pero tomará tiempo verlo todo, pues esto es muy grande. Los ángeles son muy amistosos y me encanta verlos volar. Jesús no se parece a todas las imágenes que vi de Él, pero supe que era él tan pronto lo vi, y Jesús me llevó a ver a Dios Padre! Y ¿qué crees mami? Me senté en su regazo y le hablé como si yo fuera alguien importante. Luego me encontré a una muchacha bellísima. Me dio vergüenza preguntarle su nombre, pero el corazón me decía que era la Virgen María. Ella me cogió de su mano y me presentó a mucha gente maravillosa que enseguida se hicieron mis amigos.

Le dije a Dios que quería escribirte una carta para despedirme y todo eso, aunque sabía que no estaba permitido. Dios me dio papel y su pluma personal para escribirte esta carta. Creo que se llama Gabriel el ángel que te la dejará caer.

Dios me dijo que te respondiera a lo que tú le preguntaste. ¿Dónde estaba Él cuando yo lo necesitaba? Dios me dijo que te dijera: En el mismo lugar que cuando Jesús estaba en la cruz. Estaba justo ahí, como lo está con todos sus hijos. Me dijo que tú lo entenderías.

Esta noche estaré a la mesa con Jesús para la cena. Sé que la comida será fabulosa.

Casi olvido decirte... Ya no tengo ningún dolor, el cáncer se ha ido. Me alegra; pues ya no podía resistir tanto dolor y Dios no podía resistir verme sufrir de ese modo, así que envió al ángel de la misericordia para llevarme. ¡El Ángel me dijo que yo era una entrega especial!

Firmado

Con amor de Dios, Jesús y Yo. Un beso mami.



Una difícil elección

Hace ya bastantes años me contaron una historia real que ocurrió a mitad del siglo pasado en un pueblecito costero de Pontevedra llamado Priegue. Su párroco, don Antonio, que era oriundo del pueblo, una vez ordenado sacerdote tomó posesión de la parroquia de San Mamede y en ella había permanecido por más de treinta y cinco años. Era un hombre afable y muy querido por todos. Había bautizado, dado la primera comunión, casado y bendecido los barcos, de la gran mayoría de los habitantes de ese pequeño y bellissimo pueblo pesquero.

Un domingo, acabando la Misa de 11 de la mañana, don Antonio anunció a los fieles que estaba con ellos su mejor amigo, Fabio. Fabio, era un señor muy mayor, originario de Priegue, pero que, por motivo de una tragedia familiar, se tuvo que ir a vivir a Brasil a finales de los 60. Los más viejos del pueblo lo recordaban como Fabio el brasileiro; pero desde que se fue, no había vuelto a poner los pies en España. Casi cuarenta años después, aprovechando un viaje para enterrar a su hermano menor que acababa de morir en Vigo, se acercó a su pueblo natal para saludar a algunos parientes que todavía estaban vivos. Cuando se enteró quién era el párroco vino a la Iglesia a saludarlo.

A pesar de la diferencia de edad que existía entre el don Antonio y Fabio, por razones que nadie sabía, según contó el mismo don Antonio, era el amigo que más quería en este mundo. El padre Antonio, invitó a todos a pasar al salón parroquial después de la Misa para tomarse un café y compartir con él.

Hechas las presentaciones por don Antonio, Fabio, miró con cariño a todos, y comenzó diciendo:

— *Me llamo Fabio. Nací en este maravilloso pueblo hace ochenta años. Cuando tenía alrededor de cuarenta, por motivos personales, me tuve que trasladar a Brasil. Desde entonces he vivido allí. Pero, permítanme que les cuente una historia que ocurrió en este pueblo poco antes de irme, y que probablemente ninguno de ustedes sabrá: Era una tarde otoñal, un padre, su hijo, y un amigo del hijo, habían salido a navegar con su velero cerca de la Isla de San Martiño, cuando de repente les sorprendió una fortísima tormenta. Las olas eran tan altas que, aunque el padre era un navegante experimentado, no pudo dominar el velero y los tres fueron arrastrados mar adentro.*

Fabio, hizo un breve receso para tomar aire, beber un poco de agua, y prosiguió:

— *Después de cuatro horas de intensa lucha por mantenerse a flote, una gigantesca ola barrió la cubierta con tal fuerza, que el hijo y su amigo fueron arrojados al mar. El padre, cogiendo una soga de rescate, tuvo que tomar la decisión más difícil de su vida: ¿A cuál de los dos le tiro la soga? Sólo tenía unos segundos para decidirse, pues las olas eran tremendas. Él sabía que su hijo era un buen cristiano; en cambio el amigo no lo era. En esto que el padre le gritó a su hijo: “¡Te amo, hijo mío!”; pero tiró la soga al amigo de su hijo. Una vez que lo tuvo a bordo, se dispuso a salvar a su hijo; pero éste, ya había desaparecido bajo las olas en medio de la oscuridad de la noche. Por más que lo buscaron, nunca apareció. Ni siquiera se encontró su cuerpo.*

Los parroquianos, que habían acudido al salón parroquial más por el compromiso con el párroco que porque tuvieran interés alguno en conocer a este abuelo, poco a poco se iban quedando intrigados con la historia que les estaba contando este personaje desconocido. Los ojos, sobre todo los de los más jóvenes, reflejaban inquietud y deseo de conocer el desenlace final de la historia. En esto que nuestro anfitrión siguió diciendo:

— *Sabía que su hijo iría al cielo con Jesús, pero temía por el destino del otro joven pues no conocía a Cristo. Es por eso por lo que decidió entregar a su hijo para salvar la vida del amigo de su hijo.*

Respiró profundamente, como para captar aún más la atención de los oyentes, y prosiguió:

— *¡Qué grande es el amor de Dios que hizo lo mismo por nosotros! Nuestro Padre celestial sacrificó a su Hijo para que nosotros pudiéramos salvarnos. Yo les pido que acepten la oferta del rescate y agarren la soga de vida que Él les está ofreciendo en este mismo momento a cada uno de ustedes.*

Extrañados e impresionados por el desenlace de la historia, y sin saber nadie qué decir, se miraban los unos a los otros como preguntándose: ¿y todo esto a cuento de qué?

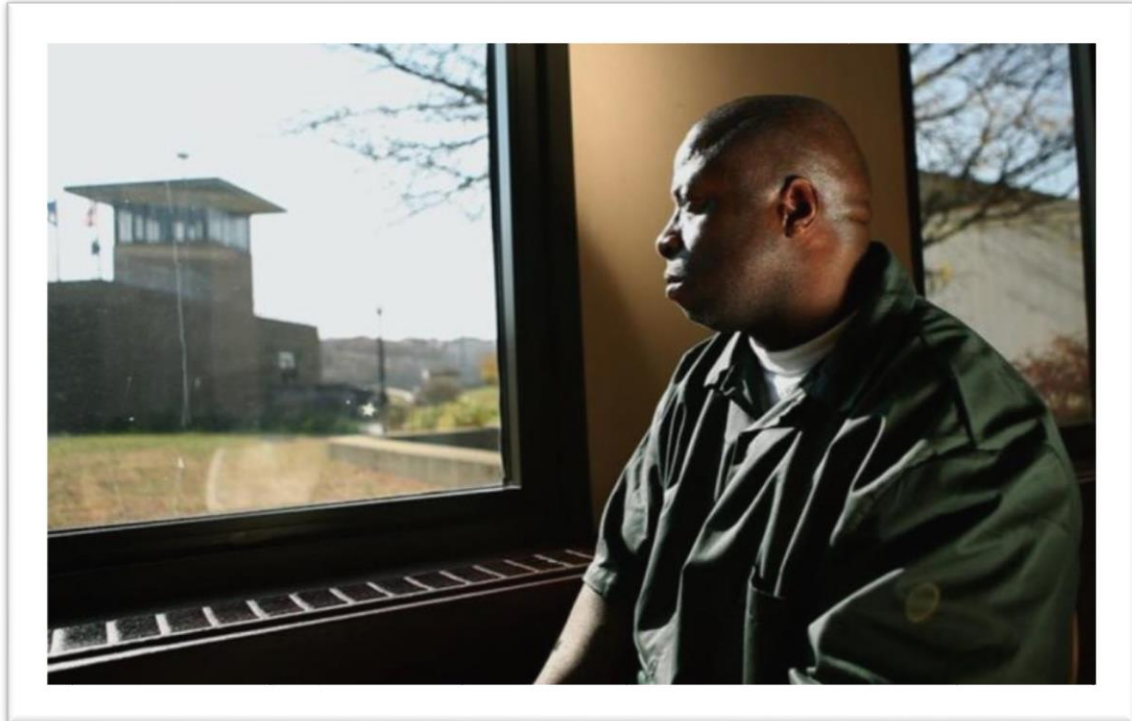
A la salida, dos jóvenes se acercaron al anciano y le dijeron:

— *Ha sido una historia muy bonita para entender el amor de Dios al entregar a su único Hijo por cada uno de nosotros. Pero creo que no es realista, no creo que un padre entregase la vida de su hijo con la esperanza de que el otro se convirtiera.*

— *Comprendo lo que decís. – Replicó el anciano, mientras de sus ojos brotaron dos lágrimas – ¿De verdad os parece que no fue muy realista? Pues tengo algo más que deciros, queridos amigos, yo soy ese padre, y vuestro párroco era el amigo de mi hijo.*



(Nota: la historia es real; lo personajes y lugares que se mencionan, no se corresponden con la realidad para mantener el silencio y el anonimato de quien así lo vivió).



La verdad os hará libres

El cuento de hoy nos relata la historia de lo que ocurrió a principios del siglo XIV en el pequeño condado de Yorkshire (Escocia).

Cada año, con motivo de las fiestas del aniversario de su coronación como monarca, el rey Jorge, tenía la costumbre de liberar un prisionero. Este año, como se cumplían los 25 años de su coronación como monarca, decidió ir él mismo a la prisión para elegir al condenado que merecía ser liberado. Acompañado de su Primer Ministro y de toda la corte, una fría mañanita, cercanas ya las fiestas con motivo de su coronación, fueron a la cárcel para liberar al prisionero que resultara elegido.

Una vez que los presos habían desayunado, el rey se fue reuniendo con aquellos que, según las autoridades de la cárcel, habían tenido mejor comportamiento.

El primer preso entró en el despacho del director de prisión, ocupado ahora por el rey y su séquito y le dijo:

— *Majestad, soy inocente pues un enemigo de mi familia me acusó falsamente. Esa es la razón por la que estoy en la cárcel, pues cuando se hizo el juicio no pude contratar a ningún abogado famoso por falta de dinero.*

Escuchado el primer reo, el alcaide dio paso al segundo:

— *A mí me confundieron con el asesino del hijo del zapatero, por lo que me metieron en la cárcel; pero yo le aseguro a su excelencia que nunca maté a nadie.*

Poco después entró el tercero, quien también manifestaba que había sido acusado injustamente. Y así, todos y cada uno de los que hablaron, manifestaron al rey porqué razones merecían la gracia de ser liberados.

Al final, quedó un hombre en un rincón de la sala que no que no se atrevía a dirigirse al rey. En estas, el rey lo llamó y le preguntó:

— *¿Y tú, por qué estás encarcelado?*

A lo que el hombre respondió:

— *Estoy encarcelado porque maté a un hombre, majestad. Soy un asesino.*

— *¿Y por qué lo mataste?* – preguntó el rey.

— *Porque estaba muy violento en esos momentos.* – Contestó el recluso

Y el rey le preguntó:

— *¿Y por qué estabas violento?*

— *Porque no sé controlar mi carácter. Cuando alguien me saca de mis casillas pierdo el control y soy capaz de hacer barbaridades.* – Respondió el recluso.

Escuchados todos los reclusos que habían sido convocados, el rey pasó a otra sala para reflexionar y tomar la decisión que considerara más justa. Acabado el tiempo de deliberación, volvió a la sala donde se encontraban los presos convocados, y en medio de un profundo silencio y una gran expectación, se dispuso a anunciar públicamente la persona que ese año sería perdonada.

El rey tomó su cetro y dijo en voz alta, mirando al último preso con quien había hablado:

— *¡Tú saldrás de la cárcel!*

Al oír la decisión del rey, la gran mayoría de los asistentes no pudo contener un murmullo de desaprobación. Entonces, el Primer Ministro se dirigió al rey y le dijo:

— *Pero majestad, ¿acaso no parecen más justos cualquiera de los otros?*

— *Precisamente por eso,* – contestó su majestad. *Saco a este malvado de la cárcel para que no eche a perder a todos los demás que parecen tan buenos.*



¡Cuánto me recuerda esta situación a la confesión de algunas personas! Les preguntas por sus pecados después de dos o tres años sin confesarse y lo único que te dicen es que no tienen ninguno. La Biblia nos dice que el justo peca siete veces al día (Prov 24:16); pero por lo visto, estas personas son más que justos, son santos en vida.

El hombre que no es humilde siempre encuentra una "justificación" para excusarse de sus pecados. La misma falta de humildad no le permite reconocerse como es. Se ha mentado a sí mismo en tal medida que al final cree que la mentira es verdad. Llegado a ese punto, se habrá perdido la conciencia de pecado, y como consecuencia, ya no verá la necesidad de confesarse pues se habrá vuelto ciego para ver el penoso estado de su alma.

El que es verdaderamente humilde reconoce su pecado, se da cuenta de sus limitaciones y pide ayuda. En cambio, el que se cree perfecto nunca acude a quien le pueda ayudar. Llegará un momento en el que ya no podrá ocultar más su mentira, pues será cuando Dios le juzgue y condene.

En el fondo, el mentiroso, el soberbio, el orgulloso, podrán engañar y hacer daño a muchos, y difícilmente se darán cuenta de que a quien más daño causan es a sí mismos. El mentiroso acaba siendo esclavo de su propia mentira. No en vano Jesucristo nos enseñó: *"La verdad os hará libres"* (Jn 8:32).



Todos le llamaban tonta

Cuando yo era niño y vivía en mi pueblo natal, recuerdo que un día vino a casa pidiendo limosna un hermano lego de la orden franciscana llamado Emilio. Yo, llamé a mi madre, ella le hizo pasar a casa y le ofreció abundante comida para tomar en ese momento y para llevar al convento; a lo que el hermano Emilio le respondió:

— *Muchas gracias señora, pero con que me dé un poco de pan y algo para poner dentro tengo suficiente.*

Mi madre le quiso hacer recapacitar, pero él, a pesar del hambre que dejaba traslucir su enjuto rostro, se negaba a recibir más.

Yo, que por aquel entonces no tenía más de 9 años, me quedé extrañado y profundamente impresionado. El pobre hombre podría haber solucionado su problema de comida para varios días, pero prefirió llevarse sólo lo necesario para ese día.

Recuerdo que pocos meses después, los frailecitos que ocupaban ese convento abandonaron el pueblo, no sin antes dar las gracias a la comunidad y pedir perdón por irse. Cuando las gentes les preguntaron por qué se iban ellos respondieron:

— *No se ofendan ustedes, pero nos han cogido tanto cariño y nos llevan al convento tantas cosas que se nos hace imposible vivir la Santa Pobreza.*

A esa edad no entendí la respuesta. Tuvieron que pasar bastantes años y empezar yo mismo a tratar a Dios para descubrir el maravilloso don que es la "pobreza"; un don, que estos frailes no estaban dispuestos a perder.

Hace unos días, buscando algún nuevo cuento para contarles a ustedes, cayó en mis manos el que ahora les voy a relatar; cuento que me hizo recordar mi infancia, estos frailecitos y las maravillas que con mucha frecuencia nos perdemos cuando nos dejamos atrapar por este mundo tan materialista.



En un pueblo indio había una niña a la que llamaban “la tonta”. Un visitante extranjero oyó hablar de la niña y quiso averiguar por qué le llamaban así. Un día de mercado, la vio entre un grupito de gente, se acercó y observó en silencio.

Algunos de los presentes, le enseñaban una moneda de 100 rupias en una mano y otra de 5 rupias en la otra, y le daban a elegir. La niña, pensativa, acababa siempre eligiendo la moneda de 5 rupias y con ello causaba grandes risotadas en la concurrencia.

— *¡Es idiota! ¡ja, ja, ja!* – Se reían todos.

Con el afán de burlarse de la muchacha, repetían una y otra vez el experimento, acabando siempre con la misma risa.

El extranjero, indignado de la situación, llamó a la niña aparte y le dijo:

— *Pero niña, ¿cómo consientes tantas burlas, que se rían de ti y que te llamen tonta? Cuando te ofrezcan las monedas, no seas tonta y elige la de 100 rupias, que tiene veinte veces más valor y así evitarás que se burlen de ti.*

La niña entonces, le contestó:

— *Señor, yo no soy idiota. Si eligiera la moneda de 100 ganaría una vez, pero no provocaría la risa ni el deseo de repetir la prueba de nuevo; mientras que eligiendo siempre la de 5, he reunido muchísimo más de 100 rupias y ellos siempre tienen ganas de darme 5 más para seguir riéndose.*



Esta muchacha parecía tonta, pero en verdad, era más lista y pilla que todos los demás.

Los cristianos, aparecemos con mucha frecuencia como “tontos” ante el mundo, pues nos limitamos a pedirle al Señor el pan nuestro de cada día, y a buscar los bienes de arriba y no los de la tierra. ¡Con qué frecuencia somos objeto de burla porque lo hemos dejado todo para seguir a Cristo! Pero

hay Alguien más listo que ellos; Alguien, que un día nos enseñó que habíamos elegido la mejor parte y que no nos sería quitada.

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”



Los amigos son para siempre

Hace unos días, uno de ustedes me mandaba esta preciosa historia que muy bien podría haber acontecido a principios del siglo XX. En ella se manifiesta el poder de la amistad y del amor cuando son auténticos. Historia que ahora les cuento tal como a mí me llegó.

Cuando yo era niño y vivía en un pequeño pueblo cerca de Seattle, mi padre tenía uno de los primeros teléfonos de nuestro vecindario. Recuerdo bien la vieja caja pulida clavada a la pared y el brillante auricular colgado en el lateral de la caja. Yo era demasiado pequeño para alcanzar el teléfono, pero solía escuchar con fascinación cuando mi madre hablaba por él.

Entonces descubrí que, en alguna parte dentro de ese maravilloso dispositivo, vivía una extraña persona; su nombre era "Información Por Favor" y no había nada que ella no supiese. "Información Por Favor" podía proporcionarte el nombre de cualquiera y la hora exacta.

Mi primera experiencia personal con este "genio de la lámpara" llegó un día mientras mi madre visitaba a un vecino. Divirtiéndome con el banco de herramientas del sótano, me aplasté el dedo con un martillo. El dolor era terrible, pero allí no parecía haber ninguna razón para llorar porque en casa no había nadie que me pudiese consolar. Caminé de un lado a otro por la casa chupando mi dedo palpitante y finalmente llegué a la escalera.

¡El teléfono! Rápidamente corrí a por el taburete en el recibidor y lo arrastré hasta el rellano de la escalera. Subiéndome a él, descolgué el receptor y lo mantuve junto a mi oreja.

— *Información Por Favor*, – dije al micrófono justo sobre mi cabeza.

Un clic o dos y una vocecita clara habló en mi oído.

— *Información*.

— *Me he lastimado el dedo...* – gemí al teléfono.

Las lágrimas llegaron sin demasiado esfuerzo ahora que tenía audiencia.

— *¿No está tu madre en casa?* – preguntó.

— *Nadie más que yo está en casa.* – sollocé.

— *¿Estás sangrando?*

— *No.* – repliqué. *Me he golpeado el dedo con el martillo y me duele.*

— *¿Puedes abrir la nevera?* – preguntó. Dije que podía.

— *Entonces corta un trocito de hielo y mantenlo junto a tu dedo,* – dijo la voz.

Después de aquello, llamaba a "Información Por Favor" para cualquier cosa. La llamé para que me ayudara con la geografía y me dijo dónde estaba Filadelfia. Me ayudó con las matemáticas. Me dijo que mi ardilla, que había cogido en el parque justo el día de antes, comía frutas y nueces.

Por aquel entonces, Piti, nuestro canario, murió. Llamé a "Información Por Favor" y le conté la triste historia. Ella escuchó y después dijo lo que los adultos dicen para consolar a un niño. Pero no funcionó. Entonces, le pregunté:

— *¿Por qué los pájaros pueden cantar tan bellamente y llevar alegría a todas las familias, sólo para acabar como un montón de plumas en el fondo de la jaula?*

Ella debió sentir mi profunda inquietud, porque dijo sencillamente:

— *Paúl, recuerda siempre que hay otros mundos donde cantar.* – De alguna forma me sentí mejor.

Otro día que estaba en el teléfono llamé a "Información Por Favor".

— *Información.* – dijo la, ahora familiar, voz.

— *¿Cómo se deletrea aprieto?* – pregunté.

Cuando tenía 9 años me mudé a Boston. Eché mucho de menos a mi amiga.

"Información Por Favor" pertenecía a aquella vieja caja de madera allá en casa, y de ningún modo pensé intentarlo con el increíble y brillante nuevo teléfono situado en la mesa del recibidor de la nueva casa.

Cuando llegué a la adolescencia, los recuerdos de aquellas conversaciones infantiles venían con frecuencia a mi memoria. Apreciaba ahora cuan paciente, comprensiva y amable había sido conmigo aquella dulce voz por haber gastado su tiempo en un niño pequeño.

Unos pocos años más tarde, en mi ruta hacia el oeste, camino de la universidad, mi avión aterrizó en Seattle. Tenía algo así como media hora entre avión y avión. Pasé alrededor de 15 minutos al teléfono con mi hermana que entonces vivía allí. Entonces, sin pensar en lo que estaba haciendo, marqué la operadora de mi pueblo natal y dije:

— *Información Por Favor.*

Milagrosamente, oí la menuda y clara voz que conocía tan bien,

— *Información.*

No lo había planeado, pero me oí a mí mismo diciendo:

— *¿Puede decirme cómo se deletrea aprieto?*

Hubo una larga pausa. Entonces vino la respuesta en voz baja:

— *Supongo que tu dedo ya debe estar curado.* – Reí.

— *Así que realmente eres tú aún.* – dije. *Me pregunto si tienes idea de cuánto significaste para mí en aquel tiempo.*

— *Me pregunto,* – dijo ella - *si sabes lo mucho que tus llamadas significaban para mí. Nunca he tenido hijos y solía esperar tus llamadas.*

Le dije cuan a menudo había pensado en ella a lo largo de los años y le pregunté si podía llamarla de nuevo cuando volviera a visitar a mi hermana.

— *Por favor, hazlo,* – dijo -. *¡Pregunta por Sally!*

Pasaron algunos años, acabé la carrera y por motivos de trabajo volví a Seattle. Desde allí llamé a Información de mi pueblo natal y una voz diferente contestó. Pregunté por Sally.

— *¿Es usted un amigo?* – dijo la nueva voz.

— *Sí, un muy antiguo amigo,* – respondí.

— *Siento tener que decirle esto, – dijo. Sally murió hace cinco semanas después de una penosa enfermedad.*

Antes de que pudiera colgar me dijo:

— *Espere un momento. ¿Dijo que su nombre era Paúl?*

— *Sí.*

— *Sally dejó un mensaje para usted. Lo anoté por si usted llamaba. Déjeme leérselo. La nota decía: "Paúl, recuerda siempre que hay otros mundos donde cantar". Me dijo que usted sabría lo que quería decir.*

Le di las gracias y colgué. Por supuesto que sabía lo que Sally me quería decir. Me gustaría que alguien me dijera cómo puedo hablar con ella ahora, ¡la echo tanto de menos! La voz que me traía tanta paz y consuelo se me fue para siempre, aunque su recuerdo y su cariño siempre quedarán en mi corazón.

"Las muchas aguas no podrán apagar la caridad" (C.C 8:7)



Una segunda oportunidad

Hace ya muchos, pero que muchos años, un grupo de misioneros jesuitas desembarcó en las costas de Brasil y siguiendo el río Paraná se dirigieron hacia poblados del interior de Paraguay. Llegados a uno de ellos, se detuvieron durante varias semanas y comenzaron a predicar sobre la necesidad de conocer a Cristo y bautizarse para entrar en su Reino. Les hablaron de la existencia de un cielo y de un infierno, del pecado y de la virtud ...

Estos bravos jesuitas lo hacían con tal convicción y alegría que muchos de los que los escuchaban se acercaban para convertirse y seguir a Cristo. Uno de ellos fue Arami, el joven indio que pasará ahora a ser el personaje principal de nuestra historia.

Arami pertenecía a una familia pobre y no tenía formación alguna. Al oír el mensaje de los misioneros quedó profundamente conmovido por las nuevas enseñanzas. Nunca había oído hablar con tanta claridad de misterios tan profundos. Nunca había escuchado a nadie decir que había existido en tiempos remotos un hombre que también era Dios y que había muerto para salvarnos a todos. Atraído por estas enseñanzas, aunque temeroso y avergonzado, se acercó a uno de los misioneros para ser bautizado y aprender más. Arami deseaba conocer más profundamente este personaje tan especial al que los misioneros llamaban indistintamente: Señor, Jesús, Cristo e incluso Maestro.

Un día le dijeron que si de verdad quería seguir a Cristo tenía que cargar con la cruz cada día. No entendiendo bien a qué cruz se referían, les preguntó lo que tenía que hacer para cargar esa cruz tan maravillosa que le ayudaría a alcanzar su Reino. Los misioneros le respondieron:

— *Lo mejor es que hables con Cristo y le pidas que te entregue tu cruz.*

Nuestro querido indio se asombró, pues creía que Cristo era cosa del pasado y que de Él sólo quedaban sus enseñanzas, por lo que les preguntó:

— *¿Dónde tengo que ir para hablar con Cristo y me dé mi cruz?*

A lo que uno de los misioneros le dijo:

— *Mira, Cristo se encuentra, precisamente ahora, en el bosque que hay detrás del poblado. Ha ido allí para cortar cruces para los nuevos conversos.*

Inquieto, nervioso y alegre, se dispuso nuestro querido Arami a ir al bosque para encontrarse con el que ahora había pasado a ser su Señor. Una vez en el bosque, oyó un repetido golpe de hacha; y de vez en cuando, un árbol que caía. El ruido se fue haciendo más cercano y fuerte hasta que llegó donde estaba Cristo. Una vez allí le preguntó:

— *Si tú eres Cristo, vengo a que me des mi cruz. De ahora en adelante quiero seguirte a donde tú vayas cargando con mi cruz.*

Jesús lo miró a los ojos con profundo amor, y dirigiéndose a los árboles que ya estaban caídos, tomó dos de ellos, los recortó un poco, les dio la forma de cruz y se lo entregó diciendo:

— *Mira, creo que ésta te irá bien. Eres un hombre joven y fuerte, por lo que no será mucho peso para ti.*

La verdad es que la cruz, muy, muy preparada no estaba. Se trataba prácticamente de dos troncos cortados a hacha, sin ningún tipo de terminación ni arreglo. Era una cruz de madera dura, bastante pesada, y sobre todo muy mal terminada.

El joven al verla pensó que Jesús no se había esmerado demasiado en preparársela, pero no estaba en condiciones de quejarse nada más empezar. Como quería realmente entrar en el Reino, se decidió a cargarla sobre sus hombros, y siguiendo las huellas del Maestro, comenzar el largo camino hasta la llegada a ese maravilloso lugar.

No había hecho más que empezar, cuando hizo también su aparición el diablo. Es su costumbre hacerse presente en esas ocasiones, porque donde anda Dios, acude rápido el diablo.

Desde atrás gritó el diablo al joven diciendo:

— *¡Olvidaste algo!*

Extrañado por aquella llamada, miró hacia atrás y vio al diablo que se acercaba sonriente con un hacha en la mano para entregársela.

— *Pero ¿cómo? ¿También tengo que llevarme el hacha?* – preguntó molesto el muchacho.

— *No sé* -dijo el diablo haciéndose el inocente. *Pero creo es conveniente que te la lleves por lo que pueda pasar en el camino. Por lo demás, sería una lástima dejar abandonada un hacha tan bonita.*

La propuesta le pareció tan razonable que, sin pensar demasiado, tomó el hacha y reanudó su viaje.

El camino se iba haciendo cada vez más duro; primero, por la soledad. Creía que lo haría con la visible compañía del Maestro, pero Él se había ido, dejando sólo sus huellas. Siempre la cruz encierra la soledad, y a veces la ausencia que más duele en este camino es la de no sentir a Dios a nuestro lado.

El camino también era duro por otros motivos. Hacía frío en aquel invierno y la cruz era pesada. Parecía como que los salientes se empeñaran en engancharse por todas partes a fin de retenerlo; y se le incrustaban en la piel para hacerle más doloroso el camino.

Una noche particularmente fría, se detuvo a descansar en un descampado. Depositó la cruz en el suelo, a la vez que tomó conciencia de la utilidad que podría brindarle el hacha. Lo cierto es que el joven se puso a arreglar la cruz. Con calma y despacito le fue quitando los nudos que más le molestaban. Con ello consiguió dos cosas, por un lado, mejorar el madero; y por otro, encender un fuego con la madera que le había quitado a la cruz. Y así esa noche durmió tranquilo.

A la mañana siguiente reanudó su camino. Y noche tras noche su cruz fue mejorada por el trabajo que en ella iba realizando. Mientras su cruz mejoraba y se hacía más llevadera, conseguía también tener la madera necesaria para hacer fuego cada noche.

Casi se sintió agradecido al demonio porque le había hecho traerse el hacha consigo. Después de todo había sido una suerte contar con aquel instrumento que le permitía arreglar la molesta cruz.

La cruz tenía ahora un tamaño razonable y un peso mucho menor. Bien pulida, brillaba a los rayos del sol, y casi no molestaba al cargarla sobre sus hombros. Achicándola un poco más, llegaría finalmente a poder levantarla con una sola mano como un estandarte, para así identificarse ante los

demás como seguidor del Crucificado. Y si le daban tiempo, podría llegar a acondicionarla hasta tal punto que llegaría al Reino con la cruz colgada de una cadenita al cuello.

Cuando llegó a las murallas del Reino, se dio cuenta de que, gracias a su trabajo, estaba descansado y además podía presentar una cruz muy bonita, que ciertamente quedaría como recuerdo en la Casa del Padre.

Pero no todo fue tan sencillo. Resulta que la puerta de entrada al Reino estaba colocada en lo alto de la muralla. Era una puerta estrecha, abierta casi como ventana a una altura imposible de alcanzar. Llamó a gritos, anunciando su llegada. Y desde lo alto se le apareció el Señor invitándolo a entrar.

- *Pero, ¿cómo, Señor? No puedo. La puerta está demasiado alta y no la alcanzo.*
- *Apoya la cruz contra la muralla y luego trepa por ella utilizándola como escalera –le respondió Jesús-. Yo te dejé a propósito los nudos para que te sirviera. Además, tiene el tamaño justo para que puedas llegar hasta la entrada.*

En ese momento el joven se dio cuenta de que realmente la cruz recibida había tenido sentido y que de verdad el Señor la había preparado bien. Sin embargo, ya era tarde. Su pequeña cruz, pulida, y recortada, le parecía ahora un juguete inútil. Era muy bonita pero no le servía para entrar. El diablo, astuto como siempre, había resultado mal consejero y peor amigo.

Pero, el Señor, que siempre es bondadoso y compasivo, no podía ignorar la buena voluntad del muchacho y su generosidad en querer seguirlo. Por eso le dio un consejo y otra nueva oportunidad.

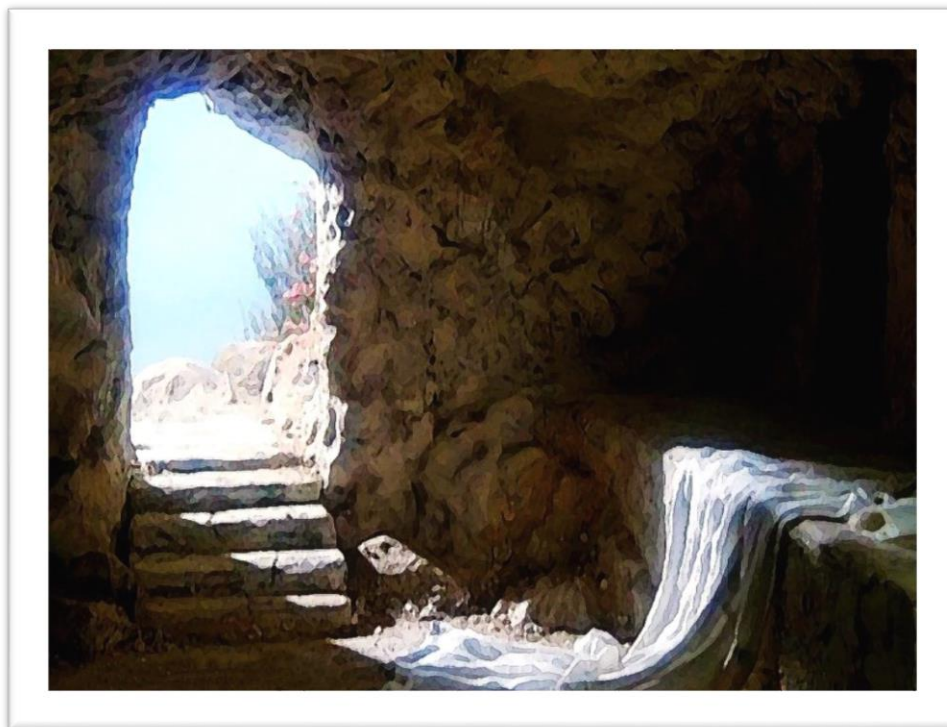
- *Vuelve sobre tus pasos. Seguramente en el camino encontrarás a alguno que ya no puede más y ha quedado aplastado bajo su cruz. Ayúdale a traerla. De esta manera tú le posibilitarás que logre hacer su camino y llegue. Y él te ayudará a ti a que puedas entrar.*



Con qué frecuencia también nosotros nos quejamos de las cruces que el Señor pone sobre nuestros hombros. En muchas ocasiones, también las recortamos y pulimos para que no nos cueste tanto cargarlas; pero con ello, la cruz pierde su virtualidad y ya sirve para poco. Afortunadamente, el amor misericordioso de Dios, nos dará una segunda oportunidad, invitándonos a ayudar a quien esté cargando con una cruz realmente pesada. Ahora, juntos los dos, podremos llegar a la meta; y juntos los dos, podremos entrar en su Reino.

*Acude y caminemos,
y cruzaremos juntos por el vado,
y entrambos buscaremos
las huellas del Amado,
hasta que al fin lleguemos a su lado.⁶*

⁶ Gálvez, A., *Los Cantos Perdidos*, Shoreless Lake Press, 2013, New Jersey, 3ª edición, pág. 55.



La tumba vacía: una bella catequesis

Don Jaime, un anciano párroco que vivía en un pueblo pequeño de Segovia, estaba un año más preparando a un grupo de niños para hacer la primera Comunión. A él le gustaba estar con los niños y hablarles de Jesús. A pesar de que muchas señoras devotas se habían ofrecido para ayudarle en la catequesis, él insistía en que era una función muy importante del sacerdote a la que no estaba dispuesto a renunciar.

A él le gustaba intercalar el aprendizaje de las oraciones como el Padrenuestro, el Acto de contrición, la Salve..., y las preguntas del catecismo de San Pio V, con bellos y sencillos relatos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero abandonemos estos prolegómenos para colarnos a escondidas en una de sus catequesis.

- *A ver, ¿quién sabe dónde nació Jesús?*
- *En Belén* – respondieron los niños a coro.
- *Y ¿dónde murió?*
- *En el Calvario* – volvieron a responder a una sola voz.
- *Pero lo que no sabéis es dónde está enterrado. Esta pregunta quiero que la penséis bien y la contestéis uno a uno.*

Los niños se quedaron dubitativos, pues pensaron que lo que ellos tenían en la mente no sería la respuesta correcta. Así que, haciéndose un poco los listillos, aunque sin mucha convicción fueron respondiendo uno a uno:

— *¡Yo no lo sé!*

Otro dijo:

— *¡En Santiago de Compostela!*

Un tercero pensó que Lourdes sería una buena respuesta; a lo que un cuarto corrigió a los demás y respondió que no estaba seguro si estaba en Roma o en Jerusalén.

Viendo el revuelo que se comenzaba a formar, y reconociendo que la catequesis se había alargado demasiado, les conminó a que preguntaran a sus padres y le trajeran la respuesta el próximo día. D. Jaime se levantó, cogió su abrigo e hizo además de irse.

Algunos niños no se quedaron muy conformes, pues querían saber dónde estaba enterrado Jesús, y conocían muy bien que sus padres no sabrían darle la respuesta correcta.

En medio del ruido causado por los niños al levantarse de las sillas, se oyó una delicada voz infantil de niña que dijo:

— *Don Jaime, Jesús no está enterrado en ningún sitio porque resucitó al tercer día.*

Con un ¡ssshhh! El sacerdote pidió que se hiciera silencio por un momento, y respondió a la niña diciendo:

— *Así es. La respuesta de María es correcta. Jesús no está enterrado en ningún lugar porque resucitó. Y como resucitó, quiere decir que está vivo. Así que volved la semana próxima para seguid preparándoos para poderle recibir en la Comunión.*

Y aprovechando la ocasión, no quiso Don Jaime perder la oportunidad para animar a los niños y despertar en ellos el deseo de recibir a Jesús Sacramentado, por lo que les dijo:

— *Mis pequeños, si Él estuviese en la tumba nada tendría sentido. Lo bueno de las tumbas de los santos y de los héroes es que sus cuerpos están allí; nos confirman su existencia. Lo bueno de la tumba de Jesús es que Él no está allí; nos confirma su Resurrección y con ello, también la nuestra.*



El Niño Jesús se pasea en camioneta

Érase una vez una comunidad de religiosas clarisas que vivían en el convento de Santa María de Jesús de Ávila. La hermana sacristana, cinco días antes del comienzo de la Novena al Niño Dios, había subido a las falsas del convento para reunir las piezas y preparar el Nacimiento que todos los años ponían en su iglesia. Después de haber desempolvado, limpiado todas las imágenes y repintar un dedo que se le había descolorido al rey Melchor, colocó todas las estatuillas con el primor y delicadeza propios del mismo San Francisco de Asís o de su santa fundadora.

Este año tuvieron que comprar un nuevo Niño Jesús, pues el que tenían había perdido la pintura de tantos besos que recibía, al tiempo que le faltaban dos dedos de la mano izquierda y tenía un chichón en la cabeza. Parece ser, según cuentan, que Pedrito, el hijo pequeño del hombre de los recados del convento, habida cogido el Niño Jesús para darle un beso y se le cayó al suelo.

Una vez concluido el Belén, la hermana Francisca de la Trinidad, nuestra sacristana, llamó a la madre superiora para que diera su aprobación. La madre superiora quedó encantada con el Nacimiento, y de modo especial, con la belleza singular del nuevo Niño. Según dijeron, había sido un regalo de un feligrés que vivía en el pueblo y se había ido a Roma en peregrinación con el párroco y otros cuarenta miembros de la comunidad.

Las fiestas fueron pasando con parsimonia, aunque no tan lentas como les hubiera gustado a los niños de la escuela. Llegó el día de Reyes. Iba a comenzar la Santa Misa cuando la hermana Francisca, toda asustada, fue en busca de la madre superiora:

— *¡El Niño Jesús no está en el Belén!*

La madre superiora y Sor Francisca fueron a ver al sacerdote que se estaba revistiendo para la Misa:

— *Padre, ¿sabe usted algo del Niño Jesús?*

A lo que el Padre respondió:

— *Lo habitual. Lo que nos dicen los evangelios.*

— *No, padre. Queremos decir que el Niño Jesús no está en el Nacimiento. ¡Parece ser que lo han robado!*

Había que buscar, aunque fuera el Niño Jesús antiguo para la ceremonia; pues como todos los años, acabada la Misa era besado cariñosamente por todos los asistentes, desde la abuela Nicanora hasta el último hijo de la Tomasa que acababa de cumplir tres meses.

Minutos después, vuelve sor Francisca diciendo que el Niño Jesús antiguo no lo tenían, pues lo había regalado a una familia pobre que no tenían Nacimiento.

— *Hermana. –dijo el sacerdote. Vaya usted a la plaza del ayuntamiento y compruebe si en los puestos de figuras que el alcalde ha colocado estos días, hubiera un Niño Jesús medio decente.*

Son Francisca, remangándose el hábito, después de haber tomado algo de dinero, se fue rauda a la plaza del ayuntamiento a ver si tenía suerte. En su camino, comenzó a llorar y a pensar: *“Con lo bello que era el nuevo Niño Jesús. ¡Qué lástima!”*

En esto que, al dar la vuelta a la esquina del convento, se encontró con Pedrito que iba arrastrando una camioneta de juguete. La hermana lo reconoce y le pregunta:

— *Pedrito, ¿qué llevas envuelto en tu preciosa camioneta?*

— *El Niño Jesús, – responde risueño Pedrito.*

— *¿El Niño Jesús? – Exclama asombrada sor Francisca.*

— *¿De dónde lo sacaste?*

— *De la iglesia. – Responde todo muy serio.*

— *Pero ¿no sabes que no está bien llevarse cosas de la Iglesia?*

— *Ya lo sé, sor Francis. Pero tenía que hacerlo. Le prometí al Niño Jesús que, si me conseguía una camioneta para Reyes, le llevaría a Él primero a dar una vuelta por el barrio.*



Bendita inocencia la de Pedrito. A veces nosotros los mayores ya no sabemos hablar con Jesús, ni sacarlo de paseo con nosotros a los lugares donde vamos. ¡Cuánto hemos perdido! Es frecuente que, en el intento de conseguir cosas que consideramos valiosas para nuestras vidas, dejemos atrás otras que son mucho más importantes.

La niñez es una parte esencial en la vida de toda persona. Es el momento en el que aprendemos la virtud, la obediencia..., entre muchas otras cosas; pero quizás lo más importante de todo es que al niño le sale solo hablar con Jesús.

Desgraciadamente, esta historia u otras parecidas, que ocurrían en nuestros benditos hogares hace no tantos años, ahora no son más que recuerdos del pasado. Nosotros hemos perdido la inocencia; y los niños, tan ocupados en jugar a la "Play", al Nintendo y a no sé qué más, nunca la han conocido. Si eres padre no permitas que a tus hijos les roben uno de los tesoros más bellos que Dios nos ha regalado.



Por sus obras les conoceréis

Sofía Berdanska era una jovencita polaca de 18 años que acababa de perder a su padre. Pronto comprendió que debía trabajar para ayudar a mantener a su madre, bastante delicada de salud, y a su hermano pequeño.

A pesar de su corta edad, decidió colocarse como institutriz en alguna casa de gente pudiente. Buscó una carta de recomendación y fue a visitar a varias familias católicas; pero en ninguna le aceptaron, no tanto porque no la necesitaran sino más bien porque, debido a la crisis económica, todos trataban de reducir gastos.

A Sofía se le encogía el corazón cuando pensaba que su madre y su hermano estaban muertos de hambre y de frío en casa. Ella no cesaba de pedir a Dios y, al final, su oración fue escuchada.

Un buen día le hablaron de la familia Herstein; una familia muy bien acomodada con cuatro niños y que acababan de quedarse sin señorita de compañía. Allí se presentó Sofía y preguntó por Javiva Herstein, la señora de la casa. Después de los primeros saludos la señora le preguntó:

— *Usted es, ¿usted no es judía?*

Sofía fijó sus ojos en los de la señora y pronto advirtió, por aquellas facciones y aquel modo de hablar, que se encontraba ante una judía. Y entonces respondió con sinceridad:

— *No, señora. Soy polaca y católica.*

La señora quedó por unos instantes en silencio; momento que aprovechó para leer la carta de recomendación que traía Sofía en sus manos. Cuando terminó de leerla le hizo un segundo repaso de arriba abajo a la joven. Javiva, la señora de la casa, advirtió que Sofía, debido a su situación familiar de extrema necesidad se conformaría con un módico sueldo (algo muy importante para un judío); por otro lado, tenía buena presencia y un modo de hablar sumamente agradable. Además –y esto no se lo dijo a la joven- por su casa habían desfilado ya bastantes institutrices y todas se habían marchado bruscamente, quedando la señora con el problema de encontrar una nueva institutriz que tuviera más paciencia.

Así pues, pensó en aceptarla, no sin antes darle algunos importantes avisos:

— *Este cargo es algo difícil. Yo tengo que pasarme todo el día en el comercio y no me puedo ocupar de los cuatro pequeños. Mi madre, que me ayuda en el gobierno de la casa, los tiene un poco mal acostumbrados.... Los niños son algo caprichosos y tienen el genio fuerte.*

A lo que Sofía respondió:

— *Lo que usted me indica no tiene realmente mucha importancia; son cosas de niños. No se preocupe. Ya verá cómo hago todo lo posible por educarlos y atenderlos bien.*

En vista de que la futura institutriz se presentaba con tan buenas disposiciones, la señora Herstein expuso todas sus exigencias en lo que se refería a horarios, trabajo diario, sueldo.... Y terminó diciendo:

— *Si hago el sacrificio de tomar a una católica para la educación de mis niños, es con una condición: Usted tiene que prometerme, bajo palabra de honor, que nunca hablará de su religión a mis hijos. Más aún, que ni siquiera dejará que ellos conozcan a qué religión pertenece usted.*

Sofía volvió a pensar en su hogar. Pensó también que hay muchas maneras de predicar a Cristo y luego, respondió con serenidad:

— *Se lo prometo, señora. Palabra de honor – haciéndose, sin darse cuenta, la señal de la cruz sobre el pecho.*

Sofía pronto conquistó el corazón de la señora por su total disposición y el buen hacer, y siempre fue fiel a su promesa. Con los niños la labor fue más difícil pues eran egoístas, soberbios,

maleducados, intransigentes... Pasaron varias semanas, y como compensación, y a escondidas del intransigente esposo, permitió a la institutriz ir cada domingo a la primera Misa, con tal de que nadie se enterara.

Sofía solía ir a la Iglesia cuando los faroles, cubiertos todavía de la escarcha de la noche, proyectaban un misterioso resplandor sobre la nieve recién caída. Aquella jovencita polaca sentía necesidad de su comunión semanal para mantenerse sonriente, bondadosa y laboriosa en medio de esta familia, en la que cuatro pequeños la tiranizaban continuamente. Nunca se había imaginado que pudieran existir cuatro niños tan indisciplinados, perezosos y revoltosos como estos.

De vez en cuando, Sofía, iba a visitar a su madre para entregarle la paga y pasar algún ratito con ella. En su primera visita, su madre, sacó un medallón que tenía guardado en un viejo cofre que antaño había pertenecido a su abuela. Era uno de aquellos medallones en los que se solían llevar pequeños recuerdos de las personas queridas. Sofía, tomó un papelito, escribió en él una palabra y lo ocultó dentro del medallón. Desde ese momento siempre lo llevó al cuello. En numerosas ocasiones los niños le habían preguntado qué tenía dentro del medallón, pero ella nunca se lo dejaba abrir. Un día, tanto le insistieron que les respondió:

— *Ese es mi secreto, niños.*

Poco a poco, una transformación silenciosa había ido cambiando el hogar de la familia Herstein. Los niños se hicieron obedientes y respetuosos, y los padres se miraban más que sorprendidos del profundo cambio que habían sufrido sus hijos gracias a la paciencia, el cariño y el buen hacer de Sofía.

Ocasionalmente, la madre reunía a los niños para preguntarles de qué les hablaba la institutriz, intentando indagar si les estaba enseñando ideas cristianas; pero Sofía siempre fue fiel a su palabra. Los niños no sabían a qué religión pertenecía ni tenían la más mínima sospecha.

Un día, la desgracia se cernió sobre la familia, el pequeño Samuel, penúltimo de los cuatro, cayó enfermo de un mal terrible: granos supurantes le cubrían el rostro y le hacían sufrir atrocemente. El médico nunca se atrevió a pronunciar el nombre de la enfermedad que, por otra parte, estaba en la mente de todos; sólo se limitaba a decir que era una enfermedad muy grave y contagiosa que precisaba total aislamiento. Según luego el mismo médico comunicó, había muchos casos similares en el pueblo y el único hospital que había estaba a rebosar por lo que no quedaba más remedio que cuidarlo en casa.

— *¿Adónde llevar al niño? ¿Cuidarle en casa? Sí, pero ¿quién le velaría? Yo no puedo, pues tengo que atender el comercio.* —pensó la madre.

En eso que sus ojos se encontraron con los de Sofía, quien comprendía la preocupación de la madre y le respondió sin titubear un segundo:

— *Yo, señora, cuidaré de Samuel.*

Como no se habían tomado bastantes precauciones, otros dos niños de la familia cayeron enfermos. Sofía, se pasaba todo el día yendo de una cama a la otra sin tener ni un minuto de descanso.

La joven polaca, velaba, llevaba las medicinas, hacía la limpieza de casa, lavaba a los niños..., tanto hacía y tan bien que, después de varias semanas, los tres niños enfermos estaban fuera de peligro.

Cuando todo parecía que el grave problema se iba a superar, fue la misma Sofía quien contrajo el mal. La señora Herstein, muy preocupada por Sofía, la llevó al hospital de Varsovia, donde después de una semana luchando contra la fiebre y el dolor, falleció.

Al día siguiente, en medio del dolor de los esposos Herstein y del llanto de los niños, fue llevada a la casa de su madre y enterrada en el panteón familiar junto a su padre.

Pasó un año, y cuando se cumplía el aniversario de su fallecimiento, toda la familia Herstein asistió a la Misa de aniversario y comulgó en la Iglesia de San Alejandro. Todos se habían convertido al catolicismo. ¿Quién había hecho este milagro? Sin duda, Sofía Berdanska, la joven polaca que trabajaba por mantener a su madre y a su hermanito. Nunca había hablado de Jesucristo ni del Evangelio; pero el ejemplo de su vida fue suficiente para convertir a todos.



El amor y el arrepentimiento

Había sido una Navidad fría, triste y solitaria para Manolo. Manolo andaba lentamente por las calles de la ciudad, sin rumbo y sin esperanza. De vez en cuando se detenía ante un cubo de basura para ver si encontraba algo que llevarse a la boca. A menudo miraba atrás por si alguien le seguía. Tenía miedo de todo, de encontrarse con algún conocido, con la policía o con algún ladrón. Se encontraba mal y tenía frío. Diciembre había sido muy duro, y la Navidad todavía peor. ¿Qué podía hacer? En el bolsillo no tenía ni un céntimo. Esta misma tarde había entrado en un restaurante para ofrecerse de lavaplatos a cambio de comida, pero cuando lo vieron con la ropa sucia y maloliente le dijeron que no lo necesitaban.

Manolo había llegado meses atrás a la ciudad con mucho dinero. Él era el menor de cinco hermanos. Sus padres y hermanos habían hecho el sacrificio de pagarle los estudios, pero él, en lugar de estudiar, había malgastado el dinero en... muchas cosas. Viéndose con tanto dinero, pensó que no se le acabaría nunca; por lo que lo gastaba sin control. En los primeros momentos, abundaron los amigos; pero cuando el dinero se gastó, desaparecieron como por arte de magia.

Cada día pensaba algún modo para conseguir dinero o comida. En medio de su desesperación, comenzó a acordarse de su casa, de sus padres y hermanos. ¡Qué felices deberían estar en su pueblo! Pero desde que salió de casa no se había puesto en contacto con sus padres; y lo que era peor, se

había gastado todo el dinero que con tanto sacrificio le habían dado. ¿Lo recibirían de nuevo en casa si él se lo pedía?

Como un destello en medio de una sombría noche, pensó, ¿y si les mando una carta? Seguro que si saben lo bajo que he caído se apiadarán de mí. Pero, por otro lado, también se disgustarán mucho al pensar lo que hice con su dinero.

Sin tener una idea clara de qué hacer, pero no encontrando otra posible solución, les escribió explicándoles todo lo que le había ocurrido; pidió perdón y les rogó ser aceptado de nuevo en el seno de la familia. Lo único que podía pasar es que no le perdonaran.

El padre de Manolo volvía rendido del campo. Ya empezaba a notar los años y se cansaba mucho. Su mujer, en la cocina, preparaba la cena. Al rato llegaron los hijos a casa.

— *Papá, ha llegado esta carta de Manolo para ti* -dijo Cristian.

El padre se sentó, abrió la carta y empezó a leerla. A mitad de la lectura levantó los ojos y mirando hacia la cocina, quiso llamar a su mujer, pero las palabras no le salían de su boca:

— *¡Isabel...! ¡Isabel...!*

Su mujer y los hijos acudieron sorprendidos para ver qué ocurría.

— *¿Qué pasa?* -preguntó Isabel al ver a su marido tan agitado.

— *Manolo... Esta carta es de Manolo. Léela en voz alta, Cristian.*

— *Queridos padres y hermanos: os pido perdón por todos los disgustos que os he dado, por el olvido que he tenido hacia vosotros, por no haber cumplido ni un solo día mi obligación de estudiante, por haber malgastado todo el dinero que me disteis para conseguir un buen futuro. Estoy enfermo, sin dinero y ya nadie cree en mí...*

Cristian dejó de leer, miró por la ventana y vio que los árboles no tenían hojas, hacía frío y el cielo anunciaba una buena nevada. Volvió la mirada hacia la carta y siguió la lectura.

— *Si vosotros me perdonáis y estáis dispuestos a acogerme, poned un pañuelo blanco en el árbol que hay entre la casa y la vía del tren. Yo pasaré en tren por delante la víspera de Reyes. Si veo un pañuelo en el árbol, bajaré e iré a casa; si no, lo entenderé y continuaré el viaje.*

A medida que el tren se acercaba a su pueblo, Manolo se ponía más nervioso. ¿Estaría colgado el pañuelo en el árbol? ¿Le perdonarían sus padres? ¿Y sus hermanos? Pronto lo sabría ya que antes de diez minutos el tren pararía en la estación. El tren pasó rápido por delante del árbol. ¡Estaba lleno

de pañuelos blancos que sus padres y hermanos habían atado al árbol! Segundos después, el tren paraba en la estación. Manolo agarró su mochila y bajó de prisa. En el andén, bien abrigados, porque estaba nevando, estaba toda la familia esperando. Habían sabido perdonar y recuperaban el hijo perdido.



¡Cuántos de nosotros habremos pasado por situaciones parecidas, no tanto con nuestros familiares, sino con Dios! ¡Cuántas promesas incumplidas! ¡Cuántos pecados y faltas de amor! ¡Cuántos talentos malgastados! ¡Cuántos años perdidos! Pero Dios siempre está ahí. Él está en el andén esperando nuestra llegada. Y es que el perdón siempre va unido al amor, y el amor de Dios es infinito.



El amor y el auténtico sacrificio

Hace años, cuando yo era un adolescente y comenzaba a descubrir a Jesucristo, una de las cosas que me daban más gozo era la posibilidad de ofrecer sacrificios al Señor. Hasta que un día, hablando mi director espiritual, me dijo que, aunque el sacrificio era muy importante, la caridad, era mucho más agradable a Dios. Para explicarme esta afirmación me contó la historia que yo ahora les transcribo.

Fray Primitivo era un simpático y fervoroso franciscano, que vivió al principio del s. XIII. Según cuentan las crónicas de Espoleto, llegó a conocer a San Francisco en persona; a quien amaba tiernamente y seguía con absoluta fidelidad.

Todas las mañanitas, acabada su labor en el jardín del convento, acostumbraba a salir a pedir por el campo y los pueblos de alrededor con su cesta en la mano: cuando le daban alguna cosa besaba la mano del donante alabando al Señor; cuando recibía una repulsa hacía lo mismo, pues sabía muy bien que tenía que imitar a su Señor.

Por las tardes, cansado de la faena del día, volvía al convento por un camino duro y cuesta arriba. A medio camino, solía descansar unos minutos junto a una fuente de aguas cristalinas y frescas, para así recuperar el resuello y secarse el sudor. Era un lugar bello, verde y pintoresco que resaltaba en medio del erial que le rodeaba. Junto al arroyuelo que nacía de la fuente, habían crecido acacias,

sauces y abundantes flores silvestres. Allí fray Primitivo metía la mano en la fuente y bebía agua, alabando al Señor por el regalo de tan limpia y bella criatura.

Pero un día, en que traía la lengua más seca que nunca, pensó que sería grato al Señor ofrecerle esa sed que tanto le mortificaba, Aquel día metió la mano en el agua para sentir su frescura y, luego, sin probar una gota, prosiguió hacia el convento. Y Dios le premió; porque al levantar fray Primitivo la cabeza al cielo, vio que sobre el azul oscuro del atardecer había aparecido un lucero claro y gracioso. Fray Primitivo comprendió que aquello no era una visión natural y que significaba que Dios había aceptado su mortificación y la había apuntado en su cuenta.

Animado por esa muestra del agrado del Señor, Fray Primitivo hizo lo mismo al día siguiente y al otro, y al otro. Pasaba, metía la mano en el agua y seguía sin beber. Y cada día veía de nuevo al lucero.

Y así llegó un día, viejo ya, en que los superiores dispusieron que le acompañase otro religioso en la tarea de mendigar. Era un joven novicio, cuyo ejemplo tenía ordenado seguir. Juntos anduvieron todo el día recogiendo en sus cestas: panes, legumbres y otros alimentos.

El día había sido caluroso y de mucho sol. Al atardecer iban los dos por la vereda hacia el convento:

— *Hijo mío, -decía fray Primitivo- alabemos al Señor en sus criaturas. El sol, la luz, el agua son regalos de su amor, y con amor debemos gozarlas.*

Y luego, preparándole para el ejemplo que pensaba darle poco después, añadió:

— *La mortificación es el rechazar el disfrute de las cosas por amor. El agua, criatura del Señor, la gozan los sentidos bebiéndola; pero el espíritu la goza dejándola de beber por amor. La mortificación es gran cosa pues es testimonio de amor. Nuestro Padre San Francisco fue grato a Dios mortificándose, pero todavía más cuando llevó a fray Silvestre, que se estaba muriendo, un racimo de uvas que se le había antojado.*

Estaba diciendo esto cuando llegaron a la fuente, fray Primitivo se agachó para meter la mano y seguir sin beber, según su costumbre, pero cuando ya iba a hacerlo, miró al hermano novicio. Venía jadeante de calor. Entre dientes había pronunciado una sola palabra:

— *¡Agua!*

Fray Primitivo sintió mucha compasión de él. Y lo que la sed no pudo ningún día, lo pudo aquel día la compasión. Con mucha seriedad, como si fuese su costumbre cotidiana, metió la mano en el agua

y bebió plácidamente. En seguida el novicio bebió con avidez. Mientras le oía sorber golosamente, fray Primitivo, levantó, como siempre, los ojos al cielo, y vio que, sobre el azul oscuro de la tarde, en lugar de uno, habían aparecido aquel día dos luceros.



El sacrificio es una parte muy importante en la vida espiritual. Es tan importante que, si no hay sacrificio, es imposible progresar en santidad; pero cuando compiten el sacrificio y la caridad, la caridad siempre es primero. A veces, el verdadero sacrificio consistirá en no sacrificarse por amor.

San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, nos dejó una de las enseñanzas más importantes y bellas que contiene el Nuevo Testamento:

"Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalos que retiñe. Y si teniendo el don de profecía, y conociendo los misterios todos, y toda la ciencia, y tanta fe que trasladase los montes, no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego; no teniendo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad no pasa jamás..."

(1 Cor 13: 1-8)



Consejo para mantener unido un matrimonio

Un hombre y una mujer estuvieron casados por más de 60 años. Durante todo ese tiempo habían vivido pacíficamente, hablaban de todo y nunca habían tenido un secreto para el otro. Lo único que no compartían era una caja de zapatos que la viejita tenía en su armario, y que le había pedido a su esposo que nunca la abriera ni le preguntara sobre ella. Durante todos estos años él nunca pensó en la caja.

Un día la viejita se enfermó gravemente. Llamó al doctor y este le dijo que la enfermedad era terminal y ya no se podía hacer mucho por ella.

El viejito tratando de arreglar todas las cosas de su anciana esposa antes de que muriera, abrió el armario donde su esposa guardaba su ropa, los recuerdos..., y al fondo del todo, casi escondido entre la ropa, vio la "caja de zapatos". La tomó y se la llevó a su esposa a la cama. Ella, incorporándose un poco, le dijo a su esposo que ya era tiempo de que supiera lo que había dentro.

— *¡Abre la caja!, dijo la esposa con débil voz.*

Cuando la abrió, encontró dos muñecas de trapo y 95.000 €.

El viejito, sorprendido, le preguntó sobre el contenido de la caja. A lo que ella le respondió:

— *Cuando nos casamos, mi abuela me dijo que el secreto de un buen matrimonio consistía en evitar las discusiones acaloradas. Me insistió en que cada vez que me enojara contigo, yo debería guardar silencio y coser una muñeca de trapo.*

El viejito se tuvo que contener para no derramar unas lágrimas, ya que sólo había dos muñecas en la caja. Él no se lo podía creer pues solía tener un carácter bastante fuerte. Entonces, el viejito, sumamente conmovido le dijo a su mujer:

— *Mi vida, entendí lo de las muñecas...pero ¿y el dinero? ¿De dónde salió?*

— *¡Ah!, le dijo la viejita, ese dinero es lo que gané con todas las muñecas que vendí durante todos estos años.*



De pequeño solía pelear mucho con mi hermano que tenía dieciséis meses más que yo. Raro era el día que no teníamos que estar sentados y en silencio durante media hora como castigo por haber estado peleando. Recuerdo que mi madre no dejaba de decirme: *“Lucas, si uno no quiere, dos, no riñen”*. En esos momentos no entendí el mensaje. Con el paso de los años me di cuenta que en él había una profunda filosofía cristiana de fondo.

Ahora, a mis sesenta y tantos, ya forma parte de mi modo de ser. He aprendido a hablar midiendo las palabras, y también he aprendido a escuchar con paciencia y caridad. Esto me ha evitado muchos problemas con mi familia, feligreses, amigos... Puede que al final de nuestras vidas, cuando examinen nuestra caja de zapatos, también encuentren algunas muñecas de trapo y bastante dinero; pero al menos nunca dimos muestras de haber perdido los nervios, y lo que es más importante, aprendimos a convivir con todos.



La muerte de la rosa

En el rosal de un jardín de una casa solariega de Carmona, un día de principios de verano se abrió una bellísima rosa que el jardinero contemplaba feliz y orgulloso. Era la rosa blanca más hermosa que jamás había visto. Esa misma tarde, cuando el dueño de casa vino a pasar unas horas con su familia procedente de Sevilla, contempló la rosa, llamó al jardinero y le dijo:

— *¡Córtala!*

El jardinero quería dejarla en el rosal, pero el dueño insistió. Pocos minutos después, la pobre sintió la fría sensación del acero que cortaba su débil tallo.

— *¿Qué será de mí?*—pensó la rosa.

Una hora después nuestra bella rosa estaba ya, junto con otras flores del jardín, en una floristería donde dos hombres hablaban de dinero y negocios. La dependienta, cuando vio la rosa blanca lanzó un grito de admiración:

— *¡Es la rosa más bonita que he visto en mi vida!*

Y la rosa vio cómo era adornada con una cinta de seda y colocada en el escaparate de la floristería en un precioso y fino jarrón de cristal transparente. Durante varias horas vio pasar muchas personas por delante de ella. Estaba aturdida, pues la gente no hacía más que lanzarle piropos.

A media tarde, entró en la floristería una señora vestida de luto. Paseó la mirada por la tienda y, dirigiéndose al dueño le dijo:

— *Por favor, deme la mejor rosa que tenga.*

Las había de muchos colores, pero el dueño le señaló precisamente la que estaba en el escaparate.

— *¿Es la más bonita? –preguntó la dama.*

— *Sí -le contestó el dueño.*

— *¿Cuánto cuesta?*

— *Por ser para usted...*

Y la rosa se preguntaba: *¿A dónde me llevará la señora? ¿A su casa? ¿A la habitación de un enfermo? ¿Tal vez a la tumba de un recién fallecido?*

Mas la dama entró en una iglesia iluminada de luz y repleta de fieles. Divisó a un anciano sacerdote y le tendió la rosa. El sacerdote sonrió mientras decía:

— *¡Bonita rosa! Es digna de Él.*

La rosa se llenó de misterio al no entender quién era "Él". Se encaminó el sacerdote al presbiterio. Subió las gradas del mismo, y junto a la custodia donde estaba "Él", colocó la rosa.

Esa noche hubo una gran ceremonia litúrgica con mucho incienso. La rosa entonces comprendió que estaba como una víctima santa y bella a los pies del Maestro..., del Creador que modeló las flores, encendió las estrellas y creó las almas. Pasaron seis días y la rosa sintió que una languidez mortal le invadía hasta el fondo de su ser. Era la rosa más bella, pero también tenía el más bello destino. ¿Qué otro final podría haber soñado para sí misma? Y entregando su amor y su vida, fue deshojando lentamente sus pétalos, uno a uno, a los pies del Supremo Dueño, su Creador, su Señor.

La vida de todos y cada uno de nosotros en un regalo de Dios. La podemos usar de muchos modos, algunos agradables a Él, otros no tanto. De todos los modos posibles, el más bello es, cuando dejándolo todo, nos dedicamos a estar siempre en su presencia. Con el paso de los años nos iremos consumiendo y deshojando, hasta el momento en el que Él nos llame para permanecer siempre unidos.



¡Ay de mí si no evangelizara!

Cuentan que una vez dos misioneros jesuitas llegaron a un poblado guaraní en Paraguay que estaba escondido entre el río Paraná y Katueté. Estos indígenas eran gente civilizada y amable; y aunque nunca habían oído hablar del Dios cristiano, los recibieron con mucho respeto.

Los misioneros, llenos de alegría y vida se ganaron rápidamente las simpatías de aquellos indios y de ese modo prepararon sus corazones para el anuncio del Evangelio. Convivieron unas cuantas semanas con ellos, acostumbrándose a sus comidas, escuchando sus cantos, aprendiendo su idioma, y sobre todo tratando de conocer lo que pensaban y sabían sobre Dios.

Aquellos pobres indígenas tenían una imagen terrible de Dios. Creían que Dios era un ser implacable que estaba continuamente irritado y exigía sacrificios enormes para quedar satisfecho. Ese Dios no buscaba para nada la felicidad de sus fieles; y mucho menos entraba en sus cabezas que fuera capaz de amarles. Se podría decir que vivían sometidos a una opresiva superstición de la que no podían liberarse, por lo que vivían continuamente atemorizados.

Una vez que nuestros misioneros se percataron de todo lo que les cuento, pensaron que había llegado el momento de iluminar aquellos corazones con la verdad del Evangelio.

Una tibia noche de luna creciente, estando un grupo de ellos reunido junto al fuego principal que presidía el poblado, el misionero más anciano pidió la palabra. A su alrededor se oía el canto de algunos animales nocturnos, unido a un juego fascinante de luces y sombras causadas por el fuego. El crepitar de la lumbre, unido al aroma de las plantas silvestres que rodeaban el poblado parecían invitar a la reflexión. El momento no podía ser mejor para entregar el mensaje de un Dios Padre que tanto amó al mundo que le envió a su propio Hijo, no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él.

Y así, ante los oídos atentos de aquellas pobres criaturas asustadas por lo divino, les fue relatando los sencillos sucesos de la encarnación, de la navidad, las parábolas, llegando finalmente al misterio pascual, con la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Los ancianos de la tribu se ponían las manos junto a los oídos haciendo pantalla, para no perderse ni una sola palabra. Los hombres sentían que un aire nuevo, lleno de paz y alegría, comenzaba a soplar sobre sus vidas. Las mujeres, desde las puertas de sus chozas, trataban de hacer callar a sus bulliciosas criaturas para poder escuchar a aquellas sorprendentes novedades.

Copado por esta atención llena de expectativa, el anciano misionero usó sus mejores recursos para pintar la bondad de un Dios lleno de amor y de ternura, que después de darnos a su propio Hijo cuando aún éramos pecadores, ya no nos podía negar nada, pues ahora éramos no sólo amigos, sino sus hijos queridos.

El mensaje dejó estupefactos y llenos de admiración a aquellos infieles. Les parecía imposible tantas cosas bellas juntas. Sentían como que la vida ahora se llenaba de sentido. Ya podrían sentirse seguros en medio de las tormentas, cuando bramara el huracán, o temblara la tierra en el corazón de la noche. Si Dios estaba con ellos ¿quién podría estar contra ellos? Porque todo, absolutamente todo lo que Dios permitiera —les había dicho el misionero— serviría para el bien de aquellos que eran amados por Dios.

Cuando los misioneros terminaron de proclamar su mensaje se hizo un profundo silencio que a su vez estaba cargado de preguntas pendientes. Fue el jefe del poblado, quien, haciéndose eco de lo que estaba en el corazón de todos, se atrevió a interrogar:

— *Y ¿cuándo sucedió todo esto tan hermoso que nos habéis contado? ¿Tal vez en la luna pasada? O tal vez hace más tiempo, ¿varias lunas atrás?*

Los misioneros, mirándose a la cara el uno al otro, se dieron cuenta de que sus oyentes desconocían totalmente la historia, y no tenían noción de todo el tiempo que había transcurrido desde los sucesos vividos por Cristo hasta el momento presente. Les explicó que hacía mucho tiempo que todo esto había sucedido. Que era imposible contarlos sumando lunas llenas. Que había que contarlos por soles y primaveras.

Cuando finalmente les logró hacer entender que los acontecimientos hermosos que constituyen la buena nueva del Evangelio hacía ya mil seiscientos años que habían sucedido, y que por tanto los árboles más antiguos del monte aún ni siquiera habían nacido, sintió que sus oyentes cambiaban su sonrisa de agradecimiento por una mueca de rabia.

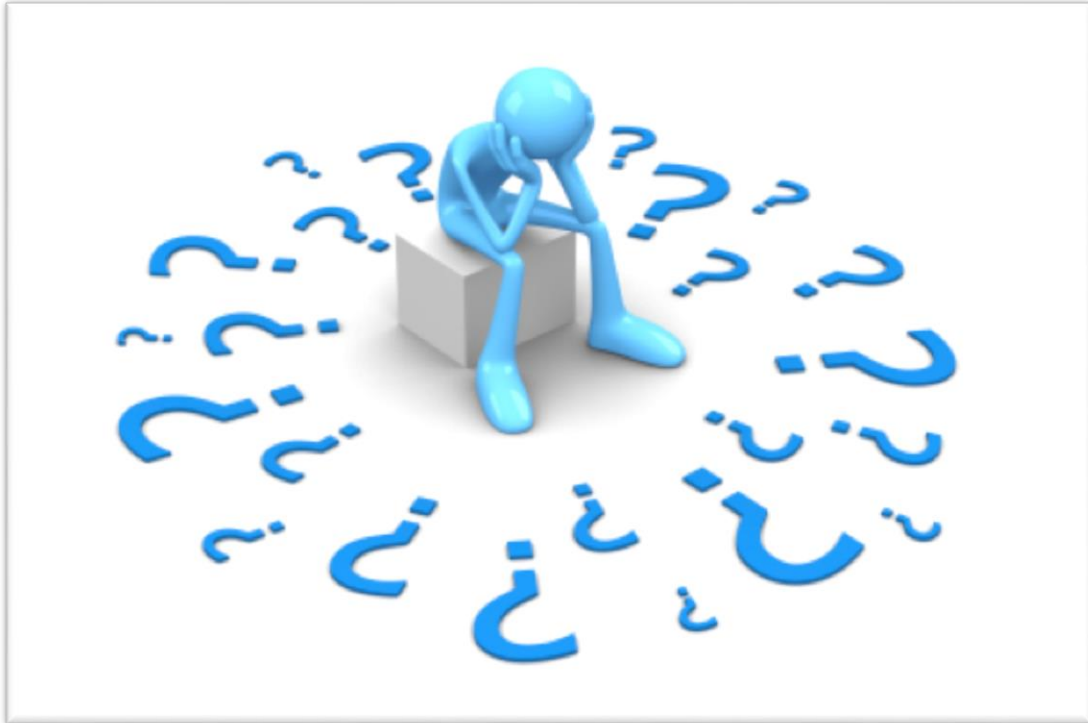
Y fue nuevamente el jefe del poblado quién rompió el silencio diciendo:

— *¡Desgraciados! Hace mil seiscientos soles que esto ha sucedido ¿y recién ahora nos lo vienen a contar? Esto es señal de que ustedes mismos no les dan importancia a estas cosas, o que nunca nos han querido bien. De lo contrario hace rato que nos hubieran buscado por todos los medios para venir a decirnos cosas que para nosotros son fundamentales.*



Desde hace unos años se oyen voces en contra de la evangelización de los pueblos indígenas y paganos. Incluso algunos desalmados se atreven a decir que tendríamos que haberlos dejado con sus "dioses" y sus "creencias". Afortunadamente tenemos a Alguien, que nos amaba a todos y que después de haber enseñado a algunos les dijo:

"Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado." (Mt 28: 18-20)



Una difícil elección

Cuenta la historia que a finales del siglo XVIII vivía en Alsacia un hombre muy acaudalado, y que por circunstancias de la vida encontró a Dios por la predicación de un pobre fraile franciscano que había estado haciendo una misión en su pueblo. Desde entonces, intentaba ayudar a todas las personas que acudían a él con cualquier problema.

Un día, cercana ya la Navidad, puso unos pasquines en la plaza del pueblo anunciando que cualquier persona que pasara necesidad acudiera la víspera de la Navidad a su palacio y recibiría suficiente ayuda para él y su familia.

Llegó el día señalado y multitud de personas, algunas pobres y otras no tanto, acudieron a los jardines del palacio del señor para recoger su "regalo". El señor los reunió a las puertas del palacio y desde uno de los balcones les anunció:

— *Cuando entren en la casa, unos sirvientes les acompañarán a una gran habitación. Sobre una mesa encontrarán monedas de oro, y sobre la otra, verán muchas biblias. Vayan ustedes pasando de uno en uno y elijan lo que más necesiten: una moneda de oro o una biblia. ¡Sólo pueden tomar una cosa!*

Los sirvientes de palacio hicieron pasar a las gentes formando filas ordenadas. Fueron entrando en la habitación, y sin pensarlo dos veces, todos se dirigían a la mesa con el oro. Entre ellos se decían el uno al otro:

— *La verdad es que lo que más necesito es oro para poder comprar comida para mi familia.*

Otro decía:

— *Con este oro me compraré un cordero; criaré el cordero y así sacaré más dinero. Con todo ese dinero tendré para cuidar a mi familia por lo menos dos semanas.*

Tres horas después, el palacio ya estaba casi vacío; los “pobres” se habían marchado a sus casas llenos de alegría; una alegría que no les duraría mucho, pues la moneda de oro se acabaría pronto.

Cuando estaban los sirvientes a punto de cerrar las puertas exteriores del palacio, vieron tendido sobre el suelo, un pobre hombre cubierto de harapos que apenas podía hablar y mucho menos moverse. Había venido andando durante cinco días y cinco noches. Su único alimento había sido lo que la gente le había ido ofreciendo por el camino. Agotado y medio muerto, no tuvo fuerzas para dar un paso más. Uno de los sirvientes se lo comunicó a su señor, quien mandó traer una camilla e hizo pasar al pobre dentro del palacio.

Estando allí le ofreció algún alimento, vino, y agua para lavarse. Le regaló ropas usadas, pero en buen estado. Después de haber descansado junto al fuego de la cocina durante unas horas, el señor de la casa volvió para interesarse por él. Encontrándolo ya repuesto, le hizo pasar a la habitación para que tomara su “regalo”. El buen hombre, entró nervioso a la habitación, miró ambas mesas y sin dudar se acercó a la que contenía las biblias y tomó una de ella.

Nuestro buen hombre, repuesto, alimentado y con ropas resplandecientes abandonó contento el palacio pensando:

— *Comida siempre podré conseguir, pero una biblia para conocer más a Jesús, no lo creo.*

Estaba atravesando las rejas exteriores del palacio cuando desde lejos, el señor de la casa y los sirvientes lo oyeron cantar alabanzas a Dios mientras daba saltos con gozo. Los sirvientes, un tanto extrañados, llamaron la atención del señor:

— *¡Parece que ha enloquecido! Pobre hombre, ahora tendrá mucho para leer, pero enseguida estará con el estómago vacío.*

A lo que el señor les respondió:

— *Estáis muy equivocados. Dentro de cada una de las biblias había puesto tres monedas de oro. Sólo este hombre supo elegir como Cristo nos había enseñado.*

Asombrados los sirvientes de la acción de su señor, pero sin terminar de entender cuál era la lección que Cristo quería enseñar, les dijo:

— *¿Acaso no os acordáis cuando Cristo dijo: “Buscar primero el Reino de Dios y su justicia; todo lo demás se os dará por añadidura”? (Mt 6:33). Sólo este pobre buscó primero a Dios, y por eso Dios le premió; los demás, pusieron otras cosas antes que a Dios; es más, por elegir “lo otro”, se quedaron sin Dios.*



Esta prueba la pone Dios con mucha frecuencia a cada uno de nosotros; puede que tú ya la hayas experimentado más de una vez, ¿cuál ha sido tu elección?

El Señor nos repite la misma idea con insistencia en muchas otras ocasiones, pues para Él es una decisión realmente importante que debe tomar cada uno:

“Marta, Marta, estás muy atareada. María ha escogido la mejor parte y no le será quitada” (Lc 10:41).

O esta otra: *“¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? (Mt 16:26).*

Recuerda, mientras tenemos aliento de vida podemos convertirnos y elegir a Dios; pero llegará un momento en el que la suerte ya estará echada, y entonces, el cambio ya no será posible.



La curación milagrosa de un soldado

El soldado Bob Kruchten había estado sirviendo a su país en la guerra del Golfo cerca de dos años. Cuando volvió a su casa en un pueblecito de Montana llamado Hardin, su mujer y sus dos hijos pequeños, le recibieron con gran alegría; pero Bob ya no era el mismo. La guerra lo había transformado profundamente. De ser un hombre alegre, pacífico y social, se había convertido en taciturno e irascible. Se pasaba el día pensativo con la mirada perdida en el infinito, y al más mínimo problema perdía los nervios y actuaba de modo totalmente desproporcionado.

Preocupada la esposa por el mal estado de su marido, fue a visitar a varios psicólogos y psiquiatras, quienes se limitaron a darle antidepresivos y a decirle que tuviera paciencia pues conocían otros casos similares que se habían curado cuando la persona volvía a sus tareas cotidianas sin necesidad de un tratamiento especial.

Pasaban los meses, pero Mary, la esposa de Bob, veía que su marido estaba cada vez peor.

Un día, hablando con una amiga suya en la cola del supermercado, esta le dijo:

— *¿Por qué no vas a ver al brujo de los Crow? Me han dicho que tiene remedio para todo y no es muy caro.*

Los Crow era una tribu de indios que vivía en una reserva cercana a Hardin y que con el paso de los años se habían dedicado a ofrecer a los turistas y curiosos visitantes: baratijas, vestidos multicolores y comidas típicas. Aunque lo que había hecho más famosa a esta tribu era el indio Black Hawk, brujo, curandero y psicólogo.

Mary y su amiga quedaron un día para visitar la tribu y hablar con el brujo. Habiendo llegado a la reserva le buscaron, y le expusieron el caso de su marido. Después de balbucear unas "oraciones secretas" y leer lo que unos huesecillos lanzados al azar le decían, Black Hawk respondió con voz engolada y misteriosa diciendo:

— *¡Sí, lo haré! Pero para poderle curar, necesito un pelo del bigote de un puma vivo que hay en las colinas de la reserva.*

Las dos amigas volvieron a casa asustadas, pues no sabían cómo podrían conseguir lo que el indio les pedía. Solicitaron ayuda a algunos cazadores del pueblo, pero nadie se ofrecía pues todos le conocían muy bien y pensaban que era una excentricidad más del brujo indio. Incluso la amiga de Mary se echó atrás ante empresa tan arriesgada.

Así pues, Mary decidió salir sola en busca del fiero animal. Después de unas horas explorando las colinas cercanas al poblado indio, divisó un puma macho descansando al sol encima de una gran roca. Mary quedó paralizada de miedo, pero el puma, que desde la altura oteaba todo lo que ocurría a su alrededor, y que no tenía ganas de ser molestado, se levantó y se marchó lentamente buscando otro lugar más tranquilo.

Al atardecer de cada día, Mary volvía a acudir a la zona donde se había encontrado el puma. Allí esperaba inmóvil. Cada día lograba acercarse un poco más al fiero animal. Después de varias semanas intentándolo, un día consiguió acercarse lo suficiente para lanzarle un succulento filete de carne sin que el animal se marchara. Así lo repitió una y otra vez. Al cabo de unas semanas, el puma se habituó a su presencia y le asoció con la llegada de un buen bocado de comida.

Un día, armándose de valor, decidió acercarse lentamente, dejarle la comida en el suelo, sentarse y quedarse inmóvil en ese lugar, mientras que el puma se iba aproximando con parsimonia. Por unos segundos, que le parecieron horas, contuvo la respiración. Mientras tanto, el puma, que ya no veía a la mujer sino el preciado botín, tomó el trozo de carne y se dispuso a comérselo allí mismo. La valiente mujer, sentada cerca al puma, levantó lentamente la mano hasta que la puso junto al hocico del animal. Éste la olió y le dio un lametazo. Esa fue la señal que le hizo comprender a Mary que el

puma le aceptaba. Entonces, acercando su mano a la cabeza comenzó a acariciarle y a susurrarle bonitas palabras:

— *¡Necesito algo de ti precioso! ¡No deseo hacerte ningún daño!*

Y sin pensárselo dos veces, le arrancó un pelo del bigote con gran decisión. El puma ni se movió.

— *¡Gracias! Dijo ella.*

Al día siguiente llegó feliz a la choza del brujo. La mujer le contó cómo lo había conseguido; aunque al brujo pareció no interesarle mucho. Cogió el pelo del bigote del puma y después de hacer una oración sobre él, lo echó al fuego. Entonces la mujer gritó asombrada:

— *¿Qué hace? ¡Con todo lo que me costó conseguir el pelo del bigote!*

Entonces el brujo, engolando la voz y dibujando una incipiente sonrisa le dijo a la mujer:

— *No necesita ninguna medicina para curar a su marido. Haga con él lo mismo que ha hecho con el puma.*

La mujer volvió a su casa habiendo captado el mensaje de este hombre sabio que, aunque "brujo", conocía muy bien el corazón del hombre y sabía cómo remediar sus problemas. El cariño, la paciencia, la cercanía, el respeto y sobre todo el amor, curaron al antiguo combatiente.



¡A ese lugar no podré llegar!

Existe un pajarillo que en los rigores del invierno, cuando los demás han emigrado, se queda dueño y señor del bosque. Allí está siempre cantando y saltando. Le llaman "el pájaro del frío" o el rey del bosque.

Cuenta una leyenda, que una mañana de intenso frío salió el malvado genio del invierno a dar un paseo por el helado bosque, cuando de pronto oyó el gorjeo simpático de un pajarillo.

— *¿Cómo estás cantando con el frío que hace? ¿Dónde has pasado la noche con tanta nieve?,-* interpeló al pajarillo.

A lo que el pajarillo respondió:

— *Me acurruqué junto a un lavadero en un hueco cerca del tejado. Volveré allí esta noche.*

Pero aquella noche el malvado genio mandó que hiciera tanto frío que el agua se heló, y el pajarito tuvo que buscar otro lugar donde guarecerse.

Al salir el sol, el pajarillo volvió a cantar de nuevo alegremente su canción. El genio, extrañado de verlo todavía con vida, le volvió a preguntar:

— *¿Dónde has pasado la noche que no te has muerto todavía?*

Y el pajarillo le dijo que en una cuadra con los bueyes y los caballos; y que había estado muy calentito y muy bien en su compañía.

Y el genio le dijo:

— *¡Esta noche entraré donde estés y nos veremos las caras! ¡Va a ser la última noche de tu vida!*

— *¿Por qué he de morir?* –Respondió el pajarillo. *¡Yo no tengo ganas de morir!*

Aquella noche hizo tanto frío, que hasta el aliento se heló en las bocas de los animales. Pero al día siguiente, el pajarillo amaneció una vez más risueño y cantarín, emitiendo dulces trinos que alegraban el congelado bosque.

— *¡Demonio de bicho!* –Exclamó sorprendido el malvado genio al encontrarse con él de nuevo.

¿Cómo es que no te has muerto todavía?

— *-Morir? La verdad es que no pienso en ello.* –Respondió el pajarillo.

— *¿Dónde pasaste esta vez la noche?* –Preguntó airado el malvado genio.

Y el pajarillo respondió mientras emitía dulces cantos:

— *Junto al corazón de una madre que estrechaba a su hijito para defenderle del frío. Me vio a mí temblando, y me puso también junto a su hijo. ¡Qué calentito y seguro estuve anoche; mejor que ninguna otra!*

Y el genio se marchó profundamente airado mientras mascullaba entre los dientes con gran enfado:

— *¡A ese lugar nunca podré llegar!*



¡Qué verdad más grande! En medio del frío invernal que vive la Iglesia; un frío que ha quitado la vida a muchos que no supieron encontrar cobijo, recordemos que hay un lugar donde permaneceremos siempre seguros y calientes: junto al corazón de María. Ella siempre avisa de los peligros, fortalece nuestra fe y es causa permanente de nuestra alegría.

Llegan días, y están ya entre nosotros, en los que la luz ya no será blanca, ni a la verdad se le llamará verdad, ni a la mentira, mentira; sino que muchos abrazarán una "verdad" multicolor como el arcoíris; un arcoíris que en tiempos de Noé fue signo de paz, pero que ahora se ha transformado en signo de mentira, corrupción y condena. Días, en los que aquéllos que tenían que enseñarnos el camino de la Verdad abandonarán su empeño para volverse a las fábulas de viejas (1 Tim 4:7).

En esos días, sólo los que se mantuvieron junto a Cristo seguirán adelante: *“Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo... Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo”* (Jn 16: 32-33).

En esos días tristes, lúgubres y de persecución, sólo nos quedará un recurso: volver a Jesucristo y a María. Ellos serán los que nos recuerden que *“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones”* (Rom 5:5). Jesucristo nos dirá de nuevo: *“mi paz os dejo, mi paz os doy”* (Jn 14:27); y esa paz nos brindará una alegría que nadie nos podrá quitar (Jn 16:22).

María, que guardaba todo junto a su corazón, cuide también de nosotros. Y recordemos siempre: si María nos protege, a ese lugar no podrá llegar el mal.

¡Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a vos!



Quando le miré a los ojos, mi vida cambió

Hay días, que todos hemos tenido en más de una ocasión, en los que parece que todo lo malo se junta; algo así como si Dios nos hubiese abandonado y se hubiese ido a hacer otras cosas.

Hace unos días me encontré este relato que, aunque parece un mal sueño, a más de uno le habrán ocurrido cosas similares. La historia nos cuenta lo que le aconteció a un estudiante que para poderse pagar los estudios universitarios tenía que trabajar.



Recuerdo muy bien el día, pues se me quedó grabado para siempre. Era martes por la mañana. Acabé de asearme y fui a la cocina a tomarme el café, y como iba con prisa derramé el café sobre el mantel; pero con la mala suerte de que al estar limpiando el mantel me manché la camisa. Después, cogí el coche para ir al trabajo, pero el tráfico era tan denso que llegué tarde, lo que provocó que mi jefe me llamara la atención. Eso hizo que toda la mañana estuviese de mal humor.

A la hora de comer salí precipitadamente, y al llegar al estacionamiento comprobé que el coche tenía una rueda pinchada. Me quité la chaqueta y abrí el capot para sacar el gato; sin acordarme que tenía todo el portaequipaje lleno de trastos. Después de unos minutos conseguí sacar el gato y me dispuse

a cambiar la rueda, pero las tuercas estaban tan apretadas que me llevó cerca de cuarenta minutos, por lo que me quedé sin comer.

Cuando volvía al trabajo el jefe me tenía preparado un montón de cosas para hacer, y como por la mañana había llegado tarde, no me quedó otro remedio que poner buena cara. Eso hizo que saliera del trabajo con casi una hora de retraso por lo que llegué tarde a la universidad.

Viéndome el profesor que entraba con retraso a la clase, no se le ocurrió otra cosa que preguntarme lo que había explicado el día anterior, con tan mala suerte de que no la había estudiado, pues el día anterior había estado preparando el examen que teníamos de otra asignatura. El profesor, que se sintió padre y no conocía mi situación económica, me dijo que era un mal hijo y que no estaba aprovechando los sacrificios que estaban haciendo mis padres para poder darme los estudios. Mi rostro se sonrojó, pues, aunque el profesor no tenía del todo la razón, me sentí terriblemente avergonzado delante de mis compañeros.

Las clases acabaron poco después de las diez de la noche. ¡Por fin terminó el día! – pensé para mis adentros. Cansado y triste de tantos “acontecimientos” y creyendo que ya estaba bien por un día, fui al coche para volver a casa, cuando comprobé que uno de los cristales del coche estaba roto y me habían robado el radiocassette. Preferí dejar el coche en un aparcamiento subterráneo que tiene la universidad, pues era peligroso conducir con el coche lleno de cristales; y como era de noche no veía bien para limpiarlo.

Salí del aparcamiento y me dispuse a buscar a algún compañero o cualquier otro medio de transporte para volver a casa, pero todos mis amigos ya se habían ido, y a esa hora encontrar un taxi era poco menos que un milagro. Así que no me quedó otro remedio que caminar varios bloques. Intentando recortar el camino tomé un atajo, pero con tan mala suerte que la calle estaba totalmente a oscuras; ocasión que aprovecharon unos ladrones para asaltarme y quitarme la cartera, el reloj e incluso hasta los zapatos. Después de acabar conmigo me dejaron ir. Mientras caminaba rápidamente, les oía reír burlonamente a mis espaldas. Ya se pueden imaginar cómo me sentía.

De repente, el demonio se me metió dentro y comencé a pensar: ¡Al próximo que vea lo apalao y desplumo! Caminé dos calles más embargado en mi tristeza y mi coraje. De repente ví a un hombre semidesnudo que se acercaba por la otra acera. ¡Este será el blanco de mis ataques!

Me aproximé para burlarme de él. Intenté reírme de sus pies descalzos, pero los vi sangrantes y con las huellas de haber sido traspasados con clavos. Después me fijé en sus rodillas, y las vi golpeadas a causa de múltiples caídas. Sentí coraje de no encontrar un motivo que inspirase mi risa burlona.

Me reiría de su enmarañado cabello, pero lo vi mojado con la sangre que manaba de su frente herida. Me mofaría de su delgado y débil cuerpo, pero una herida en su costado me hizo estremecer. Intenté reírme de sus manos que colgaban de sus brazos como si fueran un trapo viejo; pero al verlas más de cerca las vi tan cansadas y heridas que contuve mi reír.

Había decidido que ese hombre sería el blanco de mi ira y no estaba dispuesto a dejarlo marchar sin causarle algún daño. Mi acalorada mente buscaba la forma de desquitar mi rabia. ¡Decidí golpearlo!

Caminé detrás de él y vi su espalda flagelada inmisericordiosamente. Corrí hasta colocarme delante de él; ¡lo golpearía en la cara! Extendí la mano para sujetarle por el hombro y golpearlo fuertemente; entonces, él levantó sus ojos y me miró... Era su mirada tan profunda que sentí que me atravesaba el alma. E inmediatamente, con una cansada y dulce voz me miró y dijo: ¡Gracias por venir en mi ayuda!

Entonces comprendí que mi mal día no había sido nada en comparación con el de este Hombre. Mi corazón se reconfortó; y desde entonces, cada vez que sufro, me acuerdo de su mirada, y la paz vuelve a mi corazón.



Maravillosas criaturas de Dios

Cuando a los doce años el profesor de matemáticas comenzó a enseñarnos el álgebra en tercero de bachiller, recuerdo que mi primera experiencia fue realmente traumatizante. Números que ya no eran números sino letras. Números que bailaban de un lado al otro de la ecuación y que nos obligaban a cambiarles de signo sin entender por qué. Todo era nuevo, diferente y en un principio, incomprensible. A los pocos meses, aquello que no conseguía entender de ningún modo y que me obligaba a aprenderlo de memoria, fue adquiriendo sentido. Pasando un año, el álgebra fue la parte de las matemáticas que más me gustó.

La vida no es muy diferente. Al principio nos cuesta entender los "porqués". Pasando el tiempo se enciende una luz que nos hace capaces de entenderlo todo o casi todo. El tiempo que necesite cada uno para entender los "porqués" de la vida será el tiempo que cada uno precisará para llegar a descubrir lo maravillosa que es.

¿Qué luz especial necesitamos? ¿Cuándo empezamos a entender la vida? Cuando descubrimos y aceptamos que somos criaturas de Dios: *"maravillosas criaturas en las manos de Dios"* (Gen 1: 26-31; 2: 15-17).

El hombre de hoy no quiere oír hablar de ello, prefiere darse a sí mismo las leyes y no depender de un Creador. Lo que muchos califican de un triunfo y un avance para el hombre, no es sino un fracaso. La ley ya no tiene como principio "el bien" sino "mi conveniencia"; y dado que no se pueden dar leyes que satisfagan a todos, hay que buscar un mínimo común que los hombres estemos dispuestos

a aceptar. Pero las leyes que se dieron hace cincuenta años probablemente ya no convencerán a los hombres de hoy, por lo que las tendremos que estar modificando continuamente. Con ello caemos en el Positivismo legal.

Y lo mismo que ocurre con la ley, pasa con la verdad. Ya no se admite "la verdad tal cual", sino que todo queda reducido a "mi opinión". En otras palabras, dejamos de admitir la existencia de la verdad en sí, y preferimos que sea el hombre quien determine lo que es verdadero o falso dependiendo de cada época, momento y situación. Con ello caemos en el Relativismo.

Y como consecuencia lógica, lo mismo ocurre con el dogma. Puesto que no se admite la "verdad", tampoco se admiten las "verdades dogmáticas", sino que estas van cambiando según la cultura, la época, etc..., por lo que la Iglesia las tiene que ir cambiando y adecuando continuamente. Con ello hemos destruido la Revelación.

Cuando el hombre deja de aceptar que es "criatura" de Dios, antes o después se llega al caos y con él, la destrucción del mismo hombre. Desgraciadamente esto es lo que está ocurriendo hoy día.

Hace unos días cayó en mis manos un cuento que expresa con gran sencillez lo que les estoy intentando transmitir.



Había una vez un pincel que era la admiración de los demás pinceles y herramientas del pintor. Con él habían sido pintados cuadros muy famosos y bellos. Cuando el pintor tenía que realizar una obra importante siempre acudía a él. Sus suaves cerdas eran las que más finos y delicados trazos dibujaban sobre el lienzo. Esto llenaba de orgullo a nuestro pincel; quien solía pasearse por el taller mirando por encima del hombro a las demás herramientas, puesto que sabía el mejor.

Cierto día, un viejo plumín de tinta china, envidioso porque nuestro amiguito era el centro de atención del taller, sembró en él la cizaña. Cuando ambos dos estaban solos, le dijo:

— *Te crees muy bueno, pero lamento decirte que tú solo no vales nada. Jamás decides tú qué es lo que pintarás, o qué colores utilizarás, sino que eres un simple esclavo del pintor, que es quien te usa como considera oportuno.*

Esto inquietó a nuestro amigo; quien empezó a pensar:

— *¿Será verdad lo que el plumín ha dicho? ¡No! El pintor es bueno...; pero, ¿y si es así? ¿Qué derecho tiene el pintor a hacer conmigo lo que le plazca? Si yo soy el que se ensucia y desgasta ¿Por qué ha de llevarse él los laureles y no yo?*

Al día siguiente, cuando el pintor lo tomó en sus manos para seguir trabajando, decidió que sería él quien dictaría los trazos. Así, cuando el pintor quería dibujar una línea, el pincel hacía fuerza para trazarla en otra dirección. Cuando el pintor quería elegir un color, él se adelantaba y usaba otro. El pintor no sabía qué estaba sucediendo. Luego de varios intentos fallidos, y viendo que no podía controlar el pincel, lo dejó a un lado y tomó otro para hacer su obra.

Esto puso aún más furioso a nuestro pincel:

— *¿Quién se cree que es ese pintor para cambiarme a mí por un pincel cualquiera? ¡Ahora mismo me pongo yo solo a pintar!*

Y así lo hizo. Se puso delante de un lienzo con varios tubos de pintura y comenzó a pintar.

Todos observaban absortos al insumiso pincel; incluso el pintor dejó su trabajo y contempló extrañado lo que estaba ocurriendo. Unos minutos después, el pincel se separó un poco del lienzo para contemplar su obra, mientras que el resto de útiles de pintura comenzaron a reírse y a burlarse de él. Los maravillosos trazos que salían de él cuando era manejado por el pintor, ahora habían quedado reducidos a colores mezclados sin orden ni belleza. Avergonzado y frustrado, el pincel se retiró a llorar. Había hecho el ridículo.

Entonces el pintor tomó el pincel en sus manos y le dijo:

— *Querido amigo, yo sé que tú eres el mejor, pero eres el mejor en mis manos. No eres un esclavo cuando me valgo de ti, sino que juntos pintamos. Así como yo te necesito, tú me necesitas a mí. Sólo dejándote conducir por mis manos podemos crear juntos la belleza. El que sea yo quien dirige tus movimientos, no te quita mérito, sino por el contrario te enaltece, porque yo te elijo a ti entre todos los pinceles. ¿Nunca lo habías pensado así? Yo te amo y te elijo a ti entre muchos otros. Y ahora sécate esas lágrimas, y sigamos pintando.*

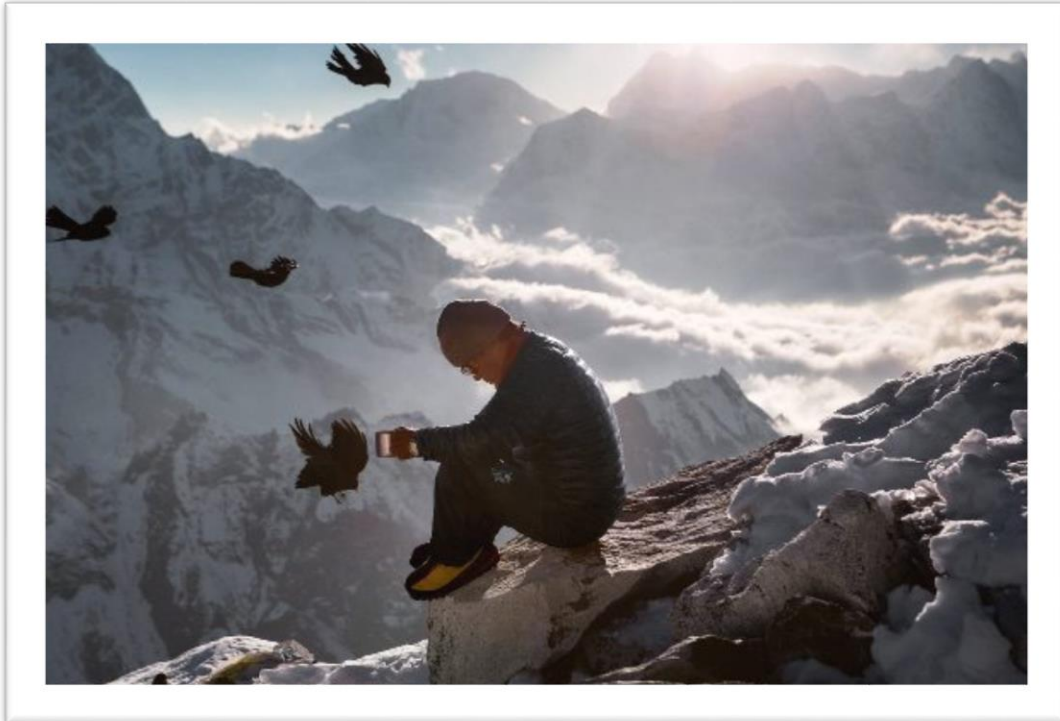
Entonces, nuestro amigo pincel comprendió que en su naturaleza estaba el dejarse conducir por las manos del pintor; y que solo así podía ser lo que él era: un pincel.



Cada uno de nosotros ha de ser también un dócil pincel en las manos de Dios. A diferencia del pincel, nosotros sí podemos pensar y tomar nuestras propias decisiones, pero nuestra obra no será maestra si no dejamos que sea el Creador quien nos guíe.

Muchas personas antes que nosotros así lo entendieron; a estos les llamamos santos. Y de entre ellos destaca una criatura singular. Ella fue quien proclamó: *"¡He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra!"*. De ella nació Cristo. Y con Él, dejamos de ser meras criaturas y siervos para transformarnos en amigos de Cristo e hijos de Dios (Jn 15:15).

"Sabed que el Señor es Dios. Él nos hizo y somos suyos" (Sal 100:3).



Para ganar, hay que saber perder

Entre las muchas cosas que nos enseñó Jesucristo, hay una que nos cuesta mucho aceptar. De hecho, hay muy pocos cristianos que lleguen a vivirla de verdad:

“Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 16: 24-25).

El mismo Jesucristo, la noche de Jueves Santo, turbado y angustiado ante los acontecimientos que le aguardaban, pidió a su Padre:

“Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22:42).

Intentando seguir sus enseñanzas, le pedimos continuamente a Dios que se haga siempre su voluntad tanto en la tierra como en el cielo; pero a la hora de la verdad, cuando Dios nos “manda” algo que no nos gusta, nos rebelamos, nos ponemos tristes, y en muchos casos abandonamos.

Les cuento ahora una historia que revela hasta qué punto es importante, no sólo entender el significado de la frase: “perder la propia vida para encontrarla”; sino el ver en ella el único camino posible si realmente deseamos seguir a Cristo.



Dos hombres caminaban una fría tarde de invierno en dirección al Monasterio de San Juan de la Peña situado en el Pirineo aragonés. Tenían planes de quedarse esa noche en la hospedería, recuperar fuerzas y, al día siguiente, seguir su camino hacia Santiago de Compostela. Estando todavía a unos cinco kilómetros del monasterio, les sorprendió una tremenda tormenta de nieve y viento. La abundante nieve dificultaba su progreso; y el tremendo frío les hacía temer por sus vidas ya que podían morir congelados.

En una de las vueltas que daba el camino, oyeron la voz de socorro de un hombre que había caído por un precipicio. Se asomaron y lo vieron tendido en el suelo al fondo del mismo. Parece ser que se había torcido un tobillo en la caída. Allí yacía, inmóvil y comenzando a congelarse, mientras esperaba a un buen samaritano que escuchara sus gritos.

Uno de los peregrinos quiso bajar y echarle una mano. El otro razonó diciendo que la noche ya se echaba encima, que la nieve no cesaba, que el esfuerzo sería en vano y puede que los tres perdieran la vida. Por otro lado, constituyéndose en juez, pensó que Dios ya tenía decidido el destino ese hombre.

Mientras éste siguió su camino solo, el otro –encomendándose a Dios- bajó hasta donde estaba el accidentado; que además de herido se estaba congelando. Lo envolvió en su manta, lo cargó atándolo a sus espaldas y empezó a subir. El peso del herido le hacía sudar mucho. Casi una hora más tarde, después de un tremendo esfuerzo, consiguió llegar arriba. Fabricó unas muletas para el herido; y ambos dos, entrada ya la noche, continuaron la marcha hacia el monasterio.

Después de casi dos horas caminando tan rápido como les era posible, divisaron cercanas las luces del monasterio. ¡Ya quedaba poco para llegar! Una sonrisa amplia comenzó a dibujarse en sus caras; pero la alegría les duró muy poco.

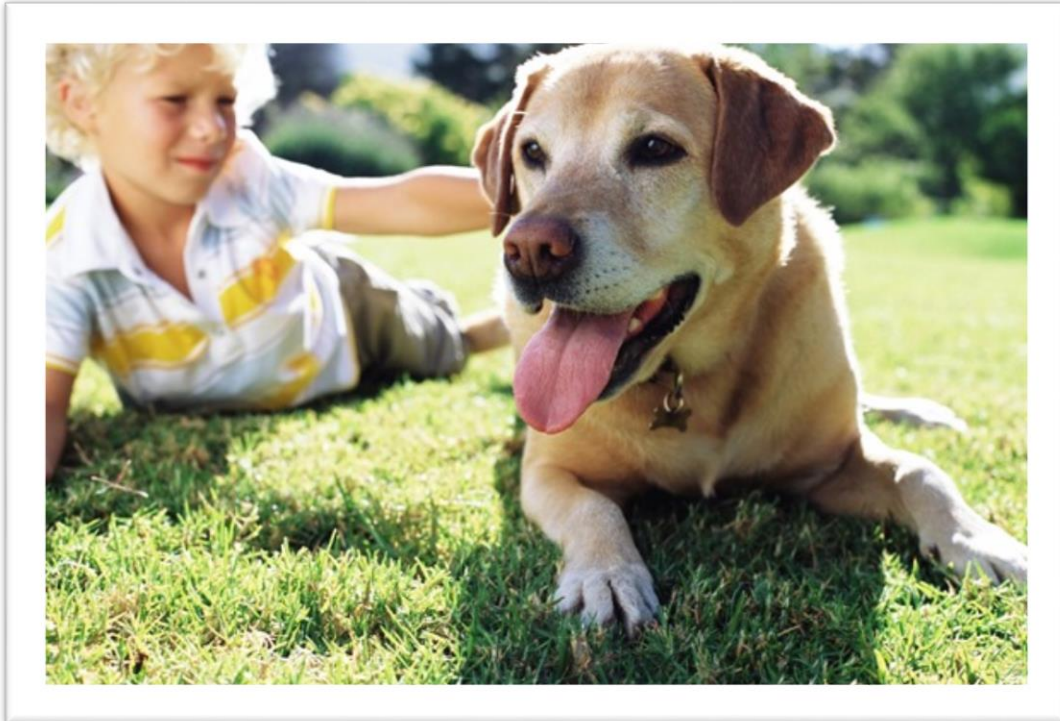
Tapado por la nieve y oculto también por la oscuridad, tropezaron con un gran bulto que estaba enterrado bajo la nieve en medio del camino. De repente el rostro de nuestro buen samaritano se llenó de estupor. El objeto con el que habían tropezado era el cuerpo helado y muerto de su compañero.

Aquél que había dejado al herido en el precipicio porque prefirió salvar su vida, yacía ahora congelado y muerto junto al camino. En cambio, el que exponiendo su propia vida había bajado al precipicio, consiguió salvarla. El tremendo esfuerzo para ayudar al herido lo mantuvo caliente y activo.



Que también nosotros, imitando a este buen hombre; y mucho más a Jesucristo, podamos hacer realidad en nosotros estas difíciles y maravillosas enseñanzas.

“Lo más difícil para mí es no tener ninguna carga que llevar, ningún dolor que soportar, ningún defecto que superar, ningún problema que afrontar, ninguna persona a quien escuchar, ayudar y amar”.



¿Por qué el perro mueve la cola delante de su amo?

Un día se presentó Dios en medio de los animales de la selva llevando en sus manos una tinaja de barro. Caminando con cautela llegó a una gruta y depositó el recipiente en la junta de una roca. Luego, dirigiéndose a los animales que le habían seguido alegres y curiosos les dijo:

— *En esta tinaja hay escondido un gran tesoro. Os lo confío para que lo cuidéis celosamente. A su tiempo volveré yo mismo en persona para mostraros los que hay dentro.*

Durante los primeros días todos los animales querían montar guardia junto a la tinaja, pero cuando vieron que Dios tardaba en regresar, se cansaron y empezaron a inventar pretextos para marcharse.

— *Por la noche tengo que ir a buscar comida y durante el día tengo que descansar –dijo la hiena- por eso no puedo quedarme aquí mirando una tinaja.*

— *¿Y soy yo acaso un escorpión para pasarme todo el día en una caverna oscura? –añadió la mona. Todos saben que vivo siempre en medio de los árboles al aire libre.*

— *Siento tener que marcharme –dijo el leopardo-, pero he prometido ir a cazar con un pariente mío que vive más allá de la laguna.*

Y así, uno tras otro, todos los animales se escabulleron. Sólo el perro permanecía allí tendido todo el día delante de la gruta con el hocico encima de las patas, los ojos entornados, pero siempre vigilante.

Pasaron muchos meses. El perro, flaco y hambriento, seguía delante de la gruta. Cuando Dios, andando con paso ligero, se le acercó y le preguntó:

- *¿Dónde está la tinaja?*
- *Aquí está. Donde tú la pusiste.*
- *¿Y los otros animales dónde están?*
- *Vieron que tardabas en venir y se marcharon.*

Dios golpeó tres veces su bastón contra la roca. A esta señal, todos los animales, como por milagro, se encontraron reunidos a sus pies. Entonces Dios les dijo:

- *Sólo el perro ha sido fiel a mi mandato. Ha permanecido largos meses delante de esta gruta esperando mi regreso, en tanto que vosotros os fuisteis a divertir por la selva...*

Luego, acercándose a la tinaja la tocó con la mano y se hizo mil pedazos, dejando ver un precioso niño sonriente.

- *Este es el tesoro –dijo Dios satisfecho-. Se llamará hombre y será vuestro rey. Os hará trabajar la tierra y, cuando tenga hambre, podrá incluso someteros. En cambio, el perro será su único amigo e irá con él dondequiera que vaya.*

Para recordar los largos meses de guardia delante de la gruta, el hombre le construirá una caseta de madera y le dará a comer su propia comida.

Los animales, avergonzados, bajaron la cabeza y comenzaron a marcharse. El perro, emocionado, empezó a mover la cola... Y desde ese día, siempre que encuentra a su amo mueva la cola y ladra, para expresar su agradecimiento y prometer fidelidad.

Un momento de heroísmo todos podemos tener, pero es realmente virtuoso ser constante y fiel.



Rézame un Padrenuestro, ¡por favor!

Nuestra historia se desarrolla en París durante el verano del año 1827. Jacqueline, una joven huérfana de alrededor de veinte años, acababa de salir del hospital para pobres, después de haber sufrido una grave neumonía. Dejaba el hospital con vida, pero sin muchas esperanzas. Estaba sola en el mundo: ni padres, ni hermanos, ni parientes, ni trabajo. Todo lo que tenía lo llevaba en el bolsillo de su falda: una moneda de un franco. Pero demos un paso atrás en el tiempo para conocer mejor la situación de esta muchacha.

La joven Jacqueline, nacida en una aldea de Bretaña, había sido educada por sus padres en el santo temor de Dios. Tenía desde la infancia la piadosa costumbre de mandar celebrar todos los meses una Misa en sufragio por las almas del Purgatorio.

Siendo todavía una niña fallecieron sus padres, por lo que su modesta condición le obligó a buscar empleo de criada en casa de una familia acaudalada. A los dieciocho años abandonó su aldea natal, pues sus patrones se mudaron a la capital francesa. Allí, se mantuvo fiel a ese acto de caridad y asistía al Santo Sacrificio, durante el cual unía sus oraciones a las del sacerdote para pedir especialmente por el alma cuya liberación dependiera de una última plegaria.

Conocida un poco la niñez y adolescencia de nuestra joven, volvamos al momento en el que Jacqueline sale del hospital...

Por aquella época, todo era lujo y alegría de vivir en las calles de París; pero ningún ruido exterior era capaz de alterar las profundas cavilaciones a una joven de humilde aspecto que caminaba pensativa y aún tambaleante por las empedradas calles de esa gran urbe.

Después de una fervorosa oración, comenzó a llamar de puerta en puerta preguntando si necesitaban una criada. Al pasar frente a la Iglesia de Saint Sulpice, algo le movió a entrar. El ambiente elevado, el sonido del órgano, la tenue luz que se filtraba por las vidrieras y lo bañaba todo en mil colores, le llenaron de paz y le hicieron olvidar por unos minutos su dramática situación.

Al ver que un sacerdote se preparaba para officiar la Santa Misa en uno de los altares laterales, recordó que no había encargado rezar aquel mes la acostumbrada Misa por las almas del Purgatorio. Siempre le había costado algún esfuerzo reunir las monedas para el estipendio de la Misa, pero en aquel momento ese acto se transformaba en un verdadero sacrificio. Entregar el último franco que le quedaba significaba no poder saciar su hambre, siquiera con un mendrugo de pan. La lucha interior entre la devoción y la prudencia humana fue corta; pronto venció la devoción, pues si Jacqueline era pobre de los bienes de la tierra, en cambio era rica en amor a Dios.

Con la firme convicción de que no le desampararía quien dijo: *“Mirad las aves del Cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, pero mi Padre celestial las alimenta”*, se encaminó a la sacristía, y como la viuda pobre del Evangelio, entregó su última moneda para solicitar que aquella Misa fuera celebrada en intención de sus queridas almas del Purgatorio. Acabada la celebración, y después de acercarse al altar de la Virgen María para invocar su protección, se puso otra vez en camino en busca de trabajo.

Se sentía más ligera, y no por el bolsillo vacío. Era más bien porque la ausencia de todo recurso humano le dejaba abandonada al beneplácito de la Divina Providencia. Su corazón sí estaba lleno, y para ella, eso era lo importante. Caminaba sumida en estos pensamientos cuando una voz la interrumpió:

— *¿Busca trabajo?*

— *Sí, señor* – respondió sorprendida al interlocutor, con la extraña sensación de estar en otro mundo.

— *Muy bien, vaya entonces a la calle Tívoli nº 48 y hable con doña Celia. Ella necesita una criada y seguro que le aceptará.*

No fue difícil encontrar la dirección indicada. Llegó justo en el momento en que una joven salía con el rostro enrojecido fruto de alguna discusión. Jacqueline le preguntó por la dueña de casa.

— *— ¡Puede que esté o puede que no, ya no me importa! Te abriré la puerta si se le antoja. ¡Dejó de ser mi asunto!* — respondió sin detenerse.

La joven llamó a la puerta con mano temblorosa, pero su miedo se disipó tan pronto escuchó una dulce voz desde dentro que le invitaba a entrar. Se encontró con una venerable señora de bondadoso aspecto, a quien le expuso el motivo de su visita:

— *Supe que usted necesita una criada y me vine a ofrecer, pues me aseguraron que aquí sería recibida con bondad.*

— *Querida joven, ¡me está diciendo algo extraordinario! Hoy por la mañana no tenía absolutamente ninguna necesidad, pero haré cosa de una hora tuve que despedir a una insolente empleada, y nadie lo sabe en el mundo, salvo ella y yo.*

¿Quién te envía?

— *Fue un señor joven que me abordó en la calle y me dio la información. Y le agradezco mucho a Dios y a él, ya que necesito un empleo hoy mismo. No me queda un solo centavo...*

La distinguida dama permanecía pensativa, sin poder comprender quién sería el misterioso personaje. Jacqueline levantó casualmente la mirada, vio un cuadro en la pared y exclamó:

— *¡Él es el hombre que me mandó venir! ¡Vengo de parte suya!*

Al oír estas palabras, doña Celia soltó un grito y faltó poco para que se desmayara. Entonces pidió a la joven que le contase todos los detalles. Jacqueline se refirió con sencillez a su costumbre de ayudar a las almas del Purgatorio, la Misa que había mandado celebrar hacía poco y, por fin, el encuentro con el radiante joven. La noble dama prestó atención a todo, y finalmente dijo emocionada:

— *¡No serás mi empleada, te consideraré como mi hija! Aquel joven era mi hijo... mi único hijo, fallecido hace dos años, y que te debe su liberación de las penas del Purgatorio. Para recompensar tu generosidad, Dios le permitió enviarte aquí. ¡Que Dios te bendiga! A partir de ahora rezaremos juntas por todos los que sufren en el lugar de purificación y dependen de una oración para entrar a la bienaventuranza eterna.*



¡Qué bello es poder abrir las puertas del Cielo a quien sólo le faltaba ese empujoncito final! No olvidemos rezar todas las noches, al menos un Padrenuestro, por las almas del Purgatorio.

ORACIÓN POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Dulcísimo Jesús mío, por los crueles sufrimientos que padecisteis por nosotros, librad a las almas del Purgatorio de las penas en que están; llevadlas a descansar a vuestra santísima Gloria. Y a nosotros, por los méritos de vuestra sagrada Pasión y muerte en cruz, salvadnos de las penas del Infierno, para que seamos dignos de entrar en la posesión de tu Reino. Amén.



Las tres posibles respuestas de Dios

Esta historia nos sitúa en una ciudad de New Jersey llamada Manville a principios de septiembre del año 1960.

Un buen día, por llamarlo de algún modo, desperté con seis bebés hambrientos y únicamente diez dólares en mi monedero. Su padre se acababa de ir de casa para siempre, porque según él, ya no aguantaba más. El mayor de los niños sólo tenía ocho años. Para mí, cada uno de ellos era una bendición de Dios y una prueba de cuánto confiaba en que los podríamos sacar adelante; no obstante, la poca colaboración de mi marido lo hacía todo más difícil.

A decir verdad, el papá nunca había sido más que una presencia en casa que ellos temían. Cuando oían que llegaba del trabajo, corrían a esconderse debajo de sus camas. Lo que sí hacía era pagar las facturas y dejarme 25 dólares por semana para comprar la comida que, aunque no era mucho, era mejor que nada. Ahora que había decidido marcharse, ya no habría más palizas, pero comida tampoco. Si había algún tipo de ayuda social para estos casos, yo nunca lo supe.

Esa misma mañana, bañé a mis hijos, les puse la mejor ropa que tenían, los subí a la vieja furgoneta y me fui en busca de trabajo. Los siete fuimos a todas las fábricas, tiendas y restaurantes que había en nuestro pequeño pueblo. Mientras que yo intentaba convencer a alguien que estaba dispuesta a

trabajar duro, los niños se quedaban en el coche e intentaban mantenerse callados. Nos pasamos toda la mañana buscando, pero no tuvimos suerte alguna.

— *El último lugar al que fuimos, era un bar-restaurante llamado The Big Wheel (La Gran Rueda) que se encontraba en la misma carretera que va de Somerville a Manville, a unas diez millas de casa.*

Cuando llegamos, la dueña, una señora mayor, se asomó por una de las ventanas del restaurante y vio mi furgoneta cargada de niños pequeños. Entré al restaurante sola y fui a donde ella se encontraba. Dirigiéndose a mí, me preguntó si todos esos niños eran míos y cuál era mi situación. Después de hablar con ella un buen rato me dijo que le daba mucha pena, pero que no me podía ofrecer trabajo durante el día. Lo único que le podía brindar era por la noche, pues el empleado que tenía se acababa de ir y necesitaba a alguien que se ocupara del local desde las 11 de la noche hasta las 7 de la mañana. La paga era de dos dólares por hora, y si lo deseaba, podría empezar esa misma noche.

Aunque no era lo mejor, al menos era una solución temporal. Por otro lado, este trabajo me permitiría estar durante el día con mis niños. Lo único que me hacía falta era encontrar a alguien que se ocupara de ellos por la noche.

Me fui apresuradamente a casa y llamé a una niñera convenciéndola de venir a cuidar por la noche a los niños y dormir en casa. Le pagaría cinco dólares por noche. Esto le pareció un buen trato y aceptó.

Esa misma noche, poco después de las nueve, mandé a los niños a la cama; no sin antes arrodillarnos para dar gracias a Dios y hacer nuestras oraciones. Todos le dimos gracias a Dios por haberle conseguido trabajo mamá.

Al día siguiente, poco después de las siete y media de la mañana, estaba de vuelta en casa. Desperté a la niñera y la envié a su casa con los cinco dólares que habíamos acordado.

Así pasó el primer mes. Aunque ya entraba algo de dinero en casa, había bastantes deudas pendientes. Tenía que pagar el fuel para la calefacción, algunas facturas atrasadas del supermercado; y por si faltaba algo, tuve que llevar a revisión mi coche y me dijeron que debía cambiar las cubiertas de las cuatro ruedas.

Desde mediados de octubre la dueña me pidió si podía trabajar también los sábados. Así pues, estaba trabajando seis noches por semana en lugar de cinco y aun así no era suficiente.

Las semanas fueron pasando, aunque no en balde. El cansancio se iba acumulando ya que apenas si tenía tres horas de sueño al día. Cada nueva noche tenía que superar la tentación de tirar la toalla; pero la necesidad, el cariño a mis hijos y mi profunda fe, me siguieron dando las fuerzas que necesitaba.

Una triste mañana, al arrastrarme cansada hacia mi coche después de haber estado toda la noche trabajando, me encontré pegadas a él cuatro cubiertas nuevas. ¿Habrían bajado los ángeles del cielo?

Se acercaba la navidad y yo sabía que no habría dinero para comprar juguetes para los niños. Buscando en el sótano de la casa encontré un bote de pintura roja y algunos juguetes viejos que ya no usaban. Durante varios fines de semana los pinté y arreglé lo mejor que supe para que al menos tuvieran alguna sorpresa en la mañana de navidad.

La noche antes de navidad entraron al restaurante los clientes de siempre: principalmente camioneros de paso y policías que estaban de guardia. A ellos se solían sumar aquéllos que huían de sus casas y preferían irse al bar a hablar y tomarse algo hasta altas horas de la madrugada.

El día de navidad, cuando llegó la hora de volver a casa, corrí hacia el coche con el fin de llegar antes que los niños se despertaran. Quería que vieran los juguetes al pie del árbol nada más despertar. Todavía estaba oscuro y no se veía mucho en el aparcamiento del restaurante. Cuando me acerqué al coche noté que había varios bultos en los asientos. Mi vieja furgoneta estaba llena de cajas hasta arriba. Abrí una de las cajas y dentro me encontré pantalones desde la talla 1 hasta la talla 10; en otra había camisas y sweaters de diferentes tamaños. Encontré también varias cajas con dulces y frutas; y mucha comida en bolsas. También había artículos para el aseo personal y limpieza de la casa. Y en el portaequipaje había seis cajas envueltas en papel de regalo con juguetes para todas las edades.

Mientras conducía por la carretera vacía, vi salir el sol más inolvidable e increíble de mi vida. Lágrimas de gratitud comenzaron a salir de mis ojos.

Nunca olvidaré la alegría que manifestaba el rostro de mis pequeños. Sí, sí, hubo ángeles aquella mañana. Y todos ellos eran clientes de La Gran Rueda.

Yo creo que Dios siempre da una de estas tres respuestas a nuestras oraciones: "Sí", "Todavía no" y "Yo he pensado en algo mejor para ti".

Dios nunca me había fallado, pero ahora sentí más de cerca el amor tan grande que me tenía.



¿En qué asiento llevas a Dios?

La vida es un gran don de Dios que nunca le agradecemos lo suficiente. Frente a este inmenso regalo que nos abre la posibilidad de ser felices en este mundo y más todavía, ganarnos el Cielo para toda la eternidad, ¿cuál es nuestra actitud?

Hay algunas personas que se comportan como aquél a quien han regalado un formidable automóvil y luego no quiere saber nada del benefactor. A esto se le llama montarse en el vehículo y dejar a Dios en la cuneta.

Existen otros que aceptan llevar a Dios en el asiento de al lado, pero sin dirigirle la palabra en todo el trayecto de la existencia. Es menos malo que el primero, pero puede calificarse también de mal comportamiento, ¡para qué engañarnos!

Hay un tercer modo de proceder que consiste en preguntarle al Señor:

— *¿Dónde quieres que vayamos?*—Esto ya está mejor.

Y todavía hay un modo superior de tratar al Señor. Consiste en decirle simplemente:

— *¡Conduce Tú, por favor!*



La conducta del hombre en relación con su Creador y Salvador es frecuentemente bastante injusta y egoísta. Como en la parábola del dueño de la viña que se marcha lejos y deja a sus empleados a cargo, también Dios nos encarga a nosotros hacer buen uso de todo lo que hemos recibido; pero en muchos casos nuestra forma de actuar es de rechazo a nuestro Creador; lo que lleva consigo apoderarse de los dones recibidos y usarlos para nuestros propios fines egoístas. Si con esa actitud pretendemos ser felices, andamos muy equivocados. No tenemos más que mirar la vida de muchos que nos han precedido, y comprobar cómo acabaron. Pero somos tan obstinados y ciegos que nunca aprendemos.

El mismo Señor nos ha repetido hasta la saciedad cuál ha de ser nuestro proceder; pero muy pocos son los que se esfuerzan en seguir esas enseñanzas. Recordemos algunas de sus palabras y comprobemos cuál es nuestra actitud personal:

- *“¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?”* (Mt 16:26).
- *“Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con El”* (Col 3: 1-4).
- *“No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y los roban. Amontonad en cambio tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban. Porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón”* (Mt 6: 16-19).
- *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que come de este pan vivirá eternamente”* (Jn 6:51).
- *“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”* (Jn 14:6).
- *“Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia”* (Fil 1:21).

Aunque quien más bellamente expresó todo este pensamiento fue el salmista:

*“El Señor es mi pastor, nada me falta.
En verdes prados me hace reposar;
hacia aguas tranquilas me guía;
reconforta mi alma,
me conduce por sendas rectas por honor de su Nombre.*

*Aunque pase por valles oscuros no temo ningún mal,
porque Tú estás conmigo" (Sal 23).*

Así pues, dejémonos guiar por el Espíritu de Dios, Él nos conducirá hasta la verdad completa; una verdad que no es otro sino el mismo Cristo Jesús Nuestro Señor (Cfr. Jn 16:13). Dios lleva mucho más tiempo que nosotros conduciendo; Él conoce muy bien cuál es el mejor camino. Permitamos que Dios sea el conductor de nuestras vidas.

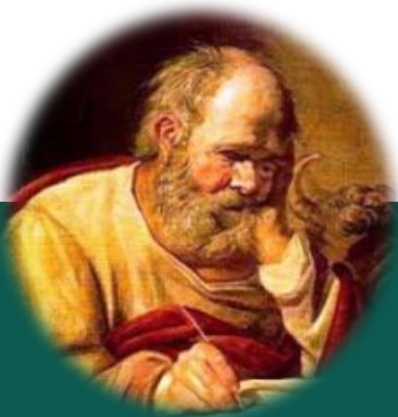
CONTENIDOS

El pan más pequeño	4
Dios siempre escucha.....	8
El agua que quería ser fuego	12
Cuando la fruta no alcanza.....	16
Amar en vida	18
No es mi problema	20
El mejor ginecólogo.....	24
El cirujano	26
El perro y el conejo	30
El barbero incrédulo.....	34
Un periodista habla con Dios	38
El helecho y el bambú	40
Que la llama no se apague.....	44
Sólo sacos de tierra.....	48
El pintor y el modelo.....	52
Como una bella flor	56
El burro y el pozo	58
No es suficiente con una bonita pegatina	62
Dios toca el piano contigo.....	64
Era rico pero no lo sabía	66
Yo sé de quién me he fiado.....	70
Emily tiene los ojos castaños	74
La mejor catequista	78
Un buen ejemplo.....	80

Deja que Dios sea Dios	82
Son cosas de mamá	86
El arte de decir las cosas	90
Supe que algo te había pasado	92
Maravillosos recuerdos del pasado.....	94
Las apariencias engañan	98
El poder del hombre y la debilidad de Dios	102
Cada uno da lo que tiene en su corazón	106
Y el Hijo se hizo hombre en Navidad.....	110
El domador de fieras	113
Mi vestidito blanco se llenó de barro.....	116
Entregué mis madejas de hilo	120
El único modo de arreglar el mundo.....	122
Arrugado y viejo, pero con todo su valor.....	126
Prefiero ser una vasija agujereada.....	130
La bailarina frustrada	132
Quiero comprar un milagro.....	136
Una piedra en el camino	140
Las cicatrices de la vida.....	142
Con el consejo de Dios puedes salvar a tu hijo	146
Una disputa entre hermanos	150
Mi amor resucitó en domingo	154
La galleta de la discordia.....	158
Un maravilloso trueque	160
¡Qué lejos andamos de la auténtica riqueza!.....	164
¿Quién empaqueta tu paracaídas?	166

Tres lecciones de bondad.....	168
Pude ser rico, pero lo dejé escapar	172
Noventa y nueve motivos para ser felices.....	176
Por muy grande que sea tu problema, Dios es más	182
La liebre y la tortuga	186
Dos grandes aliados.....	188
¡Estos abuelos tan maravillosos!.....	190
Un canasto que te puede ayudar a entender la Biblia.....	192
A veces nos parecemos a este albañil.....	194
Como el orgullo de una montaña.....	198
Por qué el amor es ciego	202
La tentación del camino fácil	204
Comprados a gran precio.....	208
El ladrón de sueños.....	212
No siempre estarán con nosotros	216
El poder del Padrenuestro.....	220
¡Cuidado con la basura!	224
Y lo demás se os dará por añadidura.....	226
Mi vida por un sueño.....	230
Una decisión salomónica	234
El ciento por uno.....	238
Cada vida es un regalo del amor de Dios.....	242
En el cielo desaparecerán nuestras limitaciones.....	248
Hágase tu voluntad	250
El esclavo.....	254
Un buen amigo nunca nos olvida	258

¿Dónde está Dios cuando más lo necesitamos?	260
Una difícil elección.....	264
La verdad os hará libres.....	268
Todos le llamaban tonta	272
Los amigos son para siempre.....	276
Una segunda oportunidad	280
La tumba vacía: una bella catequesis.....	286
El Niño Jesús se pasea en camioneta	288
Por sus obras les conoceréis.....	292
El amor y el arrepentimiento	296
El amor y el auténtico sacrificio.....	300
Consejo para mantener unido un matrimonio	304
La muerte de la rosa.....	306
¡Ay de mí si no evangelizara!	308
Una difícil elección.....	312
La curación milagrosa de un soldado.....	316
¡A ese lugar no podré llegar!.....	320
Cuando le miré a los ojos, mi vida cambió	324
Maravillosas criaturas de Dios.....	328
Para ganar, hay que saber perder	332
¿Por qué el perro mueve la cola delante de su amo?.....	336
Rézame un Padrenuestro, ¡por favor!	338
Las tres posibles respuestas de Dios.....	342
¿En qué asiento llevas a Dios?	346



Cuentos con moraleja

Padre Lucas Prados

Nacido en 1956. Ordenado sacerdote en 1984.
Misionero durante bastantes años en las américas.
Puede ser contactado a lucasprados@adelantelafe.com